EL CALIFATO DE CORDOBA EN EL
«MUQTABIS» DE IBN HAYYĀN.

ANALES PALATINOS DEL CALIFA DE CORDOBA AL-HAKAM II, POR ʿĪSĀ IBN AHMAD AL-RĀZĪ

(360-364 H. = 971-975 J. C.)

TRADUCCION DE UN MS. ARABE DE LA REAL
ACADEMIA DE LA HISTORIA POR

EMILIO GARCIA GOMEZ
de la Real Academia Española y de la Academia
Nacionale dei Lincei

وكتب حسين بن يوسف عبد الامام الحكم
المستنصر بالله امير المومنين
اطال الله بقاه وادام ذلك فيه
في شعبان من سنة تسع وخمسين وثلثمائة



SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES
MADRID, 1967

DEL PROLOGO A UNA EDICION

(BORRADOR ANTICUADO)

SUMARIO.—1: Importancia de estos Anales.—2: Historia del códice de la Academia y su descripción.—3: Valor del códice de la Academia.—4: Desorden del códice y su reordenación.—5: Materia del códice.—6: División del texto.—7: Dificultad de una edición.—8: El problema de los nombres propios.—9: Textos ya estudiados del códice.

1.—Importancia de estos Anales.

Señala el Califato Omeya de Córdoba (912-1031 de J. C.) el punto culminante y el apogeo político y social del poderío musulmán en la Península ibérica. Hacia él tienden los dos siglos anteriores, y de su sustancia y recuerdo viven los que han de seguirlo, nunca, ni aun en sus momentos mejores, capaces de emularlo.

No podemos decir que sean escasas, aunque sí están agujereadas de huecos, las fuentes históricas de que para conocerlo disponemos. Tenemos verdaderos arsenales de noticias en los «Ajbār Maymū'a», en la «Crónica anónima de al-Nāsir», y en las obras—no pretendemos ni nos proponemos citarlas todas—de 'Arīb ibn Sa'd, de Ibn al-Qūtiyya, de Ibn Bassām, de Ibn 'Idārī, de Ibn al-Abbār, de Ibn Sa'īd, de Ibn Abī Zar', de Ibn al-Jatīb, de Ibn Jaldūn, de Maqqarī, y de algunos otros, sin contar las orientales ni las puramente literarias. A base de estos textos se han hecho excelentes síntesis, como las que contienen la clásica, aunque ya anticuada, «Historia de los musulmanes de España», de Dozy, y la recentísima «Historia de la España musulmana», de Lévi-Provençal. Este último autor, poniendo a contribución, a más de esos textos, su

docta experiencia y una multitud de datos suplementarios recogidos en todos los dominios bibliográficos, ha llegado incluso a trazar un panorama de «las instituciones y la vida social» del Califato en su libro «L'Espagne musulmane au X.ᵉ siècle» (París, Larose, 1932).

Lo cierto es, sin embargo, que casi todas las obras árabes antes citadas son tardías y que resumen o toman como base otras contemporáneas del Califato, que no han llegado a nosotros. Dentro de ese casi general naufragio, la pérdida más de lamentar era la del «Muqtabis», del genial Ibn Hayyān (987-1076 de J. C.), quien en esa su extensa obra juvenil compiló, al parecer, la dispersa historiografía anterior. En efecto, del «Muqtabis» no conocemos más que fragmentos aislados, de los cuales sólo uno es hasta ahora asequible, y ninguno hasta este momento se refería a la época del Califato.

No es, por consiguiente, necesario ponderar la importancia del documento, cuyos texto árabe (tomo I), traducción española (tomo II) y estudio (tomo III) ponemos hoy en manos del público. Se trata nada menos que de un extenso fragmento del «Muqtabis» de Ibn Hayyān, que narra los sucesos acaecidos en el ámbito de la España musulmana entre los años 360 y 364 de la héjira, o sea, entre los años 971 a 975 de nuestra era, durante el califato de al-Hakam II al-Mustansir bi-llāh.

Son nada más que cinco años, pero cinco años que resultan los mejor conocidos de toda nuestra alta Edad Media (¡qué no daríamos por saber de cinco años así en la corte de León o en la de Pamplona!): un lustro bastante vulgar, sin sucesos sensacionales ni deslumbrantes acontecimientos; cinco años como cinco ventanas por las cuales nos asomamos a la interioridad de la vida cordobesa, para enterarnos del tiempo que hacía; de las embajadas que llegaban; de los personajes que caían enfermos; de los funcionarios que ascendían y de los incursos en desgracia; de las crecidas del río; de las fiestas palatinas; de la marcha de las guerras; del curso de las cosechas; de la captura de los criminales; de las reformas urbanas; de un niño fenómeno, natural de Cártama. Diríase que, más que una historia preocupada por producir determinados efectos, leemos un periódico moderno, una gaceta llena de menudos hechos inconexos, de «faits divers», de microscópicos detalles, que en parte nos interesan, en parte no, y, en otra parte, aunque nos interesen, no podemos descifrar, por ser alusiones, no escritas para nosotros, a una actualidad desconocida o evaporada; pero que tomados en conjunto, nos zambullen de golpe y porrazo en una atmósfera nueva, deslumbrante, evocadora, que nos explica muchas cosas que deseábamos comprender.

Claro es que—salvo pasajes muy concretos—la intervención de Ibn Hayyān es casi nula. Se trata de una «edición», parquísimamente comentada, de los «Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II»—que es como hemos titulado nuestro libro—, obra de 'Isà ibn Ahmad al-Rāzī...

Pero de todas estas y de otras muchas cuestiones hemos de tratar largamente en el tomo III de esta obra. Ahora nos proponemos tan sólo hablar del manuscrito.

2.—*Historia del códice de la Academia, y su descripción.*

En las postrimerías del año 1886, a iniciativa de la Real Academia de la Historia, don Francisco Codera fue comisionado por el Ministro de Fomento para estudiar o copiar manuscritos que pudiesen interesar a la historia española, en las bibliotecas públicas y particulares de Argelia y Túnez. Empezó por Orán, siguió por Argel y pasó luego a Túnez.

Estando en la capital de esta antigua Regencia, el orientalista francés M. Fagnan le escribió desde Argel que en Constantina—ciudad por la que Codera había ya pasado sin apenas detenerse más que a ver las antigüedades romanas—y en la librería particular de los herederos de Sīdī Hammūda, había dos códices andaluces, de uno de los cuales no daba más que el título: «Al-Muqtabis».

Sospechando Codera que se trataba de la obra de Ibn Hayyān de Córdoba, príncipe de nuestros historiadores árabes, escribió sobre el asunto al Vicecónsul español en Constantina, don José Perals, el cual no tardó en telegrafiarle a Túnez que el manuscrito no querían venderlo, pero que él lo tenía en su poder por quince días. Llegó Codera a Constantina cuatro antes de expirar el plazo; se lo llevó al hotel; tomó sus notas; transcribió algunos pasajes, y encargó a M. Bourgeois, intérprete francés a quien iba recomendado, sacar para la Academia copia completa, tanto de ese códice como del otro—correspondencia de Ibn 'Amīra—, que por los mismos días pudo consultar también en la biblioteca de los herederos de Sīdī Hammūda. De Constantina, al no tener noticias concretas de que podría ver ciertos libros existentes en Tremecén de que le habían hablado, emprendió Codera el regreso a Madrid [1].

[1] Extracto todos estos datos del trabajo de Codera titulado «Comisión histórica en Túnez», que tras ser leído a la Real Academia de la Historia, fue publicado.

El ms. de «Al-Muqtabis» llevaba en la biblioteca de los herederos de Sīdī Hammūda el núm. 339 y contenía dos obras: unas «tradiciones tomadas de al-Wāqidī, o la misma obra del autor», en los 116 primeros folios, y la parte que nos interesa de la obra de Ibn Hayyān en los 130 restantes [2].

He aquí la descripción de Codera: «El códice en cuestión está escrito en carácter magrebí, bastante bueno y claro, aunque faltan muchos puntos diacríticos; el papel es fuerte y bueno, algún tanto pajizo y como glaseado: en cada página hay 20 líneas, con una superficie escrita de 15 cm. de alto por 10 de ancho, quedando anchas márgenes por todos lados. Los diez primeros folios están muy deteriorados, en especial del uno al siete, a los cuales falta bastante en las primeras líneas por haberse destruido el ángulo superior del libro antes de la encuadernación actual» [3]. Siguen unas indicaciones interesantes, sobre el desorden de la foliación del manuscrito; pero de esta cuestión luego trataremos.

Respecto a la filiación y origen del códice de Constantina, véase más adelante el colofón, que en lo esencial dice: «Acabóse el Kitāb al-muqtabis fī ajbār balad al-Andalus. Hasta aquí llega lo que se encontró de este libro, de mano de su autor. ¡Loado sea Dios por esta terminación! [Se sacó] de una copia fechada a 11 de šawwāl del año 646 [= 27 enero 1249] en Ceuta (¡Dios la guarde!).» Sabemos, pues, la fecha del códice que sirvió de original para el de Constantina; pero no la de éste [4].

La copia del manuscrito de Constantina para la Academia (núm. 2 de la colección llamada de Codera, o de la Academia [5]) forma un volumen.

---

en el Boletín de esta Corporación, tomo XII, pp. 380-399, y luego en el libro «Misión histórica en la Argelia y Túnez» (Madrid, Fortanet, 1892), pp. 1-20.

[2] Luego, de otros datos y del manuscrito mismo, se deduce que los folios útiles eran sólo 128.

[3] F. CODERA: «Manuscrito de Aben Hayyán en la biblioteca de los herederos de Cidi Hamouda, en Constantina», *apud* «Bolet. de la R. Ac. de la Historia», tomo XIII, pp. 53 ss., y «Misión histórica en la Argelia y Túnez» (Madrid, Fortanet, 1892), pp. 85-93.

[4] Es extraño que Codera («Manuscrito de Aben Hayyán» = «Misión histórica», p. 89) leyese el colofón: *wa-furiga min nusjati hādā l-safari fī l-hādī ašar li-šawwāl sanat sitt wa-arba'īn wa-sittami'a bi-Sabta*, que traduce: «Y se acabó de la copia de este libro el 11 de šawwāl del año 646 (27 de enero de 1249) en Ceuta». En ese caso, claro es que la fecha sería la del códice de Constantina. Así lo ha copiado también Antuña, en dos lugares por lo menos. Pero la realidad es que en el ms. de la Academia se lee: *min nusjati wayadnā ta'rījahā fī l-hādī 'ašar šawwāl*... = «[se sacó] de una copia fechada a 11 de šawwāl, etc.». No cabe, pues, duda de que la fecha en cuestión es la de la copia hecha en Ceuta sobre el autógrafo de Ibn Hayyān; copia de la que se sacó la de Constantina, cuya data ignoramos.

[5] Cf. F. CODERA: «Catálogo de los libros árabes adquiridos para la Academia

encuadernado en España en tiempos de Codera, en 4.° mayor, de 282 × 220 mm., con 135 folios, más uno en blanco delante, de buen papel, a 16 líneas por página (caja de 225 × 150 mm.). Según el curioso colofón, que puede verse más adelante, el copista fue al-Makkī ibn ʿAlī ibn Aḥmad ibn Muḥammad ibn ʿAbd al-Karīm ibn Zakariyyā' al-Fakkūn [6], quien lo acabó «antes de la mañana del sábado», un sábado que—en precisión aliada a la imprecisión más grande—no sabemos de qué semana ni de qué mes fué, «el año de 1305 [= 19 septiembre 1887 a 6 septiembre 1888]». Según Codera—única persona que ha visto el original—, el copista fué cuidadoso en señalar las pocas lagunas del original y en copiar la forma de las letras, sin puntos diacríticos, de los nombres propios no árabes, aunque en cambio se olvidó, a pesar del encargo en contrario, de anotar los folios del original; olvido que en parte pudo subsanar Codera, a base de las notas que sobre el original tomó [7].

En conjunto—es curioso—Codera tenía en excelente estima la labor de al-Fakkūn: la letra le parece «clara en general y hasta elegante», y «la copia—dice—resulta bastante buena, como he tenido ocasión de comprobar al hacer el cotejo de los textos que yo había copiado por ser de mayor interés». Pero a nosotros nos es imposible compartir este benévolo juicio: si bien puede pasar la letra—suelta, grande, ágil y de no mal trazo, aunque no refitolera—, es evidente, en cambio, que el buen Fakkūn copiaba mecánicamente, sin entender mucho de lo que escribía; no se dió cuenta del desorden del códice original y empalmó sin advertirlo trozos diferentes, cuya fortuita conexión carece de sentido, y le eran notoriamente extrañas muchísimas palabras, que nosotros hemos ahora de adivinar o conjeturar a través de su «ductus», en el que—a decir verdad—la indudable ignorancia parece ir aliada con una cierta escrupulosidad en reproducir tal cual, y sin desfiguraciones desleales ni caprichosas interpretaciones, la forma de los vocablos cuya inteligencia se le resistía.

Añadamos que esta relativa escrupulosidad no debió de impedir repetidas negligencias, ya que el sentido y la gramática más elementales

---

en virtud del viaje a Túnez», *apud* «Bol. de la R. Ac. de la Hist.», t. XVI, pp. 377-395, y «Misión histórica», pp. 161-178.

[6] Según noticia de mi amigo E. Lèvi-Provençal, esta antigua familia Fakkūn, muy conocida en Constantina, es la misma que luego tomó el nombre de Hammūda; mejor dicho, el literato propietario de la colección se llamaba Hammūda ibn al-Fakkūn (Lefgoun).

[7] La descripción por Codera de la copia, en las pp. 92-93 de su artículo citado en la nota 3.

denuncian que con frecuencia faltan palabras o cláusulas enteras, y si bien cabe la duda de pensar que estos fallos existirían ya en el original, no parece aventurado atribuir buena parte de ellos a nuestro copista.

Por lo demás, esta desfavorable opinión que expongo es la misma que la de casi todas las personas, no muchas, que, aparte Codera, han visto el códice de la Academia. He aquí dos opiniones de calidad que tengo a mano, aunque es posible que haya alguna más: para don Julián Ribera («Disertaciones y Opúsculos», I, Madrid, 1928, p. 239, nota 1), «el manuscrito, no muy correcto, es además único y, por tanto, de difícil acometer»; Lévi-Provençal, en su «Histoire de l'Espagne musulmane», primera edición de El Cairo, 1944, p. 391, nota 1, dice que es una «copie peu utilisable», y en la segunda edición de París, t. II, 1950, p. 165, nota 1, le llama «mauvaise copie».

3.—*Valor del códice de la Academia.*

Esta copia, «mala», «incorrecta» y «poco utilizable», no hubiera pasado de eso, es decir, de ser la manera de aprovechar—como, en efecto, lo hizo Codera—un manuscrito precioso y lejano, en tiempos que aún no conocían las fotocopias ni el microfilmo, si una circunstancia fortuita no le hubiese conferido un incalculable valor.

Mi amigo el profesor Lévi-Provençal, al redactar los capítulos del Califato en la «Historia de la España musulmana», que traía entre manos, advertido por los trabajos de Codera de la importancia del manuscrito para conocer la vida interna de Córdoba en tiempos de al-Hakam II, quiso recurrir al códice original de Constantina, pero se encontró con que éste había desaparecido, con pérdida que parece definitiva e irremediable.

Desde este momento, y gracias al nunca bien ponderado celo del benemérito maestro Codera, la «mala copia» de Madrid se transformó en manuscrito único, señero testimonio de la grandeza de la corte del segundo califa de Córdoba. Y también desde ese momento, y en previsión de análogas contingencias, parecía conveniente extraerlo del olvido y sacarlo a la luz pública en una edición que antes habría sido el colmo del atrevimiento y muestra de criterio anticientífico, de no estar basada en el manuscrito de Constantina, pero que ahora, a pesar de las dificultades e imperfecciones inherentes, se imponía como necesaria.

4.—Desorden del códice y su reordenación.

En el códice de la Academia señaló Codera con lápiz parte de la foliación del ms. original; pero, en este punto, téngase en cuenta: 1.°, que, en efecto, como Codera mismo advierte, no señaló más que los pasajes que, por una u otra razón, le habían interesado; 2.°, que sus indicaciones no quieren decir, en ciertos casos, que el folio comience en el sitio donde se halla la marca, sino simplemente que estamos dentro del folio de que se trata, y 3.°, que a veces, al pasar al códice sus notas, Codera confundió en éstas, como es fácil en escritura manuscrita, sobre todo en la suya, las iniciales *r* y *v*, y no sabía si determinado folio era *recto* o *verso*, y así en ocasiones escribe: *f.° tal r. v.?*

Los 128 folios del ms. original tenían trastocado el orden. El ignaro copista del códice de la Academia no lo ha advertido y ha copiado el original tal cual estaba. Como, además, la copia no es a plana y renglón (aunque la extensión de ambos mss. es muy parecida, pues los 128 folios del ms. original son 135 en el de la Academia, con sólo siete folios de diferencia), la confusión habría sido inextricable, sin la exactitud y meticulosidad de Codera al señalar, como dijimos, la foliación del ms. original. Porque Codera, naturalmente, se dio cuenta del desorden del ms., y, aunque no desenredó del todo la madeja [8], lo hizo en muy buena parte, permitiéndonos terminar la reordenación por él emprendida y que sin él—insistimos—hubiese sido infinitamente más difícil.

Veamos en qué consiste el desorden y cómo se arregla.

En el ms. original, la foliación debería haber sido restituida como sigue: 5-6-2-3-1-4-7 a 21-33-30 a 32-34 a 95-22 a 29-96 a 128 [9].

[8] Véase la nota siguiente.

[9] Al pie del f.° 1 *r.* del ms. de la Academia hay una nota en lápiz, de Codera, que dice, acertadamente: «Los primeros folios del original no están en su sitio; creo que deben ir en el orden siguiente: 5, 6, 2, 3, 1, 4 y 7; entre 4 y 7 falta algo». Luego añade: «Desde el fol. 23 *v.* (nota) hasta el fol. 32 *r.* deberá estar después del fol. 100 y es año 363.» En el f.° 23 *v.* del ms. de la Academia dice, en efecto, en nota, acertadamente: «Parece ser continuación del fol. 100 *v.* lí. 5, donde se interrumpe el sentido»; pero de lo que precede no se ve la ilación, y se limita a apostillar: «No sigue el sentido; faltan hojas.» No advierte, efectivamente, nada (siempre en el ms. de la Academia) en el f.° 36 *r.*, ni en el 37 *r.* En el 32 *r.*, dice otra vez: «Se interrumpe el sentido; faltan hojas.» Se le han escapado, pues, varias conexiones.—Véase, por otra parte, lo que sobre el orden del ms. dice el mismo Codera en su libro «Misión histórica en la Argelia y Túnez» (Madrid, Fortanet, 1892), pp. 86-88 y 104, nota 1.—Para darse cuenta del desorden de un ms., Codera se guiaba por la desigualdad brusca de los taladros de la polilla. En su artículo «Manuscrito de Aben Hayyán» (= «Misión histórica», 86) explica curiosamente su ingenioso método.

Gracias a habernos conservado Codera parte de la foliación del manuscrito original, esta restitución, trasladada al ms. de la Academia, da lo siguiente:

El texto empieza en el f.° 5 *v.*, l. 5, con el mutilado verso: *lā yadillu l-sārī wa-wayhuka...*;

sigue hasta el fin de la l. 1.ª del f.° 8 *r.* con el hemistiquio: * *fa-yatrudu an-hā l-mustahaqqīna li-l-tardi**;

pasa de aquí al f.° 2 *r.*, l. 4, y empezamos en su 2.ª palabra: *fa-lammā kāna yawmu l-sabt*, y continuamos hasta llegar al final de la línea antepenúltima del f.° 4 *r.*;

las últimas palabras de esta línea: *Zīrī bn Manād al-Sinhāyī qā'id Ma'add*, empalman con el comienzo del ms. (f.° 1 *r.*): *bn Ismā'īl al-šī'ī sāhib Ifrīqiya*;

Seguimos ahora hasta las palabras del comienzo del f.° 2 *r.*: *wa-kāna l-indār qad sabaqa*;

esta última palabra, primera de la l. 4, empalma con el comienzo de la l. penúltima del f.° 4 *r.*: *li-ahl al-Tuyībiyyīn al-mustaqbilīn*;

seguimos hasta el final de la l. 4 del f.° 5 *v.*, en la que, tras del hemistiquio: * *fa-'idā l'mu'ajjaru awwalan li-l-awwali* *, hay una laguna;

se reanuda el texto en la l. 2 del f.° 8 *r.*: [*...sāhib*] *al-majzūn 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà*;

desde aquí, el orden de los folios 8 *r.* en adelante es normal hasta un blanco [10] al fin de la l. 10 del f.° 23 *v.*;

las últimas palabras anteriores a este blanco: *fa-tamma haqn al-mi 'an-hā wa-šuri'a fī ra'fi-hā wa-taswiyati-hā...* empalman con el comienzo de la l. 3 del f.° 36 *r.*: *li-l-nisf min dī l-hiyya minhā* [11];

seguimos hasta acabar la l. 2 del f.° 37 *r.*: *wa-'ādat ilà awwali-l bi-hamd Allāh ta'ālà*;

el texto se reanuda en el f.° 32 *r.*, l. penúltima, con el epígrafe: *Di jabar al-sabiyyi l-mutafāwit al-jalq*, y seguimos hasta terminar la ?nea 1.ª del f.° 36 *r.*, con el hemistiquio: * *wa-'ulā-ka nāmiyatun wa-sa'du-ka tāli'u* *;

el texto se reanuda en la l. 3.ª del f.° 37 *r.*, que es el epígrafe: *Sanat ihdà wa-sittīn wa-talāt mi'a*;—

desde aquí, el orden de los folios 37 *r.* en adelante es normal, hasta que en la segunda mitad de la l. 5.ª del f.° 100 *v.* debemos cortar tras

[10] Por una vez, el copista se ha dado cuenta de la falta de ilación.

[11] Antes de estas palabras hay en el ms. de la Academia un epígrafe (*dikr raf' wahy aryul al-qantara)*, que sobra. Sin duda, era una nota que al ms. original, ya desordenado, añadió algún lector que se dio cuenta del desorden.

las palabras: *ṣāḥib madīnat Baršelūna, kabīr aṣḥābi-hi, fī...*, que empalman con la última palabra de la l. 10 del f.º 23 *v.*: *nafar* [12] *min atbaʿi-hi bi-kitāb ilà Amīr al-muʾminīn;*

Seguimos ahora hasta la l. antepenúltima del f.º 32 *r.*, cuyas últimas palabras: *wa-tawālà ʿinda-hu rusul Banī l-ʿĀfiya, māʾilīn...* empalman al fin de la l. 5.ª del f.º 100 *v.* con: *bi-muwālāti-him* [*ilà*] *man ʿazza sulṭānu-hu;*

y ya desde aquí hasta el final del ms. (f.º 135) el orden es normal.

5.—*Materia del códice.*

Al describir el códice de la Academia, dice textualmente Codera: «Una de las cosas a que el autor parece dar más importancia, pues indudablemente resulta de las más detalladas, es la descripción de las recepciones oficiales en los días de las grandes fiestas musulmanas y las celebradas por motivos especiales, como son el restablecimiento de la salud del Califa, o la recepción de los embajadores enviados por los príncipes cristianos o musulmanes» [13]. Como se ve, no dice Codera que este tema de las recepciones oficiales sea el único de la obra, sino uno de los más importantes. Ahora bien: por ahí, libro tras libro, rueda la especie tópica de que el códice sólo trata de solemnidades y protocolos. No es exacto.

La materia de la obra es «toda» la vida de al-Andalus en «todas» sus manifestaciones. Lo único cierto es que el libro está centrado en Córdoba, y, más concretamente, en la residencia oficial del Califa, fuese ésta el viejo Alcázar cordobés, o Madīnat al-Zahrāʾ, o cualquiera de las almunias reales. Cuanto en esa residencia ocurre es narrado con el mayor pormenor, y cuanto ocurre fuera de la capital sólo tiene entrada en el texto en tanto que llega a la residencia califal en forma de noticia.

6.—*División del texto.*

Mayor importancia tiene otra rectificación. Codera, a pesar de conocer perfectamente el manuscrito, incurrió en un error consistente en creer

12 El texto repite aquí: *fī nafar*. Naturalmente, uno de los dos *fī* sobra. Si este f.º del ms. original empezaba por dicho vocablo, en el f.º anterior el copista ha añadido el reclamo.

13 «Manuscrito de Aben Hayyán», en «Bol. de la R. Ac. de la Hist.», t. XIII, pp. 53 ss., o en «Misión histórica», p. 90.

que los 38 epígrafes que constan en el códice, escritos en tipo más grueso, eran los títulos de otros tantos capítulos en que la obra estaría dividida y da una lista de dichos capítulos, si bien sensatamente advierte que dichos supuestos títulos de capítulos «no dan idea exacta del contenido de los mismos, pues se dan noticias muy diferentes y de gran interés dentro del capítulo, cuyo epígrafe generalmente corresponde sólo a la primera parte del mismo, pasando a otro asunto sin más que intercalar una pequeña separación» [14].

Como es costumbre, el error, exagerado y con menos atenuantes, corre también por los libros, y es extraño encontrarlo hasta en quienes hubieron también por fuerza de consultar y manejar el ms. He aquí lo que dice, por ejemplo, el P. Antuña [15]: «Ascienden a 38 los epígrafes, *correspondientes a otros tantos capítulos*, de que se compone la parte conocida; ocho de éstos están dedicados a la descripción de las dos grandes festividades que celebra anualmente el mundo musulmán: la de los sacrificios y la de la terminación del ayuno del mes de ramadán; otros ocho tratan de guerras o asuntos guerreros; algunos están redactados con tal vaguedad e imprecisión, que es difícil adivinar la materia de que tratan: *tal ocurre con las indicaciones cronológicas*. La heterogeneidad del contenido del manuscrito nos impide dar una síntesis completa de los hechos que describe. Creemos, sin embargo, facilitar a los arabistas la consulta de la obra, copiando los epígrafes, que van en el apéndice» [16].

La verdad es otra. No hay capítulos en el libro. Lo que hay en él son cinco partes, correspondientes a los cinco años que los Anales abarcan: la primera (año 360) no puede tener epígrafes, puesto que el códice es acéfalo; las otras cuatro lo tienen en los folios 37 *r.*, 55 *r.*, 84 *v.* y 107 *v.* (son los que Antuña alude con el vago término de «indicaciones cronológicas»). Dentro de cada parte o año se sigue el orden estricto de la fecha de los sucesos, por meses, y, si ha lugar, por días: «en tal decena ocurrió esto», «en tal día llegó Mengano», «en tal hora se recibió esta carta». Por consiguiente, no hay capítulos ni puede haber

---

14 Ibid. (= «Misión histórica», pp. 90-91).

15 En su tesis doctoral, «Ibn Hayyán de Córdoba y su Historia de la España musulmana», que ha sido póstumamente publicada en los «Cuadernos de Historia de España», del Instituto de Historia de la Cultura española medioeval y moderna, de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, t. IV, 1946, pp. 5-72.—El pasaje que ahora nos interesa está en la p. 27.

16 El subrayado es, naturalmente, nuestro. Por un olvido de los editores argentinos, no figura el aludido apéndice, que sería una copia (¿traducida?) de la lista de Codera. Si los epígrafes figuraban en traducción, quizás en la última frase citada habría que corregir: «a los *no* arabistas».

clasificación de materias, ya que la estructura cronológica hace que la referencia del arribo de una embajada se pueda por azar ver incrustada entre la descripción de una tormenta y el parte de una enfermedad de un dignatario, y, según la importancia del tema, unas noticias son cortas y otras son largas.

Lo que ocurre es que el autor, o el copista que haya sido, de los varios por los que el texto ha pasado, ha creído oportuno poner de relieve una noticia señalada o interesante poniéndole un epígrafe, mientras no se lo ponía a muchas otras.

Descontados los cuatro epígrafes de los años y otros dos que es forzoso suprimir de la lista de Codera [17], quedan en el ms. de la Academia 32 epígrafes de este tipo.

Siguiendo un procedimiento iniciado en mis obras de colaboración con el prof. E. Lévi-Provençal «Una crónica anónima de 'Abd al-Rahmān al-Nāsir» (Madrid-Granada, 1950) y «Las Memorias de 'Abd Allāh, el último rey Zīrī de Granada» (en preparación), he dividido el texto y traducción, siempre que se cambia de materia, en párrafos numerados, añadiendo, además, en la traducción, y entre paréntesis cuadrados, una rúbrica indicadora del asunto, cuando el ms. no la tenía.

Han resultado así, como puede verse en el índice, 243 párrafos de muy desigual extensión, en vez de los 38 supuestos capítulos.

Claro es que la división por materias en párrafos, que en muchísimas ocasiones es obvia, resulta en ciertos casos dudosa, por tratarse de matices o fases de un mismo asunto, que unos separarían y otros no. Nuestros 243 párrafos tal vez hubieran sido para otro editor, o pueden ser para el lector, unos cuantos menos o unos cuantos más. Esta es cuestión circunstancial y de pura convención; pero el criterio en sí me parece bueno, el sistema claro y el procedimiento, ya avalado por la experiencia, cómodo para el lector e insustituíble para facilitar las referencias.

[17] Se trata del falso epígrafe del f.º 36 r. *(dikr raf' wahy aryul al-qantara)*, que no lo es propiamente, sino una indicación de alguien que notó el desorden del ms. en este lugar (cf. *supra* nota 11), y del no menos falso epígrafe del f.º 36 *v.* *(wa-dajalat sanat ihdà wa-sittīn wa-talāt mi'a)*, que, como puede verse en el texto y en la traducción, no puede serlo, y, es probablemente una simple extralimitación del copista.

7.—Dificultad de una edición [18].

Si es arriesgada toda edición de un texto a base de un solo ms., calcúlese cuánto más no ha de serlo a base de un ms. donde el editor no puede ni un solo momento abandonarse a la inercia de la copia, porque ha de estar siempre ojo avizor, presto a reconocer, a desenmascarar o a conjeturar la palabra que a cada paso se le ofrece mal escrita o gravemente viciada.

A pesar de ello, he puesto en el empeño mi mejor esfuerzo con no poca paciencia, y, aunque estoy seguro de que, por mi modestia y por estas circunstancias, no faltan equivocaciones ni campo para más correcciones y conjeturas, me lisonjeo con pensar que no sean demasiadas y con haber conseguido un texto lógico e inteligible. A obtenerlo me han ayudado en alguna medida mis amigos ʿAbd al-ʿAzīz Ahwānī y Muhammad ibn Tāwīt Tanyī, que, el primero en Madrid y el segundo en El Cairo, me han hecho ciertas valiosas enmiendas.

Otra consecuencia que creo se desprende de lo dicho es que no era materialmente posible ni tipográficamente bello ni económico señalar todas las diferencias de mi texto con el que ofrece el ms., pues habría sido atiborrar el pie de la página sin utilidad que compensara el esfuerzo. La anotación es, por tanto, parquísima y estrictamente limitada a las observaciones que me han parecido indispensables. Pido al crítico un margen de confianza, de la que en conciencia estimo no haber abusado y creo haber empleado siempre en servicio y beneficio del lector normal. [19].

---

[18] [Añado en 1967:] Aquí, por las circunstancias en que se publica este libro y por las dificultades tipográficas con que se imprime, hallándome yo, además, ausente de España, omito unas páginas en las que analizaba la incorrección del texto, a base de un ejemplo tomado al azar: la primera parte de mi § 151, o sea el folio 86 *r.* del ms., desde la l. 4 a la 13. Señalaba para tan corto espacio: las peculiaridades gráficas, que además no son sistemáticas; los descuidos, repeticiones y confusiones; los errores de todo tipo, atribuibles muchos a impericia gramatical y a total falta de inteligencia del texto, tratándose de uno de estilo sencillo y narrativo, sin ningún vocablo extraño. El resumen es: que, de 99 palabras, están gravemente viciadas 15, y que no hay línea sin error, que alguna tiene multiplicados. «Y conste se concluye—que el texto del experimento ha sido elegido al azar, sin que deba olvidarse que hay bastantes pasajes infinitamente más complicados y abundantísimas citaciones poéticas. Todo el ms. está, poco más o menos, así.»

[19] [Añado en 1967:) También omito aquí, por razones obvias, ciertas características técnicas y tipográficas de mi edición, que, por el momento, seguirá inédita

8.—El problema de los nombres propios.

Aun en la hipótesis, por desgracia probablemente lejos de la realidad, de que mi edición no superara el porcentaje de errores que viene a ser inherente al común de los trabajos de la índole de este que emprendo, todavía hay una serie de extremos que quedan forzosamente en el aire y que sólo posteriores investigaciones y felices azares, con la colaboración de los interesados en la materia, podrán en el futuro confirmar o corregir.

Lo que es lenguaje normal o literario puede, en efecto, ser enmendado con casi totales probabilidades de acierto, dada la sorprendente estabilidad de la lengua árabe escrita: depende de los conocimientos gramaticales y lexicográficos que se tengan. Pero en todo lo relativo a los nombres propios que no son del dominio común, y que aparecen acaso por primera vez en este texto, los dichos conocimientos fallan sin remedio. ¿Cómo saber si esos nombres propios están o no errados? Claro es que posiblemente, en algún caso, constarán asimismo en un rincón de otro libro, o de un ms. desconocido; pero en el momento de establecer la edición es imposible saberlo. Sólo el azar de las posteriores lecturas, propias o ajenas, puede traer la seguridad o la duda.

Un solo ejemplo: En mis §§ 53, 57 y 201 aparece citado, con su familia, un personaje llamado ʿAmrīl ibn *Tīmlīt*. Las tres veces, la ortografía del nombre es idéntica. ¿Qué motivo puede haber para dudar de ella? Sin embargo, en la «Yamharat ansāb al-ʿArab», de Ibn Hazm, ed. Lévi-Provençal, El Cairo, 1948, p. 466, l. 7, se halla el mismo nombre en la forma *Tīhalt*. Lévi-Provençal («Hist. de l'Espagne mus.», 2.ª ed., París, 1950, II, p. 182) cree, y tal vez tenga razón, que esta segunda forma es la correcta; pero falta la confirmación absoluta, y la duda ha surgido por pura casualidad.

Como pueden presentarse muchos casos análogos, nuestro texto en este punto tiene que ser considerado, por fuerza, conjetural.

9.—Textos ya estudiados del códice.

Por último, me parece útil, aunque cada trabajo concreto será citado en su lugar correspondiente, dar aquí breve noticia conjunta de los pocos pasajes de nuestro texto que han sido hasta ahora editados, traducidos o estudiados.

El primero, naturalmente, en aprovechar el ms. fue su descubridor, don Francisco Codera, que—aparte los ya citados artículos descriptivos del códice y de las circunstancias de su hallazgo—lo aprovechó en cuatro trabajos: «Embajadas de príncipes cristianos en Córdoba en los últimos años de Alhaquen II», «Embajadores de Castilla encarcelados en Córdoba en los últimos años de Alhaquen II», «Campaña de Gormaz en el año 364 de la hégira» y «Nuevas noticias acerca de los Tochibíes».

Han sido tres veces editados: la primera, en el «Boletín de la Real Academia de la Historia» (respectivamente, tomos XIII, XIV, XV y XII); la segunda, en el libro «Misión histórica en la Argelia y Túnez», Madrid, Fortanet, 1892; y la tercera (no estoy seguro para el cuarto), en los «Estudios críticos de historia árabe española (Segunda Serie)», en la «Colección de Estudios Arabes», t. IX, Madrid, Maestre, 1917.

El primer trabajo estudia y traduce mis actuales §§ 3, 4, 5, 6, 28, 32, 49, 146, 157, 182 y 195, sin dar el original árabe. Ha sido utilizadísimo posteriormente, sin recurrir al ms., por cuantos han trazado la historia del Califato Omeya de España, o se han ocupado (por ejemplo, Millás Vallicrosa) del tema de las embajadas cristianas a Córdoba.

El segundo trabajo edita, traduce y estudia mi actual § 201 y, en relación con él, mis §§ 53 y 57. Ha sido también muy utilizado sin recurrir al ms. Baste aludir al partido que de él sacó don Ramón Menéndez Pidal en su libro «La leyenda de los Infantes de Lara» («Obras», t. I, Madrid, 1934, Adiciones, pp. 451-459), viendo en el texto árabe una especie de fundamento histórico del famoso cantar de gesta castellano.

El tercer trabajo estudia y traduce, sin dar el original árabe, y con algún antecedente, mis actuales §§ 220, 222, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 233, 234, 235, 236, 239, 240, 241 y 242. Igualmente, ha sido muy utilizado, sin recurrir de nuevo al ms., por los historiadores. Véase, por ejemplo, el uso que de él hace el P. J. Pérez de Urbel en su obra «El Condado de Castilla», Madrid, 1945, II, pp. 655 y 662; uso comentado por mí en «Al-Andalus», XIII, 1948, pp. 293-297.

El cuarto trabajo estudia todos los pasajes de nuestro texto referentes a los Tuyībíes (Banū Hāšim) de Zaragoza, sin dar la edición más que de unas líneas. Es continuación de otro del mismo Codera titulado «Los Tochibíes en España: noticias de esta familia tomadas de Aben Házam» [es decir, de la «Yamharat ansāb al-'Arab» de Ibn Hazm], y, a su vez, es complemento de un estudio de Dozy, «Essai sur l'histoire des

Todjîbides, les Beni-Hâchim de Saragosa et les Beni-Çomâdih d'Almérie», apud «Recherches», 3.ª ed., I, 211-281.

Estas ediciones, versiones y comentarios del maestro Codera, siempre útiles, concienzudas y escrupulosas, no dejan de adolecer, sin embargo, y a pesar de las continuas rectificaciones [20], de cierta imperfección. Pero es sabido, y ello no supone demérito, que el fuerte del admirable fundador de la actual escuela de arabistas españoles no radicaba en la técnica filológica [21]. Gloria suya inmarcesible es, entre otras tantas, haber descubierto este texto, y honor mío es haber podido paliar filialmente alguno de sus defectos, y, aunque no sea sin ellos, haber llevado a cabo una empresa que él inició y que ha de ser grata a su memoria.

Don Julián Ribera, tan próximo siempre a Codera, aprovechó nuestro códice en algunos de sus trabajos. Así, en sus «Orígenes del Justicia de Aragón», Zaragoza, 1897, p. 131, alude a las noticias que da Rāzī sobre investigaciones por jueces especiales de la conducta de determinados funcionarios (por ejemplo, mi actual § 69), y en «Disertaciones y Opúsculos», Madrid, 1928, I, pp. 239-240, puede verse cómo extracta y traduce mis actuales §§ 207, 208, 209, 210 y 238, relativos a las obras pías de diverso tipo que al-Hakam II ordenó poco antes de su muerte.

Como anuncio de esta obra, publiqué yo en «Al-Andalus», XIII, 1948, pp. 209-226, edición, traducción y comentario del interesantísimo pasaje que es mi actual § 202, con el título «Al-Hakam II y los beréberes, según un texto inédito de Ibn Hayyān». De algunos de los poemas insertos en los «Anales» traté en mi artículo «La poésie politique sous le Califat de Cordoue», en «Revue des Études Islamiques», année 1949, París, 1950, pp. 5-11.

Por último, mi amigo el prof. E. Lévi-Provençal, que ya había aprovechando los artículos de Codera, pudo utilizar para la 2.ª edición de «Histoire de l'Espagne musulmane», II, París, 1950, algunos pasajes del ms., según mi edición, que le presté cuando la estaba haciendo (cf. p. 165 de dicho tomo II).

E. G. G.

---

[20] De una a otra edición del texto, éste cambiaba siempre algo. Al principio de «Misión histórica», en las «Addenda et corrigenda», dice que «la mayor parte de las correcciones del texto árabe nos han sido indicadas por un amigo, que nos prohibió dar su nombre, si hacíamos caso de ellas». Tal vez se trataba de Ribera, cuyo nombre da ya en los «Estudios críticos».

[21] Cf. mi «Homenaje a don Francisco Codera (1836-1917)», en «Al-Andalus», XV, 1950, pp. 263-274.

[AÑO 360]

[VIERNES 4 NOVIEMBRE 970 — LUNES 23 OCTUBRE 971]

[1]

[Restos de un poema en alabanza del Califa, con ocasión desconocida]

... ...
[5 *v.*, *l.* 5] No se extravía el caminante nocturno, porque tu rostro es...
... ...
Poblaste los corazones con las leyes...
... ...
No hay a tu lado quien se desvíe de...
... ...
Pues la mano de Dios, a nuestro juicio, está en ti,
en este mundo y en...
Y, mientras salga el sol, habrá en nosotros
gratitud, igual que en ti...
... ...

[2]

Relato de la pública afrenta de [Ibn 'Umar], llamado [Wāhib].

El viernes 25 de šaʻbān de este año [= 23 junio 971], después de la oración en comunidad, tuvo lugar la pública afrenta de Ibn 'Umar, el trapacero conocido por Wāhib al-Hāyib. Se le colocó en la galería alta que hay encima de la Casa de la Sadaqa, a poniente de la Mezquita aljama, y, una vez que estuvo a la vista de las gentes, el pregonero gritó junto a la galería: «¡Oh gentes (Dios tenga misericordia de vosotros)! Este sujeto es Ahmad ibn 'Umar, el apodado Wāhib, [6 *r*] ladrón, criminal, que se come el dinero de los musulmanes con sus trapacerías... Conocedlo, pues, para evitarlo y guardaros de él. Si alguien tiene alguna

reclamación contra él y la declara, se le hará derecho y justicia, si Dios quiere... Habiendo mostrado en sus tratos y negocios con las gentes... mala intención, feos propósitos e inmoralidad manifiesta, enterado el Califa de su condición y del grande mal que produce, dio orden de..., con lo cual Dios puso fin a sus tropelías.»

Siguió el pregonero paseándolo ignominiosamente dos días consecutivos por el Mercado mayor, para que lo vieran los artesanos y las diferentes clases de mercaderes, dejándolo luego parado en la puerta de..., para pregonar contra él. Luego vino orden de meterlo en la cárcel, en la que permaneció... viles noticias.

[3]

Relato de la llegada de Bon Filio, embajador de Borrell, [señor de Bar]celona.

A fines de ša'bān de este año [= fines de junio 971], acampó el sāhib al-šurta caíd de Tortosa y de la cora de Valencia, Hišām ibn Muhammad ibn 'Utmān, [*6 v.*] en el campamento de Fahs al-surādiq, procedente de su demarcación. Lo acompañaba el conde Bon Filio ibn Sindarīt, hombre de confianza de Borrell hijo de Sunyer y adelantado suyo sobre sus castillos y principales ciudades, el cual traía una carta de su señor para el Califa al-Hakam, en la que le daba noticias suyas y le hacía conocer sus sentimientos de perfecta obediencia y vasallaje, así como sus deseos de conciliarse su gracia y atraérselo, mediante el regalo de treinta cautivos musulmanes, entre varones y hembras, que había reunido en su capital y en las fronteras de su territorio, sabedor de que este presente sería el más grato y caro para el Príncipe de los Creyentes y que se vería recompensado por él. Con Bon Filio venían veinte caballeros, de los más importantes súbditos y secuaces de Borrell. Venía también con él un embajador de Gītār (el ilustre conde, adelantado del príncipe Borrell sobre la ciudad de Barcelona, que ya había enviado una misión anterior a la corte, con una carta suya para el Califa), acompañado de tres caballeros de los suyos y portador de una carta de Gītār para el Califa.

El sāhib al šurta Hišām ibn Muhammad ibn 'Utmān partió con ellos el martes, último día de ša'bān [= 27 junio 971], con... y admirables pertrechos. Al llegar a la Puente de Córdoba, recibió orden de aposen-

tar a dichos extranjeros en la almunia de Nasr, a orillas del río, por lo cual se desvió hacia ella y los dejó allí aposentados. Luego Hišām se encaminó a Zahrā' y, una vez recibido por el Califa al-Hakam, dio cuenta de la llegada de los embajadores a éste, quien ordenó se les tratara con todo honor.

[4]

[*Primera recepción de Bon Filio*]

El [*7 r.*] sábado, día 4 de ramadán de este año [= 1 julio 971], se sentó en el trono, para recibirlos, el Califa al-Hakam, en el mihrāb del Salón oriental que da sobre los jardines, con sesión solemne, de organización perfecta, como las más sonadas que era costumbre celebrar en ocasiones parecidas. Fueron recibidos primero los visires, que se sentaron conforme a sus categorías. De entre ellos le ministraron, por la derecha, el visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, y, por bajo de él, el visir sāhib al-hašam Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, y, por la izquierda, el visir zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y por bajo de él, el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah.

Previamente se envió, en busca de los embajadores de Borrell, hijo de Sunyer, a Yahwar ibn al-Šayj, escoltado por un escuadrón del yund y acompañado por un pequeño grupo de importantes cristianos de Córdoba, en calidad de intérpretes; el cual vino con ellos, precedidos del regalo de Borrell al Califa al-Hakam, consistente en treinta cautivos musulmanes, entre hombres, mujeres y niños, sin contar cargas de brocado y de armas. Yahwar los condujo en seguida a los asientos que les estaban preparados en los salones del yund, del Alcázar de al-Zahrā', en espera de que todo estuviese dispuesto en la cámara del Califa.

Una vez que salió de la cámara el permiso para que entraran, lo hicieron precedidos del conde Bon Filio, al que seguían sus principales acompañantes y los cinco cristianos de Córdoba que habían de servirles de intérpretes. Llegados a la puerta del Salón del trono, se prosternaron, [*7 v.*] ... hasta que se acercaron al Califa, cuya mano besaron. Después retrocedieron, y, quedándose de pie, entregaron la carta de su poderdante. El Califa, luego de contemplarlos, les hizo preguntas acerca de cómo estaba su señor Borrell, el que los enviaba, y de la situación de su país; les hizo presente la buena impresión que la gente de éste producía en su ánimo, y les habló de cómo él les correspondía y recompensaba.

Los embajadores dijeron lo que se les ocurrió. Los intérpretes tradujeron unas y otras razones.

Terminada la sesión, Yahwar ibn-Šayj los devolvió a la almunia de Nasr, lugar de su alojamiento, acompañándolos con las tropas.

El Califa dio orden de que a los cautivos, que le habían sido regalados, se les entregaran socorros, para que pudiesen regresar a sus tierras, y así se hizo.

[5]

[*Versos de Ahmad ibn Ibrāhīm sobre las embajadas cristianas*]

Ahmad ibn Ibrāhīm, tesorero de al-Zahrā', dijo en un poema, felicitando al Califa por la ininterrumpida sucesión de embajadas cristianas que venían y acudían a su corte, solicitando su gracia:

[*tawīl*]

Este Ibn Sany[u], que es su rey,
ha pensado que lo más recto era someterse, y lo más seguro venir.
Ifranya y su gobernante te tienden la mano
y, si no te la tendieran, vendrían a ti maniatados.
Todo ello sirve de anuncio tanto a los de Oriente como del Occidente,
lo mismo que el deslumbramiento del relámpago anuncia el trueno.
[8 *r.*, *sólo la l. 1*] Sólo queda que [el Califa] se aposente en la Meca,
para echar de ella a los que merecen ser expulsados.

[6]

[*Recepción de Bon Filio en despedida*]

[*2 r.*, *l. 4*] El sábado [... de šawwāl] se sentó el Califa al-Mustansir bi-llāh [solemnemente] en el trono, en el Salón oriental del Alcázar de al-Zahrā' para una recepción [en el colmo] de la pompa y ornato Una vez todo en orden, fue enviado... ibn Yawšan, con un escuadrón de caballería, en busca del cristiano Bon Filio, de sus acompañantes y de los cristianos de Córdoba que les rodeaban y servían de intérpretes. Cuando comparecieron, fueron introducidos en la Cámara del Califa al

que saludaron con la reverencia debida. El Califa ordenó que se les diera la respuesta a la carta de su poderdante Borrell, y que se entregara a Bon Filio, su legado, un regalo importante, en correspondencia de los cautivos que había puesto en libertad y de los demás presentes de que habían sido portadores. Asimismo les hizo saber lo que habían de decir de palabra a Borrell sobre su actitud y cómo debían mantenerse dentro de los límites de su obediencia. Al salir Bon Filio con sus acompañantes, les fueron entregadas dádivas, ropas y monturas acomodadas a sus respectivas categorías. Y, una vez que les fue concedida licencia para tomar su camino, abandonaron Córdoba, de regreso, [2 *v.*] a mediados del mencionado mes de šawwāl.

[7]

[*Limosnas del Califa por ramadán*]

Con ocasión de la entrada del mes de ramadán de este año, siguió el Califa al-Mustansir bi-llāh su costumbre, casi nunca abandonada, de repartir limosnas, renovar obras pías, y hacer llegar buena parte de aquéllas a las gentes venidas a menos que disimulaban su pobreza. Sus donativos fueron públicos y secretos, generales y especiales, y con ellos Dios confortó a muchas gentes y aumentó sus medios de vida. Sus poetas le felicitaron por estos continuos repartos y generosidades; y así, dijo Farhūn ibn Asbag al-Ballūtī en un poema:

[*tawīl*]

... ...
... ... un imām por él de noche fue glorificado.
... ...
... obteniendo de Dios el mejor viático para la otra vida.
... ... sus limosnas,
para repartirlas, esperando la recompensa divina.
... ...conciliándose
con ellas al Elegido, al mejor de los Profetas, Ahmad.

[8]

[*Alarma por una incursión de los Normandos*]

A comienzos de ramadán de este año hubo alarma por los movimientos de los Mayūs Normandos (¡Dios los maldiga!), que habían aparecido en la mar septentrional con indudable propósito de encaminarse, según su costumbre, a las costas occidentales de al-Andalus.

Inquieto el Soberano por estas noticias, dio orden a 'Abd al-Rahmān ibn Rumāhis, el almirante, que a la sazón se hallaba en Córdoba, de salir para Almería y prepararse a navegar en dirección al Algarve; orden que cumplió el lunes día 6 del mencionado [3 *r*.] mes de ramadán [= 3 julio 971].

Asimismo mandó llamar al visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān —que en aquel momento se encontraba también en Córdoba— y tuvo con él una conferencia privada, en la que le habló de las inesperadas noticias que se habían recibido de tan temibles enemigos, y de su propósito de enviarlo contra ellos y de dirigir hacia ellos la aceifa, ya inminente, de aquel año, cuyo gobierno y preparación le confería, tanto por tierra como por mar, por cuanto conocía su capacidad, celo, inteligencia, penetración y suficiencia. A continuación le dio las instrucciones pertinentes, ordenándole que las cumpliera y se ajustara a ellas; le trató con la máxima familiaridad y confianza; lo encomendó a Dios (¡honrado y ensalzado sea!) y le mandó que comenzara inmediatamente sus preparativos. Al despedirse Gālib para salir, el Califa lo acompañó con sus bendiciones, pidiendo a Dios que le concediera a él y a los musulmanes su excelsa ayuda y un resultado feliz. ... ...

... ...

[9]

[*Anudamiento de banderas y salida de Gālib en campaña contra los normandos*]

En la mañana del jueves 15 de ramadán [= 13 julio 971] ordenó el Califa al-Mustansir bi-llāh trasladar... desde los almacenes de pertrechos del Alcázar de al-Zahrā' hasta la Casa de los visires..., delante de Durri

el pequeño, el tesorero, un cierto número de enseñas... pequeñas, por su proximidad a la puerta de la Casa de los visires hacia... sobre su ancho poyo de mármol; fijaron las lanzas... encima de él una almalafa blanca zahriyya, e hicieron en ella un lío atado con las enseñas que había orden de anudar allí encima de aquellas lanzas [3 *v.*] ... para enviárselas rápidamente al visir caíd Gālib, que apresuraba su partida.

El ṣāḥib al-ḥašam y visir Muḥammad ibn Qāsim ibn Tumlus, así como el caballerizo y ṣāḥib al-ḥašam Ziyād ibn Aflaḥ recibieron aviso de ir hacia aquel lugar desde sus estrados en la Casa de los visires, y, así que llegaron, deshicieron encima de la almalafa aquel lío atado, que se vio contenía tres enseñas de las más estimadas: el estandarte llamado el ʿUqda, el ʿAlam y el Šatrany [= el Ajedrez].

El jalīfa Durrī había hecho venir, para anudar estas banderas en sus lanzas al llamado Ibn ʿUqba, ʾarīf de los sastres, y había también convocado a Muḥammad ibn Yūsuf, cadí de Cabra, imām que dirigía la oración del Califa al-Mustanṣir bi-llāh, así como a los imāmes supererogatorios que el Califa tenía durante el mes de ramadán, acompañados de sus almuédanos.

Cuando Ibn ʿUqba tomó en sus manos la primera enseña, Muḥammad ibn Yūsuf empezó a recitar la azora [XLVIII]: «Te hemos concedido una victoria manifiesta...», haciendo que su final coincidiera con el momento en que Ibn ʿUqba terminaba de anudarla. Entonces todos los imāmes, almuédanos y waṣīfes que se hallaban presentes prorrumpieron en... frases, jaculatorias y exclamaciones piadosas... la enseña. Luego Ibn ʿUqba procedió a anudar el ʿAlam... y Muḥammad ibn Yūsuf con sus gentes se pusieron a recitar ... del excelso Alcorán, hasta que, acabado de anudar, lo rodearon los almuédanos..., entonando cuantas oraciones y plegarias pudieron [4 *r. hasta fin l. antep.*] ... su lanza enhiesta A continuación se procedió a hacer lo mismo con el Šatrany [= el Ajedrez]...

Acabada toda la ceremonia, el jalīfa Durrī, acompañado de los waṣīfes y los almuédanos portadores de las tres banderas, salió en dirección a la Puerta de la Azuda, cantando sin interrupción invocaciones y jaculatorias. Con ellos fueron también Ibn Tumlus e Ibn Aflaḥ. En la puerta les aguardaba un espléndido destacamento del yund, perfectamente armado, bien equipado y admirablemente engalanado, que rodeó a los portadores de las banderas, encaminándose todos a la puerta del visir caíd Gālib ibn ʿAbd al-Raḥmān, que les estaba esperando, preparado y dispuesto. Apenas llegaron, montó a caballo y partió para su

campaña, precedido de los pertrechos y municiones, así como de un cuerpo del yund, que ocupaban por completo la ruta; y así siguió para su destino.

[10]

Noticia de la muerte de Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, señor del Occidente y sus contornos.

El sábado 18 de ramadán de este año [= 15 julio 971] llegó de Ultramar la noticia de la muerte de Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, general del señor de Ifrīqiya, Ma'add [*1 r.*] ibn Ismā'īl al-Šī'ī, y gobernador suyo para el Occidente africano, al que habían dado muerte Ya'far y Yahyà, los llamados hijos de al-Andalusī, rebelados contra Ma'add con el apoyo de los Zanāta, que se habían pasado a la obediencia de los Califas Banū Umayya de al-Andalus.

El encuentro tuvo lugar en la zona occidental, durante una guerra que sostenían unos y otros y en la que tomaban parte los Banū Jazar y otros jefes beréberes que se habían sublevado contra Zīrī, abrazando el partido de al-Hakam al-Mustansir bi-llāh y luchando en su nombre; guerra en la que lograron el mayor de los triunfos.

Llegó 'Alī al-Bagdādī, kātib de Ya'far, con carta de éste para el Califa... de ramadán, y contaba cómo se había desatado en Ultramar una enconada lucha entre los secuaces de ambos partidos.

[11]

[Llegada de un embajador cristiano con noticias de los Normandos]

El sábado 25 de dicho mes de ramadán [= 22 julio 971] entró en Córdoba Silis [= ¿Ziniz?], embajador del Conde Gundišalb ibn Mumio, con una carta de éste, desde la ciudad de Astorga, en los confines de Galicia, fechada el domingo 12 de ramadán [= 9 julio 971], dando cuenta de que, el sábado anterior, los Mayūs (¡Dios los extermine!) se habían internado, a mediodía, por el río Duero y habían hecho una incursión hasta Santaver y su llanura, de la que volvieron sin lograr nada.

[12]

[*Requisa de víveres para la escuadra contra los Normandos*]

En la última decena del mes de ramadán envió el Califa al-Mustansir bi-llāh a los dos fatàs ya'farīes Mubārak y Mubaššir para que recorrieran las coras de Rayyu y Šidūna en requisa [*1 v.*] de víveres, y los enviaran a la escuadra que se estaba preparando para salir hacia la costa del Algarve.

[13]

[*Sale de Pechina la escuadra contra los Normandos*]

A fines de ramadán embarcó el sāhib al-šurta al-'ulyā y almirante 'Abd al-Rahmān ibn Rumāhis, con la escuadra, desde el puerto de Pechina con dirección a Sevilla, para luego navegar desde esta ciudad hacia la mar septentrional, en la que... los Mayūs...

[14]

[*Relación de la*] *Fiesta de la Ruptura del Ayuno,* [*correspondiente a este año*]

No apareció la luna nueva de šawwāl del año 360 la noche que se la esperaba, o sea la tarde del jueves 27 [de julio], en la vega de Córdoba y en parte de sus distritos; pero sí en la mayoría de las coras de al-Andalus y en Ultramar. De suerte que la gente de estas tierras rompió el ayuno el jueves, mientras los habitantes de Córdoba y de sus contornos lo hicieron el viernes, que fue el día 28 de tammūz [= julio].

El Califa al-Mustansir bi-llāh, una vez hecha la oración de la fiesta, se sentó, para recibir las felicitaciones del ejército, en el mihrāb del Salón oriental del Alcázar de al-Zahrā', el que da sobre la Azotea

superior y se asoma al maravilloso jardín, en recepción solemne, análoga a las más fastuosas y de más célebre pompa celebradas por él.

Asistieron a ella las diferentes clases sociales. Ocuparon la cabecera los Hermanos; los lados del salón, los visires; la parte central, los funcionarios de las diversas clases de servicios, y el resto, los clientes importantes y los habitantes distinguidos de Córdoba. De los Hermanos, se sentaron, [2 r. *hasta la l. 4*] a la derecha, el hermano uterino Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz, y, por bajo de él, Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, y, a la izquierda, al-Asbag Abū-l-Qāsim. Los visires lo hicieron a continuación de ellos, en uno y otro lado, dejando sendos espacios vacíos, según la costumbre.

Previamente habían sido avisados para que comparecieran [4 r. *l. 2 a. i.*] los recién llegados Tuyībíes, hijos de Muhammad ibn Hāšim. Su jefe, Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim, recibió orden de esperar [4 v.] donde lo hacían los visires y de sentarse entre ellos, para entrar cuando ellos lo hicieran. Llevaba ceñida, como honor, en lugar de manto, una espada de las que llevan las gentes más allegadas al Califa. Se sentó en la fila de la derecha, a continuación del visir 'Abd al-Rahmān ibn Mūsà ibn Hudayr, dejando un espacio vacío.

En este día ministraron al Califa, por la derecha, el visir zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y, por bajo de él, el mawlà del Califa y zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah; y, por la izquierda, el visir sāhib al-hašam Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, y, por bajo de él, el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah. Seguían a continuación los ashāb al-šurta al-'ulyā y al-wustà, los ashāb al-majzūn, los tesoreros, los 'urrād y las demás clases de funcionarios, con arreglo a sus respectivas categorías.

Estuvieron también presentes el cadí mayor Muhammad ibn Ishāq ibn al-Salīm, los hukkām, los ashāb al-šurta al-sugrà y al-radd, los descendientes de los Omeyas, los principales y más distinguidos Qurayšíes, y los mawlàs de familias nobles; más los mawlàs militares; más los cadíes de las coras, los alfaquíes jurisconsultos, los 'adūles y los habitantes distinguidos de Córdoba; todos los cuales fueron recibidos, grupo tras grupo, y se adelantaron a saludar uno por uno. Seguían luego los jefes más distinguidos del yund, conforme a sus categorías, y una selección de las diferentes clases de negros 'abīd. Todos ellos lograron el fin que se proponían de ver a su Califa.

Previamente se había dado orden a 'Abd al Rahmān ibn Muhammad ibn Hāšim [5 r.] al-Tuyībī de esperar donde lo hacían los ashāb

al-šurta y de sentarse entre ellos, ciñendo una de las espadas de las gentes allegadas al Califa, conforme se había hecho con su hermano Yahyà, ... y de quedarse de pie entre los que ministraban por el lado izquierdo, debajo de... Asimismo se había avisado a su hermano Hāšim ibn Muhammad ibn Hāšim... de su hermano 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Hāšim, los Tuyībīes, ... y se les prescribió que esperasen donde lo hacían los 'urrād y avanzasen cuando ellos lo hicieran. Uno y otro, como honor especial, ceñían también espadas de las gentes allegadas al Califa. Todos los que estaban en el salón hicieron patente el buen juicio que les merecían y la satisfacción que experimentaban con su presencia.

Durante la solemnidad estuvieron compitiendo oradores y poetas con los abundantes y excelentes discursos que improvisaron y poemas que recitaron, respectivamente. De entre los poetas, el primero que se levantó delante del Califa fue su decano Tāhir ibn Muhammad al-Bagdādī, conocido por al-Muhannad, para recitar un largo poema suyo al que pertenecen estos versos:

[*kāmil*]

Si no fuese por el Imām acepto a Dios y por su hijo,
no podrían las lenguas componer versos.
Al ver Dios que este rey era la mejor de sus criaturas,
le otorgó el mejor de los rangos de la gloria,
y lo asentó en una dignidad más alta
que la faz del sol, que por bajo de él nace.
Cuando primero resplandecen y llueven luego sus dádivas,
engendran tanta fertilidad como la nube brillante.
[*5 v., 4 primeras líneas*] Cuando se enoja contra el enemigo, a porfía [avanzan
rojas muertes entre blancos hierros de lanza.
Y cuando los sentidos de los inteligentes se turban,
su serenidad es tan firme como los cimientos del [monte] Yadbul,
porque es un mar de ciencia asistida de la prudencia,
como el agua del mar está ceñida por los montes.
Siendo el último en su excelso cargo, ha adelantado a los primeros:
he aquí como el postrero se pone delante de todos.
... ...
... ...

[15]

[Noticia trunca. Enumeración de nombres]

... *[8 r., l. 2]* [sāhib] al-majzūn; 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà ibn Dabīl; Muhammad ibn... ibn Yahwar el 'ārid; Muhammad ibn Rabīb Abū Jalūf al-Yazīrī; ... ibn Ahmad al-Šatrakī, y otros.

[16]

Relato de cómo Ya'far ibn 'Alī, conocido por Ibn al-Andalusī, gobernador de Masīla y de sus contornos, en tierras del Magrib, se separó de su imām Ma'add ibn Ismā'īl al-Šī'ī, señor de Ifrīqiya, acercándose al Califa al-Hakam al-Mustansir bi-llāh, señor de al-Andalus; de cómo, al apartarse de su señor, se unió a los otros enemigos de éste, los beréberes Zanāta, que habían abrazado anteriormente el partido ortodoxo de al-Hakam; de cómo uno y otros se pusieron de acuerdo contra Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, gobernador de Ma'add en las tierras del Magrib y enemigo de Ya'far; de cómo, buscando congraciarse con al-Hakam, mataron a Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, cuando éste los atacó de improviso, intentando apartarlos de su camino; de cómo Ya'far y Yahyà, su hermano, con sus descendientes, se apresuraron a pasar a al-Andalus, ofreciendo la cabeza de Zīrī, abandonando el partido šī'ī y abrazando el ortodoxo omeya; y de la buena acogida y honra [8 v.] *que encontraron en al-Hakam.*

Cuenta el tradicionalista Muhammad ibn Yūsuf ibn 'Abd Allāh al-Warrāq, en sus Noticias del Magrib [Ajbār al-Magrib] *que Ya'far y su hermano, los que huyeron a la patria de su abuelo en al-Andalus, eran hijos de 'Alī ibn Hamdūn ibn Simāk ibn Sa'īd ibn Ibrāhīm... ibn Ahmad ibn 'Abd al-Hamīd al-Yudāmī.*

Este 'Abd al-Hamīd fue el primero que entró en al-Andalus, procedente de Siria... Se estableció en al-Andalus en la cora de Elvira, en el pueblo de..., uno de los que dependían de Qal'at Yahsub [= *Alcalá la Real*]. *Luego Hamdūn, uno de sus descendientes, abuelo de estos dos de ahora, fue el que se trasladó a Bugía y se estableció junto a uno de sus ríos, en un pueblo llamado Qaštūliya, donde afincó con su descendencia.*

ʿAlī partió solo hacia Oriente, con el propósito de hacer la peregrinación a la Meca, el año 287 [= 900], cuando él contaba dieciocho; pero, habiendo caído en tierras de Kutāma, se casó en ellas y entró en relación con el dāʿī Abū ʿAbd Allāh, cuyo partido nacía allí, y, como lo cautivara y se apoderase de su corazón, abrazó su secta. Hasta entonces se llamaba Taʿlaba, que era el nombre que le había impuesto Hamdūn, su padre; pero el dāʿī Abū ʿAbd Allāh se lo cambió por el de ʿAlī. Siguió con el dāʿī e hizo progresos en su «sahāba», hasta que Abū ʿAbd Allāh venció a Ibn al-Aglab, y, habiéndose apoderado de Ifrīqiya, se la entregó a su imām ʿUbayd Allāh el Šīʿī. [9 r.] ʿAlī, con su natural listeza, continuó haciendo buena papel al lado de ʿUbayd Allāh, que lo envió a Oriente para una de esas comisiones en que suelen ocuparse los reyes. Como la desempeñara bien, aumentó, a su regreso, en el favor de ʿUbayd Allāh, quien lo puso al lado de su hijo y heredero Abū-l-Qāsim, a cuyo servicio se dedicó y a cuya sombra creció en favor y logró honrado puesto. Con él salió por tierras del Magrib el año 315 [= 927-8], y Abū-l-Qāsim, que había probado su talento y se había decidido a edificar de nueva planta la ciudad de Masīla, confió su construcción a este ʿAlī ibn Hamdūn, y, una vez terminada, lo puso al frente de ella.

Siguió, en efecto, ʿAlī en esta ciudad, cuya prosperidad hizo crecer, y se decidió a quedarse en ella. Su hijo Yaʿfar residía a la sazón en su casa de Mahdiyya, junto con su madre, Maymūna bint ʿAlāham al-Yīlī, de una rama de los Kutāma; pero, una vez acabada la construcción de Masīla y provista la ciudad de murallas, ʿUbayd Allāh al-Šīʿī hizo que Yaʿfar y su madre fueran a reunirse en ella con su padre y esposo. De esta suerte, ʿAlī congregó en Masīla a todos los suyos, y ya no se movió de ella. Ocurría todo esto el año 317 [= 929-30].

Muerto ʿUbayd Allāh y habiéndole sucedido Abū-l-Qāsim, el año 322 [= 933-34], ʿAlī ibn Hamdūn se encaminó a Mahdiyya para dar a Abū-l-Qāsim el pésame por su padre y felicitarle por su entronización, y durante su ausencia, que duró varios meses, dejó a su hijo Yaʿfar como lugarteniente suyo en Masīla. Posteriormente, y en otras ocasiones en que tuvo también que ir desde Masīla a visitar a su soberano, [9 v.] era siempre suplido en la ciudad por su hijo Yaʿfar, que había ya dado muestras de independencia de juicio y de energía, así como de poseer dotes de ilustración y distinción, que andaban en lenguas de las gentes e inclinaban en su favor los corazones.

Bastante después de todo esto fue la aparición de Abū Yazīd Majlad

ibn Kardād al-Tākrunnī, el que promovió tan grande hostilidad contra los Šī'íes; y a 'Alī ibn Hamdūn, que con motivo de estas guerras hubo de sortear precipicios espantables, le ocurrió, en una de sus expediciones que, habiendo de pasar por un ribazo muy poco consistente, alto y de mucho fondo, cayó en el precipicio, y su caballo encima, con lo cual se le rompieron brazos y piernas y murió de la caída. Ocurrió este suceso en rabī' II del año 334 [= noviembre-diciembre 945].

Le sucedió su hijo Ya'far en el gobierno de Masīla, y por mucho tiempo la rigió y habitó en ella, con muy buena opinión de su Soberano, si bien lleno de odio y resistiendo en cuanto podía a Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, cuya jurisdicción era vecina a la suya en tierras del Magrib.

Un día, sin embargo, el mencionado Zīrī ibn Manād, gobernador del señor de Ifrīqiya, Ma'add ibn Ismā'īl, sobre el distrito del Magrib, logró matar a su enemigo Muhammad ibn al-Jayr ibn Jazar, emir de los Zanāta, que defendía el partido de los Banū Umayya, reyes de al-Andalus; y, entre las cosas de este Muhammad ibn al-Jayr de que se apoderó Zīrī, figuraba un caballo, corcel de pura raza, que había sido de su imām el señor de Ifrīqiya Ma'add ibn Ismā'īl; que éste había puesto a la disposición de Ya'far ibn 'Alī, y que este último había regalado posteriormente a Muhammad ibn al-Jayr. Zīrī se apresuró a enviárselo a Ma'add, junto con una carta, encontrada en casa de Ibn Jazar, [10 r.] en la que Ya'far ibn 'Alī escribía de su puño y letra a los Zanāta para señalarles los puntos flacos de Zīrī y ponerles en guardia contra su acometida, una vez que supo que se dirigía contra ellos. Estos envíos produjeron a Ma'add la peor impresión; y así, dijo sobre Ya'far muy malas palabras y amenazas de muerte; cosas que uno de los espías que en la corte tenía Ya'far escribió a éste, informándole de lo ocurrido. Por su parte, Ma'add se dirigió también a Ya'far, destituyéndolo del gobierno de Masīla y ordenándole que se encaminase a verlo, a la corte, con todas sus mujeres, hijos y bienes. En un párrafo de la carta, y para confundirlo, le daba el pésame por la muerte de su amigo Muhammad ibn al-Jayr y le contaba la historia del caballo que, conforme dijimos, le había devuelto Zīrī. «¡Dios aumente tu retribución—le escribía—por el dolor que te ha causado la muerte de tu amigo entrañable! El cual, por cierto, nos combatía muy a gusto sobre el caballo que un día, privándonos de él en tu favor, te regalamos con ocasión de tu partida.» Al recibir esta carta, Ya'far ibn 'Alī se sintió perdido y se dio por muerto, sin remedio. Por ello, sin perder tiempo, salió de Masīla con su hermano Yahyà, a fines de yumādà II del año 360 [= abril 971],

llevándose todas sus mujeres, hijos, esclavos y privados, así como todos aquellos de sus bienes y riquezas que le fue posible trasladar.

Fue a refugiarse entre los Banū Jazar, emires de los Zanāta, que defendían el partido del Califa, y, puestos todos de acuerdo contra Ma'add el Šī'ī, se declararon partidarios del Califa al-Mustansir bi-llāh, lo proclamaron públicamente y alzaron por él sus banderas. Ya'far, junto con ellos, atravesó el Sahara, en busca de Zīrī, hasta que, al llegar al Muluya, se encontraron, en efecto, con Zīrī ibn Manād, que [10 v.] *había reunido sus fuerzas para hacerles frente. Trabado un violento combate, cayó en él Zīrī ibn Manād con muchos de sus hombres, el jueves 10 de ramadán de este año* [= *7 julio 971*], *cerca del Muluya. Fue esta batalla una de las más importantes, de mayor resonancia y de más odiosa recordación, pues en ella los Zanāta cercaron al ejército de Zīrī, sembraron la muerte en sus filas y tomaron de él implacable venganza.*

Abū Ya'far ibn al-Yazzār menciona también esta batalla en su historia titulada al-Ta'rīf fī ajbār Ifrīqiya [Información sobre las noticias de Ifrīqiya], *y dice así:*

El viernes 22 de yumādà II del año 360 [= *22 abril 971*], *salió Ya'far ibn 'Alī ibn Hamdūn al-Andalusī de Masīla—que es la ciudad llamada en el Magrib Muhammadiyya—, de la cual era emir, como antes lo había sido su padre, en dirección a Mansūriyya, capital del imām al-Mu'izz li-dīn Allāh, que lo había llamado a ella; y salió rodeado de su ejército, llevándose sus hombres, esclavos, pertrechos, armas y bienes de fortuna. Tomó el camino de Qayrawān; pero no se había alejado mucho, cuando torció con todo cuanto llevaba en dirección al Magrib, donde se unió a los Zanāta, se declaró en rebeldía, e hizo público que el motivo de su actitud era su enemistad con Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, vecino suyo en el distrito del Magrib, por cuanto Zīrī le hostilizaba y perjudicaba en su territorio y atacaba a* [11 r.] *las cabilas beréberes establecidas en su jurisdicción de Masīla.*

La realidad era que Zīrī había puesto por obra su propósito y empeño de suprimir a los nómadas beréberes, que cometían por aquellas tierras todo género de desórdenes y salteaban los caminos, y que para lograrlo los perseguía dentro del distrito de Ya'far, violando las garantías que éste les tenía dadas. Pero Ya'far tomó tal actitud como pretexto para traicionar a su soberano, no obstante los manifiestos beneficios que éste le había dispensado a él, y anteriormente a su padre. Cometía, pues, un

feo perjurio y se exponía a graves peligros uniéndose a los insolentes Zanāta para merodear con ellos.

Enterado Zīrī de estos sucesos, quiso precipitarse al encuentro de Ya‘far, antes de que su rebeldía tomase mayores vuelos, y lleno de confianza en sí mismo y en los que le acompañaban (en ocasión en que su primogénito Yūsuf ibn Zīrī, más conocido por Buluggīn, jefe de su caballería y conductor de sus campañas, se hallaba ausente, en los confines del distrito), salió apresuradamente para atacar a Ya‘far en el lugar en que lo sabía reunido con los Banū Jazar, y con los Zanāta que acompañaban a estos últimos, durante el mes de ramadán del citado año [= julio 971], y se lanzó contra ellos. Los dos bandos trabaron y riñeron violento combate. Zīrī, encendido e irritado, avanzó para incitar al avance a sus heroicos hombres, y, con el exceso de valentía y arrojo que había en él, llegó hasta el centro mismo del campo de batalla, pero allí su caballo tropezó y lo derribó, y, aunque los hombres de su guardia quisieron echarse encima, para cubrirlo y salvarlo, los Zanāta no les dejaron acercarse. [11 v.] Siguió el combate, empeñadísimo por ambas partes, y murieron en él muchos, tanto de los secuaces como de los enemigos de Zīrī, hasta que los primeros se vieron obligados a replegarse en patente derrota.

Los Zanāta cortaron la cabeza de Zīrī para enviársela al soberano de al-Andalus, al-Hakam ibn ‘Abd al-Rahmān, y escogieron por jefe a Ya‘far ibn ‘Alī. Este había manifestado, en efecto, su intención de quedarse con ellos, y había despachado para al-Andalus a su hermano Yahyà ibn ‘Alī, acompañado de algunos de sus hombres, para que viesen a al-Hakam, se congraciaran con él por lo que habían hecho, y le pidiesen su ayuda. Pero, una vez que se quedó, sintió miedo Ya‘far ibn ‘Alī de la maldad y engaños de los Zanāta, y usó de secretas industrias para huir a al-Andalus, cosa que logró por fin, pasando la mar en un barco que se había reservado. Cumplido su propósito y llegado a al-Andalus, al-Hakam, soberano de este país, le dio buena acogida y honró; y Ya‘far permaneció junto a él, y a su lado le acontecieron sucesos prósperos y adversos.

El propio Ya‘far cuenta en su libro que el que mató por su mano a Muhammad ibn al-Jayr ibn Jazar, emir de los Zanāta, a comienzos de este año de [3]60, en el que Zīrī ibn Manād arremetió contra su enemigo, fue Yūsuf ibn Zīrī, y no Zīrī mismo.

Al-Rāzī resumió estos hechos, diciendo:

El jueves 16 de rabī' II del año 360 [= 16 febrero 971], hubo un encuentro entre Yūsuf ibn Zīrī ibn Manād, al-Sinhāyī, más conocido por el nombre de Buluggīn, y Muhammad ibn al-Jayr [*12 r.*] ibn Muhammad ibn Jazar, emir de los Zanāta, en el que Buluggīn derrotó a su adversario, hirió a muchos de sus hombres y mató a buen número de sus familiares y parientes. Cuando Muhammad se convenció de que estaba cercado, se apoyó en su espada y se dio la muerte, por vergüenza de caer en manos de Buluggīn, cometiendo con ello un hecho extraordinario, cuya fama se extendió por todas las tierras del Magrib.

Volvamos ahora a coger el hilo de las palabras de al-Razī sobre la historia de Ya'far al-Andalusī.

[17]

[*Ya'far ibn 'Alī y los Banū Jazar entran en relación con el Califa*]

Dice 'Isà ibn Ahmad:

Tan pronto como los emires Banū Jazar, los beréberes Zanāta que les acompañaban y su favorecedor Ya'far ibn 'Alī lograron contra su enemigo Zīrī ibn Manād aquella completa victoria que sobrepasó sus esperanzas, Ya'far se apresuró a enviar hacia al-Andalus a su kātib 'Alī al-Bagdādī con una carta suya para el Califa, en la que se ponía a sus pies, abrazaba su partido, y le rogaba que aceptase su arrepentimiento y le contase entre los que reconocían su derecho y se guiaban por sus directrices. Dicho kātib, primero de sus embajadores, llegó a la cancillería del Califa al-Hakam en el momento antes mencionado, y se le trató honradamente, con elogios para quien lo enviaba.

Poco después envió Ya'far tras él, hacia al-Andalus, a su hermano Yahyà ibn 'Ali con un pequeño grupo de notables de los Banū Jazar, que se apresuraron a llevar al Califa al-Hakam las cabezas de Zīrī ibn Manād y de sus principales secuaces (mientras los emires de los Banū Jazar quedaban en sus puestos, para hacer frente a Yūsuf ibn Zīrī, que venía a vengar a su padre, retardando en lo posible su acometida), con objeto de que se informasen de la opinión del Califa al-Hakam sobre los sucesos, le pidiesen ayuda contra las represalias que Yūsuf no dejaría de tomar contra ellos, y le suplicasen [*12 v.*] la aceptación del acta juramento de fidelidad que iban a hacer en su presencia.

[Noticia del desembarco de Yaḥyà ibn ʿAlī y de los Banū Jazar]

El miércoles 7 de šawwāl de ese año [= 3 agosto 971], se supo, por noticias llegadas de la costa meridional, que Yaḥyà ibn ʿAlī, conocido por Ibn al-Andalusī, había desembarcado en el puerto de ¿Mahmala?, del distrito de Pechina; que los representantes enviados por los Banū Jazar lo habían hecho en el de Almería; que ambos desembarcos habían ocurrido el lunes 5 de šawwāl [=1 agosto 971]; y que los magnates de los Banū Jazar llegados a Almería eran los siguientes: ʿAbdūn ibn al-Jayr ibn Muḥammad ibn Jazar, Masʿūd ibn ʿAṭiyya ibn ʿAbd Allāh ibn Jazar y Muqātil ibn Abī Jazrūn ibn Abī-l-ʿIzz ibn Jazar.

[19]

[ʿAlī al-Bagdādī sale al encuentro de Yaḥyà ibn ʿAlī.]

El sábado 16 del mismo mes de šawwāl [= 12 agosto 971] partió ʿAlī al-Bagdādī, kātib de Yaʿfar ibn ʿAlī y el primero de todas estas gentes que llegó a al-Andalus, con dirección a Pechina, al encuentro de Yaḥyà ibn ʿAlī y de los Banū Jazar, para aconsejarles y darles prisa, además de para cumplir otras instrucciones que llevaba de atenderlos e interrogarlos.

[20]

[Partida de funcionarios cordobeses al encuentro de Yaḥyà ibn ʿAlī]

El sábado 23 del mismo mes [= 19 agosto 971] salieron Ṭāyīt ibn Muḥammad y el ṣāḥib al-majzūn Aḥmad ibn ʿAbd Allāh con dirección a Pechina, al encuentro de Yaḥyà ibn ʿAlī, de los familiares que le acompañaban y de los Banū Jazar que venían con él. Llevaban ambos consigo, para transporte y comodidad de los recién llegados, 68 caballos, algunos de ellos con bridas mufarragas y sillas muʿarraqas; más 150 mulas de carga para el traslado de las impedimentas; más las tiendas necesa-

rias para albergarlos, es a saber: cuatro de cuero, de 50 banīqas [= paños], con todos sus tapices y utensilios; tres [*13 r.*] de lino; 44 jibā's de lino, de las usadas por los negros 'abīd, y 20 jibā's de lana, de las usadas por los tanyiyyīn.

Partió también con ellos un grupo de funcionarios de las caballerizas reales y de los fursān al-riyāda, más buen número de ... jamsiyyīn [o jumsiyyīn] y yund, con grandes cantidades de tapices, cobertores y las tiendas necesarias para albergarlos, con objeto de ponerse a su servicio y contribuir a su honrado recibimiento.

[21]

[*Invitaciones para asistir a la entrada solemne de Yahyà ibn Alī en Córdoba*]

El lunes 3 de dū-l-qa'da de este año [= 28 agosto 971] se escribió a los caídes y 'ummāl de las coras militarizadas de al-Andalus, para que enviasen a sus personajes más distinguidos y representativos con objeto de asistir a la entrada solemne de Yahyà ibn 'Alī y de los Banū Jazar, los que traían las cabezas del general de Ma'add, señor de Ifrīqiya, Zīrī ibn Manād al-Sinhāyī, y de sus compañeros más importantes; cabezas que habían sido cercenadas en la batalla, antes mencionada, que concluyó con la derrota de Zīrī.

[22]

[*Imprevisto desembarco en al-Andalus de Ya'far ibn 'Alī*]

El miércoles 5 de ese mismo mes [= 30 de agosto 971] desembarcó, de una manera imprevista, en el puerto de Bizilyāna, de la jurisdicción de la cora de Rayyu, Ya'far ibn 'Alī, jefe de toda la gente anteriormente llegada, acompañado de sus mujeres e hijos, así como también de sus hombres más allegados y de sus mawlàs y 'abīd de confianza, escapando de los beréberes Zanāta y acogiéndose con toda prisa al sagrado del Califato.

Al separarse de su imām Ma'add y dejarlo a cara descubierta, había pensado primeramente permanecer en Ultramar en tanto enviaba hacia

al-Andalus a su hermano Yahyà y a los principales Banū Jazar, con objeto de que explorasen la opinión del Califa al-Hakam sobre el abandono que habían hecho de la causa de Ma'add, enemigo de dicho Califa, y viesen qué podía esperarse de éste en correspondencia. Pero más tarde decidió [13 v.] acogerse a la Puerta de la Azuda del Príncipe de los Creyentes, con sus mujeres y sus hijos, para disfrutar de tranquilidad y sosiego.

La noticia de su desembarco en el puerto antes mencionado llegó a Córdoba el viernes 7 de dū-l-qa'da [= 1 septiembre 971], y al punto se procedió a preparar su venida y a tomar las providencias necesarias para salir a su encuentro.

[23]

[Partida de Muhammad ibn Abī 'Āmir al encuentro de Ya'far ibn 'Alī]

El martes 11 de dū-l-qa'da de este año [= 5 septiembre 971], partió de Córdoba el sāhib al-sikka y al-mawārīt y cadí de Sevilla Muhammad ibn Abī 'Āmir, fatà al-dawla, al encuentro de Ya'far ibn 'Alī. Llevaba consigo cuatro corceles de raza y una mula blanca, escogidos entre las monturas reales y con sillas y bridas del Califato, como regalo para Ya'far; más 50 buenos caballos del ejército, ensillados y embridados, para el traslado del séquito; más 200 acémilas para transportar la impedimenta; más tiendas lujosas y amplios pabellones, sin contar otras qubbas medianas y jibā's, en número parecido al de las que fueron enviadas a su hermano Yahyà y a los Banū Jazar que venían con él, y de las que ya se ha hecho mención. Llevaba también un cierto número de fardos con preciosos tapices, magníficos cobertores y toda clase de vasos, utensilios y cosas parecidas; todo ello para recibir con la mayor honra a Ya'far y a los familiares y otras personas que le acompañaban.

[24]

[Envío de literas para el viaje de las mujeres de Ya'far ibn 'Alī]

El jueves, al tercer día de la salida de Ibn Abī 'Āmir, partieron de Córdoba en pos suyo un cierto número de mulas robustas y tran-

quilas, de las destinadas a llevar jamugas, cargadas con literas y palanquines de escogida factura y adornadas con preciosos cobertores y telas, [*14 r.*] con el fin de ocultar a las mujeres de Ya'far en su viaje a la capital.

[25]

[*Traslado y llegada a Córdoba de todos los expedicionarios*]

Hubo noticias de que Ibn Abī 'Āmir, el enviado por el Califa al encuentro de Ya'far, había llegado a su destino el domingo 16 de dū-l-qa'da [= 10 septiembre 971], en el mismo puerto en que había desembarcado Ya'far, a oriente del pueblo de Bizilyāna, del distrito de Málaga y a cuatro millas de esta ciudad; que se había reunido con él para darle la bienvenida y pedirle albricias; que le había hecho entrega de todos los regalos, antes dichos, enviados para él por el Califa; y que había encontrado al lado de Ya'far a Basīl y a 'Abd al-Hamīd ibn Basīl, 'āmiles de la cora de Rayyu, que no se separaban de él por si necesitaba alguna cosa.

Permanecieron todos juntos en aquellos reales el lunes y el siguiente martes 18 de dū-l-qa'da [= 12 septiembre 971], salvo que Ya'far envió por delante, el martes mismo, parte de sus hijos y de su impedimenta a la ciudad de Málaga. Al día siguiente, miércoles 19 [= 13 septiembre 971], el sāhib al-sikka Muhammad ibn Abī 'Āmir, enviado por el Califa en busca de Ya'far, se puso en camino con éste y con sus acompañantes, por las jornadas regulares, custodiando a las mujeres, hasta llegar el viernes 21 de dicho mes [= 15 septiembre 971] al pueblo de Aqua Mara [= ¿Agua Amarga?]. Allí se reunió con Muhammad ibn Abī 'Āmir un gulām del Califa al-Hakam, portador de seis caballos de pura raza árabe, con sillas y bridas del Califato, como nuevo presente para Ya'far ibn 'Alī y para que éste pudiera cambiar de montura durante el viaje. Al serle entregados, dio muestras de gran contento y exteriorizó su gratitud.

Al día siguiente, sábado [22 = 16 septiembre 971], siguieron su camino hacia la ciudad de Cabra, donde se les unieron el sāhib al-majzūn Tāyīt ibn Muhammad y Ahmad ibn 'Abd al-Malik, los que habían ido en busca de [*14 v.*] Yahyà ibn 'Alī y de los Banū Jazar. Ese mismo día se congregaron todos en el real de Motilyāna, cerca de la ciudad de Cabra. Al acercarse Yahyà de su hermano Ya'far, echó pie a tierra y

se acercó a saludarlo; pero Ya'far le mandó volver a cabalgar. Pasaron *aquella noche en el real de* Motilyāna, cerca de la ciudad de Cabra, y el *domingo [23 = 17 septiembre 971]* continuaron su camino, para acam*par en ¿Atana?, del distrito de Córdoba.* Al siguiente día, lunes 24 de *dū-l-qa'da [= 18 septiembre 971]* acamparon en el Fahs al-surādiq, al *extremo oriental de Córdoba,* salvo las mujeres de los dos magnates *Ya'far y Yahyà,* que torcieron hacia la almunia, situada en al-Šamāmāt *[o al-Šāmāt],* a orillas del Guadalquivir, que toma nombre del Her*mano Abū-l-Hakam ibn al-Qurašiyya.* Iban ocultas en las literas, según *lo ordenado por el Califa para honrar a Ya'far y Yahyà y para extremar la guarda y ocultamiento de dichas mujeres de entrambos. Y más tarde se dio orden de que, al cerrar la noche, los eunucos ashāb al-rasā'il y los almocademes las condujesen en secreto, con hombres de confianza, a la medina de Córdoba,* llevando a las mujeres de Ya'far a la casa que estaba destinada a éste, y que toma nombre de Yūsuf ibn Sulaymān, conocido por Ibn al-Bayyānī, y a las mujeres de su hermano Yahyà a la casa que toma nombre de al-Qāsim ibn Ya'īš, recién comprada de sus herederos; orden que se cumplió aquella misma noche.

[26]

Descripción de cómo estuvo organizado el alburūz militar dispuesto para solemnizar la entrada de estos dos [15 r.] magnates, el día de su arribada a Córdoba, hasta que llegaron a la sede del Califato.

En la mañana del martes, día 25 de dū-l-qa'da [= 19 septiembre 971] dispuso el Califa al-Mustansir bi-llāh que su mawlà, el sāhib al-šurta al-'ulyā Ahmad ibn Sa'd al-Ya'farī, acompañado de diversos cuerpos del yund, de los wufūd y de los jurs [= los mudos], que tenían orden de cabalgar con él en formación y con equipos completos, fuese hasta el lugar en que se hallaban acampados Ya'far y Yahyà, y los Banū Jazar que con ellos venían, en el real del Fahs al-surādiq; que los introdujese en Córdoba y que cruzase la ciudad con ellos hasta llevarlos a la almunia que toma nombre de Ibn 'Abd al-'Azīz, informándoles de que habían de habitar en ella hasta que se preparase su entrada oficial en Córdoba.

Ibn Sa'd lo tuvo todo bien dispuesto, y, una vez que llegaron los

escuadrones de tropas que habían de cabalgar con él y que se hallaron bien organizados, salió con ellos del Alcázar de al-Zahrā', ocupando por completo la llanura, hasta llegar a la puerta del pabellón que ocupaban los dos magnates Ya'far y Yahyà, hijos de 'Alī. Delante de dicho pabellón se alzaba la cabeza de Zīrī ibn Manād, clavada en una alta lanza enhiesta, rodeada de las cabezas, en número de ciento, de sus compañeros, los fanáticos perseguidores de la gente de la Zuna, clavadas también en altas picas.

Estas cabezas fueron cogidas por los jinetes de los jurs [= los mudos], que tenían encargo de llevarlas, en cuanto Ahmad ibn Sa'd dio orden de cabalgar a Ya'far y a sus acompañantes. Cabalgaron, pues, todos, rodeados de los funcionarios del gobierno que habían salido a su encuentro, entre los que se hallaban: el sāhib al-sikka y cadí Muhammad ibn Abī 'Āmir; el sāhib al-majzūn Tāyit ibn Muhammad; Ahmad ibn 'Abd al-Malik; y Basīl y 'Abd al-Hamīd, hijos de Ahmad ibn 'Abd [*15 v.*] al-Hamīd ibn Basīl, caídes de la cora de Rayyu. Las tropas giraron y dieron la vuelta con una organización análoga a la de la venida. Iban delante las malditas cabezas, en fila continua, precedidas por la del que las hizo caer, Zīrī ibn Manād, colocada más alta que todas. Seguían las tropas, cuerpo tras cuerpo y escuadrón tras escuadrón. A continuación marchaba el cortejo de Ya'far y Yahyà, y también el de sus acompañantes los Banū Jazar, pues el caíd Ahmad ibn Sa'd, cumpliendo órdenes recibidas, los honró grandemente con permitir que formasen parte del cortejo, cosa que llenó de alegría a su jefe Ya'far ibn 'Alī. Detrás de estas tropas y cortejos iban los formados por las gentes principales de Córdoba y los personajes importantes de las coras y de sus guarniciones, así como las diputaciones de las diferentes provincias que habían sido invitadas a presenciar la ceremonia y se habían agregado a los anteriores; todos los cuales formaban dos filas desde el campamento hasta la puerta de la almunia de Ibn 'Abd al-'Azīz.

Una vez llegados a la Puerta de la Azuda del Alcázar de Córdoba, fueron allí recibidos por nutridos contingentes, en perfecta formación, de mahāris, oficiales con cotas de malla y gentes de los arrabales de Córdoba, armados de punta en blanco, que ocupaban por completo los espacios libres y atosigaban explanadas y plazuelas. Ese día ocupaba el sitial de la šurta, sobre el estrado del gobierno de la medina, junto a la Puerta de la Azuda (una de las puertas del Alcázar del Califato), el sāhib al-šurta al-'ulyā y caíd de Valencia y Tortosa Hišām ibn Muhammad ibn 'Utmān, como lugarteniente de su tío paterno el visir y [*16 r.*]

zalmedina Ya'far ibn 'Utmān, mientras en la balaustrada de la Puerta de los Jardines se hallaba Muhammad, el hijo del visir Ya'far ibn 'Utmān. Uno y otro se cuidaban de organizar aquello que les incumbía.

Los huéspedes atravesaron entre esta formación, aturdidos los corazones, hasta salir a campo abierto por la Musāra. De allí se les hizo torcer por la cuesta en cuyo alto está la mezquita del hāyib 'Isà ibn Ahmad ibn Abī 'Abda, y luego por el arrabal de la mezquita de al-Šifā' y por el arrabal del Hammām [o baño] de al-Ilbīrī, hasta llegar a la mencionada almunia, en la que se les ordenó entrar y permanecer hasta que fueran llamados por el Califa. Dicha almunia había sido alhajada para ellos con magníficos tapices y aderezada con diferentes clases de espléndidos estrados; y así, permanecieron en ella disfrutando de la mayor comodidad. Los nobles personajes que habían ido a buscarlos —Muhammad ibn Abī 'Āmir y sus compañeros—acampaban en pabellones colocados en la explanada de la puerta de la almunia, sin abandonar sus puestos, y teniendo delante las cabezas colocadas en dicha puerta. En cuanto al caíd del ejército en ese día, Ahmad ibn Sa'd al-Ya'farī, continuó camino, precedido por las tropas, hasta la puerta del Alcázar de al-Zahrā', en el que esa misma tarde fue recibido por el Califa, su señor, al que informó de lo hecho y dio cuenta de los acontecimientos de la jornada. El Califa alabó su celo y mostró su satisfacción; pero se abstuvo por entonces de convocar a los expedicionarios.

Previamente había recibido orden del Califa el visir zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān para reunir a los hombres de Córdoba, los jóvenes y los mozos, capaces del servicio de las armas; de inscribir sus nombres, con arreglo a su pertenencia a los distintos arrabales de la capital, y de entregarles escudos y lanzas [*16 v.*] de los depósitos de armas, para que asistiesen armados el día en que se organizase el cortejo hasta al-Zahrā'. El visir los reunió, se preocupó del encargo que tenía y equipó con toda holgura a los convocados. También dio orden el Califa a los dos nāzires del hašam, el visir Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus y el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah, de disponer los escuadrones, formar los destacamentos y señalar la alineación de las tropas que habían de conducir hasta él a Ya'far ibn 'Alī y a sus acompañantes, desplegando en todo ello la mayor pompa. Pusiéronse ambos a la obra, auxiliados por las distintas categorías de oficinistas que estaban a su servicio, y, a la luz de antorchas y bujías que sostenían sus criados, terminaron en aquella misma noche buena parte del trabajo, empalmando con la mañana del jueves, en que lo continuaron con la mayor

presteza y actividad, ayudados por las diversas clases de funcionarios a quienes incumbía este servicio.

Una vez que lo tuvieron acabado del modo más perfecto y arreglado conforme a la organización más estricta, se dispuso que el sāhib al-šurta al-'ulyā y caíd de Valencia y Tortosa Hišām ibn Muhammad ibn 'Utmān saliese del Alcázar de al-Zahrā', por medio de las tropas alineadas, para trasladar a Ya'far y Yahyà, hijos de 'Alī, así como a los Banū Jazar que les acompañaban, desde el lugar en que estaban acampados, en la almunia de Ibn 'Abd al-'Azīz, hasta al-Zahrā', para ser recibidos por el Califa. Partió, pues, Hišam para su destino, con la más admirable disposición y el orden más perfecto, precedido de diversas clases de importantes banderas y eminentes enseñas, entre las cuales, por especial honor con que le distinguió su señor, figuraba el excelso Šatrany [= el Ajedrez], y tomó su camino entre una perfecta y nutrida hueste formada por los más importantes jamsiyyīn [o jumsiyyīn] de las caballerizas [*17 r.*] y los 'abīd de al-Zahrā', que iban revestidos de amplias lorigas, cubiertos con cascos relucientes y corveteando en petulantes y relinchantes corceles árabes.

Una vez llegado Hišām al lugar en que acampaban los expedicionarios en la mencionada almunia, les dio licencia para cabalgar, y, como se hallaban prestos, se apresuraron a ponerse en marcha con toda su gente, acompañados de los mensajeros que habían ido por ellos, es a saber, Muhammad ibn Abī'Āmir, Tāyīt ibn Muhammad, Ahmad ibn 'Abd al-Malik y los dos hijos de Basīl. Al frente del cortejo iban, alineadas y llevadas por sus portadores, las cabezas, precedidas por la de Zīrī ibn Manād, clavada en su alta lanza. Seguía detrás el cortejo de Ya'far, Yahyà y los Banū Jazar, acompañados todos de sus hombres respectivos.

Por la puerta de la almunia salieron entre dos filas alineadas de los hombres de los arrabales de Córdoba que habían sido armados por el gobierno y cuyo número ascendía a 16.000 infantes, todos ellos con escudos y lanzas. Pasaron luego entre formaciones de jinetes enlorigados, que se habían encargado de montar, a sus expensas, los servidores y los saqāliba del Alcázar; los cuales llevaban armamento completo y eran muchos en número. Avanzaron después entre escuadrones de caballería de los tanyiyyīn, enlorigados. Revistaron a continuación los filas de los jinetes de los jamsiyyīn [o jumsiyyīn] y de los 'abīd de las dependencias reales y de los 'abīd arqueros; todos ellos con cumplidas lorigas y relucientes cascos. Atravesaron más tarde entre dos filas de

jinetes de los 'abīd arqueros especiales, que vestían capas blancas, se tocaban con maqārīf de pelo y llevaban a la espalda sus arcos y sus aljabas zugariyyas [de Zugar, en Siria]. Adelantáronse a continuación entre los jinetes enlorigados [17 r.], portadores de puntiagudas lanzas, en número de ciento. Siguieron pasando entre dos hileras de jinetes con corazas. Llegaron en seguida a dos filas de jinetes que llevaban tayāfīf, en número de doscientos. Pasaron luego ante una formación de abanderados que sostenían admirables enseñas de peregrinas clases y hechuras, con espantables simulacros, tales como leones con las fauces abiertas, terroríficos leopardos, águilas abatiéndose sobre la presa y dragones horrorosos, en número de cien. Avanzaron después entre dos filas de caballos de lucimiento, de las cuadras del Príncipe de los Creyentes, atalajados con las sillas del Califato y con bridas mufarragas y mufarraqas, en número de ciento, cuyo puesto en esta carrera llegaba a la Puerta de la Estatua, que es la meridional entre las puertas de Madīnat al-Zahrā'.

Entraron en seguida por esta puerta de la ciudad entre dos ordenadas filas de jinetes de los 'abīd y de oficiales enlorigados, y siguieron luego entre dos hileras de infantes de los muštarīn y de arqueros, en los que andaban mezcladas las dos clases que de ellos hay, o sea los hombres libres y los negros esclavos 'abīd, y a los que se habían incorporado algunos operarios de las manufacturas reales; vestidos todos de trajes de color, hechos de ifrind y de otras telas, y llevando colgados al hombro arcos árabes. El zalmedina de al-Zahrā', Muhammad ibn Aflah, estuvo sentado en su sitial, disponiendo lo que le incumbía organizar, hasta que entró en el Alcázar el caíd y sāhib al-šurta Hišām ibn Muhammad, y, junto con él, entraron los mensajeros que habían ido a buscar a Ya'far y a sus acompañantes desde que pasaron la mar (o sea, Muhammad ibn Abī 'Āmir, Tāyit ibn 'Abd al-Malik y los dos hijos de Basīl), [*18 r.*], y asimismo Ya'far, Yahyà y los Banū Jazar.

En los fasīles de la Puerta de la Azuda y hasta las Casillas de los Partales se hallaban las dos corporaciones de los porteros y los monteros, así como los gilmān, los encargados de las caballerizas y otros funcionarios análogos, sentados sobre los poyos que hay a todo lo largo, con sus mejores atavíos, llevando ceñidas espadas adornadas de pedrería, y tocados con bonetes de alvexí. Luego llegaron los visitantes a la Casa militar, donde estaban formados los infantes de los arqueros, vestidos con trajes de colores diferentes, tocados con maqārīf de pelo, llevando a las espaldas sus grandes arcos, parecidos a cintras, y

sosteniendo en las manos picas, vigas, rastrillos y mazas. Allí se adelantó el sāhib al-šurta Hišām ibn Muhammad para descabalgar frente al Salón meridional de la Casa de los visires, y reunirse con sus colegas, mientras Muhammad ibn Abī 'Āmir y los suyos, rodeando siempre a Ya'far, a su hermano Yahyà y a los Banū Jazar, todos los cuales habían ya descabalgado en la Puerta de la Azuda, se quedaron atrás para encaminarse a los salones de la mencionada Casa militar.

Entre tanto se preparaba la recepción del Califa al-Mustansir bi-llāh en el trono, situado en el Salón meridional, sobre los jardines que dan a la Azotea alta. Previamente habían sido avisados los Hermanos y las demás categorías de altos funcionarios inferiores a ellos para que compareciesen como solían hacerlo en las más solemnes ocasiones. Todos acudieron a la llamada, y fueron recibidos con arreglo a sus jerarquías en la cámara regia. Los primeros a quienes se dio permiso para entrar fueron los tres Hermanos. El hermano uterino Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz se sentó a la derecha, y por bajo de él, el más pequeño, Abū-l-Mutarrif al-Mugīra; a la izquierda se sentó [*18 v.*] Abū-l-Qāsim al-Asbag. Fueron recibidos luego los visires, que se sentaron, conforme a su categoría, detrás de los Hermanos, dejando un hueco vacío. De ellos se quedaron en pie para ministrar los siguientes: por la derecha Ya'far ibn 'Utmān..., el sāhib al-hašam Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, a continuación del cual iba el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah. Después fueron recibidos los ashāb al-šurta al-'ulyā y al-wustà, que se quedaron en pie, para ministrar conforme a sus categorías por la derecha y por la izquierda. Inmediatamente se dio licencia para entrar a los ashāb al-majzūn, a los tesoreros, a los 'urrād, y a las demás categorías de altos funcionarios, así como a los miembros de la tribu de Qurayš, mawlàs, cadíes, alfaquíes y 'adūles que habían sido avisados; todos los cuales fueron recibidos y quedaron en pie.

Desde delante del Califa hasta el final del salón y del mu'tarad estaban en pie dos filas de kātibes, almocademes, wasīfes y otras categorías de criados eunucos inferiores a ellos, ataviados con sus mejores galas, con cumplidas cotas de malla y espadas adornadas e incrustadas con piedras preciosas, constituyendo uno de los más vistosos ornamentos del reino. Estas dos filas de los domésticos principales se continuaban a lo largo de la Azotea alta por otras dos hileras de wasīfes y de otros criados de inferior categoría, empleados en los diferentes departamentos; todos enlorigados, ciñendo espadas adornadas y llevando en la cabeza testinias plateadas y con dibujos; los cuales llegaban hasta el

mu'tarad que hay delante del Salón de al-Ayrā' (?) occidental, continuaban hasta la Puerta de los Fasīles, y seguían luego, siempre en dos filas, por toda la serie de los fasīles, hasta el de los Secretarios, cuya puerta da a la Casa de los visires. Ya en esta Casa de los visires, la formación se continuaba con los infantes de los fursān al-riyāda y con una selección de los 'abīd del difunto hāyib Ya'far; tropas [*19 r.*] ambas de admirable aspecto y perfectamente equipadas, que se cubrían con cascos dorados y llevaban, en sus manos diestras, lanzas grandes y anchas, al estilo de las espadas francas, con astas coloreadas y adornadas de tubitos de plata. Esta formación llegaba hasta el Fasīl llamado de Ibn al'Arrād (?). En los poyos situados a lo largo de la serie de los fasīles se hallaban sentados, con las mejores galas acomodadas a ellos, los personajes importantes de las coras, invitados a la ceremonia.

Una vez que Ya'far y Yahyà, hijos de 'Alī, y los Banū Jazar estuvieron instalados en el bahw central de los salones de la Casa militar, y que la formación para recibirlos estuvo en regla, salieron en su busca los fatàs kātibes llevándoles el permiso para que pasaran. En consecuencia, se pusieron en camino, acompañados de Muhammad ibn Abī 'Āmir y de las demás personas que desde un principio habían salido a recibirlos y venido con ellos. Continuaron la marcha hasta llegar a la Azotea alta, y desde allí se dirigieron al salón en que se hallaba sentado el Califa. Al llegar a la puerta besaron el tapiz una y otra vez. Luego les aproximaron al trono y el Califa les alargó la mano. El primero en besarla y en saludar fue Ya'far; le siguió su hermano Yahyà, y después se fueron adelantando los Banū Jazar, por orden de edades, para rendir el debido acatamiento. El Califa, como muestra de deferencia, les ordenó tomar asiento. Se fueron adelantando a continuación, por orden de edades, las personas del séquito, que igualmente besaron la mano real y saludaron.

Entonces el Califa se dirigió primeramente a Ya'far, y, con toda amabilidad, le formuló muchas preguntas sobre su situación. Otro tanto hizo luego con su hermano Yahyà y con sus acompañantes los Banū Jazar. A todos habló de cómo aceptaba su apartamiento del mal camino; de las auténticas esperanzas que ponía en ellos; de su propósito de recompensarles por haber venido y recurrido a él, [*19 v.*] y les prometió beneficios y honores. Los expedicionarios proclamaron su gratitud, prorrumpieron en bendiciones, entonaron muchas alabanzas, y loaron a Dios Altísimo por los beneficios que les había otorgado y por haberles inspirado, para renovar su islam y fortificar su fe, con haberse

acogido al sagrado del Príncipe de los Creyentes y buscado apoyo en su excelsa autoridad, y para abandonar el partido del error y la Šī'a de los infieles, reemplazada ahora para ellos con la Zuna, el reingreso en la comunidad de los fieles, el honor y la obediencia.

En aquella oportunidad y durante su conversación con el Príncipe de los Creyentes dio muestras Ya'far ibn 'Alī de una peregrina cortesía, consistente en que nunca contestaba al Califa sino luego de haberse puesto en pie: el Califa le hablaba y él se levantaba para contestarle; cortesía suya que fue muy estimada como novedad.

Terminada la recepción, salieron todos de la cámara y se volvieron a sus primitivos lugares en la Casa militar, acompañados siempre por Muhammad ibn Abī 'Āmir y por las demás personas encargadas de ellos, hasta que el sāhib al-šurta al-'ulyā y caíd Hišām ibn Muhammad, o sea el mismo que les había traído, les ordenó cabalgar para el regreso, cosa que él hizo también para acompañarlos y conducirlos a las casas de los visires en Córdoba en las que previamente se les había dispuesto alojamiento. Montaron, pues, a caballo en el mismo sitio en que habían antes descabalgado, o sea junto a los bahws de la Casa militar, acompañados siempre por Ibn Abī 'Āmir y por los colegas de éste, y salieron del Alcázar de al-Zahrā' con Hišām ibn Muhammad, atravesando por la misma formación militar que a su llegada. Su jefe Ya'far ibn 'Alī fue conducido a la casa de Yūsuf ibn 'Alī ibn Sulaymān, en la que ya se encontraba su familia y su equipaje. Su hermano Yahyà fue llevado a la casa de Qāsim ibn Ya'īš. A los Banū Jazar los dejaron en la casa del fatà jalifa Ibrāhīm, [*20 r.*] destinada a tales hospedajes. Esta jornada, que terminó con la entrada de dichos personajes en la casa del mencionado Ibrāhīm, fue una de las jornadas más memorables por su solemnidad y pompa, y su fama se difundió por todo al-Andalus.

Una vez que Ya'far y Yahyà estuvieron aposentados en sus respectivas casas y tranquilos en ellas, dispuso el Príncipe de los Creyentes que se señalase a cada uno de ellos una pensión mensual de 1.000 dinares en dirhemes, así como un suministro, también mensual, y para cada uno, de 70 almudes de trigo para su gasto; todo ello como muestra de generosidad y para llenarlos de beneficios. A los Banū Jazar les señaló también, en dinares, trigo y otras provisiones, pensiones más bien abundantes que escasas. Y sobre todos siguieron lloviendo dádivas y se multiplicaron los regalos, con lo cual quedaron muy alegres de lo que les había deparado el destino y llenos de satisfacción.

Dice [al-Rāzī]: He aquí la lista de las personas, entre hijos y

familia, que vinieron con Ya'far ibn 'Alī: su hijo Ibrāhīm, y el hijo de éste Hasan ibn Ibrāhīm ibn Ya'far; Sukayna, hija de su hijo Muhammad ibn Ya'far, el cual había salido para Egipto con el ejército de Yawhar, el general de Ma'add, y se encontraba preso allí; 'Ammār, 'Alī, Hasan, Maymūna, Sukayna, Tāmma, Fātima y Hind, hijos de su hermano Yahyà; una hermana de Ya'far y Yahyà, llamada 'Azīza bint 'Alī ibn Hamdūn, con su hijo Hamdūn, tenido de un hombre conocido por su kunya de Abū-l-Qāsim al-Gassānī, que vino con ambos a al-Andalus; y otra hermana llamada Zaynab bint 'Alī, que venía asimismo acompañada por su marido [*20 v.*] Muhammad ibn Muhammad al-Bayyānī.

Los poetas, al alabar al Califa con ocasión de la venida a su corte de estos dos personajes, hablaron abundante y elocuentemente de cómo Ya'far ibn 'Alī y su hermano Yahyà se habían apartado de su soberano Ma'add ibn Ismā'īl, abandonando su partido, y de cómo habían acudido al Califa al-Hakam y reconocido sus derechos. Elegiremos de entre esta producción el largo poema de Muhammad ibn Šujayṣ, que comenzaba así:

[*tawīl*]

Con la más feliz arribada, con el más dichoso augurio,
han llegado nuevas de una orden emanada del [divino] poder,
trayendo el destruido imperio de Ma'add
al imperio que obedece al Mahdī de los Banū Marwān.
¡Admirable y alegre noticia, que entraña
la consecución de nuestros anhelos, dependiente de afortunados horóscopos!
¡Por vida mía! La batalla de Ya'far y de Yahyà
ha enseñado al Šī'ī la mejor de las batallas.
Gracias a ella el secreto de los decretos divinos ha quedado tan patente
como las líneas de un rescripto cuando el sello se rompe.
Ya'far y Yahyà son excelentes embajadores que han corrido a porfía
para acogerse a la sombra del que la tiene amplísima y dispone enormes [calderas [para los huéspedes].
Y les han recibido las prácticas de beneficencia y favor
de un [rey] de enorme bondad y de generosidad inmensa.
En verdad, Ya'far suple con su inteligencia a muchos ejércitos,
y Yahyà sin loriga vale por mil guerreros enlorigados.
Ambos fueron los que mataron al Faraón del pueblo de Ahmad,
a despecho de Ma'add y de las afiladas lanzas.
Dios tuvo un secreto designio, ya divulgado o a punto de serlo,
en hacer que Ya'far se rebelase para destruir a Zīrī.

Porque [Zīrī] vino hacia Ya'far, galopando el primero en busca de la
y fue el primero en beber de un golpe el cáliz de la muerte. [gloria,
[21 r.] Se dirigía [a Ya'far], por buena estrella de nuestro imām,
en medio de miles de miles de hombres que le obedecían ciegamente,
sin saber que no hay mejor ejército que la constancia y la oración,
a cuyo poseedor libra Dios del desastre de las batallas,
pues, si el hombre de bien no usa de la constancia como loriga,
y si la humildad de las lágrimas no precave de la muerte,
entonces ni la cortante espada corta, ni el mejor asilo
protege, ni el castillo inexpugnable defiende.
Todos los que saben el Alcorán y conocen que hay que huir para salvar
como huye el noble que a nobles se somete, [la religión,
se propusieron pasarse al partido de Dios, porque todo el que se acoge
a la sombra de nuestro soberano, a Dios se pasa.
[Ya'far] fue fiel a Zīrī mientras estuvieron ocultos los secretos de su
pero, una vez descubiertos, dio el salto del disidente. [torcida conducta;
No ha sido en vano el que ambos hermanos cruzaran tierra y mar,
pues al lado de nuestro imām ninguna esperanza se pierde.
Y la mejor intercesora en favor suyo es la obediencia,
que en el día del Juicio intercederá también por ellos.
Di al país de Oriente: «Despierta de tu sueño,
o, si no, mira todavía con ojos soñolientos:
Ya empieza a cubrirte la sombra del Mahdī de todos los hombres.
Date prisa [en obedecerle], pues quien no se da prisa no subsiste,
como si estuvieses en el Día [del Juicio]—adelantado para los enemigos—
en que parirán las embarazadas y encanecerán los niños de pecho.»
Todo el que obedece a cualquier Hāšimī es como si fuera rebelde
y el que rebela contra el Mahdī es como si fuera obediente.
Los deseos [de los orientales] atisban ya a [nuestro soberano],
como atisban los ojos de las damas nobles por los agujeros de sus velos,
pues en su carrera con los reyes de la familia de Ṭālib
gana todos los premios, sin contradictor.
Por él, el último es contado antes que el primero,
y, siendo el noveno de los [Omeyas] es el número uno,
[21 v.] lo mismo que el [Sol], cuarto de los planetas, es el más excelso,
aunque en altura esté por bajo del séptimo.
Se humilla [ante Dios] para ganar en gloria,
porque a ojos de Dios sólo adelanta el que se humilla,
y sirve al mensaje que Aḥmad [= Mahoma] nos trajo de parte de Dios,
asegurando perspicazmente su continuidad por los que no lo hacen.
Así venía sucediendo desde Marwān, el día de [la batalla de Mary]
con idea de reunir todas las aspiraciones de la comunidad, [Rāhiṭ,
por herencia consultiva, que, de haber continuado,
habría evitado que solicitase los oídos la pretensión del disidente,
y que se extendiese por Egipto, contra los seguidores de Mahoma,
una serie de males de que antes estaba inmune.

[Los egipcios] oyeron la llamada [šī'ī] a la oración y respondieron
golpeando de desesperación una mano con otra y derramando lágrimas;
pero luego, al escuchar cosas peores desde los púlpitos,
olvidaron la torpeza de lo que se les decía desde los alminares.
Así, quedaron cautivos sin cautividad, y resultaron
con lo que se les dijo derribados sin que nadie los derribara.
Sólo les mantuvo quietos su extremado disimulo
y el replegarse reunidos, sin que nadie los reuniese.
Pero, si al-Mustansir bi-llāh fuese a Egipto, con su solo nombre
los habitantes estarían a seguro de todo terror,
porque es un imām cuya ocupación es mantener la Ley,
y cuya conducta de siempre ha sido defender las leyes.
Por él, las gentes virtuosas llenan toda mezquita,
y los libertinos vacían todo lugar de diversión.
A su sombra medran los hombres de entendimiento y de ciencia,
y cuantos tradicionistas, oyentes y gramáticos quieras,
lo mismo que declamadores de poesía y autores de uryūzas,
que recitan rimas variadas, y gentes que les escuchan.
¿Qué retórico u orador sería capaz de exaltar debidamente
las novedades de su época por doquier divulgadas?
[22 r.] Estos son sus esfuerzos, y tales son sus cualidades:
las pretensiones se adveran por satisfactorios testimonios.

Tantos fueron los poemas compuestos para describir este día, que sería largo citarlos. El poeta Yūsuf ibn Hārūn al-Ramādī lo aludió con gracia en una de sus poesías eróticas, diciendo:

[kāmil]

Me maravillo de la inadvertencia de al-Mustansir
cuando acumuló para recibir a Ya'far tan imponente ejército,
pues con que mi amado hubiera dejado ver su rostro,
sus miradas hubieran suplido a tanta tropa.

[27]

[Recepción por el Califa de los militares y notables de las coras, venidos a Córdoba para la solemnidad.]

El sábado día 28 del mes de dū-l-qa'da de este año [= 22 septiembre 971] se sentó el Califa al-Hakam al-Mustansir billāh en el trono, con la mayor solemnidad, para recibir a los yunds de las coras y a sus personajes más importantes (los que habían sido invitados para

presenciar la entrada de Ya'far ibn 'Alī, de sus familiares y de los jefes de tribu de Zanāta que habían venido con él), por cuanto les era preciso regresar a sus respectivas tierras.

Fueron recibidos con arreglo a sus categorías, según el protocolo de precedencia establecido por los primeros Califas. Así, entró el primero de todos el yund de Damasco, que son los habitantes de la cora de Elvira; luego el yund de Hims, que son los habitantes de la cora de Sevilla; luego el yund de Qinnasrīn, que son los habitantes de la cora de Jaén; luego el yund de Filastīn, que son los habitantes de la cora de Sidonia, y, por último, el yund del Jordán, que son los habitantes de la cora de Rayyu.

Una vez que todos éstos hubieron entrado y cumplido su deber de rendir acatamiento al Califa, se dio permiso para entrar a los demás grupos de invitados. Entró primero la gente de la cora de Cabra; luego las de [22 *v.*] Écija, Osuna, Tākurunnā, Niebla, y los restantes grupos traídos para la solemnidad.

El Califa escuchó de todos, tanto grandes como pequeños, las contestaciones que dieron a sus preguntas sobre la conducta de los 'ummāl respectivos, elogiando por su celo a los alabados y reprobando por su maldad a los que eran objeto de censuras, y, una vez terminada la recepción, se dio a todos licencia para regresar a sus respectivas tierras.

Este día de Ya'far ibn 'Alī y de los que vinieron con él fue una de las jornadas memorables en Córdoba por su perfecta vistosidad y excelso rango, y su relato perduró por mucho tiempo como tema de conversación entre los cordobeses, que rindieron el debido tributo a tanta grandiosidad.

Pero todo camina a su acabamiento,
excepto el Dios de los cielos y la tierra.

[28]

[*Recepción de embajadores cristianos.*]

El sábado día 16 de šawwāl de este año [= 12 agosto 971] se sentó el Califa al-Hakam en el trono, en el Salón oriental del Alcázar de al-Zahrā', con toda solemnidad y pompa, para recibir a los embajadores de reyes extranjeros que se habían reunido en su corte. Asistieron los

visires, le ministraron los hāyibes según la costumbre, y hubo las formaciones militares habituales dentro y fuera del Alcázar.

Recibió primero a los dos embajadores de Sancho hijo de García, príncipe de los Bascones: Bassāl el abad, y Velasco, juez de Nájera, cada uno de los cuales iba acompañado de dos personajes importantes de sus respectivos séquitos. A continuación recibió al ʻarīf ʻAbd al-Malik, que venía de la corte de Elvira hija de Ramiro, en compañía del embajador de ésta, al-Layt. Luego recibió a Habīb Tawīla y a Saʻāda, embajadores de Fernando hijo de Flaín, hijo del conde de Salmantica. Tras ellos recibió a García hijo de ¿Gatón?, embajador de García hijo de Fernando hijo de Gundišalb, señor de Castilla [*23 r.*] y de Álava. Luego recibió a Esimeno, embajador de Fernando hijo de Ašūr [= Ansúrez] con su compañero ¿Elgas? Por último, recibió a los dos embajadores del conde Gundišalb: Sulaymān y Jalaf ibn Saʻd.

Cada una de estas embajadas dio noticias de la situación de su respectivo país y transmitió de parte de su poderdante el deseo de prolongar la tregua existente. Se les dio buenas palabras y recibieron abundantes regalos y dádivas, tras de lo cual partieron hacia sus respectivos poderdantes.

[29]

[Ibn Rumāhis, ante la huida de los Normandos, regresa con la escuadra a Almería.]

El lunes día 26 de dū-l-qaʻda de este año llegó la nueva de que el sāhib al-šurta al-ʻulyā y almirante ʻAbd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Rumāhis había salido de Sevilla con la escuadra, de regreso a Almería, desistiendo de navegar con ella hacia los Mayūs que habían aparecido en la mar septentrional, por haberse recibido continuas noticias de que habían sido derrotados y de que, tras de su avance y progresos por la mar septentrional, habían acabado por huir, dejándolo todo, debido a la excelente defensa que hizo Dios de los musulmanes.

En efecto, los Mayūs habían sabido con toda certeza que el Califa al-Mustansir bi-llāh se aprestaba a hacerles frente; que había tomado sus medidas contra ellos; que había enviado en dirección suya al jefe de sus operaciones militares, el caid y visir Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān, el cual ya había salido por tierra para encontrarse con ellos; que también iban a buscarlos los almirantes, con las escuadras; y que, en fin,

se movían contra ellos admirables ejércitos y poderosas armadas. Al oír hablar de unos y otras, los enemigos de Dios no sintieron en sus almas el menor estímulo que les moviese a hacerles frente y a extenderse por las costas en las que había sido advertida su presencia [*23 v. hasta l. 6 a. i.*], sino que retrocedieron fugitivos y frustrados en su esperanza de coger desprevenidos a los musulmanes. «Dios evitó el combate a los creyentes, porque Dios es fuerte y poderoso.» [XXXIII, 25.]

[30]

Relato de [las obras de reparación en] el puente.

El miércoles día 5 del mes de dū-l-qa'da de este año [= 30 agosto 971] se dio comienzo a la construcción de una presa, esmeradamente hecha—cuyos materiales consistían en ramaje de jara traído de la sierra de Córdoba, encuadrado por grandes piedras y arena mezclada con arcilla pura—, a la orilla del Guadalquivir, en Córdoba, junto al puente [romano], con objeto de desviar la corriente del río por aquella zona, a fin de dejar en seco los pilares [del puente], en los cuales la continua acción del agua, al cabo de mucho tiempo, había ido quitando el revestimiento de yeso, por lo que era de temer su ruina. El Califa, en vista de ello, había dedicado su atención a repararlos y proceder a su rápida restauración. Una vez desviada la corriente, fueron empezados los trabajos para levantarlos de nuevo e igualarlos, [*36 r., l. 3*] a mediados de dū-l-hiyya de dicho año.

La presa de contención había sido hecha en la parte más baja del río, al oriente de Córdoba, con objeto, según queda dicho, de desviar el agua y dejar al descubierto los cimientos de los pilares que sostienen los arcos del puente y que amenazaban ruina. Asimismo fueron levantadas las piedras de los caces del agua para los molinos inmediatos al Rasīf [= el Arrecife], al occidente del puente, con el mismo fin de impedir que el agua llegase a los citados pilares, y para que fuese posible proceder a sanear sus cimientos y consolidarlos. Por estos días se aplicaban a ello los obreros, que afirmaban y reforzaban los pilares con grandes cajones de madera, gruesas barras de hierro, de solidez muy de fiar, y enormes y durísimos bloques de piedra traídos directamente de la cantera, muy revestido todo por fuera con cal, de modo muy perfecto.

visires, le ministraron los hāyibes según la costumbre, y hubo las formaciones militares habituales dentro y fuera del Alcázar.

Recibió primero a los dos embajadores de Sancho hijo de García, príncipe de los Bascones: Bassāl el abad, y Velasco, juez de Nájera, cada uno de los cuales iba acompañado de dos personajes importantes de sus respectivos séquitos. A continuación recibió al ʿarīf ʿAbd al-Malik, que venía de la corte de Elvira hija de Ramiro, en compañía del embajador de ésta, al-Layt. Luego recibió a Habīb Tawīla y a Saʿāda, embajadores de Fernando hijo de Flaín, hijo del conde de Salmantica. Tras ellos recibió a García hijo de ¿Gatón?, embajador de García hijo de Fernando hijo de Gundišalb, señor de Castilla [23 r.] y de Álava. Luego recibió a Esimeno, embajador de Fernando hijo de Ašūr [= Ansúrez] con su compañero ¿Elgas? Por último, recibió a los dos embajadores del conde Gundišalb: Sulaymān y Jalaf ibn Saʿd.

Cada una de estas embajadas dio noticias de la situación de su respectivo país y transmitió de parte de su poderdante el deseo de prolongar la tregua existente. Se les dio buenas palabras y recibieron abundantes regalos y dádivas, tras de lo cual partieron hacia sus respectivos poderdantes.

[29]

[Ibn Rumāhis, ante la huida de los Normandos, regresa con la escuadra a Almería.]

El lunes día 26 de dū-l-qaʿda de este año llegó la nueva de que el sāhib al-šurta al-ʿulyā y almirante ʿAbd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Rumāhis había salido de Sevilla con la escuadra, de regreso a Almería, desistiendo de navegar con ella hacia los Mayūs que habían aparecido en la mar septentrional, por haberse recibido continuas noticias de que habían sido derrotados y de que, tras de su avance y progresos por la mar septentrional, habían acabado por huir, dejándolo todo, debido a la excelente defensa que hizo Dios de los musulmanes.

En efecto, los Mayūs habían sabido con toda certeza que el Califa al-Mustansir bi-llāh se aprestaba a hacerles frente; que había tomado sus medidas contra ellos; que había enviado en dirección suya al jefe de sus operaciones militares, el caíd y visir Gālib ibn ʿAbd al-Rahmān, el cual ya había salido por tierra para encontrarse con ellos; que también iban a buscarlos los almirantes, con las escuadras; y que, en fin,

se movían contra ellos admirables ejércitos y poderosas armadas. Al oír hablar de unos y otras, los enemigos de Dios no sintieron en sus almas el menor estímulo que les moviese a hacerles frente y a extenderse por las costas en las que había sido advertida su presencia [*23 v. hasta l. 6 a. i.*], sino que retrocedieron fugitivos y frustrados en su esperanza de coger desprevenidos a los musulmanes. «Dios evitó el combate a los creyentes, porque Dios es fuerte y poderoso.» [XXXIII, 25.]

[30]

Relato de [las obras de reparación en] el puente.

El miércoles día 5 del mes de dū-l-qa'da de este año [= 30 agosto 971] se dio comienzo a la construcción de una presa, esmeradamente hecha—cuyos materiales consistían en ramaje de jara traído de la sierra de Córdoba, encuadrado por grandes piedras y arena mezclada con arcilla pura—, a la orilla del Guadalquivir, en Córdoba, junto al puente [romano], con objeto de desviar la corriente del río por aquella zona, a fin de dejar en seco los pilares [del puente], en los cuales la continua acción del agua, al cabo de mucho tiempo, había ido quitando el revestimiento de yeso, por lo que era de temer su ruina. El Califa, en vista de ello, había dedicado su atención a repararlos y proceder a su rápida restauración. Una vez desviada la corriente, fueron empezados los trabajos para levantarlos de nuevo e igualarlos, [*36 r., l. 3*] a mediados de dū-l-hiyya de dicho año.

La presa de contención había sido hecha en la parte más baja del río, al oriente de Córdoba, con objeto, según queda dicho, de desviar el agua y dejar al descubierto los cimientos de los pilares que sostienen los arcos del puente y que amenazaban ruina. Asimismo fueron levantadas las piedras de los caces del agua para los molinos inmediatos al Rasīf [= el Arrecife], al occidente del puente, con el mismo fin de impedir que el agua llegase a los citados pilares, y para que fuese posible proceder a sanear sus cimientos y consolidarlos. Por estos días se aplicaban a ello los obreros, que afirmaban y reforzaban los pilares con grandes cajones de madera, gruesas barras de hierro, de solidez muy de fiar, y enormes y durísimos bloques de piedra traídos directamente de la cantera, muy revestido todo por fuera con cal, de modo muy perfecto.

El Califa al-Mustansir bi-llāh venía personalmente en muchas ocasiones a inspeccionar por sí mismo las obras, para reforzar la autoridad de los encargados de dirigirlas, que eran algunos grandes jalifas, servidores suyos, asistidos de ciertos principales kātibes. Y cuando no bajaba al sitio de las obras, subía a la azotea que hay encima de la Puerta de la Azuda del Alcázar de Córdoba, y que domina dicho lugar desde tan cerca, que era igual que si estuviera presente. [36 *v.*] Allí permanecía largas horas, contemplando los trabajos, dando su opinión sobre ellos y animando a los obreros a que los hicieran deprisa, antes de que se echara encima el invierno; todo ello para mirar por sus súbditos y velar por sus intereses. De esta suerte progresaban las obras y se hacía patente la ayuda divina.

Al entrar el año 361, las obras en el puente de Córdoba—que es la madre que amamanta a la ciudad, el punto de confluencia de sus diferentes caminos, el lugar de reunión de sus variados aprovisionamientos, el collar que adorna su garganta y la gloria de sus monumentos insuperables—aumentaban en firmeza y duplicaban en esplendor, tanto por la inminencia de la estación invernal, que ya se echaba encima, como por el incansable celo del Califa. Y no cesaron de progresar y prosperar, hasta que se acabó la restauración, se completó la consolidación y desapareció todo riesgo; lo cual tuvo lugar el domingo 26 de muharram de dicho año [= 18 noviembre 971]. Ese día montó a caballo el Califa al-Mustansir bi-llāh desde el Alcázar de Córdoba en dirección al puente, y, cruzando el río, lo contempló terminado, por lo cual mostró su alegría y dio su aprobación, publicando su gratitud a Dios por la ayuda prestada.

Una vez acabada la restauración del puente, se puso mano en reparar la brecha que, para poder trabajar en los pilares, había sido forzoso abrir en la presa de los molinos que hay por esta parte y que había sido preciso desmontar. Se trabajó en ello y en consolidarla [*37 r., 2 primeras l.*] firmemente con la mayor asiduidad, hasta que todo quedó perfecto y acabado a fines de safar de dicho año [= fines de diciembre 971]. Los molinos empezaron a moler y quedaron como estaban antes, gracias a Dios Altísimo.

[31]

[32 r. l. pen.] *Noticia del niño de desarrollo anormal.*

[*32 v.*] En el mes de dū-l-qa'da del mencionado año [= 26 agosto a 24 septiembre 971] hubo noticia de que un niño del pueblo de ¿... Māría?, en el iqlīm de Cártama, de la cora de Rayyu, nacido en dū-l-hiyya del año 355 [= noviembre-diciembre 966], había sobrepasado en talla, constitución y aspecto los límites normales de la debilidad infantil, para adquirir gran vigor y robustez. Se envió por él y se le trajo a Córdoba, para verlo, a fines del citado mes de dū-l-qa'da.

Dice 'Isà ibn Ahmad: Me interesó el caso e hice gestiones para averiguar su estado, nacimiento y crianza; todo lo cual llegué a saber por medio de su abuelo paterno, que fue quien lo trajo, llamado Jalaf ibn Yahyà ibn Arāqin ibn Jalaf ibn Muntaqim ibn 'Abd Allāh ibn Badr ibn Nāsih al-Farrāš, mawlà del emir 'Abd al-Rahmān [I] ibn Mu'āwiya. El nombre del niño era 'Umar ibn Arāqin ibn Jalaf. Me contó el abuelo que la madre del niño lo había tenido a los nueve meses de embarazo, que terminaron el día 8 del mencionado mes de dū-l-hiyya del año dicho [= 25 noviembre 966]. Salió del vientre materno retajado y con la piel muy fofa; pero en poco tiempo se crió muy bien, se le formaron la carne y los huesos, y creció con suma rapidez. Anduvo por su pie al año. Hablaba débilmente y con media lengua. Comía como un muchacho, según lo que vi. A los veintidós meses tenía seis palmos de estatura. Perdió los dientes de leche a fines del citado año, a los cuatro años y diez meses cumplidos. Tenía un hermano mayor que él en edad, pero menor en tamaño. Su padre y su madre vivían todavía.

Dicho niño fue llevado al Alcázar de al-Zahrā', donde lo recibió el jalifa y sāhib al-burud y al-tirāz Fā'iq. [*33 r.*] El abuelo, Jalaf ibn Yahyà, expuso la verdad del caso e informó al jalifa de lo que queda dicho, sin alterar nada. El niño comió ante el jalifa. Luego éste hizo llegar la noticia al Califa al-Hakam, quien ordenó que le fuera llevado en compañía de su abuelo Jalaf, y, después que lo vio y estuvo ante él algún tiempo, dispuso que le dieran un buen regalo.

Más tarde dio órdenes de que se lo llevaran otra vez, en compañía del abuelo, y a presencia del emir Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Príncipe de los Creyentes, el cual lo estuvo contemplando detenidamente y haciendo preguntas sobre él. El abuelo Jalaf aprovechó la ocasión para

hablar de un impuesto que tenía que pagar en su citado pueblo, solicitando que se le rebajase, y el Califa se lo dispensó por entero y dispuso que se escribiese en este sentido al gobernador de la cora. El príncipe Abū-l-Walīd Hišām hizo al niño 'Umar un importante donativo, y, a continuación, abuelo y nieto se retiraron, cargados de regalos, con licencia de regresar a su tierra.

[32]

[*Recepción de embajadores cristianos.*]

El sábado día 6 de dū-l-hiyya [= 30 septiembre 971] tuvo el Califa al-Hakam una audiencia solemne en el Alcázar de al-Zahrā'. En ella recibió primero a ¿Maleh?, el Abad, embajador de Elvira, hija del difunto rey Ramiro, y tutora de su sucesor Ramiro hijo de Sancho hijo de Ramiro, señor a la sazón de Galicia. Una vez oído, lo despachó.

A continuación recibió: al conde Esimeno hijo de García hijo de Sancho, rehén por su hermano Sancho hijo de García, señor de Pamplona; y a Jamīs ibn Abī Salīt, señor de Castilla, y a Dídaco hijo de ¿Šabrīt?, embajador de Ibn Ašūr [= Ansúrez].

Estos extranjeros fueron recibidos con algunos cristianos importantes [*33 v.*] de Córdoba—su cadí Asbag ibn Nabīl, su obispo 'Isà ibn Mansūr, su conde Mu'āwiya ibn Lubb y el metropolitano de Sevilla 'Ubayd Allāh ibn Qāsim—para que sirvieran de intérpretes en la entrevista. El Califa oyó lo que le transmitieron de parte de sus poderdantes, y les dio buena respuesta, tras de lo cual emprendieron el regreso.

[33]

Relación de la Fiesta de los Sacrificios.

La Fiesta de los Sacrificios de este año cayó el miércoles día 10 de dū-l-hiyya [= 4 octubre 971].

Ese día sentóse el Califa al-Hakam en el trono, en sesión solemne y brillante, en el Salón oriental del Alcázar de al-Zahrā', para recibir las felicitaciones, según la costumbre. Antes que al resto de las gentes, recibió a los tres Hermanos, Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz, Abū-l-Qāsim

al-Asbag y Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, los cuales, después de saludar, se sentaron conforme a sus categorías. Luego recibió a los visires, que saludaron y se sentaron, detrás de los Hermanos y con arreglo a su jerarquía, a la derecha y a la izquierda. Con ellos entró Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī, que se quedó en pie, para ministrar, a la derecha. A continuación fueron recibidas las diferentes clases de altos funcionarios, según sus jerarquías y categorías; primero, los ashāb al-šurta al-'ulyā, al-wustà y al-sugrà, con los cuales venía Hāšim ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī; después, los ashāb al-majzūn, los tesoreros y los 'urrād, con los cuales venían 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī y 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī; y, por último, [*34 r.*] las restantes clases de altos funcionarios; todos los cuales saludaron y se quedaron en pie alineados, según la costumbre.

Pregonóse entonces que podían entrar a rendir acatamiento, por orden de parentesco y edad, los miembros de la tribu de Qurayš, los cuales, una vez introducidos, saludaron y recibieron orden de sentarse en el bahw contiguo por la izquierda a aquel en que estaba sentado el Príncipe de los Creyentes. También fueron avisados para que comparecieran en la ceremonia de este día Ya'far ibn 'Alī, su hermano Yahyā y los Banū Jazar que habían venido de Ultramar, de los cuales acudieron Ya'far y los Banū Jazar, y dejó de hacerlo Yahyà por hallarse enfermo. Antes de entrar en la cámara, Ya'far y los Banū Jazar estuvieron aguardando en uno de los salones meridionales de la Casa militar, el más próximo al Alcázar. Se les dio permiso para pasar en unión de los mawlàs de Córdoba, y con ellos fueron introducidos y rindieron el debido acatamiento. El Califa ordenó que se distinguiera a Ya'far de los demás, incorporándolo a los altos funcionarios que ministraban, y se quedó en pie a continuación de Zakariyyā' ibn Yahyà al-Šabulārī, tesorero de al-Zahrā'.

Luego se fueron sucediendo para saludar las demás categorías de personas (primero las clases sociales de Córdoba, y después las diputaciones de las coras y los elementos militares), hasta que terminó la sesión.

Durante toda la ceremonia estuvieron los oradores y los poetas improvisando discursos y recitando versos, con tanta profusión como acierto. Entre lo mejor que se oyó figuraban estos versos pertenecientes a una larga poesía de Muhammad ibn Hasan al-Tubnī, en la que decía:

[kāmil]

[34 v.] Dios miró con compasión a sus criaturas,
escogiendo y eligiendo para regirlas a la mejor:
un rey en cuyos días la justicia ha establecido
feria en la que se expende la verdad.
No se cita su excelente nombre en una sala
sin que no pienses que con ello el aire se perfuma.
Su grandeza y su gloria inundan de justicia
a sus siervos, dejando sin compradores al almizcle y al ámbar.
No ha menester de guía quien viaja de noche hacia él,
pues la misma luna brilla con su esplendor.
La luz de su frente disipa la tiniebla nocturna,
y parece que el que cruza la oscuridad viaja al mediodía.
La mayor felicidad de los días es no cesar
jamás de plegarse y desplegarse a su lado.
Los ojos de los musulmanes gozan contemplando un fulgor
brillante que los lleva por un camino luminoso.
Sus miradas reflejan una alegría patente,
mientras sus corazones disfrutan de una alegría recóndita.
Aunque las esquinas de tu trono fuesen estrellas
resplandecientes, tú merecerías aún más,
pues no sería reprobable, siendo tú sol en la ortodoxia,
que el mismo sol de la mañana te sirviese de púlpito.

También figuran entre lo mejor estos versos de una larga poesía de Muhammad ibn Šujays, que empezaba así:

[tawīl]

Da la bienvenida, cuando llegó, a la Fiesta de los Sacrificios,
aunque nuestro señor hubiera sido más digno de mis palabras.
Al par brillaron el amigo de Dios, la fiesta y la mañana;
pero de los tres fue el amigo de Dios el más brillante,
porque la mañana sólo pudo copiar el esplendor de su rostro,
y así se le asemeja en algo, pero no en lo demás.
¡Enhorabuena a los musulmanes por el honor de besar
los dedos de la mano gloriosa del rey más excelso!
[35 r.] ¡Proteja Dios a aquel a quien confió la protección de sus [criaturas,
haciéndole digno de ellas y a ellas de él;
aquel por cuyo imperio el mundo es una novia
(siga siendo la esposa y él, el marido)!

Decía en ella a propósito de Ya'far ibn 'Alī:

La idea de Ma'add (¡maldito sea, maldito!)
consistió en destituir a Ya'far para perder a Zīrī.

Ya'far sirvió en rueda, a la par, el cáliz de la muerte y de la esperanza.
¡Qué trago tan amargo [para Zīrī] y tan dulce [para nosotros]!
Ya se ha levantado [la muerte] para los secuaces de los Rāfidīes,
porque nosotros, cuando queremos ocuparnos de alguien, es para privarle [de ocupación.
Están llenos de tristeza, aunque afecten indiferencia,
porque de todas las dolencias ocultas la peor es perder un ser querido.
En nombre del amigo de Dios venció Ya'far,
porque el partido de Dios vence siempre y jamás es vencido.

Decía también en ella a propósito de Hišām, el hijo del Califa:

La inteligencia lo apartó de la niñez sin cumplir los ocho años,
y antes de medrar mereció el nombre de maduro.
¿Por qué no ha de ser heredero, siendo niño, si reunió
el beneplácito divino aquél a quien su padre nombró de niño?
¡Honremos al que tiene al imām por padre!
¡Ensalcemos a quien tiene al imām por hijo!
Eres de aquellos a quienes Dios formó del mejor y más puro barro,
para elegir de entre ellos a los Califas y a los Profetas.

Decía asimismo en ella a propósito de Gālib, el mawlà del Califa:

Por tu buena estrella triunfa Gālib, y no por su valor,
y a ti es a quien hay que agradecer todas sus victorias,
pues por tu nombre el ejército inerme resulta armado,
y, de no ser por ti, los armados serían inermes.
[*35 v.*] Lo enviaste contra la hueste de los Mayūs, por tu celo
en defender la religión y asegurar los caminos.
Y cuando las tropas de Gālib ciñeron al Océano ceñidor,
sin dejar en sus orillas altura ni barranco,
los Mayūs huyeron entre las tinieblas y las olas,
como las mujeres de los palanquines vagan al azar, por el desierto, entre la [arena,
y huyeron hacia sus remotas islas, sin agua que beber,
y supliéndola con mascar más hierba,
en esas escuadras que son la muerte, o de su misma naturaleza,
por la violencia con que atacan o la morosidad con que persiguen,
cuando se internan [por los ríos] detrás de sus marineros,
que les evitan lo escarpado y por lo llano las conducen.

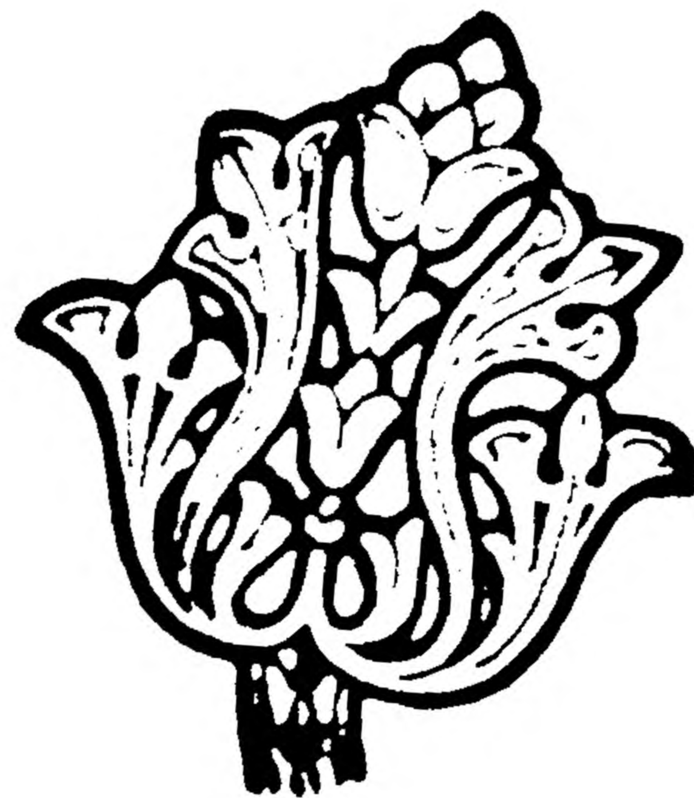
Terminaba así:

¡Proteja Dios, a costa de nuestras almas, a aquel cuyo señorío
protege nuestras almas, nuestros bienes y nuestra familia!

También figuran entre los mejores estos versos de una larga poesía de Muhammad ibn Mahāmis al-Istiyī:

[kāmil]

Dios es El que vela por el Califa al-Hakam,
eligiendo para él lo mejor y defendiéndolo,
porque él busca la ayuda de Dios, y Dios lo guarda
y le socorre, derribando a quien le resiste.
Nuestros días admiran con el esplendor de su imperio
y son como bodas y festines,
pues la justicia reina, la religión islámica brilla,
y el ramo del imperio verdea y da sus frutos.
¡Oh tú, elegido de Dios y amado de sus siervos,
tú que temes y te sometes a tu vida futura:
enhorabuena por tu fiesta, o mejor. enhorabuena a la fiesta
por este Imāmato Omeya con el que se gloría triunfante,
y por este Califa cuyos días esplendorosos
la llenan de fulgores y maravillas!
[36 r., 1 l.] ¡Vive para el Islam con salud, el mayor tiempo posible,
creciente tu gloria y tu buena estrella en el orto!



[37 r., 3.ª l.] AÑO 361

[MARTES 24 OCTUBRE 971 — VIERNES 11 OCTUBRE 972

[34]

[Equivalencia cronológica del comienzo del año.]

El 1.º de muharram, inicio de este año, coincidió con el martes 24 de octubre [del año 971] solar.

[35]

[Traslado de la Casa de correos, para ampliar el zoco de los prenderos.]

El domingo día 20 de muharram [= 12 noviembre 971] se ocupó el visir y zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, en compañía del sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr, en dar cumplimiento a lo dispuesto por el Califa al-Mustansir bi-llāh de que la Casa de correos, situada al occidente del Alcázar de Córdoba y a la entrada de su zoco mayor, fuese trasladada a la Casa de las acémilas, situada en la Musāra, al extremo de Córdoba; de que esta Casa de las acémilas fuese también trasladada desde ese emplazamiento a la casa situada cerca de la cárcel, junto al Alcázar de al-Nā'ūra; y de que en la Casa de correos, que quedaba vacía, se instalasen las tiendas de los ropavejeros, con objeto de ensanchar su zoco y ampliar su industria, ya que se quejaban de la falta de espacio y aquella casa estaba contigua a ellos. Con ocuparla dieron cuerpo a una esperanza que colmó sus aspiraciones.

Aquella Casa de correos era una de las edificaciones levantadas por el emir inmigrado 'Abd al-Rahmān [I] ibn Mu'āwiya (¡la misericordia de Dios caiga sobre él!)

[36]

[*Cambio de residencia del gran fatà Fā'iq.*]

A comienzos de muharram de este año hizo el Califa al-Hakam que su jalīfa y primero de sus favoritos, el gran fatà eslavo Fā'iq, sāhib [*37 v.*] al-burud y al-tirāz, se trasladase desde la casa que ocupaba en el ala oriental del Alcázar de al-Zahrā' a la que había sido del hāyib Ya'far ibn 'Abd al-Rahmān al-Siqlabī, fallecido en el anterior de [3]60; casa esta última de mucha importancia y situada en el ala occidental. Lo dispuso así para honrarlo, por la alta estima en que lo tenía, y como prueba de distinción y preferencia.

[37]

[*Meteorología.*]

En la última noche del año anterior de 360 [= 23 octubre 971], soplaron recios vientos, brillaron deslumbradores relámpagos, retumbaron horrísonos truenos y cayó una copiosa lluvia que empapó la tierra. A fines del muharram de este año volvieron a caer lluvias abundantes, merced a las cuales se pudo hacer la siembra en todas las comarcas.

[38]

[*Regreso de Gālib de la aceifa contra los Normandos.*]

La noche del viernes 2 de safar de este año [= 24 noviembre 971] acampó el visir y caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān en los reales del Fahs al-surādiq, de vuelta de su campaña en tierras del Algarve, por las cuales había andado en acecho de los Mayūs Normandos, que en este año habían dado señales de actividad.

Al día siguiente sábado [= 25 noviembre 971] fue enviado en su busca desde el Alcázar de Córdoba un destacamento militar, en formación perfecta, con pertrechos de gala, entre ellos el Šatrany [= el Ajedrez] y las banderas. Con él se puso en marcha desde su campamento,

precedido por los escuadrones, en la más brillante disposición y con el equipo más vistoso, hasta llegar al Alcázar de Córdoba, en el que a la sazón residía el Califa. Recibido por éste, estuvo sentado ante él largo rato. El Califa conferenció con él y le hizo preguntas acerca de sus movimientos y de cómo se había desenvuelto en su expedición, «en la que Dios evitó el combate a los musulmanes, pues Dios es fuerte y poderoso» [XXXIII, 25]. Por último, le regaló preciosas ropas, y Gālib se marchó a su casa, colmado de alabanzas por su conducta.

[39]

[*Terremoto*]

El miércoles [*38 r.*] día 26 de safar de este año, que coincidió con el 19 de diciembre [de 971], tembló la tierra a comienzos de la hora cuarta; pero se aquietó rápidamente.

[40]

[*Meteorología*]

El jueves día 28 de safar [= 20 diciembre 971] cayó en Córdoba y sus contornos una copiosa lluvia, que duró desde el amanecer de ese día hasta por la tarde. A partir de la noche del miércoles 6 de rabī' I [= 27 diciembre 971] hubo asimismo lluvias torrenciales que duraron... días, y en ella soplaron recios vientos. También en la noche del día siguiente jueves se levantó un viento nordeste muy impetuoso, que duró todo el día. Cayó de nuevo lluvia en Córdoba desde el miércoles 11 de rabī' II [= 31 enero 972] hasta el martes 16 del mismo mes [= 5 febrero 972]. Por estos días soplaron vientos recios y muy fríos, nevó en los distritos y coras de Córdoba, y creció el río.

[41]

[*El Califa ordena ensanchar una calle*]

El domingo día 17 de rabī' I de este año [= 7 enero 972], hizo el Califa al-Mustansir bi-llāh una salida solemne a caballo, en la que atra-

vesó el arrabal llamado de Furn Burriel, de los arrabales orientales. Al pasar por la estrecha calzada que hay al norte del foso, dicha vía quedó por completo obstruida con la gente de su cortejo, y, al observar el Califa los inconvenientes de las aglomeraciones que se producían con cortejos de esta índole y el peligro de que en las apreturas cayese la gente al foso contiguo, ordenó, inmediatamente después de su regreso, que se compraran a sus dueños las tiendas de esta calzada, llegando a darles el precio que les conviniera, y que fueran derruidas [38 *v.*] e incorporado su solar a la calzada, para mayor holgura de los transeúntes y en evitación de desgracias; todo ello mirando por sus súbditos y cuidándose de obrar el bien. Así se hizo rápidamente, con gran beneficio general.

[42]

[*Previsiones sobre el gobierno de Zaragoza, donde agonizaba el gobernador*]

El martes día 25 de rabīʻ I de este año [= 15 enero 972], recibió el Califa al-Mustansir bi-llāh, estando en la almunia de Arhā' Nāsih, a los dos ʻārides Muhammad ibn Yaʻlà y Yaʻlà ibn Ahmad ibn Yaʻlà, sobrino del anterior, y les ordenó que se incorporasen a su señor el visir y caíd de Zaragoza Ahmad ibn Yaʻlà, por saber que éste se hallaba en las últimas de su enfermedad, y para que, si moría, se ocupasen en gobernar la provincia y permaneciesen en ella hasta recibir instrucciones suyas sobre lo que hubiera de hacerse. Realizados los preparativos, cumplieron la orden el jueves siguiente.

[43]

[*Nombramiento de caídes para Zaragoza y Lérida*]

El martes día 3 de rabīʻ II de este año [= 23 enero 972], se le comunicó al sāhib al-šurta al-ʻulyā Ahmad ibn Muhammad ibn ʻAbbās que se le ascendía desde el puesto de caíd de la ciudad de Lérida y sus contornos (en la Frontera superior) al de caíd de las ciudades de Zaragoza y Tudela, y de sus distritos, en la misma Frontera, en sustitución

del wālī, que acababa de morir en aquel puesto, el visir Ahmad ibn Ya'là (¡Dios tenga misericordia de él!).

Para wālī de la ciudad de Lérida y de su distrito fue nombrado y designado 'Abbās ibn Muhammad ibn 'Abbās, que salió para su destino el sábado día 7 del mes [= 27 enero 972].

[44]

[*Regresan de Zaragoza los Banū Ya'là*]

La noche del viernes 19 de dicho mes [= 8 febrero 972] llegaron a Córdoba los dos 'ārides Muhammad ibn Ya'là y su sobrino Ya'là ibn Ahmad, trayéndose las mujeres, criados y equipajes del visir Ahmad ibn Ya'là, que habían encontrado en el camino de vuelta de Zaragoza y a los que se habían unido para el viaje.

[45]

[*Nombramiento de generalísimo a favor de Gālib ibn 'Abd al-Rahmān*]

[*39 r.*] El sábado día 30 de rabī' I [= 20 enero 972] tuvo a bien el Califa al-Mustansir bi-llāh otorgar el título de caíd supremo al visir y caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, para honrarlo y elevar su condición, en atención a su laudable celo y buenos servicios.

Esta concesión suya fue comunicada a los visires en un decreto consignado al dorso de un escrito que le había dirigido Gālib, sometiéndole algunas consideraciones referentes al ejército y a la movilización, asuntos que eran de su incumbencia, y con las cuales se proponía aconsejar al Soberano y velar por el Tesoro. Este escrito hizo tan buena impresión al Califa, que se lo pasó a los visires, consignando al dorso de su puño y letra:

> Esto que nos propone Gālib; que nos explicó primero de palabra en nuestra presencia y ante nosotros, y luego escribió de su mano en este documento, nosotros lo aceptamos, hacemos ejecutivo, acogemos con satisfacción y aprobamos. Obligue, pues, este decreto nuestro, que habéis de conservar en vuestra Casa, si Dios quiere. A la vez, hemos tenido a bien

otorgar a nuestro mawlà Gālib el título de caíd supremo, en atención a su celo y buenos servicios. No se le dé otro título desde ahora, como modo de honrarlo, si Dios quiere, y a Dios es a Quien hay que pedir ayuda.

[46]

[Enfermedad y restablecimiento de Ya'far ibn Utmān]

El lunes día 1.º de yumādà I de este año [= 19 febrero 972] acometió al visir y zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān una grave enfermedad. Llegada ésta a su punto crítico, desesperó el enfermo de la vida y no dudó de que le había llegado su hora. Entonces escribió al Califa al Mustansir bi-llāh dándole cuenta del peligro de muerte en que se hallaba, así como de su certeza de hallarse en sus últimos momentos, y pidiéndole que no retirase de sus hijos [*39 v.*] y de su familia el favor del Califato, que en tan gran estima tenía.

El Califa se apesadumbró con la noticia, mostró inquietud por la gravedad de su estado y le concedió lo que le pedía, escribiéndole de su puño y letra al dorso de su escrito:

Hemos leído tu carta, en la que nos das cuenta de la gravedad de tu estado y de las pocas esperanzas que tienes de curar; cosa que nos ha afectado profundamente, y nos ha llenado de tristeza y de compasión. Esperamos que Dios te conceda lo mejor y te devuelva la salud. Pero si ocurriera lo que, más tarde o más temprano, tiene por fuerza que ocurrir, y mueres antes que nosotros, cuenta con todo lo que pides y deseas para ti y tu familia. Los que dejes detrás estarán en lo mejor de lo que apeteces, deseas, aguardas y esperas, pues no hay para nosotros familia más estimada que la tuya, ya que conocemos por experiencia tu gratitud, tus abnegados servicios y tu laudable compañía, y jamás nos ha venido de ti ni de tu parte cosa que nos produjera contrariedad ni enojo, ni nunca nos has ofendido en nada público ni secreto. Si ocurre, pues, la desgracia, «de Dios somos y a Dios hemos de volver»; pero, si recobras la salud, loado sea Dios, Señor de los mundos, por su renovado favor, sus admirables beneficios, y de todas maneras. La paz sea sobre ti, y la misericordia de Dios y sus bendiciones.

Pero ocurrió, por decreto de Dios Altísimo, que Ya'far sanó de su enfermedad, curó y se restableció. La primera vez que montó a caballo fue para ir a al-Zahrā' el martes día 9 de yumādà I de este año [= 27

febrero 972]. Fue recibido por el Califa y asistió, en presencia de éste, con sus colegas los visires, al consejo de deliberación.

[47]

[*Elevación de la pensión de Ya'far ibn 'Alī y de su hijo Ibrāhīm*]

[*40 r.*] El día 1.º de yumādà I de este año [= 19 febrero 972], la pensión de Ya'far ibn 'Alī al-Andalusī, el emir acogido a la protección del Califa al-Mustansir bi-llāh, y de su hijo Ibrāhīm fue elevada a la suma de 800 dinares wāzina por cada mes.

[48]

[*Orden del Califa para ensanchar la calle mayor del zoco*]

El sábado día 8 de este mes dio orden el Califa al-Mustansir bi-llāh al sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr de que se ensanchara la calle principal del zoco de Córdoba, por ser incapaz para el paso de las gentes y para las aglomeraciones que se producían en ella, mediante el derribo de las tiendas que la rodeaban y estrechaban, con objeto de dar holgura a la calzada y de que no se obstruyera con los que por ella iban y venían; todo ello mirando por el bien del común de los musulmanes y velando por sus intereses. El comisionado lo hizo tal como le fue prescrito.

[49]

[*Llegada de un embajador bizantino*]

El domingo día 21 de yumādà I [= 10 marzo 972] llegó a Córdoba Constantino ¿al-Mulqī?, embajador del emperador de Constantinopla..., puesto al frente del Imperio bizantino. El que lo asesinó fue este rey que ahora enviaba su embajador al Califa al-Mustansir bi-llāh y que se llamaba Tzimisces, el cual no pertenecía a las casas reales, sino que era un simple doméstico de Nicéforo, su antecesor, al que suplantó.

El Califa honró a este embajador, dispuso que se le alojara en la almunia de al-Buntī, y le señaló una holgada pensión.

[50]

[Reparto de feudos entre los Banū Razīn]

Por esta fecha recibió el Príncipe de los Creyentes a Yahyà ibn Hudayl ibn Razīn, acompañado de sus hijos y de los hijos de su difunto hermano Marwān ibn Hudayl. Los suyos eran cuatro: Ahmad, 'Abd al-Rahmān, ... [Los de su hermano eran:] ... Masrūr, Husayn, Lubb e 'Isà hijos de Marwān, caballeros renombrados.

[40 v.] El Califa los acogió amablemente, les alabó, les hizo buenas promesas, y repartió entre los últimos el distrito de su padre Marwān, dando a cada uno de ellos un diploma sobre la parte que le correspondía, a satisfacción y con acuerdo suyo, delante de los visires y en la Casa de éstos. Además fueron colmados todos de preciosas ropas de regalo y recibieron al salir espadas adornadas; dádivas en las que tuvieron muy buena parte su tío Yahyà y los hijos de éste; con todo lo cual se retiraron muy alegres.

Ocurrió eso a fines de yumādà I de este año [= mediados de marzo 972].

[51]

[Ascensos de funcionarios]

Por esta fecha fueron ascendidos Muhammad ibn Abī Qādim y Ahmad ibn Qāsim ibn Qulzum al cargo de alamīnes de los alfolíes

Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir fue también ascendido al cargo de la šurta wustà, acumulándolo a los que ya desempeñaba de curador de herencias vacantes, cadí de Sevilla y administrador del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, con lo cual se elevó su condición dentro del Estado.

Se le quitó, en cambio, la prefectura de la ceca, de la que se hizo cargo el sāhib al-šurta al-'ulyā y caíd de Jaén Yahyà ibn 'Ubayd Allāh ibn Yahyà ibn Idrīs; pero aún no había llegado este Yahyà a desempeñar el mando de la ceca, ni a sentarse en su puesto, ni a acuñar

un dinar ni un dirhem, cuando se le quitó el cargo para dárselo a Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr, a comienzos de ramadán de este año [= mediados de junio 972], y luego, en el mes de yumādà I, se le añadió a Ibn Hudayr la tesorería, y desempeñó entrambos puestos.

[52]

[*Meteorología*]

El jueves día 9 de yumādà II de este año [= 28 marzo 972], cayó en Córdoba copiosa lluvia. Luego entró el mes cristiano de abril, trayendo consigo grandes tronadas y oscuros nubarrones.

[53]

[*Reparto de feudos entre los hijos de ʻAmrīl ibn Tīmlīt*]

A fines del rayab de este año [= mediados de mayo 972], el Califa al-Mustansir bi-llāh otorgó a los cinco hijos del difunto ʻAmrīl ibn Tīmlīt al-Tagrī—ʻAbd al-Rahmān, Hakam, Madā, [*14 r.*] Gālib y Zirwāl—diplomas sobre el distrito de su padre ʻAmrīl, repartiéndolo entre ellos, a satisfacción y con acuerdo suyo, ante los visires y en la casa de éstos. Fueron colmados de ropas de regalo y recibieron al salir espadas adornadas, conforme se había hecho antes con sus análogos los Banū Razīn. Se volvieron muy contentos a sus tierras.

[54]

[*Perdón de Fath, el barbero de al-Nāsir*]

A comienzos de šaʻbān de este año [= mediados de mayo 972] perdonó el Califa a Fath, el flebotomiano eunuco, mawlà y barbero de al-Nāsir, que había caído en desgracia y estaba arrestado en su casa. Se le permitió salir y moverse a su antojo; pero sin darle trabajo ni volverle al favor.

[55]

[Castigo y perdón posterior de un grupo de poetas maldicientes y satíricos]

El sábado día 24 de yumādà II de este año [= 12 abril 972] procedió el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah, de orden del Califa, contra una partida de cordobeses insolentes que hacían mofa de la común obediencia y perturbaban el orden con la obscenidad de su lenguaje. Eran los más conocidos, de entre ellos, el poeta y kātib 'Isà ibn Qarlamān, apodado Sabarico; Mu'nis el kātib, liberto del Hermano al-Mundir, el hijo del [Califa] al-Nāsir; el kātib Ahmad ibn al-As'ad, apodado Saddām, y otros muchos, dedicados al escarnio, a la disolución, a hablar mal del Califa, a morder la reputación de las gentes y a divulgar sus maledicencias mediante versos que se reunían a componer en competencia. Y el Califa se había decidido a poner coto a su maldad y a cortar de raíz el estrago que producían, con quitarlos de en medio, meterlos en la cárcel y castigarlos con rigor, en pago de sus ruines acciones y de la falsedad de su lengua, «pues Dios no obra inicuamente con sus siervos» [III, 178; VIII, 53; XXII, 10; XLI, 46, y L, 28].

Se les persiguió, en efecto, activamente y se metió en la cárcel a los que pudieron ser cogidos; pero escaparon algunos.

Uno de los más perseguidos y buscados, de entre estos escarnecedores, fue Yūsuf ibn Hārūn al-Batalyawsī, [*41 v.*] el poeta conocido por Abū Ceniza, jefe que era suyo; el cual logró esconderse durante algún tiempo, a pesar de las incesantes pesquisas y continuos pregones que se hacían para encontrarlo; pero, convencido a la postre de que ya no tenía sitio donde meterse ni refugio en que ocultarse, acabó presentándose por sí mismo y ofreciéndose a una muerte segura. Con el rostro desfigurado, bien ceñida la cintura, y con una alfombrilla de fieltro que tenía puesta encima de la cabeza, para usarla en la prisión, llegó, pues, sin que nadie lo advirtiese, hasta la puerta misma de la cárcel de al-Zahrā', y dijo al portero: «Yo soy Fulano, al que andan buscando y cuya historia sabéis. Vengo a presentarme yo mismo, y no soy el bienvenido. Metedme en el último rincón y avisad de mi captura al zalmedina.» Efectivamente, se abalanzaron a encerrarlo y a dar inmediato parte al zalmedina Muhammad ibn Aflah, el cual les ordenó que

se lo llevaran a su despacho en la dependencia de la šurta del Alcázar de al-Zahrā', amarrado igual que una caballería, con la soga al cuello. Así lo hicieron, y se lo llevaron, atado, desde la puerta de la cárcel a la dependencia del gobierno de la medina. El zalmedina Muhammad ibn Aflah escribió al Califa al-Hakam dándole cuenta del caso de Yūsuf y de cómo se había sometido y venido espontáneamente, con toda docilidad, entregándose a su suerte. El Califa se apiadó de él y ordenó que lo pusieran en libertad.

Al cabo de algunos días de la historia de Yūsuf ibn Hārūn, dispuso el Califa al-Hakam que se pusiera también en libertad al poeta kātib 'Isà ibn Qarlamān, así como a sus restantes compañeros, encarcelados con anterioridad por idéntico delito; y así se hizo, no sin que el zalmedina les advirtiera antes de cómo debían frenar sus lenguas y guardarse de volver a las andadas. Con ello quedaron libres a fines de ša'bān del mencionado año [= mediados de junio 972].

[56]

[*Llegada a Córdoba de los hijos del difunto señor de Calatayud, al-'Āsī ibn Hakam al-Tuyībī*]

El jueves día 22 de rayab de este año [= 9 mayo 972] llegaron a Córdoba los hijos del visir y caíd al-'Āsī ibn Hakam al-Tuyībī, señor de [*42 r.*] Calatayud, recién fallecido. Se llamaban: Hakam, Ahmad, 'Abd al-'Azīz y Lubb. Vinieron con ellos el cadí de dicho lugar, Muhammad ibn Dāwūd, y el sāhib al-salā del mismo, Yūsuf ibn Muhammad, cuya destitución en los cargos que desempeñaba había sido dispuesta, así como su sustitución en ambos puestos reunidos por el alfaquí Muhammad ibn Qāsim al-Hāyy, conocido por al-Batrayūlī, hombre de sobresalientes ciencia, austeridad y virtud.

El Califa al-Mustansir bi-llāh trató con la mayor afabilidad a los mancebos hijos de al-'Āsī, les dio honrado aposentamiento y les confirmó en sus puestos. Mandó, en cambio, encarcelar, por delitos suyos que quería castigar, a Muhammad ibn Dāwūd, el que había sido destituido del cadiazgo de Calatayud; a Yūsuf ibn Muhammad, sāhib al-salā de dicho lugar, y a Muhammad ibn 'Abd Allāh, kātib de al-'Āsī, que también había venido con ellos.

[57]

[Reparto de feudos entre los hijos de 'Amrīl ibn Tīmlīt]

A fines de rayab de este año [= mediados de mayo 972] hubo carta del visir y generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān [a propósito de los hijos del difunto 'Amrīl ibn Tīmlīt, que eran: 'Abd al-Rahmān, Madā], Gālib, Zirwāl y Hakam, pintándolos como hombres de valor y resolución y aconsejando que se les confiriera el distrito de su padre 'Amrīl ibn Tīmlīt. Se accedió a ello y se les concedieron diplomas: a 'Abd al-Rahmān sobre el castillo de Budiel; [a Hakam sobre...]; a su hermano Gālib sobre el castillo de Ateca; a su hermano Madā sobre Peña Roya, y a su hermano Zirwāl sobre al-Sujayra. Fueron, además, honrados con ropas de aparato y otras dádivas.

[58]

[Señalamiento de pensiones a dos funcionarios encargados de las relaciones con Galicia]

Por estas fechas señaló pagas el Califa al-Hakam al oficial conocido por Ibn Abī 'Amrūs y a su colega Sa'īd, dos musulmanes curtidos en el servicio y conocidos por la perfecta información que le suministraban, cuando los empleaba como emisarios suyos para con los reyes de Galicia, o para tratar con los condes de esta región e ir a ellos en cualquier momento, [*42 v.*] a fin de tener noticias suyas, espiar las novedades y llevar o traer cartas en toda oportunidad, siempre con perfecta exactitud y notoria utilidad.

[59]

[Limosnas del Califa por el ramadán]

El 1.° de ramadán de este año [= 16 junio 972] renovó el Califa al-Mustansir bi-llāh al-Hakam la costumbre, nunca abandonada, de repartir limosnas y hacer obras pías, en secreto y en público. Con tales beneficios reanimó Dios a multitud de menesterosos.

[60]

[*Nombramiento de al-Qastallī para preceptor del príncipe heredero Hišām*]

En la tarde del domingo, primer día del mes [= 16 junio 972], hizo el Califa venir a su presencia al alfaquí Ahmad ibn Muhammad ibn Yūsuf, apodado al-Qastallī, y le dio orden de aprestarse a ser preceptor de su hijo el príncipe Abū-l-Walīd Hišām. A este efecto, le formuló admirables instrucciones y le hizo, a propósito de cómo había de educar al príncipe y de graduarle las enseñanzas, las observaciones por las que había de guiarse; observaciones de las que él nunca se salió y que, gracias a Dios, fueron sumamente útiles al muchacho.

Previamente el Califa había dispuesto renovar y alhajar el departamento llamado Casa del reino, en el Alcázar de al-Zahrā', y arreglar y preparar, tanto en él como en sus accesos, todo lo que era necesario, así como abrir, al occidente del Fasīl al-fityān, una puerta por la que el príncipe pudiera salir con mayor comodidad al citado departamento Dispuso, además, que las lecciones del príncipe con el supradicho maestro se celebrasen, para más favorable agüero, en el Salón oriental del departamento. Todo ello se realizó con la mayor perfección.

La primera lección del príncipe Abū-l-Walīd con su maestro se celebró en el mentado salón del departamento indicado el jueves día 5 del mes de ramadán [= 20 junio 972]. El Califa al-Hakam estaba tan ilusionado con estas satisfacciones que Dios le deparaba, que ese día vino al salón en que se daba la clase, para contemplar a su hijo y presenciar cómo soportaba la instrucción a que lo sometía, y viéndolo [*43 r.*] sentado con tanta compostura, tan risueño rostro, tan atento a su maestro y tan tranquilo de espíritu, se regocijó grandemente y sintió renovarse su alegría, hasta el punto de que se apresuró a sacar una considerable suma de dinero, que entregó en persona al sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr, para que la distribuyese entre los pobres, menesterosos y caminantes, como prueba de su gratitud a Dios Altísimo por el favor que le dispensaba en aquella niña de sus ojos y pimpollo de su gloria.

También dispuso el Califa que se tomaran las providencias oportunas para señalar al alfaquí Ahmad ibn Muhammad ibn Yūsuf, maestro del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, el sueldo que se le concedía, así como

la caballería para sus traslados y la pensión alimenticia. Decretó asimismo que una comida, compuesta de manjares cuyo número y clase se fijaba, fuera preparada y presentada todos los días al príncipe Abū-l-Walīd, y a los demás niños que se educaban con él, en el lugar mismo de la clase. Dukā', el gran wasīf eunuco, fue promovido al cargo de ayo del príncipe Abū-l-Walīd, para responder de él y velar por todos los otros niños.

[61]

[Ascenso de Fā'iq, tío materno del príncipe heredero]

El lunes día 5 de ramadán de este año recibió el Califa al-Mustansir bi-llāh a su mawlà Fā'iq, tío materno del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, y lo ascendió desde el cargo de 'ārid al de sāhib al-majzūn. Con ese motivo llamó también a los demás ashāb al-majzūn, y les informó de su decisión de incorporar a este Fā'iq a la magistratura del majzūn, asociándolo a ellos.

[62]

[Nombramiento de gobernador para la mitad de la cora de Rayyu]

Ese mismo día se le confirió a Asbag ibn Muhammad ibn Futays el gobierno de la mitad de la cora de Rayyu, y con este motivo se le expidió una carta, cuya copia dice así:

En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.—El beneficio que se hace con acierto sólo se conoce por la gratitud posterior, y una idea que parece buena sólo se advera al verla en práctica; pero por esta buena idea previa es por la que se diferencian las posiciones *[43 v.]* de los súbditos a juicio de sus señores. El Príncipe de los Creyentes tiene formado de ti un juicio que te va a suponer un beneficio grande. Procura, pues, conservar éste, demostrando, bien tu inteligencia y capacidad, bien tu insuficiencia y falta de dotes; pide a Dios su ayuda; usa de tu autoridad con clemencia; no tengas ambición, y evita inclinarte a unos súbditos en perjuicio de otros, pues todos ellos ocupan en el bien informado celo del Príncipe de los Creyentes un lugar en el que no faltan noticias sobre su estado, ni esclarecimientos sobre tu conducta para con ellos, si Dios quiere.

El Califa ha decidido confiarte el mando de la mitad de la cora de

Rayyu, una de las más importantes a sus ojos en todo al-Andalus, por su mar y su territorio, sus tributos y sus fincas. Mira bien qué clase de servidor te revelas y qué agradecido te demuestras al beneficio, si Dios quiere.

[63]

[*Tumulto delante del Alcázar de Córdoba, por riñas entre elementos militares*]

El miércoles día 11 de ramadán de este año [= 26 junio 972], con ocasión de reunirse en la Puerta de la Azuda del Alcázar de Córdoba, estalló entre los tanyiyyīn y otros grupos militares que venían a incorporarse una disputa que degeneró en pendencia. Unos hicieron frente a otros, y, mezclado en la riña el populacho de Córdoba, que tomó partido contra los tanyiyyīn, sufrieron éstos notorias bajas.

Para dominar la situación hubieron de montar a caballo los dos inspectores del hašam (o sea, el visir Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus y el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah), junto con el lugarteniente del zalmedina de Córdoba Muhammad, hijo del visir Ya'far ibn 'Utmān. Cuando llegaron, precedidos de varios destacamentos de soldados, detuvieron a buen número de tanyiyyīn, los maltrataron y encarcelaron a muchos. Con ello se apaciguó el tumulto.

[64]

[*Organización y salida de la aceifa contra los Normandos*]

El jueves día 5 de ramadán de este año [= 20 junio 972] [44 r.] invitó el Califa al-Mustansir bi-llāh, para que asistieran a la reunión de su consejo privado con los visires, a su mawlà, el caballerizo mayor e inspector del hašam Ziyād ibn Aflah, y al sāhib al-šurta Hišām ibn Muhammad ibn 'Utmān, y les ordenó que se preparasen, según al punto comenzaron a hacerlo, para salir como caídes de la aceifa de ese año, encaminada a tierras del Algarve, por la incesante hostilidad de que daban muestra los Mayūs Normandos (¡Dios los extermine!), aparecidos por dicha zona.

El miércoles día 11 de dicho mes [= 26 junio 972] les ordenó el Califa acelerar la partida, y, al día siguiente, jueves, ambos fueron a caballo al Alcázar de Córdoba, en el que a la sazón residía el Califa. Una vez recibidos por éste, le informaron de haber puesto fin a sus preparativos. El Califa les dio instrucciones sobre la misión que les confiaba, ordenándoles que se ajustaran a ellas; instrucciones sobre la necesidad de proceder con energía, evitar las dilaciones, usar del más claro juicio, aliado con la firmeza, implorar en todos los asuntos la gracia de Dios Altísimo, y asesorarse de personas competentes en cualquiera medida que se hubiere de tomar. Ellos escucharon con atención sus recomendaciones y se aprovisionaron, como de viático, de sus bendiciones.

El Califa, además, les colmó de contento con las preciosas ropas de aparato, los magníficos turbantes y las espadas adornadas que les tenía preparados. Confióles asimismo dos banderas y dos estandartes, de sus más excelsas enseñas, para que las levantaran al frente de los pertrechos que mandó salir con ellos, y les envió, a fin de honrarles en el mayor extremo, un espléndido pabellón para que en él se reuniesen a deliberar y sólo en él les visitasen los hombres de su ejército.

Una vez que todo estuvo a punto y que llegaron a la puerta del Alcázar los destacamentos militares y los diferentes pertrechos que habían de ir con ellos, se pusieron inmediatamente en camino, precedidos y seguidos por las tropas, y pasando por la Puerta de los Jardines, una de las [*44 v.*] del Alcázar, y luego por la Musāra, llegaron a al-Nā'ūra. Salió a verlos tanta gente, entre la distinguida y el vulgo, que no podría contarlos más que su Creador (¡ensalzado sea su rostro!). De allí siguieron luego hacia su destino.

[65]

Relato de cómo empezó en Berbería la guerra con Hasan ibn Guennūn al-Hasanī y de todo lo que se relaciona con ella.

El jueves día 12 del mes de ramadán de este año [= 27 junio 912], llamó el Califa al-Mustansir bi-llāh al visir inspector de las tropas mercenarias Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, y le ordenó que se preparase para partir, lo más pronto que pudiera, hacia la ciudad de Ceuta, como caíd de los destacamentos del ejército regular y de los

refuerzos de toda clase de municiones y pertrechos que iba a confiarle, para hacer frente a la actitud manifestada por el rebelde y sublevado Hasan ibn Guennūn al-Hasanī de violar el pacto existente, romper la alianza, inclinarse al partido de su colega Ma'add ibn Ismā'īl, señor de Ifrīqiya—que le ayudaba en su errado proceder—y reunirse con él, más atraerse a las gentes vecinas pertenecientes al partido de la herejía, para pedirles ayuda con objeto de realizar sus propósitos de escisión y hacer pública en los almimbares de su territorio la oración en favor del mencionado Ma'add.

Comenzó el Califa por recomendar a Ibn Tumlus que temiera a Dios, su Señor; que aguzara [45 *r*.] el juicio y la energía, y que pusiese a contribución su máximo esfuerzo y empeño en combatir al criminal Hasan y en apagar el fuego por él encendido. Le ordenó, además, que —una vez que Dios Altísimo le diera la victoria sobre cualquier grupo de los secuaces y partidarios del hereje, o le pusiera en posesión de la tierra de cualquiera que obedeciese a éste—usase del perdón, prefiriese la indulgencia, aceptase las excusas claras, y no emplease el rigor, mostrándose sumiso y agradecido a Dios Altísimo, obediente a sus preceptos, amigo de la justicia y dispuesto a creer en las obras hechas con buena intención; todo ello por amor de la paz, del bienestar y del interés del país y de los súbditos, y para restablecer la ley de Dios Altísimo que ellos habían anulado, pues no hay gobernante mejor que el que concierta lo desconcertado por los vasallos, restaurando lo que destruyeron y juntando lo que separaron. Le mandó también que se ayudase de los que fuesen entrando en su obediencia, y cumpliesen lealmente el juramento de fidelidad y el pacto, contra los que todavía no lo hubieran hecho, sin tomarles en cuenta su conducta anterior, por cuanto la buena acogida hecha al fugitivo después de su fuga y la obediencia del que se somete luego de su rebelión hacen siempre profunda mella en el ánimo de los recalcitrantes y son un poderoso argumento contra los obstinados. Por último, le prescribió que restableciese el imperio del Libro de Dios y de la Zuna de su Profeta Mahoma (¡Dios lo bendiga y salve!) en cualquiera tierra de que, por voluntad de Dios Altísimo, se apoderase y a cuyos habitantes venciera, borrando los vestigios de la šī'a herética e implantando las tradiciones de los imāmes ortodoxos, para que las gentes de por allá lograsen, con el mérito, valor, eficacia y dulzura de este proceder, lo que el resto de la comunidad tenía ya logrado, merced al afán desplegado por el Príncipe de los Creyentes, por el poder y la fuerza de Dios.

Llegado el momento en que el visir Muhammad ibn Qāsim debía salir [*45 v.*] de la presencia del Príncipe de los Creyentes, éste le regaló un mandīl atado, repleto de ropas de honor elegidas para él (telas de jazz 'ubaydī y turbantes de šurūb recargados), encima de las cuales había una espada de finísima hoja y pesada guarnición, y junto con ello un saco conteniendo quinientos dinares en dirhemes.

El resto de aquel día lo pasó Muhammad reunido con sus colegas los visires, para arreglar definitivamente el abono de las pagas a los destacamentos del ejército regular que habían de salir con él.

Partió Muhammad para su destino el sábado día 14 del citado mes de ramadán [= 29 junio 972], rodeado de tantas categorías de soldados del ejército regular, precedido de tales pertrechos y seguido de tal impedimenta, que superaban toda descripción y llenaban los ojos. Continuó su camino, y pasó la mar, desde Algeciras, el sábado 18 de šawwāl de ese año [= 2 agosto 972], encontrando un viento favorable con el que Dios quiso facilitarle el paso a él y a las tropas que le acompañaban. Todos arribaron con bien a Ceuta. Ese mismo día había llegado a este puerto el sāhib al-šurta almirante 'Abd al-Rahmān ibn Rumāhis con la escuadra, completándose así los ejércitos. A fines de šawwāl, el visir Ibn Tumlus, con todo su acompañamiento, se trasladó a la ciudad de Tetuán, y, encontrándola vacía, se encaminó a Tánger.

[66]

[*Las flotas de Sevilla y Almería salen para Marruecos*]

El sábado día 21 de ramadán de este año [= 6 julio 972] recibió el Califa al-Mustansir bi-llāh a Qaysar, a Sa'd al-Yadarī y a Rašīq (de los principales mawlàs de su padre al-Nāsir li-dīn Allāh), así como a Ismā'īl ibn al-Šayj, a 'Abd al-Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl [*46 r.*] y a 'Abd al-Rahmān ibn Abī Yawšan (de los ahrār más principales), y les ordenó que se preparasen a salir en campaña con las dos flotas que se hallaban dispuestas: la de Sevilla y la de Almería. A todos les fueron regaladas ropas de honor; salieron con espadas adornadas y recibieron abundantes donativos.

Partieron para su destino desde Madīnat al-Zahrā', camino de Sevilla, precedidos de cargamentos de pertrechos, el jueves 23 de dicho mes

[67]

[*Ascensos de funcionarios*]

En este momento le fue conferida a Muhammad ibn 'Alī ibn Abī-l-Husayn la šurta sugrà, acumulada al cargo de cadí de la frontera, con lo que sus emolumentos llegaron a treinta dinares.

Ese mismo día, Hasan ibn 'Alī, hermano del anterior, fue también ascendido a la šurta sugrà, asimismo acumulada a su cargo de cadí de la frontera.

[68]

Relación de la Fiesta de la Ruptura del ayuno, correspondiente a este año.

Coincidió este año la aparición notoria de la luna nueva de šawwāl con el martes 16 del julio cristiano.

Ese día se sentó en el trono el Califa al-Mustansir bi-llāh, para recibir las felicitaciones conforme a la costumbre, en el Salón Oriental, en la Azotea alta. Los cortejos, formaciones y alineaciones estuvieron revestidos de la mayor perfección y el máximo orden. Asistieron los Hermanos, de los cuales se sentó a la derecha el mayor Abū-l-Asbag, [*46 v.*] y a la izquierda Abū-l-Qāsim al-Asbag. A continuación, y dejando un claro, se sentaron los visires. Ministraron al Califa, por la derecha, el zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān; por bajo de él, el visir sāhib al-šurta al-'ulyā Muhammad ibn Sa'd, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-wustà Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir; [y, por la izquierda, ...]. Tras ellos se alinearon en dos filas las distintas clases de funcionarios, con arreglo a sus categorías. Fueron luego recibidos por el Califa los miembros de Qurayš, los mawlàs, los hukkām, los cadíes de las coras, los alfaquíes—jurisconsultos o no—, los 'adūles y las gentes ricas y principales de Córdoba. Asistió también este día a la recepción Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī, el que había recobrado el favor real, que se sentó por bajo del visir ... ibn 'Ubayd Allāh ibn 'Abd Allāh al-Zayyālī. Por bajo de él se sentó, a su vez, Ya'far ibn 'Alī, el acogido a la protección del Califa. El hermano de este último, Yahyà, y su hijo Ibrāhīm ibn Ya'far ministraban en la fila de los que estaban de pie, por bajo de los tesoreros.

Llegado el momento en que el visir Muhammad ibn Qāsim debía salir [*45 v.*] de la presencia del Príncipe de los Creyentes, éste le regaló un mandīl atado, repleto de ropas de honor elegidas para él (telas de jazz 'ubaydī y turbantes de šurūb recargados), encima de las cuales había una espada de finísima hoja y pesada guarnición, y junto con ello un saco conteniendo quinientos dinares en dirhemes.

El resto de aquel día lo pasó Muhammad reunido con sus colegas los visires, para arreglar definitivamente el abono de las pagas a los destacamentos del ejército regular que habían de salir con él.

Partió Muhammad para su destino el sábado día 14 del citado mes de ramadán [= 29 junio 972], rodeado de tantas categorías de soldados del ejército regular, precedido de tales pertrechos y seguido de tal impedimenta, que superaban toda descripción y llenaban los ojos. Continuó su camino, y pasó la mar, desde Algeciras, el sábado 18 de šawwāl de ese año [= 2 agosto 972], encontrando un viento favorable con el que Dios quiso facilitarle el paso a él y a las tropas que le acompañaban. Todos arribaron con bien a Ceuta. Ese mismo día había llegado a este puerto el sāhib al-šurta almirante 'Abd al-Rahmān ibn Rumāhis con la escuadra, completándose así los ejércitos. A fines de šawwāl, el visir Ibn Tumlus, con todo su acompañamiento, se trasladó a la ciudad de Tetuán, y, encontrándola vacía, se encaminó a Tánger.

[66]

[*Las flotas de Sevilla y Almería salen para Marruecos*]

El sábado día 21 de ramadán de este año [= 6 julio 972] recibió el Califa al-Mustansir bi-llāh a Qaysar, a Sa'd al-Yadarī y a Rašīq (de los principales mawlās de su padre al-Nāsir li-dīn Allāh), así como a Ismā'īl ibn al-Šayj, a 'Abd al-Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl [*46 r.*] y a 'Abd al-Rahmān ibn Abī Yawšan (de los ahrār más principales), y les ordenó que se preparasen a salir en campaña con las dos flotas que se hallaban dispuestas: la de Sevilla y la de Almería. A todos les fueron regaladas ropas de honor; salieron con espadas adornadas y recibieron abundantes donativos.

Partieron para su destino desde Madīnat al-Zahrā', camino de Sevilla, precedidos de cargamentos de pertrechos, el jueves 23 de dicho mes

[67]

[Ascensos de funcionarios]

En este momento le fue conferida a Muhammad ibn 'Alī ibn Abī-l-Husayn la šurta sugrà, acumulada al cargo de cadí de la frontera, con lo que sus emolumentos llegaron a treinta dinares.

Ese mismo día, Hasan ibn 'Alī, hermano del anterior, fue también ascendido a la šurta sugrà, asimismo acumulada a su cargo de cadí de la frontera.

[68]

Relación de la Fiesta de la Ruptura del ayuno, correspondiente a este año.

Coincidió este año la aparición notoria de la luna nueva de šawwāl con el martes 16 del julio cristiano.

Ese día se sentó en el trono el Califa al-Mustansir bi-llāh, para recibir las felicitaciones conforme a la costumbre, en el Salón Oriental, en la Azotea alta. Los cortejos, formaciones y alineaciones estuvieron revestidos de la mayor perfección y el máximo orden. Asistieron los Hermanos, de los cuales se sentó a la derecha el mayor Abū-l-Asbag, [*46 v.*] y a la izquierda Abū-l-Qāsim al-Asbag. A continuación, y dejando un claro, se sentaron los visires. Ministraron al Califa, por la derecha, el zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān; por bajo de él, el visir sāhib al-šurta al-'ulyā Muhammad ibn Sa'd, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-wustà Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir; [y, por la izquierda, ...]. Tras ellos se alinearon en dos filas las distintas clases de funcionarios, con arreglo a sus categorías. Fueron luego recibidos por el Califa los miembros de Qurayš, los mawlàs, los hukkām, los cadíes de las coras, los alfaquíes—jurisconsultos o no—, los 'adūles y las gentes ricas y principales de Córdoba. Asistió también este día a la recepción Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī, el que había recobrado el favor real, que se sentó por bajo del visir ... ibn 'Ubayd Allāh ibn 'Abd Allāh al-Zayyālī. Por bajo de él se sentó, a su vez, Ya'far ibn 'Alī, el acogido a la protección del Califa. El hermano de este último, Yahyà, y su hijo Ibrāhīm ibn Ya'far ministraban en la fila de los que estaban de pie, por bajo de los tesoreros.

Cuando llegó la solemnidad a todo su esplendor, se levantaron los oradores y los poetas, improvisando discursos y recitando poesías. Entre las cosas más hermosas que en tal ocasión se le recitaron al Califa figuran estos versos de Muhammad ibn Hasan al-Tubnī, pertenecientes a una larga y bella qasīda suya, que empezaba así:

[*kāmil*]

Conocía las casas, pero se alejaba sin vacilación,
con el desdén del que no ama, y al mismo tiempo, con la mirada del amante.
No sabía si pararse en aquel lugar abrasado,
o si seguir aquel camino que le atormentaba.
Sentía deseos de quedarse y deseos de irse.
¿Cuándo encontrará descanso el perpetuo caminante?
[*47 r.*] Entonces zureó una paloma, cuyas alas parecían lucir un collar,
y renovó el recuerdo del triste, que estaba borrado y oculto.
Sí; aquella paloma volvía a reunir las penas dispersas
y a macerar más aún aquel corazón ya macerado.
Era adorable el rayado de aquella paloma,
cuyo cuello adornaba algo entre brocado y tisú.
Lucía un collar cuyo hilo nunca se rompe
y cuyas enfiladas perlas jamás se derraman.
¡Oh hijo de los Califas que, con tu beneficencia y tu piedad,
hiciste la más noble ascensión a la meta!
Tornaste próspera a la nación de Ahmad [= Mahoma],
y la llevaste, blancos los rostros, por el blanco sendero.
Guardaste el depósito que Dios te confió
como un custodio escrupuloso y libre de pecado.

Decía también en ella:

No eres otra cosa que un beneficio de Dios,
tanto para el rico como para el mendigo más pobre.
¡Ojalá vivas largamente, pues tu existencia es misericordia de Dios
para los musulmanes y sombra de la vida tranquila!
Celebra alegremente tu ruptura del ayuno,
y no ceses de ver venir y desaparecer otras mil como ésta.
Los que han visto tu rostro han contemplado el esplendor de la luna [nueva,
aunque algunos no hayan salido a ver la del cielo,
porque hay dos lunas: tu rostro, abrillantado por el ayuno,
y la del cielo a la que el ayuno dejó en su última fase como un aro de [pulsera.
Cubren sus salones mantos de mosaico;
a él le cubre un manto de majestad, que nadie tejió.
Su excelsitud erigió un peristilo sagrado,
como el peristilo que forman los bordes del cielo luciente;

pero el que lo ve, no estima en mucho la pompa de su imperio,
sino que piensa ser poco para él tan grande adorno.
[*47 v.*] ¡Oh rey, en cuya alabanza
puede hablar con elocuencia hasta la lengua del tartamudo!
Los maderos de los almimbares vibran de anhelo
por que los pise este ser brillante y esplendoroso.

Asimismo decía en ella a propósito del príncipe Hišām:

¡Admira por él la religión del profeta Mahoma!
¡Endereza con él la inclinación del tiempo torcido!
Todos desean jurarlo por heredero; pero, aunque no quisieran,
hacerlo sería una de las cosas más obligatorias.
El árbol de la Profecía y el del Califato son su tronco:
la rama procede de estas raíces entrelazadas.
Cuando luce la faz de la aurora brillante,
por bajo de su esplendor luminoso asoma el sol.
Él es la gala del mundo y la puerta de su alegría.
¡Conócelo, humanidad, y gózate y alégrate con él!
¡Lanza su nombre sobre el Oriente! ¡Que conquiste
lo que va desde Egipto hasta el país de Rajjay!
¡Concédele, Señor mío, a Abū-l-Walīd todo lo que espera
y añádele el que consiga lo que no espera!
¡Que perdure entre los hombres como una antorcha de Dios,
cuya luz supera la luz de todas las antorchas!

También figuraba entre las mejores una hermosa qasīda de Muhammad ibn Šujays, que comenzaba así:

[*jafīf*]

La tarde casi se empalma con la mañana
el día en que viene a saludarte la multitud.
A algunos lo que les alegra es lo poco que ven
de tu rostro risueño, y no la aurora brillante.
La fiesta se encuentra en ti con alguien que la supera,
y, si es noble y espléndida, es porque viene a verte.
La felicidad de la fiesta es visitar a un imām,
por el cual toda vida es sana y saludable.
[*48 r.*] La luz que despide oculta su persona, cuando aparece,
aunque esté presente y manifiesto ante los circunstantes.
La majestad que lo adorna lo aleja, cuando surge,
de quien tiene cerca, el cual queda, a la vez, cerca y lejos.
Escuchad, oh gobernantes de la tierra, estas palabras
que pronuncio, al mismo tiempo, con timidez y con valor:

El nombramiento del imām de la comunidad procede de la revelación
que recibió el Profeta, transmitida por el arcángel Gabriel, [divina,
y el que haya de recibir ese título
ha de ser en la obediencia a Dios piadoso y puro.
Pues bien: el que reúne lo uno y lo otro
es un rey de la familia de 'Utmān y de la conducta de 'Umar.
No sé cómo empezar a describirlo,
aunque mi espíritu es ágil, y expedita mi lengua.
Y es que, por vida mía, aunque Sahbān viniera hasta su gloria,
el mismo Sahbān se sentiría incapaz.
Es único en sus cualidades; más aún, está por encima de ellas
su rango paladino y altísimo.
Me limitaré a señalar las que pueda,
pues decirlas todas es arduo e inasequible.
Lo que deja suspensos a los que quieren describirlo
es que su piedad es angélica y su persona es humana.
Si su ciencia va acompañada de generosidad,
su generosidad es de Abtah [= Meca] y su ciencia de Medina.
Si se trata de su conocimiento de las tradiciones y de sus especulaciones
diríase que no han muerto Mālik ni al-Naja'ī. [jurídicas,
La industria de que usa contra los enemigos es el aniquilamiento,
cuyo efecto es, a la vez, rapidísimo y duradero.
Ahora has enviado a la guerra un ejército,
en el que tienes una decisión patente y un designio oculto.

Decía en ella hablando de Hasan ibn Guennūn:

[*48 v.*] ¿Cómo ha de esperarse que rinda acatamiento a Qurayš,
si él de Qurayš está expulsado?
Se engañó con él la plebe cuando a ésta dijo:
«Mi abuelo es Hasanī.» ¡Ojalá lo fuera!
Pues entonces hubiera visto en Umayya
lo que vio Hasan, el virtuoso, el piadoso, el acepto a Dios.
Tus brillantes decisiones lo han traspasado
como las certeras flechas que disparan los arcos.
Juzgando de los hechos, lo hago con una veracidad
que no llegó a alcanzar nuestro Iyās al-Muzanī.
Es ésta una noticia alegre para el imām,
puesto que en ella va el anuncio de muerte para los rebeldes.
¡Conserve Dios este país, mientras lo alimente
el Supremo dadivoso con dádivas ininterrumpidas:
tierra blanda, viento húmedo y tibio,
aspecto risueño, atmósfera reconfortante,
más cuantos jardines quieras, cuyos frutos
son paradisíacos y cuyo trazado es espléndido!

En él gobierna a los musulmanes el imām al-Hakam
y es Hišām el heredero del trono.
Aquél es homónimo de su elegido y este otro
lleva igual nombre y kunya que dos imāmes ortodoxos.
Aquél es para los musulmanes fiel garantía
de sus deseos, y protección suficiente.
Los más dignos de alabanza de todos los hombres
son, dentro de los Banū Marwān, los hakamīes.

Y sigue, pues es muy larga.

[69]

[Esclarecimiento de denuncias contra el gobernador de Sevilla]

El lunes día 1.° de šawwāl de este año [= 16 julio 972] salió Ibn al-Jāl Sa'īd, gobernador destituido de Sevilla, acompañado de quienes lo tenían custodiado, en busca del visir sāhib al-mazālim 'Abd al-Rahmān [*49 r.*] ibn Mūsà ibn Hudayr, que había sido enviado a Sevilla para esclarecer la denuncia de injusto trato formulada contra dicho gobernador por los sevillanos, con objeto de ser careado con los que se creían lastimados en sus derechos, interrogado sobre las arbitrariedades que le habían sido atribuidas, y para que se hiciese justicia en la causa entablada por ellos y por los criados y gentes del séquito del gobernador que habían depuesto en contra suya.

[70]

[Nombramiento y traslado de cadíes]

El sábado siguiente [= 20 julio 972] fue vuelto a nombrar Asbag ibn Qāsim ibn Asbag para el cadiazgo de Carmona, que ya había desempeñado, y fue trasladado Ahmad ibn Muhammad ibn Mufarriy del cadiazgo de Sidonia, Osuna y Tākurunnā al de la cora de Rayyu, en sustitución del sāhib al-šurta al-sugrà Jālid ibn Hišam, destituido en esta fecha.

[71]

[*Captura en Ifrīqiya, conducción y prisión de un desertor a las filas šī'íes, llamado Janūs*]

A mediados de šawwāl de este año llegó noticia de que el comerciante Muhammad ibn Sulaymān, conocido por Ibn Naqūra, había capturado al criminal 'Abd al-Malik ibn Šamīt, llamado Janūs. Este individuo había desertado de las filas gubernamentales para pasarse al hereje šī'ī Ma'add ibn Ismā'īl, que a la sazón se dirigía a tierras de Egipto para aprovecharse de la debilidad de los Banū 'Abbās en el gobierno de Oriente, administrado en nombre de ellos por los emires del Daylam.

En el momento de su captura andaba recorriendo el citado criminal parte de la costa de Ifrīqiya, atizando la discordia civil. El comerciante Muhammad ibn Sulaymān tramó una añagaza contra él, y escribió al sāhib al-šurta al-'ulyā almirante 'Abd al-Rahmān ibn Rumahis para que le enviase un barco tripulado por gentes de fiar. Envióle Ibn Rumāhis un barco en el que venían los marineros 'Abd Allāh ibn Šu'ayb y su compañero Ibn al-Azraq, [*49 v.*] para que se ayudara de ellos en cuanto fuera necesario para tender una emboscada al citado criminal Janūs. Reunidos ambos con Ibn Sulaymān, urdieron entre los tres una celada admirablemente dispuesta, y, cuando lo tuvieron en sus redes, lo cogieron prisionero junto con su hijo. Los aseguraron con pesados hierros y llegaron con ellos al puerto de Pechina el día 11 del mencionado mes de šawwāl [= 26 julio 972]. A seguida, Muhammad ibn Sulaymān, acompañado de Ibn Šu'ayb y de Ibn al-Azraq, los dos marineros que le habían ayudado a capturarlos, continuó para Córdoba con los dos prisioneros, padre e hijo.

Llegaron a Córdoba el lunes día 22 de šawwāl de este año [= 6 agosto 972], y encontraron orden de que el criminal Janūs y su hijo fueran conducidos cargados de grillos y agarrotados a al-Zahrā'. Llegados a la Puerta de la Azuda del Alcázar, el zalmedina de la ciudad, Muhammad ibn Aflah, reprendió con dureza al criminal y ordenó que tanto él como su hijo quedasen encerrados en la cárcel de al-Zahrā'.

Su aprehensor, el comerciante Muhammad ibn Sulaymān, junto con los marineros que le habían ayudado, Ibn Šu'ayb e Ibn al-Azraq, fueron recibidos por el Califa al-Mustansir bi-llāh para que le diesen

cuenta de lo sucedido. El Califa alabó su celo y elogió su obediencia. tras de lo cual se retiraron. Previamente se había ordenado a los visires que se trasladaran a su Casa, llamaran a su presencia al comerciante Muhammad ibn Sulaymān, le felicitaran por su buena acción y le entregaran los regalos y las ropas de honor que se le habían destinado como recompensa por su servicio, consistentes en mil meticales ya'farīes y un mandīl atado conteniendo preciosas telas, acomodadas a su categoría, sin contar con el tesoro que para él suponía la buena opinión del Príncipe de los Creyentes; y asimismo se les ordenó que llamasen a los dos marineros Ibn Šu'ayb [*50 r.*] e Ibn al-Azraq y entregasen a cada uno de ellos los regalos y ropas que también se les había destinado, consistentes en quinientos dinares y vestidos de magnífico jazz. Los tres se retiraron agradecidos y satisfechos.

El zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah cabalgó, de orden del Príncipe de los Creyentes, hacia la Duwayra, construida ese mismo año, cerca de la prisión de al-Zahrā', en la casa llamada de al-Saqqā'īn [= los Aguadores]. Una vez que la examinó y aseguró por todas partes, hizo trasladar a ella desde el interior de la cárcel a 'Abd al-Malik ibn Šamīt, conocido por Janūs, que iba maniatado; al hijo de éste, y a un tal Qāsim, también metido antes que ellos en la cárcel por sospechoso de herejía oriental. Dicho sujeto había sido enviado desde Badajoz por el visir Sa'd ibn al-Hakam, cuando éste fue gobernador de dicha plaza. Se le dijo entonces al gobernador que se trataba de un pariente de Ma'add al-Šī'ī, y que, a causa de unas desavenencias con éste, había huido de su lado y se había internado por tierras del Algarve, ocultando su condición y produciendo sospechas. Cerciorado Sa'd de la verdad de la denuncia, lo prendió y lo envió cargado de hierros. Fue llevado a la cárcel de al-Zahrā', hasta el momento presente, en que se le trasladó desde ella, junto con Janūs, a esta cárcel particular, en la que quedó.

[72]

[*Captura de otro desertor*]

A fines del mencionado mes de šawwāl hubo también noticias de la captura de Muhammad ibn Sulaymān, conocido por Walad Mu'allim Hammu. Este había asimismo desertado de Córdoba, para pasarse a Ma'add al-Šī'ī, y, no habiendo prosperado a su lado, volvió pidiendo

el amán, que se le concedió, sin castigarlo; pero más tarde se fue a la comarca de la Frontera Superior, en disidencia, persistiendo en su error Se dio con él y el 'āmil rindió cuenta de haber sido capturado.

[73]

[50 v.] *Nuevas noticias de la guerra en Berbería.*

El sábado día 4 de dū-l-qa'da llegó carta del sāhib al-šurta al-'ulyā almirante 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Rumāhis, dando cuenta de que Dios había concedido al Príncipe de los Creyentes la conquista de la ciudad de Tánger, en tierras de Berbería, del modo siguiente:

Había invitado Ibn Rumāhis a los habitantes de la ciudad a entrar en la obediencia y a volver a la comunidad, de la que se habían separado; pero le contestaron de mala manera y se apresuraron a hacerle la guerra. Dentro de la plaza se hallaba el que los inducía al error, Hasan ibn Guennūn, dándoles ánimos y poniendo en buen orden la ciudad. Aquel día no hubo combate; pero en la mañana del jueves mandó Hasan entablarlo, para lo cual hizo salir de la ciudad a buen número de sus tropas y partidarios. Apenas aparecidos en campo raso, fueron recibidos con flechas, que atravesaron a muchos de ellos y los mataron, con lo cual el resto salió huyendo. Al advertirlo su inductor Hasan, se separó del grueso de la tropa y emprendió la fuga entre sus más fieles compañeros, sin hacer caso de nadie ni cuidarse de los bienes y efectos que tenían en la ciudad, ni de los víveres y tesoros que en ella habían almacenado. Viendo los tangerinos que Hasan no cejaba en su huida y que los dejaba abandonados, su šayj Ibn al-Fādil salió con su hijo y con los notables del pueblo en busca del caíd Ibn Rumāhis y se enfrentó con las tropas asediantes diciendo: «¡Obedencia a Dios Altísimo y al Príncipe de los Creyentes al-Mustansir bi-llāh!» Las tropas lo rodearon y lo llevaron a presencia del caíd, y, una vez ante él, saludó con la cabeza baja, prorrumpió en invocaciones [*51 r.*] en favor del Príncipe de los Creyentes y de los auxiliares de su gobierno, y, después, abogó por sí y por los habitantes de su pueblo, pidiendo el amán y que fueran respetadas sus mujeres. Accedió el caíd a estas peticiones; envió en su compañía a quienes divulgaran de su parte el amán concedido, y permitió a los soldados el saqueo de cuantos bienes, monturas y víveres tenían en la ciudad el engañador Hasan y sus compañeros. Los

soldados se dedicaron a su búsqueda y lograron encontrar grandes cantidades de botín, para lo cual registraron las casas de Tánger. Con ello se consumó la conquista de la ciudad y de su alfoz. Entre tanto, el caíd Ibn Rumāhis—revestida la loriga, la espada en la diestra y en la mano izquierda la adarga—no abandonó su primitivo lugar en la puerta de la plaza, rodeado de tropas armadas de punta en blanco y con los pertrechos a la vista, y desde allí, sin moverse, daba sus órdenes, procediendo con toda energía. Desde ese mismo sitio y en aquel mismo momento despachó su carta dando cuenta de la conquista, el jueves mencionado, y la envió con los dos furāniqs Fahlūn ibn Hudayl y Mas'ūd ibn Muhammad.

Estos correos llegaron a al-Zahrā' el sábado antes citado, y fueron recibidos por el Príncipe de los Creyentes, que les hizo preguntas a las que contestaron con toda puntualidad. Uno y otro fueron gratificados con cien dinares en dirhemes y recibieron como regalo telas de jazz, de los tirāzes reales.

[74]

[*Más victorias en Marruecos*]

Posteriormente, el miércoles día 21 de dū-l-qa'da de este año [= 3 septiembre 972], se recibió otra carta del visir caíd en Berbería, Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, dando cuenta de haber tenido un encuentro cara a cara con el extraviado Hasan ibn Guennūn el domingo día 11 de dicho mes de dū-l-qa'da [= 24 agosto 972], día en que se trabó entre ambos [*51 v.*] un violento combate, que terminó con la derrota del hereje. La batalla duró desde media mañana hasta cerca de la puesta del sol, y Dios mató en ella más de doscientos hombres del bando enemigo. El criminal huyó, con las gentes que le quedaron, en dirección a un monte bien defendido por la naturaleza, llamado Yabal al-Rīh, al que subió y en el que se hizo fuerte; pero el ejército ayudado por Dios lo persiguió, lo asedió y, tras un breve combate, puso en fuga al malvado, que escapó rápidamente, rodeado de su caballería, abandonando su impedimenta en el monte a que había subido y sin atender a nada, con lo cual quedó el monte en manos del ejército del Califa, que saqueó cuanto había y pasó allí aquella noche.

Seguía diciendo que a otro día fueron algunas tropas a la ciudad de Dalūl, que Dios les hizo conquistar, y en la que luego se les reunió

el visir caíd Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus con el grueso del ejército.

Decía, además, que al día siguiente se dirigió el visir caíd contra la ciudad de Arcila, cuyos habitantes tenían los corazones contaminados de la maldad, y que Dios se la hizo conquistar. Al entrar con su ejército para tomar posesión de ella, se dirigió a la aljama, por haber tenido noticia de la existencia de un almimbar nuevo en el que se había colocado una inscripción con el nombre del falso pretendiente Ma'add ibn Ismā'īl, imām de la šī'a. Mandó arrancar y quemar dicho almimbar, después de quitar de su parte superior el tablero en que se había grabado el nombre del falso pretendiente Ma'add ibn Ismā'īl, con elogios sumamente desmedidos. Una vez arrancado, se lo envió al Califa, junto con la carta, y llegó al mismo tiempo que ella al Alcázar de al-Zahrā'.

Hecho esto, aquel mismo día regresó el visir caíd con todo el ejército a la ciudad de Dalūl, residencia que fue del criminal Hasan ibn Guennūn, y pasó en ella la noche, [*52 r.*] consintiendo en el saqueo del resto de lo que dejó abandonado el criminal por los soldados, que se aprovecharon con holgura de los víveres. Luego dio orden de derribar sus murallas y quemar sus casas, dejándola, según dice el refrán, «como el vientre del onagro».

[75]

[*Envío de dinero y ropas a Marruecos*]

El martes día 5 de dū-l-hiyya de este año [= 17 septiembre 972] le fueron remitidas cargas de dinero y ropas al visir caíd en Berbería Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, para hacer frente a los gastos ocasionados por las guerras que allí se desarrollaban. Eran en junto veinticinco cargas, y fueron comisionados para llevarlas gentes de confianza entre los monteros, los oficiales eunucos encargados de la correspondencia y los secretarios de los furāniqīn. Los envíos de esta índole se sucedían continuamente, pues se gastaban grandes cantidades de dinero.

[76]

[*Inspección en Marruecos*]

En este momento, comienzos de dū-l-qa'da, envió el Califa a Berbería a los dos alamīnes Muhammad ibn Ahmad ibn Mufarriy, cadí de Rayyu, y Abū 'Ubayd al-Qāsim ibn Jalaf al-Hubayrī, el alfaquí, para que se informaran de la situación y pusieran de acuerdo a las gentes. Cumplieron su cometido y regresaron a Córdoba el día 10 de dū-l-hiyya de este año [= 13 septiembre 972]. El Califa confirió entonces a Abū 'Ubayd el cadiazgo de la cora de Sevilla.

[77]

[*Ascensos entre los funcionarios del tirāz*]

En el mes de dū-l-qa'da de este año fue ascendido 'Abd Allāh ibn Ahmad, conocido por Ibn al-Iflīlī, al cargo de alamīn del tirāz. Por la misma fecha fue también ascendido, por elección entre sus colegas, al cargo de secretario del tirāz Muhammad ibn al-Walīd, que era uno de los kātibes más sobresalientes y prácticos y de las gentes más capaces y duchas en el oficio.

[78]

[*Visita del Califa al tirāz y reforma urbana*]

El sábado día 24 de dū-l-qa'da de este año [= 6 septiembre 972] fue el Califa al-Hakam a caballo [*52 v.*] a la Dār al-tirāz, con objeto de visitarla. Al entrar en ella fue recibido por los directores administrativos y por los directores de los talleres, que le rindieron el debido acatamiento. El Califa les pidió detalles de su trabajo y les favoreció con sus indicaciones.

El camino del Califa, a la ida, había sido por el cementerio de Bāb al-Yahūd [= Puerta de los Judíos], que toma el nombre de Umm Salma, y, al pasar la vista por él y observar su incapacidad, dados los

muchos enterramientos que en él se hacían, ordenó que se compraran buen número de casas, que designó, para derribarlas y ampliarlo. Así se hizo.

[79]

[*Misión sobre las familias de los príncipes difuntos*]

A fines de dū-l-qa'da de este año ordenó el Califa al-Hakam al visir zalmedina de Córdoba, Ya'far ibn 'Utmān, que diese a Mugīt ibn Muhammad ibn Mugīt, a Ahmad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Abda, y al fatà Yāsir, alamīnes de la instalación y los aposentamientos, encargo de que, un día por semana que designaría y sólo en él, visitasen las casas de sus Hermanos difuntos, para informarse del estado de sus hijos y sus mujeres, enterarse de sus noticias, y hacerlas llegar a él, sin falta, para proceder en consecuencia. Se ocuparon activamente en ello.

[80]

[*Incorporación de Ibn Yury a los mawlàs*]

En este momento dio orden el Califa de que 'Abd al-Rahmān ibn Yury quedase incorporado al grupo de los mawlàs cordobeses.

[81]

[*Regreso de la aceifa contra los Normandos*]

El martes día 5 de dū-l-hiyya de este año [=17 septiembre 972] llegaron a Madīnat al-Zahrā' el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah y el sāhib al-šurta al-'ulyā Hišām ibn Muhammad, caíd de la aceifa, de regreso de su campaña por las costas del Algarve, en persecución de los Mayūs Normandos (¡Dios los haga perecer!) que merodeaban por la región.

Fueron recibidos [*53 r.*] por el Príncipe de los Creyentes, al que informaron del cumplimiento de su misión y de la realización de su propósito, diciéndole que habían llegado a la ciudad de Santarén, punto

extremo de aquella comarca, y que en ella tuvieron noticias ciertas de que los Normandos (¡Dios los maldiga!) habían desistido de avanzar contra los musulmanes, al oír que éstos iban a su encuentro y se aprestaban a atacarles por tierra y por mar, y habían retrocedido en rápida retirada. Dijeron asimismo que los espías que habían enviado para rastrear noticias de los Normandos habían regresado, después de llegar hasta Santiago, en el punto extremo del país enemigo, confirmando la fuga del adversario, por merced y beneficio de Dios Altísimo.

[82]

Relación de la Fiesta de los Sacrificios correspondiente a este año.

Cayó la Fiesta de los Sacrificios de este año, o sea el domingo día 10 de dū-l-hiyya [= 22 septiembre 972], en medio de unos días de lluvia fina y nociva. El mismo día de la fiesta amaneció lloviznando, hasta el punto de que los dos predicadores de las dos capitales de Córdoba y al-Zahrā' estuvieron pensando en suspender la oración en los oratorios al aire libre y hacerla en las respectivas aljamas; pero luego cesó la lluvia de pronto, y decidieron encomendarse a Dios Altísimo y quedarse en el campo. Por fin los habitantes de ambas capitales pudieron acabar tranquilamente su oración en las musallàs respectivas.

El Príncipe de los Creyentes al-Mustansir bi-llāh celebró la audiencia de felicitación acostumbrada, sentándose en el trono con la mayor solemnidad, en el Salón Oriental, sobre los jardines. Antes que a la demás gente recibió a los Hermanos, que saludaron [*53 v.*] y se sentaron conforme a sus categorías: a su hermano uterino Abū-l Asbag 'Abd al-'Azīz lo hizo sentar a la derecha, y, por bajo de él, a Abū-l-Mutarrif al-Mugīra; y, a la izquierda, a Abū-l-Qāsim al-Asbag. Los visires se sentaron a continuación, según sus categorías, y por bajo de los visires lo hicieron Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī, y, un poco separado, Ya'far ibn 'Alī. Ministraron al Califa: por la derecha, el zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Muhammad ibn Sa'd; y por la izquierda, el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah, y, por bajo de él, su hermano el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah. Habiéndose sentido febril en su puesto Muhammad ibn Aflah, lo dejó, y fue sustituido por su hermano

Ziyād. A continuación de los mencionados personajes seguían en pie las diversas clases de funcionarios palatinos, según sus categorías y conforme a sus rangos. Sus dos filas empalmaban con las de los llamados a prolongarlas: grandes fatàs eslavos y jefes del ejército regular, inferiores a ellos, que ocupaban todo el espacio que va desde los tránsitos y espacios libres del Alcázar hasta la Puerta de la Azuda.

Salió luego el permiso para que entraran en la cámara las demás gentes que habían comparecido. De ellas pasaron primero los miembros de Qurayš, a los que siguieron los mawlàs, los hukkām, los cadíes de las coras, los alfaquíes, jurisconsultos o no, y los 'adūles, y, por último, las diputaciones y delegaciones.

Entre tanto, los oradores y los poetas improvisaban y recitaban. Una de las mejores cosas que se dijeron fue la hermosa qasīda de Muhammad ibn Hasan al-Tubnī, que comenzaba así:

[*kāmil*]

[*54 r.*] Fue avara y no quiso que fuesen recogidas las perlas de sus [palabras,
cuando vió que él derramaba generosamente perlas.
¡Oh rey a quien corona la ortodoxia
de una luz que vence las tinieblas oscuras!
Ven con alegría a tu fiesta esplendorosa
y celebra otras mil fiestas alegres,
pues el anhelo de las estaciones y el deseo de los años
no es otro que plegarse y desplegarse a tu lado eternamente.
En esta fiesta vino la lluvia a rendirte acatamiento,
como una delegación de alegría que cumplió a maravilla su misión,
aunque si, en vez de ella, tu generosidad hubiera regado la tierra,
ésta hubiera estado para siempre a seguro de sequía.

A ella pertenece este trozo sobre el príncipe Hišām:

Canta a Abū-l-Walīd y ensalza en él
una gloria hišāmī y un honor perpetuo.
Jurarle como heredero es lo más que puede desear
aun el que sea desmesurado y excesivo en sus anhelos.
¡Qué admirable tesoro de energía surge con él,
por bajo del Califa, para subir a los púlpitos!
Al repasar Qurayš la noble fila de sus miembros,
vió que era ésta la perla central del collar.
¡Sírvanle nuestros padres y nuestras madres de rescate!
¡Qué noble y agradable es lo que de él se espera!

Este juramento de heredero es una satisfacción que hace revivir a todo [el que es puro,
y una espada que mata a todo el que no lo es.
¡Ata con ella nuestras manos, porque a los corazones
les basta estar atados con el amor que la tenemos!
El afecto por el príncipe impone a los inteligentes condiciones
que no se atrevería a exigir ningún notario.

También figuran entre lo mejor estos versos de Muhammad ibn Mutarrif ibn Šujays en una hermosa qasīda suya:

[*tawīl*]

[54 *v*.] Apareció cuando lo anunciaron y entonces le ocultó su esplendor:
es como el disco del sol que está patente y nadie lo puede mirar.
¡Qué hermoso aspecto el del imperio, el día en que apareció ante [nosotros
como una estrella que venía de lo profundo!
No es un secreto a quién aludo; pero, si preguntáis por él,
sabed que el Profeta es su tío y al-Hakam es su padre.



AÑO 362

[SABADO 12 OCTUBRE 972 — MIERCOLES 1.º OCTUBRE 973]

[83]

[Advertencia de Ibn Hayyān sobre una laguna en el manuscrito de al-Rāzī]

Dice Hayyān ibn Jalaf ibn Hayyān, autor de esta historia:

Aquí se interrumpe el libro que 'Isà al-Rāzī (¡Dios se apiade de él!) compuso para narrar el califato de al-Hakam ibn 'Abd al-Rahmān (¡la misericordia de Dios sea sobre él!). Yo vengo componiendo a base de él este libro mío, que empalma con las noticias anteriores sobre los antepasados de al-Hakam, o sea los califas de los Banū Marwān en al-Andalus; pero, como digo, se interrumpe al llegar al fin de las noticias correspondientes al año 361 por una laguna en el manuscrito, que se prolonga hasta las noticias referentes a la segunda mitad del siguiente año 362. Para beneficio del lector, sigo consignando por su orden lo que me ha sido posible encontrar, en espera de que Dios permita que lo complete yo u otra persona que se ocupe de terminar este libro mío, con deseo de hacerlo todavía más útil, si Dios quiere.

[84]

[Muerte del caíd Ibn Tumlus, a manos de Ibn Guennūn]

En el libro de 'Isà ibn Ahmad al-Rāzī, a comienzos del año 362, se encuentra consignado lo siguiente:

En este año fue muerto el visir caíd Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, en el Fahs Mahrān, a manos de Hasan ibn Guennūn, el domingo día 21 de rabī' I [= 30 diciembre 972]. Ese mismo día murieron, de

los soldados que iban con él, alrededor de quinientos [*55 r.*] jinetes y unos mil infantes.

Noticia de los sucesos acaecidos en la segunda mitad del año 362.

[85]

[*Llegada a Córdoba de setenta hombres de la cabila de Masmūda*]

El sábado día 1.° de yumādà II del año 362 [= 9 marzo 973] entró en Córdoba un grupo de gentes de la cabila de Masmūda, de los habitantes de Berbería que hacían la guerra en las filas del hereje Hasan ibn Guennūn al-Hasanī, el que se había sublevado en esas tierras contra el Califa al-Mustansir bi-llāh. Eran setenta hombres pasados a la obediencia. Los enviaba el sāhib al-šurta al-ʻulyā almirante ʻAbd al-Rahmān ibn Rumāhis—el mayor de los caídes del Califa al-Mustansir bi-llāh reunidos en Berbería—, diciendo que se habían presentado en la ciudad de Tánger, solicitando pasarse a las filas leales, y los describía como hombres valientes. Se acogió bien su incorporación; se les aposentó en la almunia de Nayda, que toma nombre del Aqraʻ, y se les atendió con holgura.

[86]

[*El Califa contesta a los caídes, desaprobando toda conversación de paz*]

Se contestó la carta en la que el sāhib al-šurta Ibn Rumāhis, los dos caídes que estaban con él en Tánger (Saʻd y Qaysar, mawlàs del Califa) y ʻAbd al-Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl, caíd en Arcila, dieron cuenta de la petición que les había sido formulada por el hereje Hasan de que se acercaran a él para iniciar conversaciones que le permitieran establecer la paz, excusarse de su falta y reintegrarse a la obediencia, después de [*55 v.*] asegurarse unos y otros con rehenes, como suelen hacer los politeístas con los musulmanes en ocasiones parecidas.

Decía la contestación que el Califa rehusaba, por sí y por ellos, semejante negociación, les impedía entablarla, y les prevenía para que

no cayeran en las trampas de los engaños de Hasan, que éste abría constantemente. El Califa les hacía saber—seguía la carta—que estaba firmemente convencido, totalmente resuelto e irrevocablemente decidido a continuar la guerra santa contra el hereje y contra todos los que estaban con él y seguían su partido, hasta que Dios (¡honrado y ensalzado sea!) le concediese la victoria contra unos y otros, «pues Él es el mejor de los que sentencian» [X, 109, y XII, 80], añadiendo que en cuanto al resto de las gentes, pertenecientes a todas las cabilas congregadas en torno suyo y sometidas a su terror, a la espada del miedo que le tenían y a los castigos de su maldad, ésas podían estar tranquilas por gozar del amán de Dios.

> Habéis de tener—les decía—entre estas gentes, tanto entre los notables como entre el vulgo, agentes secretos que les informen y les hagan saber de antemano la adopción por el Califa de esta medida, garantizada por el Señor Altísimo, y que la corran entre todas las cabilas perjuras, las cuales siguen al hereje y han caído en sus redes, para que sepan el propósito del Príncipe de los Creyentes de mejorar su situación, acoger a los arrepentidos y defenderlos contra el tirano que viola su sagrado, arruina sus bienes y atenta contra su honor; y sepan también que, en cuanto a éste, el Príncipe de los Creyentes no ha de dejarlo ni apartarse de él su cólera, implorando para todo ello el auxilio de Dios Altísimo, hasta que Dios lo coja por los cabellos, «pues Dios está detrás de él, circundándolo» [LXXX, 20] (¡ensalzada sea su gloria!).

En otro párrafo de esta carta se les decía que lo mejor que podía hacerse y llevarse a cabo era revestirse de firmeza, armarse de cautela, precaverse contra cualquier evento, [*56 r.*] aguzar los ojos y poner en movimiento y multiplicar el número de espías y de agentes de información, a fin de estar siempre al tanto de la menor actividad y no ignorar ninguno de los hechos de Hasan (¡Dios lo haga perecer!).

He aquí ahora la copia de la respuesta particular del Califa al-Mustansir bi-llāh a ʻAbd al-Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl, a propósito de Hasan:

> El Príncipe de los Creyentes ha recibido la carta en que le das cuenta de que, con motivo de tu acostumbrada salida para la inspección de las vanguardias, los secuaces del hereje (¡Dios lo haga perecer!) Hammūd ibn Muhammad, Guennūn ibn Sarūh y Yahyà al-Sarrāqa, te hicieron una propuesta y te pidieron permiso para llegar hasta ti y conferenciar contigo, y que tú accediste a su ruego y escuchaste lo que te hicieron saber de que Hasan deseaba rectificar su conducta.

En su momento y cuando esta propuesta hubiera sido aceptable, Dios interpuso entre ella y él un muro de escándalo que impidió que se llevase a cabo, sin duda «para que Dios realizase una cosa que ya tenía decretada» [VIII, 43, 46]. ¿Cómo, pues, ha de seguir ahora ese camino, cuando continúa tenaz en su injusticia, pertinaz en su pecado y se obstina todos los días en haceros la guerra? Pensarlo es un error, un absurdo, más aún, el absurdo mismo, y sería causa de ruina.

El Príncipe de los Creyentes ha decidido conceder al amán a todos los que están a su lado, menos a él y todos los que cometan los mismos daños y manifiesten igual pertinacia, hasta que Dios decida su suerte y lo juzgue, pues Él «es el mejor de los jueces» [VII, 87] (no hay asociado para Él).

Por consiguiente, ninguno de vosotros debe entrar en conversaciones con nadie que venga de su parte. Mirad sólo lo que tenéis a vuestro cargo y esforzáos en cumplir bien vuestra misión, de forma que ponga de manifiesto la unión de vuestros espíritus, el acuerdo [56 *v.*] de vuestras inteligencias y el aunamiento de vuestros esfuerzos. «No disputéis, porque entonces fracasaréis y se os irá el aliento» [VIII, 48]. ¡A Dios es a Quien hay que pedir ayuda! No hay otro Señor que Él.

He aquí otro párrafo, también a propósito de Hasan, en otra de las cartas a los caídes:

Ciertamente Dios (¡ensalzada sea su gloria!) ha colocado a Hasan ibn Guennūn—por su desobediencia a Él, por el despojo que hace de sus derechos, y por su apartamiento de las gentes amigas de la ortodoxia—en el lugar de las personas de quienes no puede oírse ni una palabra y en cuyo arrepentimiento no se puede uno fiar. El Príncipe de los Creyentes persiste, pues, en emplazarlo e implora la ayuda divina para combatirlo y perseguirlo, hasta que Dios, con su fuerza, haga que se apodere de él, triunfe sobre él y lo venza, si Dios quiere.

He aquí ahora otro párrafo, también a propósito de Hasan, contenido en la contestación que el Califa al-Mustansir bi-llāh dio a una carta del sāhib al-šurta almirante ʻAbd al-Rahmān ibn Rumāhis, en la que éste exponía los argumentos aducidos por Hasan, es a saber, su antigua lealtad, su viejo afecto, cómo se había desenvuelto con arreglo a las órdenes y prohibiciones que le llegaban y cómo había sido el único de su familia inclinado a este bando. En respuesta a estas afirmaciones decía el citado párrafo:

El texto mismo de la carta es el mejor argumento contra Hasan, y la prueba de que necesita inventar justificaciones forzadas que le abran puertas, le suministren pretextos y le allanen caminos.

Si lo que con él trató el Príncipe de los Creyentes hubiese sido cosa

hecha a espaldas de la amistad, de la colaboración y de la lealtad, necesitaría descubrirlo; pero el trato fue público, manifiesto, paladino y notorio. Cuando pidió ayuda al Príncipe de los Creyentes contra sus primos, rebelados con él, el Califa ordenó que se le contestase haciéndole saber la buena opinión en que lo tenía, [57 *r.*] la preferencia que sentía por él, y el deseo de que sus negocios marchasen derechamente; y que lo que el Califa opinaba en aquel caso concreto era que Hasan debía invitar a sus primos a la paz, siempre acepta a Dios (¡honrado y ensalzado sea!), y le impulsaba a dirigirse a ellos en este sentido, para que, si accedían a lo solicitado, bien, y, si no, que les hiciese la guerra, y que en esta última suposición, el Califa le ayudaría en contra de ellos, conforme al decreto de Dios (¡honrado y ensalzado sea!) que dice: «Si dos bandos de creyentes se combaten entre sí, poned paz entre ellos; y, si uno de ellos obra injustamente contra el otro, combatid al que obra injustamente, hasta que vuelva a ponerse bajo las órdenes de Dios» [XLIX, 9].

La respuesta que dio Hasan a este escrito, que conciliaba los intereses materiales con los espirituales y hubiera debido obligarle a gratitud, fue poner mano en la fortificación de Tánger; cosa que hubieran podido hacer mejor sus antepasados, y que, sin embargo, se abstuvieron de emprender, para no crear dificultades, alejar calamidades y conservar la tranquilidad. Luego soltó la lengua diciendo cosas que, si el Califa las hubiera oído de otro, hubieran merecido su reprobación; pero que le pasó por alto, en atención al lugar en que Dios ha colocado al Príncipe de los Creyentes, y para continuar en la benévola conducta anterior y en la honra que antes le había otorgado. Rompió entonces Hasan los vínculos del parentesco y se pasó a su actual situación perniciosa. Mientras sus primos se daban a partido, se sometían y se entregaban a lo que el Califa había dispuesto, agradecidos a su decisión, él siguió la conducta contraria, irritando al Príncipe de los Creyentes, y, pertinaz en unir palabras y obras, invocó en la cátedra los nombres que invocó, proclamó lo odioso, hizo pública su escisión, y encendió las brasas de la rebeldía, hasta que, por fin, sacó al Califa de sus casillas y le obligó a abandonar su natural inclinación a la indulgencia,

pues a veces el fuego prende hasta en el salam *verde.*

Todavía volvió el Príncipe de los Creyentes a preferir el favor, a que se sentía propicio, y la clemencia, que tanto le dominaba; [57 *v.*] contemporizó y esperó su arrepentimiento. Pero fue en vano, porque Hasan se dejó llevar de su capricho y perseveró en su extravío.

En otro párrafo añadía:

Tocante al arrepentimiento, desistimiento y entrega de sí mismo, de sus hijos, de sus bienes y de sus territorios, que ahora ofrece, son buenas palabras que el Príncipe de los Creyentes no dejaría de aceptar, si estuvieran respaldadas por actos y certificadas por pruebas palmarias, pues enton-

ces obraría con arreglo a las palabras del Profeta (¡Dios le bendiga y salve!) cuando dijo al entrar en la Meca: «No me pidió Qurayš un puesto, invocando para ello los lazos de la sangre, que no se lo diera», y usaría del perdón con que Dios se describe a sí mismo y ama en los allegados a El. Pero, como queda dicho, haría falta para ello un hecho tan conocido y paladino como fue palmaria su actitud cuando mató al ejército a sangre fría y lo arrojó al fuego ardiente.

Si de verdad cree eso que dice; si se afirma en que es veraz; si lo prefiere; si desea alcanzar un puesto considerable en el buen juicio y en el beneplácito del Príncipe de los Creyentes; que sus hijos sigan viviendo en el país, y que su conducta sea enmienda de lo pasado y expiación de lo ocurrido; si quiere manifestar su adhesión y su sumisión, no tiene sino hacer que las gentes del territorio de su mando juren fidelidad al Califa y venir él a purificarse en la Puerta de la Azuda del Príncipe de los Creyentes. Si así lo hiciere, saldría del mal paso en que anda metido, lograría la flecha ganantiosa y el máximo puesto junto al Califa, y regresaría del lado de éste, revestido de la túnica de su favor y confortado con su beneficio, que en otros tiempos conoció por experiencia.

[87]

[*Inspección de las coras occidentales*]

En yumādà II de este año, salió el sāhib al-radd ʻAbd al-Malik ibn al-Mundir ibn Saʻīd a las coras occidentales—que son: Ferrīš, Laqant, Sevilla, Niebla, Carmona, Morón, [*58 r.*] Écija y Sidonia—en visita de inspección, para conocer la situación de los gobernados y la conducta de los gobernadores.

[88]

[*Examen de una denuncia contra el gobernador de Jaén*]

El mismo mes salió el sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr, cadí de la cora de Jaén, para examinar la denuncia hecha por algunos habitantes de la cora contra su ʻāmil, el ʻārid ʻAbd al-Rahmān ibn Yahwar.

[89]

[*Meteorología*]

A fines de la primera decena del mes de yumādà II citado, coincidente con mediados del mes de marzo cristiano [973], hubo en Córdoba y sus contornos recios vientos y lluvias fuertes y continuas. En la parte meridional cayó una gran granizada, a la que sucedió, al cabo de unos días, una lluvia abundante, acompañada de ofuscadores relámpagos, que duró la mayor parte del día. Saturó la tierra y Dios ayudó con ella. Luego no volvió a llover en Córdoba y sus contornos.

En los diez últimos días de yumādà II [fines de marzo y comienzos de abril 973] continuó la lluvia a intervalos; pero después cesó, y, como se llegara a temer por las cosechas, hicieron la oración *ad petendam pluviam,* con la mayor devoción y celo, los dos predicadores en las respectivas aljamas: el cadí Muhammad ibn Ishāq en la de Córdoba, y Muhammad ibn Yūsuf, cadí de Cabra, en la de al-Zahrā'. Pero continuó la sequía y, además, la noche del domingo día 7 de rayab [= 13 abril 973], cayó en Córdoba y sus contornos una helada negra, que duró tres noches y produjo muchos daños. Se extendió también a algunas coras próximas a Córdoba y abrasó buen número de viñas, higueras y otros cultivos. Los mayores daños los causó en las hoyas y lugares bajos. Los dos predicadores antes citados volvieron a hacer la oración *ad petendam pluviam* [*58 v.*] en las dos aljamas el viernes día 12 de rayab [= 18 abril 973]. El día 29 de naysān [= 7 abril] aún no había llovido, y por fin Dios concedió el agua a partir del lunes día 8 de ša'bān. La tierra se empapó, y por la misericordia divina se salvaron las cosechas.

[90]

[*El Califa exonera a la cora de Jaén del suministro de materiales para las flotas en construcción*]

A fines de yumādà II [= comienzos de abril 973] envió el Califa al-Hakam al sāhib al-šurta Ahmad ibn Nasr a la cora de Jaén, para inspeccionar las cantidades de madera, pez y alquitrán que el 'āmil de la cora Muhammad ibn 'Abd al-Malik había exigido de los vasallos

habitantes de la misma. Éstos habían, en efecto, recibido orden de proporcionar determinadas cantidades de dichos productos, y de transportarlos a Sevilla y a Algeciras para las flotas que estaban en construcción; pero ahora el Califa decidió exonerarles de ese suministro e incluirlo en sus gastos particulares, por benevolencia para con sus súbditos y comodidad de éstos. El 'āmil Muhammad ibn 'Abd al-Malik pagó a todas las gentes de los pueblos el importe de lo que habían suministrado, a presencia de Ahmad ibn Nasr. La devolución que se les hizo fue perfecta, y no fueron defraudados ni en un ápice.

[91]

Relato de cómo fue llamado el visir generalísimo Gālib ibn Abd al-Rahmān para ir a hacer la guerra en Berbería contra Hasan ibn Guennūn al-Hasanī.

El último día del mes de yumādà II [=6 abril 973], acampó el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān [*59 r.*] en el real del Fahs al-surādiq, al oriente de Córdoba, llamado por su señor el Califa al-Hakam, para invitarlo a ir a hacer la guerra contra el extraviado Hasan ibn Guennūn al-Hasanī—el que se había rebelado en su jurisdicción de tierras de Berbería—, por la gravedad que había llegado a revestir su asunto, por la dificultad de dar cuenta de él, por la matanza que hacía en el ejército, y por haber abrazado la causa del falso pretendiente šī'ī Ma'add.

Acampó Gālib en dicho real, en la citada fecha, entre la multitud que había alistado del hašad de la Frontera superior, unida a las fuerzas del ejército regular, dependiente de él, cuya movilización había dispuesto. Al tercer día vino con ellos hacia al-Zahrā', residencia de su señor el Califa, atravesando Córdoba. Lo vistoso de su ejército, lo completo de su equipo y lo perfecto de su organización colmaron de alegría los corazones de las gentes que lo vieron desfilar, y les llenaron de orgullo.

Permaneció Gālib todavía en Córdoba varios días, en los que el gobierno y sus funcionarios trabajaron sin tregua en equipar del todo a las tropas, limpiarlas de defectos y aumentar su potencia ofensiva, hasta llegar a un punto que le pareció satisfactorio. Entonces, el martes día 9 de rayab [= 15 abril 973] partió con sus fuerzas.

[92]

[*Carta de los caídes de Marruecos, y contestación del Califa, ordenando la suspensión de operaciones hasta la llegada de Gālib*]

El mismo día de la partida de Gālib recibió el Príncipe de los Creyentes un parte de victoria, enviado por los caídes que hacían frente en la ciudad de Arcila al extraviado Hasan—es a saber, Rašīq ibn 'Abd al-Rahmān, 'Abd al-Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl e Ismā'īl ibn 'Abd al-Rahmān ibn al-Šayj—dando cuenta de que habían tenido un encuentro con el extraviado Hasan ibn Guennūn; que, después de un violento combate, Dios lo había desbaratado; que el ejército regular había dado muerte a buen número de sus guerreros; que habían hecho prisioneros a Yahyà ibn Qaššāš, jefe de Liwāta, y al suegro de Hasan, [59 *v.*] Anāqūl ibn Sab', entre otros muchos soldados distinguidos; y que Abū-l-Hasan 'Alī había escapado gravemente herido.

Al contestarles, se les dijo que la decisión superior era que interrumpiesen todo movimiento hacia el enemigo y suspendieran toda hostilidad contra él, hasta que llegase a unírseles, con el grueso de la fuerza, si Dios quería, el visir generalísimo Gālib.

[93]

[*Embajadas de sumisión de los señores de al-Aqlām y de al-Qarawiyyīn*]

En este momento llegaron a Córdoba el embajador de Guennūn ibn Idrīs, señor de la ciudad de al-Aqlām en Berbería, y el de 'Abd al-Karīm, señor de la Madīnat al-Qarawiyyīn de la ciudad de Fez, para pedir ambos entrar en la obediencia del Príncipe de los Creyentes y abrazar su causa. Ambos embajadores fueron muy honrados y recibieron las mejores promesas.

[94]

[*Desgracia y perdón posterior del gran fatà Durrī*]

En este momento, el gran fatà y jalīfa eslavo Durrī, llamado «el tesorero», cayó en desgracia de su señor el Príncipe de los Creyentes por una deficiencia en el servicio, que motivó su cese y vilipendio. El encargado de la reprensión fue el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah, mawlà del Califa. Por orden de éste, hizo comparecer a Durrī, sentado él en el sitial de la medina, en su despacho junto a la Puerta de la Azuda de al-Zahrā', y, teniéndolo de pie al lado del sitial, lo reprendió, le hizo cargos y le amenazó, sin llegar al tono violento. Durrī no dijo ni una sola palabra, y, al terminar Muhammad de hablar, se retiró a su aposento del Alcázar, cosa que nadie le impidió, y se quedó allí.

A mediados de rayab [=21 abril 973] le llegó orden de trasladarse desde el Alcázar de al-Zahrā' al de Córdoba, y permanecer en él, apartado del servicio. Luego se dio también orden de retirarle su sueldo como jalīfa y dejárselo reducido a diez [*60 r.*] dinares wāzina por mes.

Así se continuó, hasta que el día 1.° de dū-l-qa'da de este año [= agosto 973] lo sacó de esta situación el perdón del Califa, por intervención del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, en favor suyo y también en favor del gran fatà ya'farī Maysūr y de Ahmad ibn Bakr al-Zanyī, que habían caído asimismo en desgracia después que él. Los tres, en efecto, se habían dirigido al Califa con una carta del príncipe Hišām, en la cual éste, de su puño y letra, pedía que los volviese a su gracia. El Príncipe de los Creyentes se apresuró a complacerle, los devolvió a su buena opinión y los reintegró a sus puestos y cargos.

[95]

[*Incendio en la Casa de los Servidores*]

La noche del viernes día 5 de rayab de este año [= 11 abril 973] hubo fuego en la Dār al-qawama, al Norte de la mezquita mayor, en la medina de Córdoba. Se quemaron sus cámaras altas y el techo de sus habitaciones, y el incendio produjo en ella muchos daños.

[96]

[Arresto de varias personas]

El domingo día 7 de rayab de este año [= 13 abril 973], el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah hizo comparecer en su despacho, ante el sitial de la šurta, en Madīnat al-Zahrā', a Ahmad ibn Hāšim ibn Muhammad ibn Hāšim, [a Ibn Muqīm y a Ibn al-'Āsī], para hacerles reproches y reprenderlos, según orden que le había llegado del Califa, por haberles sido atribuidas, en presencia de éste, calumnias contra el proceder del Príncipe de los Creyentes y hablillas indiscretas y molestas. Teniéndolos en pie delante de él, les hizo pasar vergüenza y los cubrió de denuestos, reproches y desdenes. A Ibn Hāšim le ordenó luego que quedara arrestado en su casa, sin salir de ella. A Ibn Muqīm y a Ibn al-'Āsī los metió juntos en la cárcel de al-Zahrā'.

[97]

[Sale dinero para Marruecos]

El martes día 23 de rayab de este año [= 29 abril 973], salió el sāhib al-majzūn Salma ibn al-Hakam para Berbería, precedido de buen número de cargas de dinero contante para el pago de las gratificaciones de los soldados movilizados allí.

[98]

[Investigación de una denuncia de los habitantes de Guadalajara contra su caíd]

[*60 v.*] En ese momento, el sāhib al-radd, cadí del Fahs al-Ballūt [= Llano de las Bellotas], 'Abd al-Malik ibn Mundir ibn Sa'īd, y en su compañía el tesorero Ahmad ibn Muhammad al-Kalbī, salieron para Madīnat al-Faray [= Guadalajara], como alamīnes, con objeto de investigar el fundamento de la denuncia presentada por los habitantes de dicha ciudad contra su caíd el sāhib al-rikāb Rašīq ibn 'Abd al-Rahmān, y hacerles justicia contra éste.

[99]

[Llega a Córdoba un descendiente del Califa Abū Bakr con dos magnates beréberes]

A fines de rayab de este año [= primero de mayo 973] llegó a Córdoba Ahmad ibn Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Ismā'īl ibn Tāhir ibn 'Abd Allāh ibn Muhammad ibn 'Abd al-Rahmān ibn al-Qāsim ibn Muhammad ibn Abī Bakr al-Siddīq (¡Dios esté satisfecho de él!).

Habitaba este personaje originariamente en tierras de Ultramar, en la frontera de Siria, de la que en este momento estaban apoderados los Bizantinos, y venía para visitar al Califa al-Mustansir bi-llāh y solicitar su favor.

Procedía de al-Hārūniyya (la ciudad que toma nombre de Hārūn al-Rašīd, en las fronteras de la ciudad de al-Massīsa), pero había salido de ella con su padre, antes de que fuera conquistada por los Bizantinos. Cumplió el deber de la peregrinación y luego se internó en el Yemen, donde visitó a sus reyes y viajó, junto con su padre, por el país. Posteriormente los dos volvieron a Egipto, con el deseo de regresar a su patria; pero, como los Bizantinos se habían apoderado entre tanto de al-Hārūniyya y de los otros pueblos fronterizos de Siria [con el Asia Menor], se trasladaron al Magrib y lo escogieron como residencia, yendo de un punto a otro, entre Tušummas (en el distrito de los hijos de al-Būrī ibn Abī-l-'Āfiya) y Felwāta (en el distrito del hermano de al-Būrī, Madyan, en la orilla de los Qarawiyyīn, de la jurisdicción de Fez). No conviniéndoles, sin embargo, ninguna tierra, después de haber tenido que abandonar su patria y su fortuna, y como hubiese muerto su padre, Muhammad ibn 'Abd Allāh, desde hacía tres años, sintió Ahmad deseos de venir a visitar a este Califa [*61 r.*] ilustre, campeón de las buenas obras, y se dirigió a él. Se le asociaron en su visita a la corte Ibrāhīm ibn Mashūl al-Sinhāyī y Muhammad ibn Jalaf al-Kutāmi, dos personajes beréberes, con algunos de los suyos.

El Califa les acogió favorablemente, les dio la bienvenida y les hospedó honradamente, aposentándolos, dentro de la medina, en la casa que toma nombre de los Banū Gānim, en la que por aquellos días había muerto Ma'šūq, umm walad de Mansūr ibn Sinān.

[100]

[*Reprensión a los caídes de Marruecos por su demora en fortificar Tánger*]

El día 1.º de šaʻbān de este año [= 7 mayo 973] se escribió al almirante ʻAbd al-Rahmān ibn Rumāhis y a los caídes que le acompañaban, así como a Saʻd, Qaysar y ʻAbd Allāh ibn Marwān, para reprenderlos y tratarlos duramente por su demora en el asunto que se les había confiado de fortificar Tánger, pues, de haber emprendido algo con seriedad, se hubiera visto, a pesar de la lentitud de sus movimientos; y lo que hacían era remolonear y dar largas, como si estuvieran a salvo del disgusto del Príncipe de los Creyentes y a seguro de su enojo. Se les ponía esta carta a la vez como excusa de lo pasado y como advertencia para lo porvenir: si después de ella el Califa los veía dispuestos a enmendarse, bueno; si no, ya dispondría.

[101]

[*Salida de refuerzos y dinero para Marruecos*]

A principios de este mes salió el sāhib al-šurta al-ʻulyā y al-hašam Qāsim ibn Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus para Algeciras, con un destacamento del ejército regular, como refuerzo para el visir generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān. Su salida, solemne y sonada, fue presenciada por muchas gentes, que se alegraron de verla.

Junto con él salió Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr, portador de dirhemes por valor de 80.000 dinares, destinados a los cuerpos de tropas muštarīn en Tánger y Arcila, para las pagas de los meses de ramadán y siguientes. Se escribió al sāhib al-majzūn Salma ibn al-Hakam al-Yaʼfarī, [*61 v.*] para que los recibiera y distribuyera.

[102]

[Salida de una comisión para realizar una inspección en Marruecos]

A mediados de ša'bān envió el Califa a la ciudad de Arcila, en Berbería, al sāhib al-šurta al-wustà y al-mawārīt, cadí de Sevilla y administrador del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir, fatà al-dawla; al sāhib al-šurta al-sugrà, cadí de la Frontera superior, Muhammad ibn 'Alī ibn Abī-l-Husayn, y al tesorero Ahmad ibn Muhammad al-Kalbī, como alamīnes e inspectores de los caídes que había en dicha ciudad, y les dio instrucciones sobre determinadas misiones que habían de llevar a cabo. Salieron para su destino, y con ellos salió Muhammad ibn Fortūn, uno de los mawlàs del ejército regular, al frente de un grupo de sus compañeros.

[103]

[Se refuerza la frontera de Zaragoza]

En este momento hizo salir el Califa a Yahwar ibn 'Abd al-Rahmān ibn al-Šayj hacia la frontera de Zaragoza, capital de la Frontera Superior, con un grupo de sus compañeros, los más valientes aynād para reforzar aquella frontera y dejarlos en ella de guarnición.

[104]

[Durrī regala al Califa la almunia de Guadarromán y en ella se celebra una fiesta]

A mediados de ša'bān de este año se acercó el gran fatà Durrī el Chico, el tesorero eslavo, a su señor el Califa, para ofrecerle su hermosa almunia sobre el Guadarromán, la que llevaba su nombre. Esta almunia había sido creación personal suya, su lugar de retiro, y la inversión de todo su caudal. Había llegado en ella al colmo de la perfección, que se aproximaba a muchos de los deseos de su señor y daba satisfacción

a buena parte de sus aficiones, por lo cual el Califa iba a ella con frecuencia en sus días de vacación y la utilizaba en algunas de sus temporadas de descanso. En vista de ello el fatà Durrī, queriendo darle gustó, una vez que estuvo completa y terminada, se la ofreció al Califa con cuanto tenía dentro y fuera de ella: jardines bien regados, tierras de labor, [*62 r.*] esclavos, esclavas, bueyes y bestias de carga; todo lo cual suponía bienes cuantiosos, riqueza abundante y fortuna acumulada.

El Califa, su señor, aceptó esta donación muy complacido, pero le ordenó que continuase en la finca, como delegado e inspector suyo, con objeto de que no se perdiese nada de su prosperidad.

Así lo cumplió Durrī, el cual poco después pidió al Califa que lo honrase y distinguiese asistiendo a una comida que le iba a preparar en dicha finca, y llevando en su compañía a su hijo el príncipe Hišām y a sus mujeres. Aceptó el Califa la invitación, y fue a caballo desde el Alcázar de al-Zahrā' hasta esta almunia del Guadarromán, que le había sido regalada, el domingo día 13 de ša'bān de este año [= 19 mayo 973], acompañado de su hijo el príncipe Hišām y de las mujeres. Como había pensado en pasar en ella la noche, le fueron preparadas en su interior varias alcobas, y en su alrededor se levantaron tiendas y pabellones destinados a los criados y pajes de su séquito.

Estuvo el Califa en ella todo aquel día, disfrutando de un placer inocente, libre de mezcla con nada ilícito. El fatà que daba la fiesta obsequió a los concurrentes, dentro y fuera de la finca, con mil variedades de manjares extraordinarios y especies de deliciosas frutas, que colmaron su apetito y llegaron con abundancia a todos los invitados, los cuales a una voz reconocieron que, de las jornadas reales, no habían asistido a ninguna más acabada, mejor aderezada y más completa que este festín de Durrī.

Al caer la tarde, desistió el Califa de pasar la noche en la almunia, y salió con el príncipe su hijo y con sus mujeres para el Alcázar de al-Zahrā'.

[105]

[*Meteorología*]

Por esas fechas de mediados de ša'bān de este año, coincidentes con la última decena del mes solar de mayo, cayó en Córdoba y sus contor-

nos un llovizna fina, [62 v.] arrastrada por vientos recios y ofuscadores relámpagos, a la que siguieron, al cabo de unos días, lluvias abundantes.

La tierra tembló en Córdoba y sus contornos la noche del lunes día 14 de ša'bān [= 20 mayo 973], a la hora nona.

Apartado con noticias referentes a Gālib ibn 'Abd al-Rahmān en su viaje a Berbería.

[106]

[Envío a Gālib de dinero y ropas, para su reparto entre las cabilas que se sometieran]

El martes día 21 de ša'bān de este año [= 27 abril 973] le fue comunicado al visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān que se le enviaban 10.000 dinares destinados a regalo para los notables y jefes de las cabilas que se pasasen a él, apartándose del dejado de la mano de Dios, Hasan ibn Guennūn, con objeto de que los repartiese entre ellos, conforme a sus categorías, a fin de atraérselos y conciliárselos. Junto con el dinero se le enviaron ropas preciosas de dībāy y de jazz, matārif y espadas adornadas, también para regalárselas a los mismos, en la siguientes cantidades: 50 yubbas de dībāy mudalla' de color; 50 yubbas de jazz 'ubāydī de color; 50 yubbas de jazz de tirāz, de color; 100 yubbas de matārif cortados, de color; 100 turbantes lāsiyyes de color, y 10 espadas africanas adornadas, la mitad de ellas cinceladas.

[107]

[Carta de Gālib sobre mensajes beréberes de sumisión, y contestación del Califa con el anuncio del envío de al-Tubnī]

Ese mismo día llegó carta escrita desde Algeciras por el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, en la que daba cuenta [63 r.] de haber recibido un mensaje de 'Abd al-Karīm ibn Yahyà y de Muham-

mad ibn Yahyà al-Sinhayī, señores de la ciudad de Fez, así como otro de Ismā'īl ibn al-Burī, Yahyà ibn al-Būrī y otros notables beréberes, manifestando su simpatía, su adhesión y su sumisión, y que él les había contestado con palabras de aprobación y aliento, haciéndoles saber los bienes que de ello les vendrían en este mundo y en el otro.

Se le contestó al generalísimo alabando su resolución, ponderando el buen efecto causado por la noticia en su soberano, y animándole a intensificar esta política. La respuesta contenía este párrafo acerca del envío, que se le hacía, del poeta Muhammad ibn Hasan al-Tamīmī, conocido por al-Tubnī, para que le sirviese de auxiliar, según tenía previamente solicitado Gālib:

> El Príncipe de los Creyentes ha ordenado que se te envíe a Muhammad ibn Hasan al-Tubnī, conforme tenías pedido. Tu elección ha recaído en persona excelente y de fiar en todos los aspectos, sin contar su mucha práctica y probada experiencia en lo que se le va a encomendar. Así lo reconoció Ahmad ibn Ya'là (¡Dios se apiade de él!), y le quedamos agradecidos por su certificación y consejo leal. No dejará de servirte de ayuda y de ornamento, si Dios quiere.

[108]

[El Califa ordena a al-Tubnī que se incorpore a Gālib]

El último lunes del mes de ša'bān [= 2 junio 973], mandó llamar el Califa al-Hakam a Muhammad ibn Hasan al-Tubnī y le dio orden de salir para Berbería, con objeto de que acompañase al visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, le ayudase en sus negocios y le asesorase en su gobierno. Salió para su destino el último día del mencionado mes de ša'bān [= 4 junio 973].

[109]

[Llegada a Córdoba de un sobrino de Ibn Guennūn, pasado a la obediencia]

A fines del mencionado mes de ša'bān, llegó a Córdoba al-Qāsim ibn Yahyà ibn al-Qāsim ibn Ibrāhīm ibn Muhammad al-Hasanī, llamado Guennūn, hijo de un hermano de Hasan ibn Guennūn, el sublevado contra el Califa [*63 v.*] al-Hakam en Berbería, separándose de su tío y

pasándose a la obediencia del Califa. Fue bien acogida su disidencia de las filas rebeldes y honrada su llegada. Se le aposentó en la casa de Ibn Umayya, en la medina de Córdoba, y se le concedió una holgada pensión.

[110]

[*Solemne festín, pagado por el Califa, para celebrar la circuncisión de unos hijos de los Hasaníes sometidos*]

En este momento, al-Qāsim ibn Ibrāhīm ibn ʻIsà ibn Guennūn y su primo Abū-l-ʻAyš ibn Maymūn ibn al-Qāsim, los Hasaníes acogidos al amán del Califa al-Hakam, circuncidaron a unos hijos suyos en la almunia de al-Muntalī, al oriente de Córdoba, lugar de su residencia, e informaron de ello a al-Hakam. El Califa tomó para sí todo el gasto al siguiente día, y ordenó que, en la casa de ellos en al-Muntalī, se celebrase un solemne festín, y que estuviese muy concurrido y se invitase a él a las gentes principales. Esta misión confió al visir zalmedina de Córdoba Yaʻfar ibn ʻUtmān, el cual ensanchó el radio de la fiesta y la dispuso con el mejor orden, valiéndose de sus secretarios y empleados más capaces, hasta llegar al colmo de la perfección. Fueron invitados a asistir todos los miembros de la tribu de Qurayš, en sus diferentes ramas, y los principales jefes y caballeros beréberes que habían llegado por entonces a la capital, así como una representación de los vecinos principales de Córdoba y de los ricos del zoco. Se les dio de comer, y, después de incensarlos, se les cubrió la cabeza de algalia pura. Se fueron todos muy honrados. Los dos Qurašíes, padres de los niños circuncidados, expresaron su reconocimiento al Califa por la nueva distinción y honra de que les había hecho objeto, y se regocijaron de haber abrazado la buena causa.

[111]

[*Limosnas del Califa por la entrada del ramadán*]

Entró el mes de ramadán del año 362, y en su primer día [= 5 junio 973] dio orden el Califa al-Hakam de duplicar las limosnas que solía hacer en semejante mes, renovando su inveterada costumbre de impetrar el favor de su Creador y ofrecer buenas obras a su Señor.

[*64 r.*] Las sumas fijadas les fueron entregadas a los alamīnes y hukkām designados para ello, con objeto de que recorriesen los arrabales y los contornos de la capital y de al-Zahrā', prefiriendo para los donativos a los pobres vergonzantes de familias venidas a menos y necesitadas. A todos llegó, y sobró dinero para los caminantes y demás menesterosos. Fueron derramados los socorros a manos llenas, y con ellos Dios alivió las penalidades de muchas gentes.

[112]

[*Reparto de regalos y diplomas a los jefes beréberes, congregados en Córdoba, que regresaban a sus tierras*]

El martes día 6 de dicho mes de ramadán [=10 junio 973], el Príncipe de los Creyentes al-Hakam mandó a los visires que recibiesen en su casa a los jefes beréberes venidos de Berbería, cuyo número estaba completo por aquellas fechas, y presenciasen el reparto de donativos y ropas que iba a hacérseles, según órdenes que tenía dadas y conforme a lo prescrito para cada uno de ellos. Así lo hicieron, y los recibieron. Todos los beréberes, avisados con antelación, comparecieron también.

Fue llamado primeramente su imām Abū-l-'Ayš ibn Ayyūb ibn Bilāl, jefe de Kutāma, al cual fueron entregados un cierto número de sacos de dinero y cierta cantidad de ropas preciosas, y se le dio como montura de despedida un admirable caballo con silla mu'arraqa y brida mufarraga. A su hijo se le dieron preciosas ropas. Ambos salieron precedidos de los sacos del dinero y de los mandīles de las ropas.

Luego fueron llamados, uno a uno, los demás jefes que le acompañaban, y les fueron entregados sus respectivos donativos y ropas, que llegaron también en abundancia a todos sus acompañantes y auxiliares, según sus categorías.

También fue llamado con ellos aquel día el qurašī bakrī Ahmad ibn Muhammad, el que había venido a visitar al Califa, y se le dieron de regalo 200 dinares, más una vestidura de honor acomodada a su rango. El visir zalmedina Ya'far ibn 'Utmān, encargado de hacerlo en nombre del Califa, le dijo: «Este es tu regalo, [*64 v.*] como lo has de recibir todos los años, si Dios quiere, aparte tu pensión mensual.» Dicho qurašī, ocultando su íntimo sentir, bendijo al Califa y mostró su satisfacción.

A todos los que aquel día recibieron su regalo se les dio licencia de partir para sus respectivos destinos, y así lo hicieron.

Al más importante entre ellos, Abū-l-'Ayš ibn Ayyūb, le fue entregado el diploma que le confería autoridad legítima sobre sus gentes de las cabilas de Kutāma, concertadas con él para entrar en la obediencia del Príncipe de los Creyentes, y cuyo número—según decían—era de 3.500 y pico jinetes, y 6.400 infantes de renombrado valor. He aquí una copia del diploma que se le dio, redactado por el visir y kātib zalmedina Ya'far ibn 'Utmān:

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.—Este es el escrito por el cual el siervo de Dios al-Hakam al-Mustansir bi-llāh, Príncipe de los Creyentes, confiere a Abū-l-'Ayš ibn Ayyūb el mando sobre la cabila de Atāna Mahrān, perteneciente a Kutāma, como muestra de predilección y para hacer patente la buena opinión en que lo tiene y la confianza que en él deposita en la misión que le encomienda, por el deseo que tiene de su bien y del de sus gobernados, y de que éstos tengan siempre medios de vida y facilidades para desenvolverse.

Lo primero que le manda es que tema a Dios el Excelso, «pues Dios está con los que le temen y con los que obran el bien» [XVI, 128]; que se obligue a obedecerlo, así como a su Califa, con la sumisión que Dios le impone, abrazándola, consagrándose a ella, observándola, firmemente decidido a pechar con sus cargas y condiciones; que se detenga en los límites que Dios le fija, cumpla sus prescripciones y se desenvuelva dentro de ellas tal como le salgan al paso, [*65 r.*] lo mismo le sean favorables que adversas, sabedor de que en ello le va el bienestar en esta vida y en la otra; que preste juramento delante del visir generalísimo Gālib, mawlà del Príncipe de los Creyentes, de que cumplirá los deberes de lealtad y fidelidad a que se obliga; que tome después juramento sobre lo mismo a los notables de las cabilas a su cargo; y que haga la paz con quien la haga el Califa, y la guerra con quien él la haga, estén cerca o lejos de él.

Le ordena asimismo que en sus sentencias se ajuste al Libro de Dios, «que no podrá ser desmentido ni antes ni después» [XLI, 42], y a la Zuna de Mahoma (¡Dios le bendiga y le salve!), el que fue enviado con uno y otra, y que se aplique a guardar las prescripciones del dicho Alcorán y de la dicha Zuna, y se guíe por ellas, pues Alcorán y Zuna son la llave del paraíso de Dios, y la luz que nunca extravía al que con ella se ilumina y ante la cual no se esconde ninguna de las puertas del acierto.

Le manda también que atienda, como ya se le ha ordenado, a la prosperidad de sus súbditos; que no toque a sus bienes; que use con ellos de justicia; que aplique el derecho, dándoselo, exigiéndoselo o imponiéndoselo; que trate por igual al alto que al bajo; al fuerte que al débil; que tenga abierta su puerta y descorrida su cortina para ellos; que se cuide directamente y por sí mismo de sus asuntos; que los lleve a la luz de la clarísima ley religiosa y por sus rectos caminos, conforme a lo dispuesto en el Libro y en la Zuna.

La oración debe ser hecha a sus horas, realizada con todos sus requi-

sitos, y se debe llamar a ella, conforme se hacía en la época del Profeta de Dios (¡Dios le bendiga y salve!), y, después de él, en la de los Califas ortodoxos, y como ahora se hace en la verdadera comunidad musulmana.

Se debe ayunar al ver la luna nueva, como lo ordenó el Profeta de Dios (¡Dios le bendiga y salve!), pues dijo: «Ayunad [65 *v.*] al verla y romped el ayuno al verla, y, si hay nubes, cumplid el número de treinta días.»

Debe tomar de sus súbditos el azaque correspondiente a los bienes cosechados, así como el de los frutos que se encuentren en sus tierras, y la sadaqa o limosna legal de sus ganados, según los preceptos y prescripciones legales, sin disminuir, aumentar ni alterar en nada estos preceptos, que son los siguientes:

El azaque del oro y de la plata es un cuarto de la décima parte, si el dinero está en poder del que ha de pagar el azaque, y no ha salido de su mano para ser prestado o empleado en un asunto comercial. No hay azaque por menos de 20 meticales ni por menos de 200 dirhemes. Este azaque no se paga al año más que una vez.

El azaque de los camellos es una cabeza de ganado menor por cada cinco, y por bajo de cinco no hay azaque. Si los camellos llegan a diez, dos cabezas de ganado menor; si llegan a quince, tres, y si llegan a veinte, cuatro. Así hasta veinticuatro camellos. Si los camellos llegan a veinticinco, el azaque es una camella de un año cumplido [*bint majad*], o—caso de no encontrarla—un camello macho de dos años cumplidos [*ibn labūn*]. Así hasta treinta y cinco. Desde treinta y seis a cuarenta y cinco, el azaque será una camella de dos años cumplidos [*bint labūn*]. Desde cuarenta y seis a sesenta, el azaque es una camella de tres años cumplidos [*hiqqa*]. Desde sesenta y uno a setenta y cinco, el azaque es una camella de cuatro años cumplidos [*yada'a*]. Desde setenta y seis hasta noventa, el azaque es dos camellas de dos años cumplidos. A partir de noventa y uno, el azaque es dos camellas de tres años cumplidos, y de ciento veinte en adelante es una camella de dos años cumplidos por cada fracción adicional de cuarenta, o una camella de tres años cumplidos por cada fracción adicional de cincuenta.

En el ganado menor, a partir de cuarenta cabezas (pues por bajo de este número no hay azaque) y hasta ciento veinte, el azaque será una cabeza de ganado [66 *r.*]. [Desde ciento veinte a doscientas, será de dos cabezas, y desde doscientas a trescientas, tres.] Si pasan de trescientas, el azaque será de una cabeza por cada centena.

En el ganado bovino, a partir de treinta cabezas (pues por bajo de este número no hay azaque) y hasta llegar a cuarenta, el azaque es un novillo de dos años cumplidos [*tabī'*]. Al llegar las reses a cuarenta, el azaque es un vaca de tres años cumplidos [*musinna*]. A partir de cuarenta, el azaque es un novillo de dos años cumplidos por cada fracción adicional de treinta, o una vaca de tres años cumplidos por cada fracción adicional de cuarenta.

No ha de juntarse lo separado ni separarse lo reunido para eludir la sadaqa. Así, si tres hombres tienen en junto ciento veinte ovejas, a cuarenta cada uno, deberán pagar una sola oveja, y no tres como sería por separado; y si dos hombres tienen en junto doscientas una ovejas, deben pagar tres (siendo así que, si al llegar el cobrador las separaran, no debería pagar cada uno más que una oveja).

Para el pago de la sadaqa debe tomarse la cabeza de ganado que ha echado los primeros dientes o la que es un poco más joven; pero no ha de tomarse la que cría—o sea la ya parida—, ni la que se ceba para carne, ni el semental del ganado.

Ha de cobrarse azaque de todos los granos ensilados. No hay azaque por menos de cinco cargas [*wasq*], constando el *wasq* de sesenta *ṣāʿ*es, y equivaliendo el *ṣāʿ* a cuatro almudes, según el almud del Profeta (¡Dios le bendiga y salve!). Por encima de cinco *wasq*, el azaque es la décima parte, si el terreno está regado por lluvias o fuentes, o la quinta parte, si es de secano o está regado por aceñas.

No se cobra azaque sobre los higos, las nueces, las almendras, ni sobre las demás frutas frescas o secas. [66 r.] Se cobra, en cambio, sobre los dátiles y uvas.

El azaque de las aceitunas se cobra sobre el aceite, una vez prensado.

No pesa el azaque sobre los tributarios dimmíes, tanto hombres como mujeres, ni sobre ninguno de sus bienes ni ganados. Sólo les obliga el pago del impuesto de capitación o yizya. Sin embargo, si hacen el comercio de un país con otro, deberán pagar la décima parte del producto de lo que vendan.

Debe el titular de este diploma obrar con justicia en la cobranza del azaque y en repartirlo entre las ocho categorías de personas designadas por Dios Altísimo. Caso de no existir todas ellas en su país, las partes que correspondan a las que falten deben destinarse a los que tienen derecho a ellas, o sea los que hacen la guerra santa a los infieles y herejes, según decidan los caídes del Príncipe de los Creyentes que operan en el Magrib.

No debe apropiarse del azaque sino la octava parte, que Dios concedió a los que lo cobran, sin aumentar ni sobrepasar esta cantidad.

No debe construir en parte alguna de la tierra que se le confía puesto aduanero que cobre peaje alguno de los pasajeros y viajeros, y no debe exigirles, ni por tierra ni por mar, tributo, alcabala, contribución, impuesto alimenticio, ni extorsión o gasto que pese sobre sus bienes.

Le ordena que haga conocer tanto a los neófitos como a los ya obedientes de antiguo todos sus derechos y que los trate bien; que se ensañe con las gentes rebeldes e injustas y con los salteadores de caminos, a fin de que las rutas de los musulmanes estén seguras en su tierra; que no profane lo inviolable, ni destruya beneficio, ni anule derecho, ni deje de aplicar ninguna pena religiosa, a fin de que todo el pueblo sea igual en la justicia y en el favor del Príncipe de los Creyentes y tanto el que se va como el que se queda gocen de la bendición divina aneja a estas órdenes suyas.

> Debe obligarse a transmitir [67 *r.*] las noticias sin desfigurarlas, y a consultar la opinión de la superioridad en aquellos casos que surjan y que no estén previstos en este documento, exponiendo siempre los negocios con claridad y recta intención, si Dios quiere.
>
> Debe proponerse obrar con decisión, energía, lealtad y esfuerzo en hacer la guerra santa contra los que se rebelen contra la autoridad del Califa o se aparten de su obediencia.
>
> El individuo de la cabila de Atāna que lea, o a quien le fuere leído, este escrito del Príncipe de los Creyentes, debe escuchar y obedecer a Abū-l-ʻAyš ibn Ayyūb, pues este documento será argumento en pro de éste y de los que le obedezcan, si obran con arreglo a él, y en pro de él, y en contra de ellos, si no lo cumplen.
>
> ¡A Dios es a Quien hay que pedir ayuda! ¡No hay otro Señor que Él!

En este día, en que se les dio permiso para partir, les fueron también entregados a todos los jefes beréberes que se hallaban reunidos en la cancillería y a quienes se concedía mando sobre las cabilas de su jurisdicción, los diplomas que les acreditaban, redactados según el texto del que se concedió al principal de entre ellos, Abū-l-ʻAyš ibn Ayyūb Todos manifestaron deseos de tenerlos, y prometieron cumplir lo que se les exigía de obrar conforme a ellos y no hacer nada en contra.

Entre aquellos a quienes les fueron entregados los diplomas figuraban:

Yahyà ibn Fatūh, sobre la cabila de Ayāyin;
al-Hasan ibn Sirhān, sobre la cabila de Gusmān;
Ibrāhīm ibn ʻAlī, sobre la cabila de Nafīs;
Jalūf ibn ʻAmmar, sobre la cabila de Māsawāh;
al-Qāsim ibn Nasr, sobre los Banū Maʻan;
Nahīl ibn ʻAlī, sobre la cabila de Lahīsa;
Ibn Yallād al-Kutāmī, sobre la cabila de ...?;
Jallād ibn Saʻīd, sobre la cabila de Musālima;
Mahāriš ibn ʻImrān, sobre la cabila de Tarhuna;
Abū ...? ibn al-Ahsan, sobre la cabila de Bursana;
Muhammad ibn Aʻsar, sobre la cabila [67 *v.*] de Aflāsa;
Mūsà ibn Abī Zayd, sobre la cabila de Hayūsa;
ʻIsà ibn Yamlūl, sobre la cabila de Banī Magāwir, también tras [el monte;
Sinʻān ibn Jalīfa, sobre las cabilas de Gumāra,
y Abū Dasīs ibn Tayūs, sobre la cabila de Walūsa, entre otros de menos importancia que no nombramos.

Partieron hacia sus tierras a mediados de ramadán de este año, y se dio orden de que para el más principal, Abū-l-ʻAyš ibn Ayyūb ibn Bilāl,

que había sido nombrado caíd suyo, se llevara un pabellón de aparato, con sus tapices y adminículos, como muestra de deferencia.

Dicho jefe dejó en Córdoba a su hijo Muhammad y a su familia, con holgadas pensiones.

[113]

[Sale de Córdoba Ahmad ibn Muhammad al-Qurašī]

A fines de ramadán de este año salió de Córdoba, honrado y satisfecho, Ahmad ibn Muhammad al-Qurašī al-Tamīmī, de regreso para el lugar de su residencia en Berbería.

[114]

[Llegada a Córdoba de cabilas beréberes, pasadas a la obediencia]

Por estas fechas llegó a Córdoba un número considerable de cabilas beréberes que se pasaban a las filas leales, solicitando el favor del Califa. Había entre ellas cerca de sesenta caballeros, personajes de renombre, que fueron todos aposentados y generosamente tratados. Se componía esta embajada de gentes que venían de sitios muy diversos, pero que coincidían en apartarse de Hasan ibn Guennūn al-Hasanī, el que los había inducido al mal, y en solicitar que se les alistase para hacerle la guerra. A todos se les concedió buena acogida, se les contentó con regalos y se les dio dinero a manos llenas.

[115]

[Recepción solemne por el Califa de los beréberes pasados a la obediencia]

En este momento celebró el Califa, para recibir a todos los personajes beréberes llegados a su corte, una recepción solemne y perfectamente organizada, a la que asistieron los visires, los más importantes funcionarios palatinos y los jefes del ejército regular. Fueron recibidos

dichos personajes, a cuyo frente venían el jefe de Gumāra, con sus hombres, [68 r.] y los demás individuos notables de entre los llegados. El Califa les agradeció su sumisión, les alabó su celo, les prometió favorecerlos y beneficiarlos, y les fijó amplias pensiones hasta que quedase libre para ocuparse de ellos.

[116]

[*Gālib cruza por fin el Estrecho*]

En este momento llegó la noticia de que el visir generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān había embarcado en Algeciras, el puerto de acceso a las tierras de al-Andalus, después de una larga permanencia en dicha ciudad y luego de haber ultimado en ella todos sus preparativos.

Hizo que cruzaran la mar por delante las tropas, la caballería, la impedimenta y las máquinas de guerra, que llegaron sin detrimento. En cuanto a él, embarcó en Algeciras el domingo día 11 de ramadán [= 15 junio 973], rumbo a Tánger, en la costa de Berbería; pero, al llegar a vista de esta ciudad, le desvió el viento hacia el puerto de B.t.n.h, conocido por Marsà Qabāla, unas cuatro millas a occidente de Algeciras, de donde había partido. Ancló allí a la fuerza y permaneció unos días esperando mejor tiempo, hasta que al fin le pareció bueno y volvió a embarcar. Dios le proporcionó entonces viento favorable y cruzó la mar con toda felicidad. El lunes día 26 de ramadán [= 30 junio 973] llegó carta suya dando cuenta de haber desembarcado en Marsà Alīm, puerto conocido por Bāb al-qasr, en las cercanías de la ciudad de Tánger, el jueves día 22 de ramadán [= 26 junio 973], sano y salvo, lo mismo él que todos los mercenarios y los pertrechos que llevaba consigo, y que en la tarde de aquel mismo día despachaba su carta. Con ella nació en Córdoba el regocijo, se previó ya la victoria y fue grandísima [68 *v.*] la alegría.

[117]

[*Gālib se pone en campaña*]

El miércoles día 5 del mes siguiente de šawwāl [= 9 julio 973] hubo noticia de que el visir y generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān

había abandonado el domingo día 2 de šawwāl [= 6 julio 973] sus reales de Tánger, para ir en busca del hereje Hasan ibn Guennūn en su real de Yurmāya.

El lunes día 10 de šawwāl [= 14 julio 973] hubo carta suya dando cuenta de que, el miércoles día 5 de šawwāl [= 9 julio 973], había acampado en el real de Yurmāya, y refiriendo que el hereje Hasan, para rehuir el encuentro, se había subido a los montes contiguos al Yabal al-Karam.

[118]

[Ibn Rumāhis va con la escuadra a reunirse con Gālib. Se envían a éste regalos para los sometidos]

Llegó también carta del sāhib al-šurta al-'ulyā almirante 'Abd al-Rahmān ibn Rumāhis, dando cuenta de haber salido con la escuadra hacia Arcila, en atención a las ventajas que, para el buen gobierno y para proceder con energía, resultaban de estar cerca del visir generalísimo y de la fusión de las dos escuadras.

Se le contestó aprobando su proceder, y otro tanto se le contestó al visir Gālib, al que le fueron enviadas ropas preciosas, sillas de montar y bridas adornadas para que las repartiese entre los jefes beréberes que se presentaran a él.

[119]

[El Califa envía a Gālib el gran pabellón rojo]

En este momento envió el Califa al-Mustansir bi-llāh al visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān el gran pabellón rojo, de imponente aspecto y peregrina hechura, mandándole que lo usara, con arreglo a instrucciones y explicaciones precisas, como que debía alzarlo en medio de su real, habitarlo y recibir en él, para realce de su prestigio y despecho del corazón de su enemigo. Era de rara invención y peregrina traza, y tenía admirable aspecto y maravillosa vista. [*69 r.*] Su empleo dio mucho que hablar a las gentes.

[120]

[Llegada a Córdoba de potros de las Marismas]

En este momento llegaron a Madīnat al-Zahrā' los potros y potrancas criados en las marismas de Sevilla y Niebla, en buen número y condiciones aceptables. Su llegada produjo tanta alegría al Califa, que, lleno de curiosidad, se sentó para verlos, acompañado de su hijo el príncipe Hišām, en uno de los salones que dan a los jardines de al-Zahrā'. Los encargados de exhibírselos y mostrárselos fueron el gran fatà Fā'iq, sāhib al-burud y al-tirāz, y su mawlà Ziyād ibn Aflah, caballerizo mayor y sāhib al-hašam.

[121]

[Cae en desgracia y es luego perdonado el gran fatà Maysūr]

En este momento incurrió en la cólera del Califa, por una deficiencia que cometió, el gran fatà y secretario eslavo ya'farī Maysūr. El Califa mandó encerrarlo en la cárcel de al-Zahrā', en la que pasó una noche; pero, al día siguiente, ordenó que fuese trasladado a su casa, arrestado. El visir zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah lo puso bajo la vigilancia de su mawlà Mu'nis el eslavo. Pero, en la última decena del mes de ramadán [= fines de junio y principios de julio 973] logró el perdón del Califa, que lo libertó y lo reintegró a su servicio.

[122]

[Perdón de Rā'iq, tío materno del príncipe]

En este momento le fue levantada la cesantía y volvió a ocupar la magistratura de al-majzūn el tío materno del príncipe Hišām, Rā'iq ibn al-Hakam.

[123]

[*Se recibe y contesta una carta de amistad del señor de al-Qarawiyyīn*]

A mediados del mes de ramadán hubo carta de Muhammad ibn Hasan ibn Qāsim, señor de la orilla de al-Qarawiyyīn en la ciudad de Fez, en la que ponderaba su constante afecto, su sincera amistad y su firme deseo de someterse al Califa al-Hakam, entregarse a su autoridad, y ganar [*69 v.*] en la buena opinión del Califa, siendo amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos, por conocer los beneficios que ello habría de reportarle en esta vida y en la otra.

Se le contestó que, cuanto más considerara la conducta del Príncipe de los Creyentes y observara el modo con que procedía en su gobierno, tanto más se alegraría de lo que había hecho y de la actitud que adoptaba; que perseverase en su inteligente manera de ver las cosas y en el buen camino que emprendía, pues él había sido uno de los primeros en manifestarse leales a la autoridad del Príncipe de los Creyentes y en incorporarse a los amigos antiguos; y que se apresurase a entrar en relación con el generalísimo Gālib, mawlà del Califa, para poner de relieve la sumisión de que hablaba y reforzar su crédito.

[124]

[*Llegada a Córdoba, enviados por el caíd de Toledo, de mil setecientos hombres destinados a Marruecos*]

En este momento llegaron a Córdoba los hombres fuertes y robustos, enviados por Sa'āda, caíd de Toledo, y escogidos por él en su frontera, entre los más valerosos y viriles. Eran en número de 1.700. Entraron formados, con traje de gala y perfecta apostura, vistiendo capas blancas, ciñendo espadas cristianas y llevando en las manos escudos coloreados y lanzas de hierros muy iguales. Avanzaron hacia al-Zahrā', mandados por los oficiales que se habían hecho cargo de ellos. Los visires, acompañados de los ashāb al-hašam, los pasaron revista. Terminados de revistar y de pagar, salieron al punto, con los inspectores que los mandaban, para incorporarse al ejército de Berbería.

[125]

[Regreso de la comisión enviada anteriormente a Marruecos. Nuevo envío de ropas y espadas para jefes beréberes]

En la última decena del mes de ramadán [= fines de junio y principios de julio 973] de este año regresaron de Berbería los alamīnes enviados anteriormente en viaje de inspección, es a saber, el ṣāhib al-šurta al-wustà y al-mawārīt, cadí de Sevilla, Muhammad ibn Abī ʻĀmir; el ṣāhib [*70 r.*] al-šurta al-sugrà, cadí de la Frontera superior, Muhammad ibn ʻAlī ibn Abī-l-Hasan, y el tesorero Ahmad ibn Muhammad al-Kalbī. La misma tarde de su llegada fueron recibidos por el Califa al-Hakam, que les pidió los informes referentes a Berbería en cuya búsqueda les había enviado, y les interrogó a fondo por todo lo de allí. Los comisionados le dieron todo género de detalles y noticias, y el Califa alabó su celo, se manifestó contento por la autenticidad de sus informes, y los elogió.

Mandó, además, el Califa en ese momento comunicar al visir generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān que se le enviaban buen número de ropas de dībāy, ya cosidas; de yubbas ʻubaydiyyas y tirāziyyas, y de espadas adornadas, según lista que se acompañaba, con orden de que les fueran regaladas a los personajes y jefes beréberes pasados a las filas leales, mencionados en la carta, y que eran: Wārit ibn Saʻāda; Majlad ibn Marwah; Husayn ibn Jayrān; Wirqān ibn ʻAwn; Idrīs ibn Hammād; Dayfān ibn Jalīfa y Guennūn ibn ʻAbd Allāh. Se ordenaba asimismo al visir Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān que acogiese como era conveniente a cada una de las personas mencionadas en el escrito, y que las tratase como cada una merecía.

[126]

[Meteorología]

El miércoles día 21 de ramadán de este año [= 25 julio 973], a las tres de la madrugada, apareció en el cielo, por el lado del sur, una estrella de gran volumen e intensa luz, que tomó dirección norte. Brillaba más que el relámpago no seguido de lluvia e iluminó todo el horizonte.

[127]

[70 v.] *Relación de la fiesta de la Ruptura del ayuno correspondiente a este año.*

Tuvo lugar el sábado día 1.° de šawwāl de este año [= 5 julio 973], y ese día se sentó el Príncipe de los Creyentes en el trono, en el Salón que da sobre los jardines, del Alcázar de al-Zahrā', para celebrar una recepción solemnísima, con organización perfecta y brillante esplendor. Una vez que se dió licencia para entrar en la cámara, fueron recibidos en primer lugar los Hermanos, que, después de los saludos y felicitaciones de rigor, se sentaron, a la derecha, el hermano uterino Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz, y, por bajo de él, el menor Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, y, a la izquierda, Abū-l-Qāsim al-Asbag. Pasaron luego los visires, que, después de saludar, se sentaron, con arreglo a sus categorías, a continuación de los Hermanos. Por bajo de ellos se sentó Ya'far ibn 'Alī. A ambos lados del trono estaban en pie los grandes fatàs: a la derecha, el gran fatà Yawdar, gran halconero y guardajoyas, y, por bajo de él, el gran fatà Mursī; a la izquierda, el gran fatà Fā'iq, correo mayor y jefe del tirāz. Ministraban al Califa: por el lado derecho, el visir y kātib, zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān; por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Yahyà ibn 'Abd Allāh ibn Yahyà ibn Idrīs; por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā y al-hašam Qāsim ibn Muhammad ibn Tumlus, y, a continuación, el sāhib al-šurta al-wustà, curador de las herencias vacantes y cadí de Sevilla Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir; y por el lado izquierdo, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah; por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Ahmad ibn 'Isà ibn Futays, y a continuación el sāhib [*71 r.*] al-šurta al-wustà 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī. Tras ellos, dejando un espacio vacío, seguían ministrando, conforme a sus categorías, las demás clases de altos funcionarios palatinos: ashāb al majzūn, tesoreros, 'urrād, kātibes y alamīnes, según sus jerarquías. Ese día, como especial honra, Yahyà ibn 'Alī al-Andalusī se colocó con ellos, para ministrar en pie como ellos lo hacían.

A la derecha e izquierda del salón estaban en pie: primero los grandes jalīfas, fatàs eunucos, según sus jerarquías; luego los kātibes; luego los wasīfes, y luego los ashāb al-rikāb, también con arreglo a sus categorías. Llegaban así a la puerta del Salón, y con ellos empalmaban

luego, en doble fila, por el portal y por la explanada de la Azotea alta, los restantes fatàs eunucos del servicio palatino, conforme a sus jerarquías, hasta llegar a la puerta del Salón occidental, o Maylis al-Ayrā' (?) y a la puerta del primer fasīl de la Azotea alta. Los otros empleados, los fatàs más importantes y los demás—tocados con bonetes de alvexí y ciñendo espadas adornadas—llegaban hasta el llamado Fasīl dorado. Los fatàs kātibes se alineaban a continuación hasta la Puerta de la Azuda, y la formación militar seguía desde ésta hasta la puerta exterior de la ciudad o Puerta de la Estatua.

Establecidos así aquel día las mentadas formaciones, y llegadas al límite de la perfección, se concedió licencia para que entrasen en la cámara a los individuos de Qurayš, según orden de mayor parentesco, y pasaron para saludar, precedidos de los kātibes que estaban apostados en los salones septentrionales destinados para la espera de los citados qurašīes. Con ellos pasaron los hijos de 'Alī ibn Yahyà al-Hasanī y los demás rehenes llegados a Córdoba, de los Banū Idrīs, que fueron recibidos por grupos, y a los que, luego de cumplir el deber de saludar al Califa, se les hizo sentar en el bahw [*71 v.*] enfilado por la izquierda con aquel en que estaba sentado el Príncipe de los Creyentes. Tras ellos fueron recibidos los mawlàs, que, después de saludar, se sentaron también en el mismo salón. A continuación fueron recibidos los hukkām los cadíes de las coras, los jurisconsultos, las diferentes clases de 'ulemas, los 'adūles y las gentes principales de Córdoba; luego las cabilas beréberes, las gentes de Berbería pasadas a las filas leales y las delegaciones de las provincias; y, por último, los diferentes cuerpos del ejército regular, según sus categorías de hombres libres, 'abīd y jamsiyyīn [o jumsiyyīn] hasta llegar a los tanyiyyīn. Fue una solemnidad muy concurrida y sumamente importante.

Todo el tiempo que duró la recepción los oradores y los poetas improvisaban discursos, recitaban poemas y describían prolijamente la fiesta. Entre los poetas que se levantaron aquel día ante el Califa, para recitar sus versos laudatorios en presencia de la asamblea, figuró su decano Tāhir ibn 'Alī al-Bagdādī, conocido por al-Muhannad, que se expresó de este modo:

[*munsarih*]

Avanza rápido por el camino para el que fuiste creado;
haz uso del lote de inteligencia que te ha correspondido;
expía tus mentiras [de poeta] con decir la verdad
sobre el imām de la ortodoxia y su generosidad sin límites;

habla elegantemente sobre su gloria; engasta
las perlas de las palabras en el interior del poema.
¿Acaso, componiendo versos, se puede ser sincero
en la alabanza de alguien que no sea al-Hakam?
Dios generosamente dispuso que todas las criaturas
fuesen sus hijos, y los reyes, sus criados;
y así, en unas tierras, su gracia es favor,
y, en otras, sus ataques son castigos.
Dios le revistió de una túnica de poder,
por la que hace a los enemigos entrar en su paz,
[*72 r.*] y le dotó de una majestad tal, que se graba
en el corazón de todos y no se aparta de su imaginación.
De esta suerte, el que se aleja de él lo tiene, sin embargo, presente
por miedo, por recuerdo de su generosidad o porque se propone ir a él.
Es como un mar, cuyas aguas profundas son su liberalidad,
y cuyas perlas son las palabras que pronuncia,
porque, si abre la mano, sus dones cubren a los hombres,
y, si habla, la ciencia resplandece en sus sentencias:
pero si el mar tuviera las cualidades de este imām,
las buenas prendas de su carácter lo tornarían dulce,
y, si la lluvia fuese como él, no dañaría
la tierra sobre la que cae con pertinacia.
Cuando ayuna, sus miembros todos ayunan de día,
y luego pasa en pie las noches,
para recitar el Libro [de Dios], meditar sobre él,
y sacar el mayor partido de sus verdades ciertas.
¡Oh la mejor persona a la que sostiene un trono,
y la mejor que ve el Señor de los hombres entre sus criaturas!
La fiesta sonrió complacida y alegre,
y tú fuiste la belleza de su sonrisa,
y, si nos trajo a todos grandes beneficios,
el mayor beneficio fue que te viéramos.
Las gentes besaron en los cinco dedos de tu mano
una nube generosa cuya lluvia a todos cubre,
y, al enfrentarse con el esplendor de tu rostro,
proclamaron su amor, antes oculto.
¡Guárdete Dios entre los humanos, como medio
de dominar a los Árabes y a los Bárbaros,
porque tú eres el que no tiene par
ni en los tiempos modernos ni en los antiguos!

Le siguió Muhammad ibn Šujays, el poeta, que declamó en pie diciendo:

[*tawīl*]

[72 *v.*] Viniste al mundo con tan buena estrella,
que, contigo, el progreso hace olvidar un año por el próximo.
Tu día de fiesta, que corre a remediar lo que nos falta,
rehusó correr él, para no amenguar lo perfecto,
y, por envidia que tienen las demás horas a las que se anticiparon
a ver tu rostro, amarillea la faz de los crepúsculos.
Al-Zahrā' nos ha hecho ver, en ti, el día de la salutación,
la piel de los dedos de la mano gloriosa.
Vinimos a besar en ella la generosidad misma, aunque, de no venir [nosotros,
hubiera venido ella a buscarnos a la sombra de nuestras moradas.
Es una mano con cuyo buen augurio Dios libró de miedo
a todos, incluso a lo que encierra el vientre de las preñadas.
¡Riegue Dios el suelo de este país, cuyas montañas
nos abarcan a todos, felices y agrupados,
y vivan siempre el Príncipe de los Creyentes y su vástago,
como el padre más noble y el hijo más feliz!
El nombramiento de Hišām para heredero es socorro del menesteroso,
seguridad del tímido, gloria del oscurecido.
Aunque tarden los días en cumplir la promesa que representa,
da lo mismo el que se apresuren que el que se atrasen.
La buena estrella de este príncipe, al verlo nombrado heredero, nos [hace repasar
viejas historias y ver seguros signos.
Los indicios de lo que ha de ser son tantos, que antes se contarían los [guijarros;
pero no insinuaré de ellos más que cinco:
la serenidad de su conducta, el brillo de su talento,
el ornato de su instrucción, las nobles prendas de su carácter,
y esa elevación de alma que hace que el imperio atestigüe
haber sido creado para él antes que Abel fuera asesinado.
Es una luna nueva en el apogeo de la inteligencia,
y cuyas mansiones son las cunas o el regazo de las damas.
Es el que intercede por sus siervos y por todos nosotros
para que nuestro señor nos otorgue perdón y dádiva.
[73 *r.*] Por él vienen a nosotros, con felicidad, tranquilidad y buenos [deseos,
horóscopos que recibieron las manos de las comadronas.
Sí; los reyes de la casa de Marwān se suceden siempre
como los planetas: uno sale cuando otro se pone.
Ellos son modelo de toda gloria, y, de no ser por su liberalidad,
no vendría lo anhelado en auxilio del que lo anhela.
Ellos son los que mellaron el filo de todos los otros reyes,
y no se hace grava sino con rocas durísimas.
Te has ocupado de las cosas mundanas, en asegurar los caminos,
y cuanto más ocupado estás, menos te dejan las ocupaciones.
No serías el más celoso custodio del Islam,
si no fueses el que se da más generosamente a sí mismo.

Haces tantas buenas obras, que todas te parecen de pura devoción,
porque las de pura devoción no tienes tiempo de intercalarlas.
El mes de ayuno no quebrantó tus fuerzas,
por tu costumbre inveterada de ayunar por devoción.
Corre por todo el mundo la fama de tus nobles acciones,
y son tales que, a su lado, el que ha hecho algo bueno parece no haberlo [hecho.
Ocupas en una y otra rama de Qurayš el mismo lugar preeminente
que Qurayš ocupa entre todas las tribus.

[128]

[Ibn Abī ʿĀmir es enviado de nuevo a Marruecos y designado cadi supremo de Berbería]

A comienzos del mencionado mes de šawwāl envió el Califa al-Hakam a su hombre de confianza Muhammad ibn ʿAbd Allāh ibn Abī ʿĀmir para Berbería, con cargas de dinero y alhajas, destinadas en parte para regalos a los notables beréberes disidentes de las filas enemigas y pasados a las leales, y, además, con el objeto de que investigase en aquella zona ciertos asuntos que le encargó. En ese mismo momento le confirió el cadiazgo supremo de Berbería, acumulándolo a los puestos que ya desempeñaba de sāhib al-šurta al-wustà, curador de las herencias vacantes y cadí de la cora de Sevilla; con lo cual se elevó su posición en el Estado, por haber visto en él el soberano una lealtad y una capacidad que le valieron [*73 v.*] el ascenso.

[129]

[Se envía más dinero a Ibn Abī ʿĀmir, que estaba en Tánger]

El miércoles día 25 de šawwāl [= 29 julio 973] envió el Califa al-Mustansir bi-llāh a Muhammad ibn Abī ʿĀmir, que se hallaba en Tánger, mucho dinero para ser gastado en Tánger y Arcila. En un párrafo de la carta que se le expidió, se le decía:

El Príncipe de los Creyentes no duda de tu lealtad, ni de tu esfuerzo, ni de tu gratitud por el beneficio que te circunda y que te abarca. ¡A Dios es a Quien hay que pedir ayuda!

[130]

[Audiencia solemne del Califa para los Banū Jazar, a los que ordena incorporarse al ejército de Berbería]

El sábado día 15 de šawwāl de este año [= 19 julio 973], el Califa, ministrado por los ḥāyibes y a presencia de los visires, celebró en el Alcázar de al-Zahrā' una audiencia solemne para recibir a los Banū Jazar, que residían en su corte desde que vinieron con Ya'far ibn 'Alī. Tras de tratarlos amablemente y de aludir a las buenas relaciones de amistad mantenidas por sus antepasados e imitadas por ellos, les ordenó que se preparasen para incorporarse, con su ejército, al visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Raḥmān, con objeto de hacer juntos la guerra contra el hereje y dejado de la mano de Dios Ibn Guennūn; les dio cuenta de que sus contribulos y todos los secuaces de éstos en Berbería habían aceptado abrazar la buena causa, y, para demostrarlo, se habían alistado en el ejército del mawlà del Califa, su visir y caíd Gālib; y les prescribió que se concertasen con ellos y les ayudasen en sus propósitos y primeros pasos, por exigirlo los beneficios que les tenía dispensados. Los Banū Jazar lo reconocieron así y se mostraron dispuestos a cumplir lo que de ellos se pedía.

Asistieron a esta reunión los jefes principales de entre ellos, es a saber: 'Abdūs ibn al-Jayr; Muqātil ibn 'Aṭiyya; Mas'ūd ibn Abī-l-Gamr; 'Abd Allāh ibn Abī Duwās; [*74 r.*] Sargīn; Hamlīl, y sus colegas. Recibidos los correspondientes regalos y arreglados sus asuntos, partieron para su destino el sábado día 21 de šawwāl [= 25 julio 973], y se incorporaron al ejército.

[131]

[Se recibe y contesta una carta de Gālib sobre operaciones en Marruecos]

El jueves día 19 de šawwāl [= 23 julio 973] hubo carta del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Raḥmān, dando cuenta de su partida de las cabilas de Hayūsa y Gušmān, y [de habérsele incorporado] muchos hombres de la cabila de Atana. Refería, además, que el pérfido Ḥasan ibn Guennūn había huído ante él y que él lo había perseguido, pero que,

al seguirle el rastro, encontró que había puesto en orden de defensa el Yabal Mahrān, a cargo de su hijo y de su primo, y el Yabal al-Karam, a su propio cargo, confiando en que así impediría al ejército del Califa extenderse por el valle que separa al Yabal al-Karam del Yabal Mahrān, que es el del río de al-Musāra. En efecto, el ejército no tuvo otro remedio que detenerse allí ante el obstáculo del agua, y, al hacer una descubierta, comprobó que las fuerzas del hereje—o sea, todas las congregadas en torno suyo y que le tenían dejados en rehenes sus hijos, sus familias y sus bienes—se llamaban unas a otras por todas partes contra él y habían aprovechado el obstáculo del agua como estratagema para ver si el ejército se internaba por las breñas. Dios, sin embargo, impidió que realizaran su propósito y los cogió en su propio engaño, porque Gālib decidió entonces dejar la impedimenta y asentar sus reales en aquel sitio a que había llegado, enviando sólo por delante algunos jinetes para hacer frente a la caballería que había aparecido por la llanura. Sólo cuando el real estuvo tranquilamente asentado y los hombres prestos para la lucha, es cuando el visir generalísimo Gālib acudió con el grueso de las fuerzas y dio la orden de ataque. La refriega se prolongó por la tenacidad de ambas partes, y los criminales resistieron algún tiempo; pero, al fin, cuando les hicieron mella nuestras armas y se encarnizó en ellos la matanza, se dieron a la fuga. Muchos de sus guerreros y capitanes murieron en el encuentro [*74 v.*], y el resto se refugió en el Yabal al-Karam. El ejército del Califa asaltó entonces su campamento, apoderándose de los rebaños y provisiones que en él había; pero ellos se hicieron fuertes en la cima del monte y la noche impidió que siguiera la persecución. El visir caíd Gālib y el ejército que le acompañaba regresaron sanos y victoriosos del campo de batalla. Fueron cercenadas muchas cabezas de guerreros enemigos, sin contar los ganados que cayeron en nuestro poder. El combate tuvo lugar la tarde del viernes día 14 de šawwāl [= 18 julio 973].

Se contestó a la carta en que el caíd Gālib comunicaba esta victoria, alabando su servicio, agradeciéndole lo hecho y estimando su constancia y esfuerzo. Al mismo tiempo se le hacía saber que el Príncipe de los Creyentes continuaba empeñado en hacer la guerra contra el criminal Hasan y en citarlo a juicio ante Dios, mientras tuviese vida, y hasta tanto que Dios, con su suprema justicia, sentenciase el pleito entre ambos. Se le decía también que se había dado orden de reunirse con él a los hermanos Tuyībīes (Yūsuf, Hāšim y Hūdayl, hijos de Muhammad ibn Hāšim); a los primos de éstos, hermanos de al-ʻĀsī ibn Hakam, a

Hamīd ibn Qayātin, con un cierto número de compañeros suyos de confianza; a cien gilmān de los arqueros esclavos, y a un grupo de los fursān al-riyāda. Por último, se ponía en su conocimiento que los Banū Jazar, llegados con anterioridad a la Puerta de la Azuda del Príncipe de los Creyentes, se incorporarían también a él con posterioridad a esta carta del Califa, por haber manifestado deseos de estar a su lado y ponerse a sus órdenes, en tanto lo hacían asimismo sus restantes contribulos, que a la sazón estaban en la campiña de Fez, según noticia comunicada por el embajador de 'Abd al-Karīm, señor de la orilla de al-Qarawiyyīn en dicha ciudad de Fez. En consecuencia se le ordenaba que, cuando llegasen estos Banū Jazar, los tratase con todo miramiento y honor y les diese la mejor acogida, en atención a su noble origen, a su antigua lealtad y a las esperanzas depositadas en ellos.

[*75 r.*] Estos Banū Jazar salieron, en efecto, para Berbería, a incorporarse al ejército, el sábado día 21 de šawwāl [= 25 julio 973].

[132]

[*Se recibe y contesta una segunda carta de Gālib*]

Ese mismo sábado volvió a recibirse carta del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, dando cuenta de haber habido un gran combate entre el hereje Hasan ibn Guennūn y él, en el que Gālib quedó victorioso y mató gran número de los guerreros enemigos, entre ellos veinte hombres de la propia familia de Hasan.

Se le contestó alabando su celo y lo certero de su inteligencia, y con esta respuesta le fueron enviadas un determinado número de ropas preciosas y de espadas adornadas, para que se las diese de regalo a los que se distinguiesen en la guerra y a los personajes importantes que se incorporaran pidiendo el amán. El número de yubbas de dībāy que se le enviaron fue de 35 matārif de las mudalla'as de color, junto con sesenta turbantes lāsiyyes de color.

[133]

[*Se recibe una tercera carta de Gālib*]

El lunes día 2 de dū-l-qa'da de este año [= 4 agosto 973] volvió a haber carta del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, desde su real en al-Musāra. Daba en ella cuenta de que, en vista de que el hereje Hasan—a pesar de la flaqueza de sus cimientos y de su patente derrota—persistía en su actitud belicosa; hacía alarde de reunir sus contingentes y nutrir sus alistamientos; se mostraba muy animado con la incorporación de su primo, el rebelde, disociador y perjuro Muhammad ibn Ahmad ibn 'Isà, señor de al-Basra, y se proponía en consecuencia reanudar el combate; en vista de todo ello, Gālib, el martes día 19 de šawwāl [= 23 julio 973] había enviado contra él, en son de guerra, nutrida caballería. [*75 v.*] Iniciadas las hostilidades por los soldados bisoños de las tropas mercenarias, seguidos luego por el resto de las fuerzas que iban acudiendo, se encarnizó mucho el combate. El general Gālib había dispuesto a la perfección la situación de la retaguardia del ejército y el envío sucesivo de los hombres al campo de batalla. La pelea duró algún tiempo, y acabó resolviéndose en contra del criminal y de los suyos. Cayeron de las tropas leales aquellos para quienes Dios tenía escrito el martirio, por haber decretado que habían de retornar a Él, pues la guerra tiene muchas alternativas y el destino de los verdaderos piadosos es según la promesa de Dios, que jamás falta a su palabra; pero los resultados de la victoria de Dios Altísimo eran visibles y patentes en el criminal.

En esta batalla recibió Muhammad ibn Fortūn una grave herida, de cuyas resultas murió el sábado día 28 de šawwāl [= 1 agosto 973] (¡Dios aparte los ojos de sus pecados!).

[134]

[*Contestación a una carta de amistad de Abd al-Karīm ibn Yahyà, señor de la orilla de los Andaluces en Fez*]

El mencionado lunes [día 2 de dū-l-qa'da = 4 agosto 973] se contestó la carta que 'Abd al-Karīm ibn Yahyà, señor de la orilla de los

Andaluces en Fez, había dirigido al Califa, para dar cuenta de su sincero sometimiento a la buena causa y su ponderado proceder en la alianza. Uno de los párrafos de esta respuesta decía así:

> El Príncipe de los Creyentes acepta y escucha tus excusas, y si Dios (¡honrado y ensalzado sea!) quiere tu bien en esta vida y en la otra, dilatará aún más tu pecho para que seas leal súbdito y aliado del Príncipe de los Creyentes, y te facilitará los medios de serle grato y acercarte a él. Porque el Príncipe de los Creyentes reúne, en este aspecto, condiciones por todo extremo laudables. Él es quien resucita [en la comunidad ortodoxa] lo que el paso del tiempo hizo morir, y el que renueva lo que hicieron envejecer quienes de ella se apartaron. Él es quien aleja la injusticia que [*76 r.*] cubrió, dominó, abrumó y se cernió sobre sus súbditos, haciéndolos caer bajo la humillación y el menosprecio, y poniendo sus derechos inviolables y sus bienes materiales en peligro de quedar violados y arruinados, tanto para ellos como para sus sucesores. Los azaques que estos súbditos pagan, conforme a la obligación impuesta por Dios, van a parar a las categorías de personas a quien el mismo Dios los destinó, y, si falta alguna de dichas categorías, la cantidad que le corresponde se destina al bien común, sin pasar a engrosar el dinero del fisco. Dios, en efecto, permite al Califa vivir con desahogo y cumplir con holgura todas aquellas funciones y obligaciones mediante las cuales Dios protege a la comunidad de los musulmanes, defiende sus territorios, tiene a raya a sus enemigos y llena con los despojos de éstos las manos de sus fieles. Por este camino Dios (¡bendito y ensalzado sea!), en su infinita gracia, ha hecho que los musulmanes humillen las cervices de sus enemigos y ocupen las capitales de éstos, y ha aumentado, ante los ojos de los adversarios, el número de muslimes que prestan servicio en las guarniciones de caballería que el Príncipe de los Creyentes ha apostado en las fronteras, y el número de los ejércitos que contra ellos se envían. No existe hoy en todo al-Andalus, desde su extremo oriental al occidental, nadie que alargue la mano o levante la cabeza, si no es bajo la voluntad y el temor de Dios Altísimo, que pesan sobre el Califa y sobre sus súbditos (¡loado sea tanto como se merece!). Sólo ahora ha surgido este Hasan ibn al-Qāsim, que, haciéndose daño a sí mismo y tomando a hombros la misma leña que ha de abrasarlo, abre en su extravío la puerta de la guerra civil, rompe por su iniciativa los candados de la discordia, y atiza el fuego de la contienda —en el preciso momento en que Dios la apagaba y extinguía—, sin que se viera en necesidad de hacerlo por haber tenido algún rozamiento con el Príncipe de los Creyentes o por haber recibido alguna ofensa, pues, antes al contrario, lo que hace es devolver mal por bien y corresponder al acercamiento con la ruptura.

[*76 v.*] Seguían a este párrafo muchas otras razones, con las cuales se cerraba la misiva.

[135]

Noticia del envío del visir Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī al-Tagrī a Berbería, como refuerzo para Gālib ibn Abd al-Rahmān.

El jueves día 5 de dū-l-qa'da de este año [= 7 agosto 973], llamó el Califa al visir Yahyà ibn Muhammad ibn Hāsim al-Tuyībī al-Tagrī, el que había escapado a la desgracia; lo recibió, en compañía de un grupo de sus compañeros los visires, y le habló de su decisión de enviarle a Berbería como caíd de la gente que iba a poner bajo sus órdenes, en ayuda del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān y para asociarlo con él en el mando contra el hereje Hasan ibn Guennūn. Le ordenó que se preparase para partir inmediatamente, y le dio las instrucciones a que había de ajustarse en el cumplimiento de la misión que le encomendaba.

Al salir Yahyà de la cámara regia, se encaminó, junto con sus colegas, a la sala de deliberaciones de la Casa militar de afuera, y, poco después, fue a verlo, en el lugar donde se hallaba reunido con sus compañeros, el gran fatà y tesorero Durrī el Chico, portador, como regalo del Príncipe de los Creyentes, de una gran casaca de piel y de un holgado mandīl que contenía preciosas vestiduras y llevaba cruzada encima una espada de combate con preciosos adornos. Yahyà manifestó su gratitud por este regalo y se mostró animado a realizar la partida a que se le invitaba.

[136]

[*Envío a Berbería de los demás Tuyībīes y de otros personajes que estaban en desgracia*]

El sábado día 7 del mismo mes [= 7 agosto 973], el Príncipe de los Creyentes, rodeado de los fatàs jālifas, los visires [*77 r.*] y los funcionarios palatinos, recibió en audiencia a los hermanos del visir caíd Yahyà, a quien ya se había dado orden de partir, o sea, Yūsuf, Muhammad, Hāšim y Hudayl, hijos de Muhammad ibn Hāšim, así como a los hermanos del difunto visir al-'Āsī ibn al-Hakam y a los hijos de éste, primos de los anteriores. El Califa les dedicó amables palabras, les pro-

metió copiosos beneficios, y les dio orden de partir para Berbería con el jefe de su familia, el visir caíd Yahyà ibn Muhammad, incorporándose a él y poniéndose a sus órdenes. Una vez que mostraron su conformidad y que alabaron y dieron las gracias al Califa, abandonaron la cámara. Les fueron entregados preciosos regalos y magníficas ropas y salieron del Alcázar con espadas adornadas, todo lo cual los llenó de alegría, junto con el hecho de verse por completo devueltos a la gracia de su soberano.

El mismo día recibió también el Califa a su mawlà Rašīq, conocido por al-Bargawātī; a Ismā'īl ibn Abd al-Rahmān ibn al-Šayj, y a 'Abd al Rahmān ibn Yūsuf ibn Armatīl, que estaban en desgracia por haber abandonado el ejército expedicionario. En esta ocasión los perdonó, restableció en su situación y les dio orden de partir de nuevo para Berbería.

[137]

[Yahyà al-Tuyībī sale de Córdoba, cruza el Estrecho y se incorpora a Gālib]

El lunes día 9 del mismo mes [= 11 agosto 973], hizo el visir caíd Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim su salida solemne de Córdoba, en dirección a Berbería, precedido de una formación perfecta y de una alineación impecable. Con él salieron también sus hermanos antes nombrados y sus primos los Tuyibīes, más un gran ejército formado por las diversas tropas que habían sido puestas bajo sus órdenes, entre las que figuraban destacamentos de arqueros esclavos y de arqueros libres, sin contar otros cuerpos del ejército regular del reino, [77 *v.*] cuya vista asombró a los que presenciaron el desfile. Ese mismo día hizo Yahyà su primera etapa, acampando sobre el Guadajoz.

Con él salió también el tesorero Ahmad ibn Muhammad ibn Hāyib, precedido de dieciséis cargas de dinero contante y de un cierto número de cargas de ropas de honor y de espadas adornadas, que se le enviaban al visir caíd Gālib ibn 'Abd al Rahmān para ser distribuidas entre los notables que le pidieran el amán.

El miércoles día 11 del mes [= 13 agosto 973], hubo carta del visir caíd Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim, desde Algeciras, anunciando su llegada. Volvió a haber otra el miércoles 25 [= 27 agosto 973], y en ella daba cuenta de haber cruzado felizmente la mar, con todos los

que le acompañaban, sanos y salvos y sin ningún tropiezo; de haber acampado luego en la ciudad de Tánger, y, por último, de haberse incorporado al grueso del ejército, al lado del generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, el viernes día 20 de dicho mes.

La carta expedida por el Califa a su mawlà el visir generalísimo Gālib, con motivo de la partida del visir caíd Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī para incorporarse a él, contenía un párrafo en que el soberano mostraba a Gālib la preferencia que por él sentía y el alto y honrado puesto de que gozaba a su lado. Decía así:

> Las órdenes que lleva el visir caíd Yahyà ibn Muhammad son las de acudir a tu lado y volar hacia ti en cuanto reciba carta tuya, de noche o de día, y las de desenvolverse como a ti te parezca que lo haga, pues no es más que un refuerzo que te envío y un auxiliar para llevar a cabo tus resoluciones. Tú eres, pues, el que has de disponer en todos los negocios que tienes a tu cargo y de todos los componentes de tu ejército, como persona a quien el Príncipe de los Creyentes ha enviado en calidad de jefe único y a quien ha conferido plenos poderes.

[138]

[*Envío a Berbería de Yahyà ibn 'Alī al-Andalusī*]

[*78 r.*] El último día de dū-l-qa'da [= 1.° septiembre 973], el Príncipe de los Creyentes, a presencia de los visires, recibió en audiencia privada a Yahyà ibn 'Alī al-Andalusī, el acogido a su amán, y le dio orden de prepararse a partir para incorporarse al mawlà del Califa, el visir generalísimo Gālib, acompañado de su séquito y de los hombres que habían venido con él, más un destacamento del ejército regular que había mandado movilizar para que saliera también con este motivo. Yahyà se regocijó de esta orden y mostró su contento.

El Califa ordenó que se le entregasen dinero y ropas, que colmaron sus deseos, y al punto se ocupó en revistar y pagar a las tropas regulares que se ponían bajo su mando durante el viaje.

[139]

[Se recibe una carta pesimista de Gālib y se le contesta con otra muy enérgica]

En este momento hubo carta del visir generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān, desde su real de al-Musāra, dando cuenta de que los Banū Idrīs Hasaníes, parientes del hereje Hasan, se le habían presentado para someterse y abrazar la buena causa, y que habían acampado en masa en su real, con su jeque Ahmad ibn ʻIsà, el hermano de éste, Ibrāhīm, los hijos y esclavos de uno y otro, y toda su demás gente. Daba cuenta asimismo de que también se le habían presentado los Banū Jazar y habían acampado con sus huestes y su impedimenta. Describía la aglomeración que con este motivo había en el campamento, y expresaba sus temores de que subieran los precios y escasearan los víveres, a causa de la citada aglomeración y del gran número de ganados que se habían concentrado.

Se le contestó a todo ello con una carta muy larga y de párrafos muy minuciosos y concertados. El referente a las quejas que formulaba sobre la escasez y carestía de víveres decía así:

No vuelvas a pensar ni a preocuparte por dinero o víveres, ya que uno y otros te llegarán, regular y periódicamente, hasta que Dios te conceda la victoria sobre ese tirano e interruptor del curso de la justicia divina. Aunque hubieran de agotarse las repletas arcas del tesoro y los atestados graneros de al-Andalus; [*78 v.*] aunque no quedara más trigo que el de los alfolíes particulares de Córdoba, el Califa te enviaría todo lo que hubiera en ellos. De igual modo, si tu fuerza no bastara; si flaqueara tu energía; si las circunstancias te fueran adversas, y si Dios no te concediera la victoria, el Príncipe de los Creyentes no tendría ninguna dificultad en trasladarse a Algeciras para quedarse e instalarse allí, y daría con gusto, por seguir haciendo la guerra santa contra este criminal, hasta el último soldado de su ejército y el último empleado de la administración de su reino, movido de la santa cólera de Dios (¡ensalzada sea su gloria!) y de indignación por la conducta seguida por el hereje al infringir las prohibiciones y anular los beneficios divinos. Procede, pues, en lo que traes entre manos como quien, ni aun a solas, puede pensar en retirarse o desistir sino después de vencer al enemigo, merced al poder y a la fuerza de Dios, y de obligarlo a retractarse, a volver de su error, y a reintegrarse al buen camino, presentándose ante la Puerta de la Azuda del Príncipe de los Creyentes. Esto, o bien expulsarlo de su territorio y

battana de ʻubaydī; una pieza de ʻubaydī; una pieza del tirāz; dos turbantes de jazz. Un caballo blanco y negro, con silla y bridas adornadas de plata.

[141]

Noticia de cómo se llamó al gramático al-Zubaydī.

El domingo día 15 de dū-l-qaʻda de este año [= 17 agosto 973] se dio orden al gramático Muhammad ibn Hasan, llamado al-Zubaydī y luego al-Išbīlī, de que se fuera a vivir a Madīnat al-Zahrā' para dar lecciones al príncipe Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Príncipe de los Creyentes, e iniciarlo en el estudio de la lengua árabe. Le había sido preparado alojamiento en la casa que habitaba el sāhib al-šurta Ahmad ibn Saʻīd al-Yaʻfarī en vida de su padre, y le había sido señalada una holgada pensión. En este primer día se le dio, además, un espléndido donativo y una preciosa vestidura de honor, como recompensa por el trabajo que había tomado a su cargo y terminado de abreviar [*80 v.*] el «Kitāb al-ʻayn» de al-Jalīl ibn Ahmad y de disponerlo según el orden y con las adiciones que le había preceptuado el Príncipe de los Creyentes; trabajo que el Califa repasó y encontró de su gusto, por lo cual, como queda dicho, le hizo un espléndido regalo y lo aproximó a su persona.

Ese mismo día lo recibió el Califa; habló con él de su mencionada labor, en la que tanto había descollado, y le consultó acerca de determinados puntos oscuros de las disciplinas que profesaba. El visir, kātib y erudito Yaʻfar ibn ʻUtmān, que se hallaba presente en aquel momento, discutió con él algunos raros extremos de su especialidad, tocantes a gramática, lexicografía y poesía. Uno y otro llevaron la controversia con suma habilidad y rivalizaron en recorrer el hipódromo del acierto, por lo cual las gentes entendidas quedaron muy contentas de entrambos.

Desde ese día al-Zubaydī quedó en permanencia afecto a las personas del Califa al-Hakam y de su hijo el príncipe Hišām y avanzó notablemente en su carrera.

[142]

[Gālib escribe comunicando la toma del Yabal al-Karam. Se le contesta con disposiciones sobre economía de víveres y organización del correo]

El lunes día 23 de dū-l-qa'da [= 25 agosto 973] hubo carta del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān dando cuenta del favor que Dios le había concedido con la conquista del Hisn al-Karam y la huida del dejado de la mano de Dios Hasan ibn Guennūn, en compañía de su yerno el señor de al-Basra Muhammad ibn Guennūn, de 'Alī ibn Jalūf y de otras personas de su alrededor y lugartenientes suyos, todos humillados y vencidos. He aquí cómo ocurrieron las cosas:

Sabedor el visir caíd Gālib de que el Yabal al-Karam era punto menos que inexpugnable, muy difícil de tomar y que por guerra no se apoderaría de él, hizo lo posible por atraerse a los Halīma, habitantes de al-Karam, que eran de Kutāma, y Dios quiso que accedieran a su llamada y vinieran a él, deseosos de ponerse a sus órdenes. Gālib se concertó con ellos contra el criminal, y, en la noche del jueves 19 de dū-l-qa'da [= 21 agosto 973] los envió hacia Hasan, en compañía de quinientos [*81 r.*] jinetes y otros tantos infantes, escogidos entre sus hombres, con banderas, atabales y pertrechos, ordenándoles que iniciaran el ataque por el punto que les indicó. El, por su lado, salió del campamento entre sus más bravos y esforzados guerreros. Al avanzar él por una parte y alzarse por la otra los de la cabila de Halīma concertados con él, el hereje, viéndose cercado, no pudo contenerse de montar al punto a caballo con sus más allegados, y emprendió la huida, sin cuidarse de nadie más, en dirección a su fortaleza de Hisn al-Hayar, a la que subió. Entonces el visir caíd entró en el Hisn al-Karam ese mismo jueves, y se apoderó de cuantos efectos, tiendas de campaña, herramientas, alimentos, víveres, armas y otras cosas había abandonado el criminal en él, todo lo cual, gracias a Dios, pasó a ser botín suyo y de sus soldados. En la cárcel del castillo encontró a los dos oficiales Sulaymān ibn Abī-l-Yawšan e Ibn Abī Garqala, así como a 'Awmas, uno de los secuaces del extraviado, y a varios individuos del ejército regular del Califa, a quienes Dios favoreció con la libertad. También encontró en la cárcel a un cierto número de gentes de nota de las cabilas beréberes, a los que Hasan tenía en rehenes y cargados de hierros, que asimismo quedaron libres. Por otro lado, buena parte de los gilmān

del criminal, de quienes principalmente se servía para sus campañas, vinieron a bandadas a someterse a Gālib, que los acogió, incorporó y llevó consigo, favoreciéndoles con liberalidad. Ese mismo día quedó, pues, por dueño del castillo, en el que demolió y mandó quemar las edificaciones de Hasan, y, después de dejar en él mil jinetes y quinientos peones que lo gobernaran y defendiesen, partió con el grueso de las fuerzas que le acompañaban, de regreso a su real de al-Musāra, mientras las cabilas, llenas de los mejores sentimientos, se le acercaban a porfía, y Hasan, el enemigo de su propia alma, [*81 v.*] andaba consternado y sin sosiego.

Se contestó a esta carta del visir caíd Gālib agradeciéndole lo hecho, alabando sus servicios y haciéndole saber que el mantenimiento de esa fortaleza, que Dios le había consentido conquistar, era de la mayor importancia, por ser la principal del territorio, la que lo dominaba y atalayaba y la que permitía tenerlo en un puño.

La respuesta contenía un párrafo destinado a avisar y poner en guardia a Gālib, cuyo tenor era el siguiente:

> No se te ocultará que el invierno se te echa encima y que tienes por medio la mar, que no siempre es hacedero cruzar. Considera, por tanto, que los víveres son tu tesoro y que tu mejor negocio es estirarlos, pues tocante al dinero, gracias a Dios, hay mucho y está asegurado el poderlo enviar en todo momento. Por lo pronto, el Príncipe de los Creyentes ha estimado oportuno hacer que uno de sus tesoreros vaya con un millón de dinares a Ceuta y permanezca en dicha ciudad, para estar cerca de ti y facilitarte en cualquier instante las sumas que necesites. De este lado puedes estar tranquilo, y poner así todo tu esfuerzo en el negocio de los víveres. Ármate de paciencia y no pienses en volver a tu casa antes de que Dios extermine de raíz a los criminales y deshaga el grupo de los extraviados herejes que forman el partido del equivocado Hasan y andan coaligados con él contra los musulmanes. Si pudiera lograrse que las principales gentes del campamento emplearan unas yuntas de bueyes en labrar las tierras algo separadas de los criminales, sin inferir por ello perjuicio ni producir trastorno a los habitantes del país, sería una de las cosas más de acuerdo con los proyectos del Príncipe de los Creyentes, cuyo propósito no es otro que conseguir la prosperidad de esas tierras y la seguridad de sus pobladores, que deben estar informados de que el Califa no abandonará la partida hasta que todos piensen de la misma manera y se ayuden mutuamente, y hasta que la verdadera religión esté establecida y la Zuna entre en vigor, por el poder y la fuerza de Dios.

[*82 r.*] También contenía la carta las disposiciones del Califa para la organización de los correos dependientes de Gālib, es a saber: que

se empleasen para ello, tanto a su lado, en el ejército, como en las dos ciudades de Tánger y Arcila, cuantos mensajeros juzgase necesarios el visir caíd para transmitir con presteza las noticias, dada la importancia de la región; que se afectasen en seguida a este servicio las cabalgaduras indispensables, y que se ordenase a los intendentes el pago de la soldada mensual de los mensajeros y al tesorero que librase las cantidades precisas para los piensos de las caballerías y los sueldos de los furāniqs y de los empleados de las postas; todo ello contando con el asentimiento divino.

[143]

Relación de la Fiesta de los Sacrificios correspondiente a este año.

Se celebró el miércoles día 10 de dū-l-hiyya, correspondiente al día 2 del mes solar de septiembre.

El Príncipe de los Creyentes, sentado en el trono, en el Salón oriental de la Azotea Alta del Alcázar de al-Zahrā', dio ese día la acostumbrada recepción con la mayor solemnidad y la organización más perfecta. Recibió primero a los Hermanos, y luego a los visires, todos los cuales se sentaron, después de saludar, conforme a sus categorías. Le ministraron: por la derecha, el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Yahyà ibn 'Ubayd Allāh ibn Idrīs; por la izquierda, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta 'Abd al-Rahmān ibn Hāšim al-Tuyībī. A continuación de ellos, y a ambos lados, se alinearon en dos filas, con arreglo a sus categorías, los servidores palatinos.

Establecida la formación [*82 v.*] en la cámara, se dio permiso para entrar en ella, primero, a los miembros de Qurayš y a sus mawlàs; luego, a los hukkām, cadíes de las coras, alfaquíes jurisconsultos, otros alfaquíes, 'adūles y gentes ricas de Córdoba, y, por último, a los diferentes cuerpos del ejército regular, tanto de Córdoba como de al-Zahrā', según sus jerarquías. Entraron en la cámara grupo tras grupo, y saludaron todos. Más tarde se separaron todos del resto de la gente para asistir al banquete de la fiesta en el Salón de al-Ayrā' (?).

Los oradores estuvieron improvisando y los poetas recitando prolijamente, según la costumbre. Uno de los mejores que se levantaron con

tal ocasión para recitar sus versos fue el mayor de los poetas cortesanos, Muhammad ibn Šujays, el cual declamó un largo y hermoso poema suyo, en el que empezó por aludir a la conquista del Hisn al-Karam, en tierras de Berbería, contra el hereje Hasan ibn Guennūn, diciendo:

[*tawīl*]

La cólera de Dios cayó sobre al-Karam, ese castillo
que se rebeló y que hoy no es más que ruinas en el campo del extravío.
Si Gaylān [Dū-l-Rumma] hubiera ido a él, interpelaría a sus restos:
«¿Es que volverán alguna vez las épocas que pasaron?»
Tampoco la Hayar al-nasr, que es inexpugnable en la opinión de Hasan,
será inexpugnable, porque ¿hay algún castillo inexpugnable para Dios?
Aunque Hasan volara sobre la tierra o se metiera bajo ella,
nunca pensaría «estar lo bastante lejos de ti».
No puede ser abajado aquel a quien tú elevas,
ni puede ensalzarse aquel a quien tú humillas.
El Islam sabe bien lo que tú gastas,
a quién ayudas con empeño y a quién defiendes.
Con lo que derramas nos juntas a todos,
pues esparciendo tesoros nos reúnes.

[*83 r.*] Luego mencionó al hijo del Califa, el príncipe Abū-l-Walid Hišām, diciendo:

Encontramos que Hišām será el décimo imām,
cuando el noveno cumpla noventa años en el trono.
Vino para confirmar la tradición, puesto que con él
el cuarto de los planetas resultó el primero.
Brotaron en él las venas de la nobleza,
desde que manifestó tener las prendas de al-Hakam, el bien guiado.

[144]

[*Eclipse de luna*]

En la madrugada del lunes día 14 de dū-l-hiyya [= 15 septiembre 973] hubo eclipse total de luna, que cesó antes de lucir la aurora.

[145]

[*Carta de Ibn Abī 'Āmir desde Marruecos*]

El mencionado lunes hubo carta del ṣāḥib al-šurṭa al-wusṭà, curador de las herencias vacantes y cadí supremo del Magrib, Muḥammad ibn Abī 'Āmir, dando cuenta de que todo el mundo incorporado a las filas leales en Berbería había celebrado la Fiesta de los Sacrificios el jueves precedente; que, antes de la oración y del takbīr, se había pronunciado el sermón en las muṣallàs, en sus verdaderos términos; que los musulmanes estaban muy regocijados y contentos por ello; que reconocían los patentes favores que Dios les concedía tanto en lo espiritual como en lo temporal, y que manifestaban su agradecimiento a Dios por haberles hecho objeto de la munificencia del Príncipe de los Creyentes y haberles hecho partícipes del poder milagroso de su ortodoxia y de la feliz estrella de su gobierno.

[146]

[*Recepción de embajadores musulmanes y cristianos*]

El martes día 22 de dū-l-ḥiyya de este año [= 23 septiembre 973] ocupó el trono el Príncipe de los Creyentes, en el Alcázar de al-Zahrā', en sesión brillantísima y solemne, perfectamente organizada y admirablemente dispuesta, a la que asistieron los visires y en la que le ministraron los ḥāŷibes, para dar audiencia a los portadores de mensajes que se habían congregado en su cancillería, y que, previamente avisados, habían acudido a palacio.

Los musulmanes tuvieron precedencia en el acceso a las cámara regia [*83 v.*] con relación a los demás embajadores cristianos. Los primeros en ser recibidos fueron los embajadores de Abū-l-'Āfiya; luego, los de Aḥmad ibn 'Isà; luego, los de Maymūn ibn al-Qāsim; luego, los de 'Alī ibn Guennūn, jefe de Kutāma; luego, los de Yuṭtum. Tras ellos fueron recibidos Muḥammad y Yūsuf, hijos de Abū Sufyān; luego, Muḥammad ibn Minyafān al-Aṣīlī, y los restantes. Todos dieron cuenta de las misiones que traían y expusieron sus peticiones. Se les contestó conveniente y satisfactoriamente.

A continuación se dio permiso para entrar en la cámara a los embajadores de los reyes cristianos. Primero fueron recibidos los de Sancho ibn García ibn Sancho, señor de Pamplona; luego, los de Fernando Ibn al-Šur [= Ansúrez]; luego, los de los Banū Gómez; luego, los de Rodrigo ibn Velasco, conde ¿del Algarve? Todos ellos expusieron las misiones que les habían encomendado sus poderdantes y recibieron las respuestas respectivas. Se les entregaron, además, los correspondientes regalos.

[147]

[Envío de dinero a Berbería]

El sábado día 26 de este mes [= 27 septiembre 973] salió con dirección al ejército de Berbería el ṣāḥib al-majzūn Ṭāyīt ibn Muhammad, como portador de considerables cargas de dinero del tesoro, para los gastos militares y el abono de las pagas.

[148]

[Nueva victoria de Gālib en Marruecos]

El martes día 29 de este mes [= 30 septiembre 973] llegó noticia de la batalla sostenida contra el hereje Hasan ibn Guennūn y de la muerte de sus mejores guerreros y de sus más fieles gilmān. He aquí cómo sucedieron las cosas:

La tarde del domingo [20 = 21 septiembre 973] montó a caballo el visir caíd Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān para dirigirse desde su real de al-Musāra a Yabal al-Karam, acompañado del visir caíd Yahyà ibn Muhammad al-Tuyībī, con objeto de inspeccionar las construcciones que se hacían en dicho lugar. Llegaron muy tarde y les faltó tiempo para llevar a cabo su propósito de buscar un sitio donde dejar la impedimenta. Entonces el visir general Gālib dio orden de dirigirse a la ciudad [*84 r.*] de al-Basra para ponerle sitio.

Al regresar hacia el real de aquella expedición, en la misma tarde, le salió al encuentro en el camino un tránsfuga enemigo que le informó de que cierta cabila beréber de las comprometidas con el hereje Hasan ibn Guennūn había avanzado con toda su gente para unirse a Hasan, y acampado en una aldea inmediata a su castillo de al-Hayar. Se trataba

de una tribu a cuyo jefe acababa de hacer el visir Gālib proposiciones de que se pasase a él y abrazase la buena causa, mediante la promesa de codiciables regalos; pero dicho jefe se negó, rompió los tratos, y, lleno de odio por Gālib, se encaminó al punto hacia el enemigo de éste

En cuanto supo la noticia, Gālib envió hacia esta cabila un escuadrón de jinetes para que, dirigidos por tránsfugas prácticos en el terreno, se emboscaran en la comarca, repartiéndose y fraccionándose por diferentes puntos de la misma. Sin embargo, un espía enemigo que había logrado introducirse entre ellos escapó, sin que nadie lo advirtiera, se dirigió a Hasan y le informó del ejército que se le acercaba y de las intenciones que abrigaba, y entonces Hasan, inquieto, montó inmediatamente a caballo con sus hijos y familiares y con todos los jinetes e infantes de que disponía, y cercó el monte por el que pensaba ser atacado.

Al lucir la aurora del lunes día 21 de dū-l-qa'da de este año [= 22 septiembre 973], las vanguardias de Hasan se dieron mutuamente la alarma por la presencia del escuadrón del ejército regular del Califa que avanzaba hacia ellos, y, estimándolo poco nutrido, arremetieron contra él. No tardó en reunirse con ellos el criminal Hasan, que venía asimismo al encuentro con sus jinetes e infantes, y que también se lanzó a la lucha, asistido por sucesivos refuerzos que le iban viniendo de al-Hayar. Los soldados del ejército leal procuraron atraer a los criminales hacia lo llano, para tener más campo en que luchar, y en parte lo lograron, haciéndolos venir a la vega de un pueblecito llamado Ahyan, a unas dos millas del campamento de Gālib, desde el cual se les fue uniendo, poco a poco, el resto de la caballería leal, que irrumpía y surgía por todas partes.

[*84 v.*] La lucha fue muy empeñada y el combate muy duro desde el alba al mediodía; pero posteriormente Dios concedió a los fieles que derrotaran al dejado de su mano Hasan y a su partido. En efecto, Hasan, después de haber hecho su mayor esfuerzo, huyó, sin cuidarse de ninguno de sus secuaces, hasta que logró encastillarse en su guarida de al-Hayar, seguido tan de cerca por nuestra caballería, que, cuando entró como una tromba en la fortaleza, nuestros caballeros se quedaron en el mismo umbral, sólo impedidos de penetrar por el portón.

En ese mismo momento, la facción antes citada, que había venido para buscar asilo en el rebelde, se volvió en contra suya, proclamó abrazar la causa del Príncipe de los Creyentes, se acogió a la obediencia de éste, y toda la cabila, con sus familias y los hijos, se pasaron inmediatamente al grueso del ejército.

Fue un triunfo sonado y una victoria patente. Las tropas del gobierno escaparon bastante bien y no tuvieron muchas bajas. En cambio, la mortandad fue grande entre los secuaces del hereje. Fueron cercenadas un centenar de cabezas de gentes de nota y de gilmán importantes, y del resto quedaron tendidos en el campo más de trescientos cadáveres a quienes no se les cortó la cabeza. Los derrotados que quedaron con vida se encaminaron penosamente a al-Ḥayar por trochas intransitables y espesas breñas, en las que al ejército regular le era difícil penetrar.

Murió en la rota Muḥammad ibn Abi-l-ʿAyš al-Kutāmī, que era para el hereje Ḥasan unas veces como un hermano y otras como un hijo, pues no hacía cosa alguna sin aconsejarse de él. A Ḥasan le apenó mucho su muerte (¡no seque Dios sus lágrimas!).



AÑO 363

[JUEVES 2 OCTUBRE 973 — DOMINGO 20 SEPTIEMBRE 974]

[149]

[Gālib envía con su fatà Qand la noticia de la toma de al-Basra y la cabeza de Muhammad ibn 'Abd al-Salām, tío de Hasan ibn Guennūn]

El miércoles día 8 del mes de muharram, primero de este año [= 9 octubre 973] llegó a Córdoba Qand, fatà del visir [*85 r.*] caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, con una carta de su señor en la que éste daba cuenta del beneficio que Dios había concedido al Príncipe de los Creyentes con la toma de la ciudad de al-Basra, en la que se había levantado el dejado de la mano de Dios Muhammad ibn Guennūn. [Fue como sigue:]

Teniéndose que ausentar Muhammad de al-Basra con su caballería para un asunto suyo que se le presentó, dejó al frente de la plaza a su tío materno Muhammad ibn 'Abd al-Salām, que era su brazo derecho y el que gobernaba sus cosas, hasta el punto de que Muhammad no adelantaba ni retrasaba negocio alguno si no era con su opinión y consejo. Pero como Muhammad ibn 'Abd al-Salām era detestado por los habitantes del pueblo, éstos, aprovechándose de la ausencia de Ibn Guennūn, se concertaron contra él para matarlo. En efecto, el viernes día 3 de muharram [=4 octubre 973], Ta'bān ibn Ahmad, el caballero berberisco, lo atacó de improviso y le cercenó la cabeza.

Inmediatamente después, los habitantes de al-Basra enviaron un mensaje al visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, pidiéndole que viniera a hacerse cargo de ellos. Gālib así lo cumplió y salió para al-Basra desde su real en al-Musāra el sábado día 4 de muharram [= 5 octubre 973]. Antes de ello había dejado al visir general Yahyà ibn Muhammad ibn Hasan al-Tuyībī en el Hisn al-Karam, cuyas nuevas fortificaciones estaban a punto de acabarse, y había también situado en todos los montes que rodean a al-Hayar millares de jinetes e infantes, con el encargo de estrechar el cerco del dejado de la mano de Dios Hasan

en su citada fortaleza y de hostigarlo en todo instante. Sólo después de estar así a seguro de los movimientos rebeldes es cuando se encaminó a al-Basra, como queda dicho, y acampó en Sūq Kutāma el sábado mencionado. Allí le salieron al encuentro los enviados de los habitantes de al-Basra, que le entregaron una carta en la que éstos le invitaban a entrar en la ciudad, así como la cabeza de Muhammad ibn 'Abd al-Salām, de la que Gālib se hizo cargo inmediatamente. Luego escribió al Califa [*85 v.*] con estas noticias de al-Basra, incluyendo en su carta la que le habían dirigido los habitantes de la ciudad, y despachó para llevar todo a al-Andalus a su fatà Qand, mientras él seguía su avance desde aquel real, el domingo [5 = 6 octubre 973], hacia la ciudad de al-Basra, en la que entró a seguido.

En cuanto al fatà Qand, llegó a Córdoba, como ya quedó dicho, en la tarde del miércoles día 8 de muharram [= 9 octubre 973], y esa misma tarde fue recibido por el Príncipe de los Creyentes, que se regocijó de las nuevas que traía.

[150]

[El Califa ordena la exhibición pública de la cabeza de Ibn 'Abd al-Salām y recibe de nuevo a Qand]

Al día siguiente, jueves [9 = 10 octubre 973], recibió orden Šātir al-Ya'farī, caballerizo mayor del príncipe Hišām, de ir con Qand, el fatà de Gālib, acompañados de la formación de tropas del ejército regular que se dispuso cabalgaran con ellos, hacia la almunia de al-Nā'ūra, en la que Qand había depositado la cabeza de Ibn 'Abd al-Salām, al entrar en Córdoba; de colocar dicha cabeza en una alta lanza y de trasladarla solemnemente desde allí a la Puerta de la Azuda, la principal entre las del Alcázar de Córdoba, para que la viera todo el mundo. Así lo hizo, y trasladó la cabeza hasta la puerta del Alcázar, por medio de multitudes de espectadores, que lanzaban todo género de maldiciones contra el muerto y contra todos los šī'íes y extraviados herejes que seguían su misma doctrina, hasta que llegaron a la mencionada Puerta de la Azuda. Allí se hallaba sentado en su sitial Muhammad, hijo del visir Ya'far ibn 'Utmān, como lugarteniente de la šurta llamada de la medina, y ordenó que la cabeza fuese colocada encima de un alto y elevado poste, en el Arrecife, al lado de la Puerta de la Azuda.

Ese mismo día celebró audiencia el Príncipe de los Creyentes en la

Rawda para recibir, primero, a los visires y a los altos funcionarios palatinos, y luego a Qand, fatà del visir caíd Gálib, el portador de la cabeza, al que hizo que se acercara para interrogarlo y pedirle noticias del ejército, de la situación de las tropas [86 r.] y de otros asuntos de Berbería. Qand contestó bien y cumplidamente a todas las preguntas, dejando satisfecho al Príncipe de los Creyentes, quien dispuso se le dieran como regalo cien dinares en dirhemes, una vestidura espléndida, acomodada a su condición, y un manto sobre el cual había un sable de peregrina hechura, con guarnición dorada. Se le dio también como montura un caballo de raza con silla y bridas magníficas. Recibió luego orden de regresar al lado de su señor.

[151]

[Se recibe y contesta nueva carta de Gālib sobre la situación de Ibn Guennūn y la devolución a éste de una hija suya]

Poco después, hubo nueva carta del visir caíd Gālib—escrita desde la ciudad de al-Basra el miércoles día 8 de muharram [= 9 octubre 973]—, dando cuenta de cómo favoreció Dios al Imām con la ocupación definitiva de esta ciudad y la huida del hereje Muhammad ibn Guennūn, solo, expulsado, echado, sin familia y sin bienes, entristecido por la muerte de su tío paterno Ibn 'Abd al-Salām, cuya cabeza había sido enviada a la corte del Imām; y de cómo sus gilmān, sus pertrechos de guerra, sus banderas y sus atabales habían pasado a poder del ejército asistido por Dios, para volver a ser empleados contra el resto de los enemigos (¡Dios los haga perecer!). Comunicaba también que Ibn Guennūn, el expulsado y desobediente a su padre, había dejado en la ciudad de al-Basra a su esposa, hija del hereje Hasan ibn Guennūn (¡Dios nos haga apoderarnos de él!), y que él [Gālib] no la había molestado en nada y la tenía bajo su custodia, pero que consultaba al Califa la resolución que hubiera de tomarse con ella.

El Príncipe de los Creyentes le ordenó que la respetara en absoluto y la honrase, así como a las sirvientas que la acompañaban, y que luego enviase una y otras al padre de la primera, Hasan, a su castillo de al-Hayar.

Así lo cumplió Gālib. Tras de regalarle una magnífica vestidura y de repartir otras entre sus criadas y sirvientas, la hizo montar en un

admirable caballo con silla y bridas mu'arraqas y mufarragas, dio también monturas a las demás mujeres, y la condujo [*86 v.*] en compañía de éstas, a su padre al-Hasan, al castillo de al-Hayar, de la manera más satisfactoria.

[152]

[Llegada a Córdoba de Ta'bān ibn Ahmad, el matador de Ibn 'Abd al-Salām]

El día 1.° de safar de este año [= 1.° noviembre 973] llegó a Córdoba Ta'bān ibn Ahmad el berberisco, que era quien había dado muerte a Muhammad ibn 'Abd al-Salām, tío materno del criminal Muhammad ibn Guennūn, de acuerdo con unos cuantos hombres de nota de entre los habitantes de al-Basra, resueltos a hacer la guerra contra el tirano. Ta'bān se había adelantado a separarse de ellos y a venir a Córdoba con sus mujeres y sus hijos, por preferir trasladarse a la capital y servir en su ejército, conforme lo había comunicado el visir Gālib, con interés de que se le hiciera favor y con alabanzas de su intrepidez, pues decía ser el tal Ta'bān un héroe famoso, sin par en el Magrib.

Se le aposentó muy bien y se le trató muy generosamente. Más tarde dio, en efecto, pruebas de valentía, que comprobaron lo que se había dicho de él, y alcanzó más altos puestos, que le concedió el soberano.

[153]

[Nueva carta de Gālib, comunicando la sumisión de los Rahūna]

El domingo día 26 de muharram [= 27 octubre 973] hubo otra carta del visir generalísimo Gālib, escrita desde su real junto a la cabila de Rahūna—al que se había trasladado desde la ciudad de al-Basra, luego de fortificarla, de guarnecerla de soldados y de dejar al frente de ella a 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn al-Layt—, para comunicar que, al ver los hombres (quería decir los Rahūna) que el ejército avanzaba contra ellos, vinieron todos, sumisos y temerosos, a acogerse en la obediencia y a solicitar la paz, y que él les había concedido amplio perdón, aceptado el arrepentimiento y otorgado el amán. Cerraba su carta diciendo que, en el momento de escribirla, no quedaba en todo

el Magrib otro disidente que Hasan ibn Guennūn, sobre quien ya se cernía la muerte y cuya derrota tenía Dios, por su infinita bondad, prefijada.

[154]

[*Meteorología*]

Al comienzo de la segunda decena de muharram, coincidente con igual fecha del mes solar de octubre, fecha de iniciación de la sementera, empezaron [87 *r.*] y se multiplicaron en Córdoba y sus contornos copiosas lluvias, con rachas entremezcladas de fuerte viento garbino. Comenzó a llover en las primeras horas del viernes día 10 [= 11 octubre 973] y no lo dejó, permitiendo el laboreo. Las gentes comenzaron a labrar el alcacer y se detuvo el alza de precios, que andaban muy elevados. Siguió lloviendo copiosamente hasta mediados de muharram y, merced a ello, prosiguieron las faenas del campo, se adelantó el año en todas partes, y las gentes se regocijaron de la futura fertilidad y de la misericordia divina.

Volvió a llover copiosa y continuadamente a comienzos del mes siguiente de safar [= principios de noviembre 973], y luego otra vez del mismo modo, a mediados de mes, con chaparrones finos y mansos, mezclados con alguna granizada y con fuertes aguaceros tormentosos, de retumbantes truenos y deslumbradores relámpagos.

Otro tanto ocurrió a principios de rabī' I [= principios de diciembre 973], que luego trajo grandes temporales desde las primeras horas del miércoles 25 [= 24 diciembre 973], prolongados durante tres días más con sus noches. En la mañana del quinto día de temporal, último día del mes [= 29 diciembre 973], la lluvia fue mucho más recia y copiosa que en las jornadas anteriores; vino mezclada con truenos y relámpagos, y entre medias cayó en algunos lugares de Córdoba una granizada tan grande y espesa, que hubo granizo con tres dinares de peso, y más. La crecida del río se hizo notar desde la tarde del miércoles antes mencionado, y no cesó de aumentar hasta el viernes día 28 de rabī' I [= 27 diciembre 973], en que se detuvo.

Volvió a haber agua y tempestad en Córdoba a mediados de yumādà I [= 11 febrero 974], que trajo lluvias abundantes. Ese día se advirtió la crecida del río, que llegó hasta el Rasīf al-qassābīn [= Arrecife de los tablajeros], y siguió aumentando en la noche del citado

miércoles 15, gracias a la persistente lluvia que cayó esa noche [87 *v.*] y que continuó hasta el jueves 23 [= 19 febrero 974], en que el río creció más todavía y se salió de madre. La avenida fue aún a más en la noche del viernes, último día de yumādà I, al sábado 1.º de yumādà II [= 27 febrero 974], en que llegó al último límite de los mostradores de los tablajeros. La tarde de ese día empezó a decrecer.

[155]

[Dos cartas de Gālib, comunicando la apurada situación de Ibn Guennūn y la toma del Yabal al-'uyūn]

El jueves día 15 de safar de este año, hubo carta del visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, desde su real en al-Karam, dando cuenta de haberse retirado del pueblo de al-Basra, después de asegurarse con rehenes, y diciendo que ya estaban reducidos a la obediencia todos los emires del Magrib y la generalidad de las cabilas beréberes, sin que quedara en el país otro disidente que el miserable e insensato Hasan ibn Guennūn, el cual ya se veía en grave apuro por el asedio a que estaba sometido.

Al cabo de unos días volvió a haber carta de Gālib conmunicando haber tomado al dejado de la mano de Dios Hasan ibn Guennūn el monte conocido por Yabal al-'uyūn, inmediato a su reducto de al-Hayar, y que lo había guarnecido con mil hombres, para estrechar más a Hasan y tenerlo en un puño.

[156]

[Llegada a Córdoba de los jeques de al-Basra]

En este momento llegaron a Córdoba los jeques de los habitantes de al-Basra, que se habían apartado de su emir Hasan ibn Guennūn y entrado en la obediencia del Califa al-Mustansir bi-llāh, para ratificar su sumisión. Fueron honrada y amablemente tratados.

[157]

[El Califa recibe varias embajadas y se enoja con la de la reina Elvira de León]

El lunes día 17 de safar de este año [= 17 noviembre 973], se sentó el Califa al-Mustansir bi-llāh en el trono, en el Alcázar de al-Zahrā', para celebrar, con la mayor solemnidad y pompa, una audiencia a la que asistieron los visires y las jerarquías de funcionarios palatinos y en la que le ministraron los principales de entre ellos, según la costumbre.

Recibió primeramente a los Hasaníes 'Abd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Abī-l-'Ayš, Husayn ibn Yahyà ibn Hasan ibn Ibrāhīm [88 r.], y Hasan ibn Guennūn, con sus hombres.

A continuación recibió a los jeques de la ciudad de al-Basra y a sus hombres y abanderados, a todos los cuales se dirigió, haciéndoles muchas preguntas, escuchando sus respuestas y llenándolos de alegría.

Por último, recibió a los embajadores de Elvira, tía paterna y tutora del tirano emir de Galicia, los cuales hablaron por su poderdante en términos que delataban cierta insolencia, tal como los iba traduciendo literalmente Asbag ibn 'Abd Allāh ibn Nabīl, cadí de los cristianos de Córdoba, encargado de esta misión por los extranjeros. El Califa desaprobó al punto dichos términos, apartó y rechazó al intérprete, y dio orden de que se retiraran de su presencia los embajadores, a los que hizo alguna reprensión. Sin embargo, el grueso de la culpa lo cargó sobre el intérprete Asbag, al que ordenó tener alejado, destituirlo del cadiazgo de los cristianos y vejarlo, a más de informar a los embajadores de las malas palabras que había transmitido en su nombre.

Como consecuencia de estas órdenes, el caballerizo mayor Ziyād ibn Aflah recibió a todos en su aposento de la Casa militar para calentar las orejas de tales enviados, y hacerles saber que, de no haber mediado la inmunidad de que disfrutaban por fuero de embajada, habrían recibido inmediato castigo. Luego hizo particulares reproches al intérprete Asbag, por la osadía de que había dado muestras al hablar en tan malos términos, y le amenazó con especial dureza, informándole del propósito que abrigaba el Príncipe de los Creyentes de infligirle severo castigo y tratarlo con rigor—por no haber llamado la atención de aquellos cristianos y por no haber enderezado las razones que le dijeron, puesto

que él era el encargado de hacer tal cosa con éstos y con cualesquiera otros embajadores de los tiranos—, a menos que no le alcanzara luego perdón.

Más tarde se dio orden a Ahmad ibn 'Arūs al-Mawrūrī, el dedicado a estudios de derecho canónico, de salir hacia Galicia como enviado para la cristiana *[88 v.]* Elvira, en compañía de los embajadores de ésta, a quienes se expulsaba de Córdoba, y se le agregó como intérprete al metropolitano 'Ubayd Allāh ibn Qāsim.

Salieron ambos con los embajadores expulsados a fines del mencionado mes de safar, y se escribió a Muhammad ibn Mutarrif, que a la sazón andaba por la región del Algarve, para ordenarle que se les incorporara en la entrada por tierras de Galicia.

[158]

[Llegan a Córdoba nuevas embajadas berberiscas]

El mismo lunes en que se celebró la recepción de las personas antes mencionadas llegaron a Córdoba los embajadores de 'Abd al-Karīm ibn Hammād ibn 'Abd Allāh ibn 'Abd al-Karīm; de Qāsim ibn Hafsūn al-Kinānī; de Mūsà ibn 'Isà, llamado Ibn al-'Attāb; de Muhammad ibn Yahyà al-Qaysī; y los de 'Ammār ibn 'Abd al-Hamīd al-Yudāmī (que eran: su kātib al-Mu'ammal, y su criado Jalūf ibn Abī Qallūs), a los que se unió el embajador de su hermano Ibrāhīm ibn Abī-l-'Ayš (que era su cadí 'Isà ibn Mūsà). Todos fueron honrada y cómodamente aposentados.

[159]

[Llegan todavía más embajadas, y el Califa las recibe a todas]

El día 1.º del siguiente mes de rabī' I [= 30 noviembre 973] llegó a Córdoba 'Isà ibn 'Abd Allāh, cadí de Ahmad ibn Ismā'īl al-Hasanī, y, poco después, el día 3 de rabī' I [= 2 diciembre 973], llegaron también Muhammad e Ibrāhīm, los Hasanīes, hijos de 'Isà ibn Yahyà ibn al-Qāsim ibn Idrīs. Con ellos se completó el número de embajadores y diputaciones venidos a la cancillería del Califa al-Mustansir bi-llāh.

Para recibirlos, el miércoles día 4 de dicho mes [= 3 diciembre 973], tuvo el Califa una solemne audiencia en el Alcázar de al-Zahrā', según su costumbre. Recibió primero a los embajadores venidos de Fez; luego a los embajadores de los emires de los Banū Hasan: los de Ahmad ibn 'Isà, los de Guennūn ibn Abī-l-'Ayš, y los del hermano de éste Ibrāhīm ibn Abī-l-'Ayš; luego a los embajadores de los emires beréberes: el de Madyan, los de Luqmān ibn Jazar, y el de Ibn Yurtum; [89 r.] más a otros enviados especiales de los restantes emires de Berbería.

[160]

[*Se incorpora a los gilmān al hijo del estrellero egipcio*]

En este momento, 'Abd al-Karīm, hijo de Ahmad ibn Fāris, el estrellero egipcio, fue incorporado al grupo de los gilmān, sólo por acceder a los deseos de su padre, pues estaba desprovisto de conocimientos y se dedicaba a cosas de equitación.

[161]

[*Señalamiento de pensión a Ibrāhīm, hijo de Ya'far ibn 'Alī al-Andalusī*]

También en este momento se expidió un rescripto en favor de Ibrāhīm —el hijo del señor de al-Masīla, acogido al amán del Estado, Ya'far ibn 'Alī—, señalándole, a partir de comienzos de rabī' I [= 30 noviembre 973], una pensión mensual de 200 dinares de los de buena ley, equivalentes al sueldo de cuarenta hombres, más diez almudes de trigo mensuales, según la medida-patrón del zoco, más dos cahices de cebada para las cabalgaduras, todas las noches, según la medida-patrón del alfolí, a partir de la fecha mencionada.

[162]

[*Llegada de personajes berberiscos y de caballos enviados por el señor de al-Qarawiyyīn, en Fez*]

El sábado día 28 de rabī' I [= 27 diciembre 973] llegó a Córdoba Guennūn ibn 'Isà al-Hasanī, hermano de Guennūn, al que se acogió

honradamente y se le dio hospedaje en la casa de la medina comprada a los Banū Hāšim. Junto con él llegaron también dos de sus hombres más principales, llamados Faray ibn 'Alī ibn 'Umar e Ibrāhīm ibn 'Abd Allāh ibn Muhammad, y su cadí Hayyāy ibn Jalūf. Asimismo llegaron a Córdoba con ellos los caballos que enviaba el señor de la orilla de al-Qarawiyyīn en Fez, que eran en número de treinta y cinco.

[163]

[Carta de Gālib con noticias de Marruecos]

El miércoles día 9 de rabī' II de este año [= 7 enero 974] hubo carta del visir caíd Gālib. Daba en ella cuenta del buen estado del ejército asistido por Dios que estaba a su cargo; del aprieto y abatimiento en que se veía el dejado de la mano de Dios, Hasan; del estrecho cerco que se le tenía puesto y de la mala situación en que se hallaba. Añadía que en un día solo habían huido de su lado, de las personas que todavía le quedaban y con él sufrían el asedio, cerca de setecientas, [*89 v.*] de las cuales eran las últimas su propio hijo llamado al-Mansūr con su hermana y la madre de ésta, sin contar otros hombres, servidores y domésticos de su padre, que lo abandonaban y se acogían al amán, por preferir someterse al gobierno y descansar cuanto antes de la mala situación en que se hallaban y del insoportable asedio. Comunicaba también que el carcelero de Hasan, que gobernaba su prisión, de acuerdo con los muchos rehenes que Hasan había tomado de ciertas cabilas y se hallaban prisioneros, los había puesto en libertad y escapado con ellos, y que todos se habían pasado al visir generalísimo Gālib, que los incorporó y favoreció. Por último decía que un rebelde, de los secuaces del hereje Hasan, enviado en secreto por éste para tratar de prender fuego en el lugar que le fuera hacedero del campamento ayudado por Dios, y que en efecto había logrado acampar entre los soldados para provocar el incendio, había por fin conseguido prender fuego en una de las tiendas; pero que, como sus ocupantes se hallaran despiertos, lo maniataron y se lo llevaron al visir caíd Gālib, quien lo había mandado crucificar, con lo cual sólo a sí mismo se expuso y a nadie más que a sí propio hizo perjuicio.

[164]

[*Envío de dinero a Marruecos*]

El sábado día 19 de rabīʻ II de este año [= 17 enero 973] salió de Córdoba el tesorero ʻAbd al-Rahmān ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Ilyās con dinero destinado al ejército de Berbería.

[165]

[*Nuevo envío de dinero a Marruecos y nombramiento del caíd de Badajoz*]

El día 1.º de yumādà I de este año [= 28 enero 973] salió de Córdoba el tesorero ʻAbd al-Rahmān ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Ilyās, y le fue conferido al sāhib al-šurta Rā'iq ibn al-Hakam, tío materno del príncipe Hišām, el cargo de caíd de Badajoz, acumulado a los de...?, Arūš, Medellín y Umm Yaʻfar, y al que ya desempeñaba en el Fahs al-Ballūt [= Llano de las Bellotas].

[166]

[*Diploma a un judío de Lucena*]

[*90 r.*] En este momento se concedió diploma al judío al-Hayyāy ibn al-Mutawakkil sobre la qasāma de su gente, los judíos de Lucena.

[167]

[*El cadí supremo de Córdoba excita a las gentes a dar limosnas*]

El viernes día 8 de yumādà II [= 6 marzo 974], junto a las puertas de la Mezquita aljama de Córdoba, y por orden del cadí mayor Muham-

mad ibn Ishāq ibn al-Salīm, un pregonero alzó la voz y pregonó lo siguiente:

¡Oh gentes (Dios se apiade de vosotros)! El cadí (¡Dios le ayude!) dice que no se os ocultará la situación de necesidad y de miseria en que se encuentran vuestros pobres y menesterosos. Reunid, pues, los diezmos de vuestros bienes, la purificación de vuestros falsos juramentos y las mandas de vuestros muertos, y apresuraos a dárselo todo a vuestros indigentes y necesitados. No los olvidéis, porque el día de mañana litigarán contra vosotros ante Dios vuestro Señor, que todo lo ve y sabe (¡no hay más Señor que Él!).

El cadí Muhammad ibn Ishāq desarrolló y explanó ese mismo tema en el sermón que pronunció en los oficios del día, y la utilidad de su advertencia quedó patente en la difusión que alcanzaron las limosnas por aquellas fechas.

[168]

[*Tres noticias diversas*]

En este momento salió de Córdoba, con dirección a Sevilla, el visir Muhammad ibn Futays, dejando como lugarteniente suyo en la secretaría al kātib y 'ārid Ahmad ibn Abān ibn Sayyid; llegaron a al-Zahrā' los camellos enviados por los Banū Jazar desde Berbería, que eran ciento treinta; y se dio a al-Mutarrif ibn Ismā'īl ibn 'Āmir ibn Dī-l-Nūn diploma sobre su castillo de Huete, añadiéndole la mayor parte de los castillos y pueblos de la cora de Santaver.

[169]

[90 v.] *Noticia de cómo llegó al Califa al-Mustansir bi-llāh la alegre nueva de la sumisión de Hasan ibn Guennūn al-Hasanī y de su entrada en la obediencia.*

El viernes último día de yumādà II de este año [= 27 marzo 974] asistió el Califa al-Mustansir bi-llāh a la oración pública en la Mezquita aljama de Córdoba, y, una vez terminada la oración, se sentó, como de costumbre, en el sābāt de la maqsūra de la aljama. Allí recibió a los

visires y les informó de la sumisión del hereje Hasan ibn Guennūn al-Hasanī, el que había estado sublevado contra él en Berbería, y de su retorno a la obediencia. Les explicó haberlo sabido por carta de su mawlà el visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, según la cual Hasan había enviado a Gālib, para comunicarle esta decisión, a su propio hijo 'Alī ibn Hasan, que era su lanza, su escudo y el que le dirigía la guerra; y añadió que el nombre del Príncipe de los Creyentes había sido ya pronunciado en la oración hecha en al-Hayar, castillo del criminal, el viernes día 21 de yumādà II [= 19 marzo 973].

Los visires se regocijaron grandemente, le felicitaron y cumplimentaron, y dieron largamente gracias a Dios Altísimo.

[170]

[*Envío de dinero y regalos a Marruecos*]

El lunes día 3 de rayab de este año [= 30 marzo 974], Durrī ibn al-Hakam, conocido por al-Hammāz, uno de los encargados de las Caballerizas, salió de Córdoba para el ejército de Berbería, precedido de una multitud de mulas, robustas acémilas cargadas con las sumas de dinero listas para ser invertidas en las muchas tropas allí congregadas, que se adelantaban para el gasto antes de cumplirse los plazos de pago. Iban detrás [*91 r.*] cargas de alhajas y valiosos objetos, como fardos de telas espléndidas y adornos preciosos, por ejemplo, sillas mu'arraqas y bridas mufarragas, que el Califa había destinado para recibir a 'Alī y a al-Mansūr, hijos de Hasan ibn Guennūn, así como para su primo Ibrāhīm ibn Hasan al-Hasanī, conocido por el Viudo, y para el hijo de éste, Muhammad; todos los cuales se encaminaban a la Puerta de la Azuda, y se sabía que estaban a punto de cruzar la mar.

[171]

[*Llegada a Algeciras de los parientes de Ibn Guennūn*]

En efecto, poco después hubo noticia de que habían pasado a Algeciras y llegado a ella el sábado día 8 de rayab [= 4 abril 974]. Entonces el gobierno envió para recibirlos, el jueves 13 [= 9 abril 974], al sāhib

mad ibn Ishāq ibn al-Salīm, un pregonero alzó la voz y pregonó lo siguiente:

¡Oh gentes (Dios se apiade de vosotros)! El cadí (¡Dios le ayude!) os dice que no se os ocultará la situación de necesidad y de miseria en que se encuentran vuestros pobres y menesterosos. Reunid, pues, los diezmos de vuestros bienes, la purificación de vuestros falsos juramentos y las mandas de vuestros muertos, y apresuraos a dárselo todo a vuestros indigentes y necesitados. No los olvidéis, porque el día de mañana litigarán contra vosotros ante Dios vuestro Señor, que todo lo ve y sabe (¡no hay más Señor que Él!).

El cadí Muhammad ibn Ishāq desarrolló y explanó ese mismo tema en el sermón que pronunció en los oficios del día, y la utilidad de su advertencia quedó patente en la difusión que alcanzaron las limosnas por aquellas fechas.

[168]

[*Tres noticias diversas*]

En este momento salió de Córdoba, con dirección a Sevilla, el visir Muhammad ibn Futays, dejando como lugarteniente suyo en la secretaría al kātib y 'ārid Ahmad ibn Abān ibn Sayyid; llegaron a al-Zahrā' los camellos enviados por los Banū Jazar desde Berbería, que eran ciento treinta; y se dio a al-Mutarrif ibn Ismā'īl ibn 'Āmir ibn Dī-l-Nūn diploma sobre su castillo de Huete, añadiéndole la mayor parte de los castillos y pueblos de la cora de Santaver.

[169]

[90 v.] *Noticia de cómo llegó al Califa al-Mustansir bi-llāh la alegre nueva de la sumisión de Hasan ibn Guennūn al-Hasanī y de su entrada en la obediencia.*

El viernes último día de yumādà II de este año [= 27 marzo 974] asistió el Califa al-Mustansir bi-llāh a la oración pública en la Mezquita aljama de Córdoba, y, una vez terminada la oración, se sentó, como de costumbre, en el sābāt de la maqsūra de la aljama. Allí recibió a los

visires y les informó de la sumisión del hereje Hasan ibn Guennūn al-Hasanī, el que había estado sublevado contra él en Berbería, y de su retorno a la obediencia. Les explicó haberlo sabido por carta de su mawlà el visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, según la cual Hasan había enviado a Gālib, para comunicarle esta decisión, a su propio hijo 'Alī ibn Hasan, que era su lanza, su escudo y el que le dirigía la guerra; y añadió que el nombre del Príncipe de los Creyentes había sido ya pronunciado en la oración hecha en al-Hayar, castillo del criminal, el viernes día 21 de yumādà II [= 19 marzo 973].

Los visires se regocijaron grandemente, le felicitaron y cumplimentaron, y dieron largamente gracias a Dios Altísimo.

[170]

[*Envío de dinero y regalos a Marruecos*]

El lunes día 3 de rayab de este año [= 30 marzo 974], Durrī ibn al-Hakam, conocido por al-Hammāz, uno de los encargados de las Caballerizas, salió de Córdoba para el ejército de Berbería, precedido de una multitud de mulas, robustas acémilas cargadas con las sumas de dinero listas para ser invertidas en las muchas tropas allí congregadas, que se adelantaban para el gasto antes de cumplirse los plazos de pago. Iban detrás [*91 r.*] cargas de alhajas y valiosos objetos, como fardos de telas espléndidas y adornos preciosos, por ejemplo, sillas mu'arraqas y bridas mufarragas, que el Califa había destinado para recibir a 'Alī y a al-Mansūr, hijos de Hasan ibn Guennūn, así como para su primo Ibrāhīm ibn Hasan al-Hasanī, conocido por el Viudo, y para el hijo de éste, Muhammad; todos los cuales se encaminaban a la Puerta de la Azuda, y se sabía que estaban a punto de cruzar la mar.

[171]

[*Llegada a Algeciras de los parientes de Ibn Guennūn*]

En efecto, poco después hubo noticia de que habían pasado a Algeciras y llegado a ella el sábado día 8 de rayab [= 4 abril 974]. Entonces el gobierno envió para recibirlos, el jueves 13 [= 9 abril 974], al sāhib

al-majzūn Ahmad ibn 'Abd al-Malik y al caballerizo mayor del príncipe Abū-l-Walīd Hišām, Šātir al-Ya'farī, precedidos de muchas cargas con los efectos necesarios para aposentarlos, como cobertores, tapices, toda clases de muebles de tapicería preciosa, vajillas extraordinarias, etcétera.

[172]

[*Encuentro del Califa con gentes de Lérida*]

El sábado día 1.° de rayab de este año [= 28 marzo 973], abordó al Califa al-Mustansir bi-llāh, a su paso por la Musāra, en la parte más baja de Córdoba, cuando iba a caballo en dirección a al-Zahrā', un nutrido grupo de habitantes de la frontera de Lérida (punto extremo de la Frontera superior) y de sus contornos, compuesto por unos trescientos jinetes, que prorrumpieron en bendiciones al Califa, unidas con muestras de gratitud y alabanzas a su gobernador, el sāhib al-šurta caíd Rizq ibn al-Hakam al-Ya'farī.

Detúvose el Califa y ordenó que se le acercaran. Entonces echaron pie a tierra los principales de entre ellos, y los grandes fatàs que rodeaban y ministraban al Califa les hicieron adelantarse para besarle el pie, como lo hicieron, [*91 v.*] con frases de saludo y alabanza. Luego el Califa ordenó que se les interrogara uno por uno y despacio, para no perder nada de sus respuestas. Todos estuvieron unánimes al hablar de la buena conducta, excelente administración y amplia justicia del citado gobernador. Regocijóse el Califa con estas nuevas, hizo pública su gratitud a Dios por ellas, y luego dio orden de continuar la marcha.

[173]

[*El príncipe Hišām cura de la viruela*]

En la misma fecha curó el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Califa al-Hakam, de la enfermedad de viruelas que padeció desde mediados de yumādà I del año [= 11 febrero 974] hasta este día 1.° de rayab [= 28 marzo 974].

El Califa había sentido grandes temores por él, había manifestado inquietud por su dolencia y había repartido a voleo limosnas para impe-

trar de Dios la desaparición del mal. Sus grandes servidores particulares, los visires más preeminentes y las gentes más allegadas a su domesticidad se acercaban a él para compartir su pena y dolerse con su dolor, y le pedían constantemente, bien de palabra, bien por escrito, noticias de cómo seguía aquella mitad de su alma. Así continuaron compitiendo, como corceles en su hipódromo, en cumplir con él como debían y asociarse a su aflicción, hasta que en el mentado día 1.° de rayab, y en el consejo privado con sus visires en el Alcázar de al-Zahrā', les dio la buena noticia de la curación del enfermo, participándoles haber recibido una carta escrita por el príncipe, de su puño y letra, desde su alcoba en el Alcázar de Córdoba, en la que el príncipe le comunicaba la total curación de su dolencia; que se hallaba muy recobrado; que se encontraba con muchos ánimos, y que, por favor de Dios, la salud era general en su organismo y en su vista. Los asistentes alabaron por ello a Dios (¡ensalzada sea Su Faz!), dándole gracias por sus beneficios, y suplicaron del Creador (¡ensalzada sea Su Faz!), en favor del Califa, la perduración de su califato, para que se gozara largamente en aquella niña de sus ojos y viera cumplidas en él todas sus esperanzas.

Tanto el Califa como los demás cumplieron [92 *r.*] los votos que habían hecho y repartieron limosnas con las que Dios alivió la situación de buen número de gentes menesterosas.

[174]

[*Recepción del príncipe Hišām con motivo de su curación*]

El miércoles día 12 de rayab [= 8 abril 974], celebró el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, en el Alcázar de Córdoba, una brillante recepción destinada a los grandes jalīfas entre los dignatarios del Estado. Rodeado de los grandes fatàs jalīfas, recibió primero a los visires, que se sentaron ante él y en alta voz alabaron y dieron gracias a Dios Excelso por el favor que había dispensado al príncipe y a ellos, con devolverle su entera salud y su perfecta integridad física. Después recibió a los más principales funcionarios palatinos, con arreglo a sus categorías. A éstos siguieron, entre los altos cargos oficiales, el cadí mayor Muhammad ibn Ishāq ibn al-Salīm, el sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr, el alfaquí cadí de la cora de Rayyu Muhammad ibn Mufarriy, y los dos alamīnes ʻAbd al-Rahmān ibn Wāfir y Sulaymān ibn Ahmad al-Rusāfī. A estos

dos últimos les fueron entregados sacos conteniendo sumas considerables de dinero, para que las repartiesen de limosna entre las familias venidas a menos y los menesterosos, en acción de gracias a Dios Altísimo por la salud que quiso devolver al príncipe Abū-l-Walīd.

[175]

[Prisión y perdón posterior de un pariente de ʻAbd al-Rahmān III]

El miércoles día 4 de rayab [= 31 marzo 974] encolerizóse el Califa contra Muhammad ibn Saʻīd, hijo que era de Saʻīd ibn Abī-l-Qāsim, tío materno de su padre el Califa al-Nāsir, por un asunto secreto que le desagradó. Y así, dio orden al sāhib al-šurta al-ʻulyā Hišām ibn Muhammad de ir en persona a detenerlo y a meterlo encadenado en la cárcel.

Hišām se encaminó, en efecto, a la residencia de Ibn Saʻīd en la almunia de ʻAbd Allāh, al oriente de Córdoba; pero no lo encontró en ella, porque andaba visitando un cortijo suyo en Manzil Haynam. Metióse entonces en una mezquita que había cerca [*92 v.*] de la casa y mandó a preguntar qué debía hacer. Se le contestó con la orden de ir a buscarlo y meterlo sin contemplaciones en la cárcel. Entonces, precedido de los oficiales de los mahāris y de un cierto número de jinetes, de furāniqs y de policías, fue por él, lo prendió y lo condujo a la Puerta de la Azuda del Alcázar de al-Zahrā', donde, traídos los grillos, fue encadenado y preso en la Casa de los obreros, sobre la Puerta de los Jardines, en la que estuvo hasta alcanzar el perdón y la libertad el jueves día 27 de rayab [= 23 abril 974].

[176]

[Se da licencia para partir a los embajadores berberiscos]

A comienzos de rayab de este año [= fines marzo 974], se dio licencia para salir de Córdoba a los embajadores y diputaciones de los emires de Berbería, que se habían reunido en la cancillería del gobierno para ratificar su adhesión a la buena causa, una vez que fueron obsequiados, que se les hubo regalado las ropas de honor, y que a los

embajadores les fueron entregadas las respuestas que habían de dar a sus poderdantes. Partieron tan contentos como alegres habían venido.

Figuraban entre ellos: los embajadores del señor de Fez 'Abd al-Karīm (Abū Sālih, 'Azr y 'Umar ibn Ahmad); los de Guennūn ibn Ahmad ibn 'Isà (su kātib al-Mu'ammal, su criado Jalūf ibn Abī Qallūs y su cadí 'Isà ibn Ibrāhīm); el de Hasan ibn Guennūn; el de Yurtum ibn Ahmad (Muhammad ibn Abī ¿...?); los de Idrīs ibn Hammād al-Gumārī (Zīrī ibn Bayāda y Qāsim); el de Muqātil ibn 'Atiyya (Muharriz al-Mawātī); los de Ibrāhīm ibn Abī-l-'Ayš, y otros enviados de los príncipes de Berbería.

Todos ellos se marcharon con las alforjas llenas, y alegres por la alianza concertada.

[177]

[*Metereología*]

El domingo día 9 de rayab, que fue el 5 del abril cristiano [974], se levantó recio viento y cayó mucha agua. Los aires huracanados arrancaron ese día buen número de olivos, estropeando [*93 r.*] las ramas de otros y destrozando muchos árboles de distintas clases. Produjo el viento mucho terror y dejó funestas huellas de su paso. La lluvia, espesa, abundante, continua, siguió cayendo el lunes y el martes siguientes. El citado martes día 11 de rayab [= 7 abril 974] creció el río de Córdoba, y su crecida alcanzó su límite máximo el miércoles, en que llegó al Rasīf al-qassābīn [= Arrecife de los tablajeros]. Aún continuó muy crecido al día siguiente jueves.

A otro día, viernes, ocurrió que descargaron dos espesos nubarrones coincidiendo con la llegada de las gentes a la Mezquita aljama. Maltratadas y embarazadas por el aguacero, con las ropas empapadas, se apretujaban a las puertas de las naves, dentro del recinto, pugnando por entrar bajo techado, a empujones y por fuerza. Fueron muchos los que perdieron los oficios, que habían terminado antes de que pudiesen entrar, por culpa de aquel diluvio torrencial y de las angosturas y apreturas que produjo. El río vino ese día muy crecido.

dos últimos les fueron entregados sacos conteniendo sumas considerables de dinero, para que las repartiesen de limosna entre las familias venidas a menos y los menesterosos, en acción de gracias a Dios Altísimo por la salud que quiso devolver al príncipe Abū-l-Wālīd.

[175]

[Prisión y perdón posterior de un pariente de 'Abd al-Rahmān III]

El miércoles día 4 de rayab [= 31 marzo 974] encolerizóse el Califa contra Muhammad ibn Sa'īd, hijo que era de Sa'īd ibn Abī-l-Qāsim, tío materno de su padre el Califa al-Nāsir, por un asunto secreto que le desagradó. Y así, dio orden al sāhib al-šurta al-'ulyā Hišām ibn Muhammad de ir en persona a detenerlo y a meterlo encadenado en la cárcel.

Hišām se encaminó, en efecto, a la residencia de Ibn Sa'īd en la almunia de 'Abd Allāh, al oriente de Córdoba; pero no lo encontró en ella, porque andaba visitando un cortijo suyo en Manzil Haynam. Metióse entonces en una mezquita que había cerca [*92 v.*] de la casa y mandó a preguntar qué debía hacer. Se le contestó con la orden de ir a buscarlo y meterlo sin contemplaciones en la cárcel. Entonces, precedido de los oficiales de los mahāris y de un cierto número de jinetes, de furāniqs y de policías, fue por él, lo prendió y lo condujo a la Puerta de la Azuda del Alcázar de al-Zahrā', donde, traídos los grillos, fue encadenado y preso en la Casa de los obreros, sobre la Puerta de los Jardines, en la que estuvo hasta alcanzar el perdón y la libertad el jueves día 27 de rayab [= 23 abril 974].

[176]

[Se da licencia para partir a los embajadores berberiscos]

A comienzos de rayab de este año [= fines marzo 974], se dio licencia para salir de Córdoba a los embajadores y diputaciones de los emires de Berbería, que se habían reunido en la cancillería del gobierno para ratificar su adhesión a la buena causa, una vez que fueron obsequiados, que se les hubo regalado las ropas de honor, y que a los

embajadores les fueron entregadas las respuestas que habían de dar a sus poderdantes. Partieron tan contentos como alegres habían venido.

Figuraban entre ellos: los embajadores del señor de Fez 'Abd al-Karīm (Abū Sālih, 'Azr y 'Umar ibn Ahmad); los de Guennūn ibn Ahmad ibn 'Isà (su kātib al-Mu'ammal, su criado Jalūf ibn Abī Qallūs y su cadí 'Isà ibn Ibrāhīm); el de Hasan ibn Guennūn; el de Yurtum ibn Ahmad (Muhammad ibn Abī ¿...?); los de Idrīs ibn Hammād al-Gumārī (Zīrī ibn Bayāda y Qāsim); el de Muqātil ibn 'Atiyya (Muharriz al-Mawātī); los de Ibrāhīm ibn Abī-l-'Ayš, y otros enviados de los príncipes de Berbería.

Todos ellos se marcharon con las alforjas llenas, y alegres por la alianza concertada.

[177]

[*Metereología*]

El domingo día 9 de rayab, que fue el 5 del abril cristiano [974], se levantó recio viento y cayó mucha agua. Los aires huracanados arrancaron ese día buen número de olivos, estropeando [*93 r.*] las ramas de otros y destrozando muchos árboles de distintas clases. Produjo el viento mucho terror y dejó funestas huellas de su paso. La lluvia, espesa, abundante, continua, siguió cayendo el lunes y el martes siguientes. El citado martes día 11 de rayab [= 7 abril 974] creció el río de Córdoba, y su crecida alcanzó su límite máximo el miércoles, en que llegó al Rasīf al-qassābīn [= Arrecife de los tablajeros]. Aún continuó muy crecido al día siguiente jueves.

A otro día, viernes, ocurrió que descargaron dos espesos nubarrones coincidiendo con la llegada de las gentes a la Mezquita aljama. Maltratadas y embarazadas por el aguacero, con las ropas empapadas, se apretujaban a las puertas de las naves, dentro del recinto, pugnando por entrar bajo techado, a empujones y por fuerza. Fueron muchos los que perdieron los oficios, que habían terminado antes de que pudiesen entrar, por culpa de aquel diluvio torrencial y de las angosturas y apreturas que produjo. El río vino ese día muy crecido.

[178]

[*Llegada a Córdoba de Qayātin ibn Ya'là*]

El último día del citado mes de rayab [= 26 abril 974] llegó a Córdoba Qayātin ibn Ya'là, hijo de Ya'là, emir de los Banū Ifran y señor de la ciudad de Ifkān, en el Magrib.

Ya'là había sido traicionado y muerto por el general de Ma'add al-Šī'ī, Yawhar al-Rūmī, el que asoló la tierra del Magrib, el lunes 28 de yumādà II del año 347 [= 25 agosto 960], según se cuenta. Su hijo Qayātin se inclinó a la obediencia del Califa al-Mustansir bi-llāh, y, como queda dicho, vino a su corte.

Fue bien acogido, se le dió la bienvenida, se le hospedó honrosamente y se le trató con esplendidez.

[179]

[*Ibn Hayyān señala otra laguna en el manuscrito de al-Rāzī*]

Aquí se interrumpe la sucesión del relato, en lo relativo a los meses de ša'bān y ramadán del año 363, [93 v.] *por una laguna, análoga a la otra anterior, existente en el original, y que comprende el final de la noticia sobre Hasan ibn Guennūn, su forzada rendición y su venida a Córdoba, con otras referencias a la situación de las provincias. Viene luego—tras la interrupción antedicha—el resto de la historia del año, y el autor vuelve a hablar de los tres meses finales que completan la noticia del año en cuestión.*

[180]

Relación de la Fiesta de la Ruptura del ayuno correspondiente a este año.

Cayó el miércoles día 1.° de šawwāl de este año [= 25 junio 974]. Ese día, el Califa al-Mustansir bi-llāh, para recibir las felicitaciones según la costumbre, se sentó en el trono, en el Salón oriental que da sobre los jardines, encima de la Azotea alargada de arriba, y se celebró la más solemne, pomposa y mejor ordenada de las recepciones,

ya que tenía lugar después de la general alegría por la victoria contra Hasan ibn Guennūn al-Hasanī, por la presencia de éste en Córdoba para proclamar su obediencia, y porque con todo ello se extendía la soberanía del Califa en tierras de Berbería.

Le ministraron ese día: por la derecha, el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y, por bajo de él, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah, mawlà del Califa; y, por la izquierda, el zalmedina de al-Zahrā' y mawlà del Califa Muhammad ibn Aflah. Tras ellos seguían en dos filas las diferentes categorías de los altos funcionarios, es a saber, los ashāb al-šurta al-'ulyā y al-wustà, los ashāb al-majzūn, los tesoreros, los 'urrād y demás dignatarios, [*94 r.*] conforme a sus respectivas jerarquías.

Concedida licencia para entrar en la cámara, fueron recibidos antes que nadie los Hermanos, de los cuales, luego de saludar, se sentó a la derecha el hermano uterino Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz, y por bajo de él, Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, mientras a la izquierda lo hacía Abū-l-Qāsim al-Asbag. Con ellos, dejando un espacio vacío, se sentaron, después de saludar, los visires. Por bajo de ellos se sentó Ya'far ibn 'Alī al-Andalusī, mientras su hermano Yahyà permanecía en pie, formando en la fila de los hāyibes funcionarios. Tras ellos fue recibido el cadí mayor Muhammad ibn Ishāq ibn al-Salīm, con su séquito de hukkām, y, después de saludar, se sentaron conforme a sus categorías.

Presenciaron la solemnidad los dos Hasanīes que capitularon en al-Hayar, o sea Hasan y Yahyà, hijos de Guennūn, los cuales aguardaron en los salones septentrionales, en la Casa militar, la concesión del permiso para entrar en la cámara, cosa que hicieron en compañía de los miembros de Qurayš. Con ellos dos fueron también recibidos 'Alī, Mansūr y Hasan, hijos de Hasan ibn Guennūn, y el resto de los Banū Idrīs Hasanīes de Berbería, pasados bajo la protección del Príncipe de los Creyentes, entre todos los cuales habían tenido lugar preferente Hasan y Yahyà, que ocuparon la cabecera del bahw.

Tras los individuos de Qurayš fueron recibidos para saludar los mawlàs, los cadíes de las coras, los alfaquíes jurisconsultos y los demás, los 'adūles, los representantes del ejército regular (andaluces y tangerinos), y, por los 'abīd, los jamsiyyīn [o jumsiyyīn], los monteros, los jefes de los jamsiyyīn [o jumsiyyīn], los fursān al-riyāda y las restantes categorías de mercenarios.

Fue una de las más solemnes entre las recepciones acostumbradas y una de las más pomposas ceremonias.

Durante ella se levantaron los oradores y los poetas, para improvisar y recitar abundante, larga y acertadamente. Entre lo mejor que recitaron aquel día los poetas figura lo que dijo el más calificado de entre ellos, [*94 v.*] Tāhir ibn Muhammad al-Bagdādī, conocido por al-Muhannad, en una larga poesía a la que pertenecen estos versos:

[*mutaqārib*]

Tu elección como Imām fue una misericordia divina,
pródigamente cumplida, para con los hombres.
Te escogió el Señor del Trono de una quintaesencia de sus criaturas,
que arrastran sus colas por encima del sol,
a cuyos mayores Dios concedió la profecía
y a cuya posteridad otorgó el califato.
Velas por tu grey, implorando la ayuda
del Señor del Trono, y cuidas de que no se descarríe;
gastas celosamente tus propios bienes
en ella, para acrecer los suyos;
extirpas su maldad con tu buen obrar
y con tu favor multiplicas lo poco que tiene.
Te hiciste cargo del Califato en su mejor momento,
y con la piedad de que das muestras embelleciste su apogeo,
pues le diste ornato con tu religiosidad
y fisonomía con tus días brillantes.
Si hubiese una dignidad más elevada que la de Califa,
a nadie convendría más que a ti,
pues no hay cualidad de fama laudable,
dentro de la ortodoxia, que no hayas alcanzado.
¡Dios haga felices tus fiestas,
y te conceda llegar a muchas iguales!
¡Duplique Dios la recompensa de tu celoso ayuno
y de cómo haces que el alma soporte los pesos que la agobian!
¡Inspírete Dios gratitud por los beneficios que te dispensa,
por haberte hecho alcanzar todas tus esperanzas,
por haberte sometido la gloria de tus adversarios,
y por hacer que la victoria les sirviese de grillos!
Adelantaste para tus enemigos el Día del Juicio,
cuyos terrores vieron con sus propios ojos.
[*95 r.*] Tu ejército fue hacia ellos en campaña
y fue apoderándose de principillos y régulos.
Tu Señor te dio en posesión su tierra,
con todos sus bienes y riquezas.
Tus leones mataron a sus leones;
tus fuertes cachorros a los suyos.
Cuando avanzaba tu ejército hacia ellos,
la tierra tembló convulsivamente,

y a la fuerza tuvieron que someterse,
mientras el Señor amputaba sus miembros.
En tu mar se anegaron los pozos hostiles.
y en el abismo de tu agua se perdieron sus charcos.
Tus huestes te los trajeron sometidos,
para que reconociesen y proclamasen venerarte.
Pero, una vez que sojuzgaste a los extraviados,
los perdonaste, y Dios los sacó de su extravío.
Tu bondad borró su pérfida conducta.
y tu gloria encubrió sus malas acciones.
Tu noble natural comenzó a favorecerlos,
y tus manos derramaron sus beneficios,
pues ¿hubiera estado bien, en tu superioridad,
no hacer lo contrario que esos ignorantes?
¡Cuántas veces perdonaste, porque eres poderoso,
y Dios te revistió la túnica de la indulgencia!
¡Nunca ceses de sojuzgar a tus enemigos
y a sus reyezuelos, a lo largo del Tiempo!

Levantóse tras él su colega Muhammad ibn Šujays para recitar una larga poesía suya en la que atacó con excesiva violencia a los Banū Hasan, que acababan de someterse a la dominación del Califa. Empezaba así:

[*basīt*]

[*95 v.*] Lo que inició rayab lo completó ša'bān,
antes de lo que aguardaban las esperanzas,
y aún hizo más por nosotros el mes del ayuno, al recibirnos
con la alegría de dos fiestas: la luna y el final de la guerra,
en un año tan próspero, que nos dio desde un comienzo
victoria y fertilidad, no perjurio ni sequía.
¡Hermoso triunfo éste, que nos anunció el gozo,
aun antes de que lo anunciaran correos y cartas!
El país se pavonea de orgullo por él,
y no veo nada peregrino en que se pavonee de orgullo.
El horizonte relució cuando lo cubrió la alegría,
y la tierra floreció cuando la hizo vibrar la emoción.
Las rosas parecen mejillas embellecidas por el sonrojo,
y las margaritas, bocas adornadas por dientes blanquísimos.
Cuando vio el necio, el dejado de la mano de Dios,
que el fin, ya claro ante sus ojos, era la muerte;
que el ejército del príncipe de Dios alcanza
a quien no alcanzan caballos ni camellos de raza;
que la decisión del Califa era irrevocable, y su cólera, la muerte,
y que la muerte y la cólera eran también cosa de Dios;

y que, aunque en rápida huida llegara a la China,
ni siquiera la huida le libraría de la espada
(pues ¿cómo puede aspirar a encontrar un asilo
aquel cuyo rastro se persigue activamente para honrar a Dios?),
todavía esperó huir, pero la misma esperanza le informó
de que el Destino lo acechaba por todas partes
(pues ¿cómo encontrar refugio fuera de la sombra del cielo,
que hace del día pabellón y de los horizontes cuerdas?).
Entonces nuestro señor lo perdonó y lo hizo su amigo,
cuando yo hubiera deseado que el viento frío lo levantase [en la horca].
Salvó, con someterse, el último aliento que le quedaba,
debatiéndose entre la vida y la muerte,
[*96 r.*] pues cuando Dios envía sus calamidades sobre el mundo,
se acabaron vida, familia y bienes.

Derivó luego a hablar de los vencidos, Hasan y su familia, y dijo con inconveniente saña:

Son unos necios que pretenden descender de Hāšim,
cuando no merecen entroncar con ninguna tribu;
ciegos de inteligencia, que ni por religiosidad ni por mérito personal
se revistieron de sus mantos para ir a cumplir con los deberes piadosos.
Y aún aumentó su ceguera el que el primero de todos [Idrīs]
sentó sus reales en un país donde no hay ciencia ni buenas letras;
un país en el que se han criado con las fieras en el desierto,
sin otro fin ni objetivo que sorber un caldo miserable.
Si estuvieron en el airón de la cimera de Qurayš,
sus hechos y sus maldades obligan a expulsarlos.
Porque todo lo que arde se extingue, menos su maldad,
que desde ʻUtmān se apaga para volver a inflamarse.
Si Hasan es la cabeza de la familia hasanī,
quisiera saber dónde está la cola.
No pueden proteger correos ni cálamos a un rey,
cuando quiere matarlo el que está protegido por lanzas y espadas.
Mientras la seriedad del traidor suele estar mezclada con frivolidad,
nunca desampara la seriedad al poder del Califa.
Jamás gira la muela de la guerra en su territorio,
sin que esa muela tenga por eje su pensamiento;
un pensamiento siempre guiado al acierto por Quien se lo dio,
entre los juicios discordantes y las palabras contradictorias de los demás;
un pensamiento que, cuando llega a sus caídes,
les vale para la guerra más que un ejército aparatoso.
Dios consintió despeñarse a Hasan por el precipicio de su pasión,
y aguardó hasta que llegó la hora de su ruina,
porque Dios tolera a veces a los malos para castigarlos luego más,
y por eso se les dejan sueltas las riendas.

[96 v.] Cuando Hasan llegó sometido a la Península, rodearon su cortejo
escuadrones que, de encolerizarse, harían que se erizara la tierra;
conforme iba cruzando el territorio, lo recibían
barrancos y altozanos con más jinetes e infantes;
y, cuando se acercó a nuestra propia corte,
con el alma palpitante y estremecidas las entrañas,
encontró tantos ejércitos, que se imaginó, al verlos pasar,
que las altas colinas eran una nube de langosta que saltaba en torno suyo:
todos habían venido a dar gracias a Dios
y al Califa al que continuamente van y se dirigen,
porque son los soldados de al-Mustansir bi-llāh, regidos
por la verdadera inteligencia, y no por supercherías y mentiras,
y, si no lo recibieron con la hostilidad que da la muerte,
es porque se lo impidió la obediencia y el temor al Califa.
Hasan cruzó entre ellos invocando a Dios, lleno de pavor,
como los pasajeros de una nave a pique de naufragar,
esperando seguir viviendo y temiendo la muerte,
alegre y triste al mismo tiempo,
hasta que contempló el esplendor del buen augurio,
que intercede por él y por todos en borrar lo que pecaron,
si bien no creo que viera propiamente al Califa guiado por Dios,
porque le impediría contemplarlo la luz que despide.
Si este crimen lo hubiera cometido contra el Šī'ī,
lo hubiera descubierto la espada de éste, teñida en sangre,
y hubiera quedado pronto zanjado, con la opresión de la religión,
con la esclavitud del libre y el saqueo de los bienes;
pero, con nuestro Califa, su abandono de al-Karam (que lo ha privado [de nobleza)
le ha servido de cuerda de salvación, aunque lleno de amargura,
Y yo digo al necio que con su rebelión ha encendido
un fuego para el cual es leña su propia alma:
«Multiplicaste los disturbios contra el gobierno del Califa ortodoxo;
pero ahora puedes ver a lo que te han conducido los disturbios».

[97 r.] Seguía diciendo en la misma poesía (¡Dios le otorgue graciosamente su favor!):

¡Oh defensor de Dios en esta hazaña
por la cual se componen poemas y discursos!
Desde que el rebelde atizó la discordia, estuve seguro
de que el decreto divino, y no los astros, defendería lo que conviene.
Lo cogiste cautivo, tras arrebatarle el reino,
apoderándote a la vez del ladrón y de su botín.
Tus favores casi han hecho olvidar que le otorgaste la vida,
la cual es dádiva que no suele hacerse.

Tus libertos defendieron el reino con constancia;
los Árabes proclamaron su más sincera obediencia,
y no desfalleció la energía de las tropas,
que vencen cuando Gālib grita entre ellas tu nombre.
Ahora puedes disfrutar tranquilo de todo el imperio del Magrib,
donde se te han sometido los lejanos y los próximos,
y es de esperar que el ejército de la victoria no se detenga en una ruta
en la que Egipto ha quedado sordo y Alepo cortado.
La desgracia del dejado de la mano de Dios nos informa
de que la suerte de los Rāfidīes ha cambiado.
Ya has limpiado ese reducto de la gente de su secta,
y te has comido el dátil maduro, en espera de que esté en sazón el todavía [verde,
porque, cuando el eje de la tienda se tuerce,
no pueden quedar en pie estacas ni cuerdas.
Nada puede compararse, dentro de las leyes de la metáfora,
con tu sereno rostro más que nuestro año fértil.
¡Dios aumente tu gloria, para que perduremos en sus beneficios
mientras duren las vidas y los años,
pues tú eres para el Islam una dádiva
del supremo Dadivoso que todo lo da y concede!
¡Derrámense sobre tu ejército las pagas!
¡Asciendan en grados y jerarquías todos tus caídes!
[*97 v.*] ¡Tus dones desbordantes caigan sobre nuestras aceifas,
como una lluvia que cae en cuanto se le dice que caiga!
¡Y que esta victoria excelsa y este año fértil y próspero
en la Fiesta del ayuno perduren, renovando tus días,
cuando la frente de nuestro dueño y señor Abūl-l-Walīd
esté ceñida por la corona del imperio,
y no desdiga de esta herencia quien tiene
a Marwān por abuelo y al Mahdī de los gobernantes por padre!

A continuación, 'Abd al-'Azīz ibn Husayn al-Qarawī habló de Hasan ibn Guennūn en una larga poesía, de la que son estos versos:

[*tawīl*]

¡Cuánto inductor al mal, que quiso oponerse
a su autoridad, pereció en el empeño!
Lo intentó un desgraciado de la familia de Idrīs,
estúpido a quien la tontería indujo a necedades.
Pensó que lo salvarían, por inaccesibles, la mar
y el morar en una cima tan alta como la Vía Láctea.
Pero sobre su cabeza se cernieron las águilas de la muerte,
ahogándolo con sus gigantescas alas.
Quedó asfixiado, mientras la perdición
lanzaba sobre él miles de truenos y relámpagos.

Entonces vino sumiso a solicitar el perdón del Imām,
cuando ya la espada del destino se afilaba en contra suya.
El miedo le había cerrado todo camino;
no podía pasar siquiera la saliva por la garganta.
De no ser por el Príncipe de los Creyentes y su indulgencia,
las entrañas y las venas hubieran sido arrancadas de su cuerpo,
los cuervos se hubieran repartido sus despojos,
y de un tronco grueso y alto pendería su cadáver.
Yo advierto y pongo de manifiesto ante remotos y próximos
unas verdades en las que soy muy sincero:
[98 *r.*] Siria se levanta para recibir al Califa,
porque desde antiguo tiene derechos sobre ella.
Por Occidente ha salido el sol de un Califato
que ha de brillar con esplendor en los dos Orientes,
para que, con la luz de la ortodoxia, disipe las tinieblas de la infidelidad
un Imām celoso del bien de la pura religión,
pues ya hace demasiado tiempo que entre los habitantes del 'Irāq
reinan opiniones en que está inmerso el error,
y que en el territorio de al-Qayrawān domina una necedad
que hace soplar allí unos vientos agostadores.
¡Oh tú, el mejor de los que oran y ayunan para su Señor,
tú, cuya gloria está por encima de los luceros:
celebra alegre y felizmente la Fiesta de la Ruptura del ayuno,
y que el árbol de gloria eche hojas en tus cimas!

Luego derivó largamente hacia el panegírico.

Más tarde se levantó 'Abd al-Qaddūs ibn 'Abd al-Wahhāb, que felicitó al Califa por la fiesta, y derivó luego a aludir a Hasan ibn Guennūn al-Hasanī y a la victoria obtenida contra él, en una larga qasīda que empezaba así:

[*basīt*]

¡Oh custodia y salvaguardia de la religión y del mundo,
único en piedad, liberalidad y gloria!
Los ojos de los musulmanes se refrescan en ti,
cuando están rojos de dolor, por su castigo, los ojos del que renegó de tus [favores.
Aguantaste con calma al necio y dejado de la mano de Dios,
hasta que, cuando pasó de la raya, se encontró frente al vilipendio.
Con tu energía que no duerme has hecho dormir
a aquel a quien antes despertaba el amor a la rebeldía.
Lanzaste contra él, con los leones de tu algaba,
espadas lucientes y desnudas que le quitaron el sosiego.
[98 *v.*] Tuvo que huir con el alma poco segura,
cruzando por trochas y altozanos,

hasta refugiarse y amurallarse en el abandonado Hayar,
tras de haber visto de cerca la muerte en al-Karam;
pero, aunque hubiera seguido ascendiendo por la atmósfera,
aunque se hubiese convertido en buitre, no habría escapado.
Me maravillo de que haya quienes, movidos de ignorancia,
vengan a provocar al león que habita en su cubil:
este Imām justo, cuya frente ciñe la corona del imperio,
y que nunca desfallece ni flaquea.
Cuando aparece dirías que su rostro es la luna,
cuya brillante luz surge del seno de las tinieblas;
hombre piadoso e inteligente, que anda por rectos caminos,
adornado de purísimas prendas y costumbres.
... ...
[Hasan] no cesó de venerar la infidelidad y la herejía,
y de desacatar a la ortodoxia y a los que la profesan.
Si no fuese porque lo protegen los privilegios de su parentesco,
y por los vínculos de sangre que lo enlazan,
el Destino lo hubiera dejado, como un cuerpo
derribado mortalmente por el filo del sable acerado.
¡Oh familia de Idrīs! Vuestra morada ahora
se ha borrado como dice vuestro nombre [juego de palabras: DRS], a merced
[del viento y de la lluvia.
Cuando por ella pase el viajero, recordará
los versículos sagrados sobre 'Ād e Iram, que recita,
porque diríase que en ella ha mugido el pequeño camello,
y que el castigo de Dios la ha fulminado [= leyenda alcoránica].
¡Cuántas cosas sagradas fueron violadas allí, sin ningún respeto,
sin ningún miramiento de lo que a Dios y al derecho se debe!
Pero, cuando el Imām ataca, el Destino
se pone, temeroso y reverente, a sus órdenes.
Dios tiene decretado que sus escuadrones ocupen
el reino del 'Irāq y el de Siria y los lugares santos.
[99 r.] Ya me parece beber una mañana el agua del Eufrates,
tinta todavía en sangre por su caballería.

Después derivó largamente al panegírico.

Por último, se levantó el poeta Abū Muyāhid al-Istiyī, que felicitó al Califa por su victoria contra Hasan ibn Guennūn en una uryūza, presentada el mismo día de la fiesta, y que empezaba así:

[rayaz]

Al ver la felicidad ininterrumpida,
la gloria de la fe de Dios en aumento;
el imperio de al-Hakam en su cúspide;
y en él la religión en su sitio;

el agua diáfana de sus aguadas,
los beneficios del Creador en tropel,
y que no dejó para ningún rebelde asilo,
fulminándolos con su ataque,
... ...
tributémosle la debida alabanza
con la demasía y exceso debidos.

Más tarde, tras de haber alabado largamente al Califa, pasó a hablar de Hasan ibn Guennūn, y dijo:

El que lo resiste se extravía gravemente
y afronta muertes y peligros.
Querer aislarse de él es imposible,
y dejarse llevar de Satán.
Mira, si no, a los errados Banū Muhammad,
los rebeldes encaramados a las cumbres.
Quisieron alterar la religión de Dios,
anular el derecho establecido
[99 *v.*] y violar el sagrado del Islam;
pero Dios no quiso que lo lograran.
Porque Dios humilla al altanero
y castiga al presuntuoso reacio:
tal es la inmutable conducta de Dios.
Treparon para habitar en los montes,
se hicieron vecinos de cuervos y antílopes,
y declararon la guerra a al-Hakam.
Dios, en sus soberanos juicios
y en su magnanimidad, los dejaba,
esperando que se arrepintieran,
porque Dios nunca tiene prisa.
... ...
Y no los vio capaces de luchar.
Pero cuando arremetieron contra la licitud,
lesionando sangres y bienes,
y haciendo violencias, corrió a atacarlos.
Con la furia del león que reúne sus cachorros,
envió contra él una parte de sus tropas,
que, como espesa nube de langosta,
cubrieron los montes y la faz de la tierra.
Ni la misma terrible mar los asustó,
pues la cruzaron como camino llano,
echando telas sobre su lomo,
hasta atravesarla con seguridad.
Hasan los vio venir lleno de terror.
Cubrieron aquellas tierras dardos,

pulidas espadas de la India,
corceles secos y vigorosos, corriendo a porfía,
que dirías ogros, bajo sus gualdrapas,
o montañas de muerte cargadas de otras montañas,
que siembran en los enemigos desorden,
desolación, sollozo y gemido.
[100 r.] Hasan vio, a poco, el combate
y que los héroes leales arrebataban a sus héroes.
Probó los torrentes de la guerra
aquel que atizó siempre el desorden:
nubes que llovían sin cesar
esos rayos llamados flechas.

Seguía luego:

Cuando vio que le rondaba la muerte
y que las cuerdas lo apretaban para ahogarlo,
bajó de su castillo hacia el peligro,
con los miembros consumidos
y con los huesos extenuados.
Soldados generosos, vestidos de coraza,
lo hicieron descender de sus rocas,
cazado como un lagarto, atemorizado,
sin seguridad de no caer en cepos y grillos,
o bajo la espada pulida y cortante.
Pero se encontró con un rey magnánimo,
que concede el perdón que le piden
y que no se apresura a castigar al insensato;
antes bien, le pagó con creces bien por mal,
y no correspondió a su crimen con el vilipendio.
No pueden las hienas despertar al león.
¡Estate tranquilo, Príncipe de los Creyentes!
¡Y vive largo tiempo en tu sublime condición,
empalmando los años y las épocas!

[181]

[Envío de dinero a Marruecos]

El mencionado día 1.° de šawwāl salió Marwān ibn Ahmad ibn Šuhayd del Alcázar de al-Zahrā' para el ejército residente en Berbería, como tesorero encargado de las cargas de dinero necesarias para el ejército regular y demás clases de mercenarios todavía residentes en

Marruecos, con objeto de hacer la distribución [*100 v. hasta l. 5*] de las sumas pertenecientes al tesoro público.

[182]

[*Llegada del gobernador de Lérida, en compañía de varios embajadores cristianos*]

En la misma fecha, Muhammad ibn Rizq al-Ya'farī, gobernador de la frontera de Lérida, Monzón y de aquella remota marca, hizo su entrada solemne en Córdoba, siendo recibido por escuadrones de caballería con todos sus pertrechos. Con él llegó el embajador de Borrell hijo de Sunyer, tirano de Barcelona, que se llamaba Gītār, señor de la ciudad de Barcelona y el principal súbdito de dicho señor, con [*23 v., desde l. 10*] un pequeño grupo de sus gentes, como portador de una carta para el Príncipe de los Creyentes en la que Borrell daba muestras de amor y sumisión, así como de alegría por la tregua existente y de sus deseos de renovarla. También llegaron junto con él: Ašrāka ibn 'Umar Dāwūd, el conde, embajador de Oto rey de los Francos, portador de una carta de éste, para renovar la amistad; Esteban ibn ¿Abīkah?, embajador del Obispo de Y.r.n.š y de Nuño ibn Gundišalb, portador de una carta también en solicitud de renovación y prolongación de la tregua, [*24 r.*] cuya vigencia terminaba por estas fechas; y Balbīs [¿Vélez?] ibn ¿Š.drīt?, embajador de Fernando Ibn al-Šur [= Ansúrez], portador de una carta en la que éste solicitaba asimismo la renovación de la suspensión de hostilidades y que se apartaran de él los horrores de la guerra. A todos se les aposentó y trató honradamente.

[183]

[*Nombramiento de Ibn Abī 'Āmir para jefe de la ceca*]

El viernes día 10 de šawwāl [= 4 julio 974] se le confirió a Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Abī 'Āmir el cargo de jefe de la ceca, acumulado a la šurta, al cadiazgo de Sevilla y a los muchos otros cargos que ya desempeñaba. Con este motivo cesó en la dirección de la ceca el sāhib al-šurta al-'ulyā Yahyà ibn 'Ubayd Allāh ibn Idrīs.

[184]

[Caen en desgracia varios grandes fatàs jalīfas, que luego son perdonados, menos dos]

Al día siguiente sábado [= 5 julio 974] incurrieron en la cólera del Califa, por negligencia en el servicio, varios grandes fatàs jalīfas, a los cuales mantuvo apartados y retirados durante varios días. Luego los perdonó y los excusó la falta, volviéndolos a su gracia, excepto a los dos grandes fatàs Mu'nis y Šunayf, contra los cuales siguió enojado, y a los que destituyó del cargo de jalīfas y les retiró las pensiones.

[185]

[Prisión de unos revoltosos en Sevilla]

El lunes día 13 de dicho mes [= 7 julio 974], el sāhib al-šurta al-'ulyā y sāhib al-hašam Qāsim ibn Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus salió con un escuadrón de caballería en dirección a Sevilla, para prender a un grupo de criminales de dicha ciudad que habían asaltado la cárcel y se habían rebelado contra el poder público. Este había ordenado anteriormente a su gobernador en Sevilla que los metiese en prisión por el desorden que producían y el miedo que inspiraban; pero, como dicho gobernador se declarase incapaz de reducirlos, fue cuando el Califa envió [*24 v.*] a Qāsim ibn Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus con la misión de perseguirlos y capturarlos.

Regresó a Córdoba, cumplida su misión, el sábado día 17 del mismo mes [= 11 julio 974]. Del grupo de los mencionados criminales sevillanos, se había apoderado de Muhammad ibn Ahmad ibn 'Abd Allāh ibn Muhammad ibn al-Aš'at al-Qurašī; de 'Umar ibn Jālid ibn 'Utmān ibn Jaldūn al-Hadramī, y de Habīb ibn Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Muhammad al-Jawlānī, conocido por Ibn al-Dubb, que eran los que habían asaltado la cárcel. Escapó, en cambio, a las pesquisas Habīb ibn Sulaymān ibn Hayyāy, que se había ido fuera y no fue hallado en Sevilla, en vista de lo cual, el citado Ibn Tumlus había capturado en lugar suyo a cinco de sus primos [por el lado paterno], es a saber: a Muhammad e Ibrāhīm, hijos de Ahmad ibn Ibrāhīm ibn Hayyāy, el

antiguo rebelde de Sevilla; a Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Muhammad ibn Hayyāy; y a Hayyāy y a Qāsim, hijos de Muhammad ibn Qāsim ibn Muhammad ibn Hayyāy. Junto con ellos había prendido también a Muhammad ibn 'Utmān ibn al-Jazar, y a todos los había encadenado y se los había traído por delante.

Cuando Ibn Tumlus llegó a presencia del Príncipe de los Creyentes, le informó de sus determinaciones y de cómo había cumplido la orden recibida. Entonces el Califa le mandó encarcelar a Muhammad ibn Ahmad ibn 'Abd Allāh ibn al-Aš'at al-Qurašī; a 'Umar ibn Jālid ibn 'Utmān y a Habīb ibn Muhammad ibn al-Dubb. Asimismo le dio orden de encarcelar también a los Banū Hayyāy, presos en lugar de su primo Habīb ibn Sulaymān, hasta que éste fuera habido. Todo ello para que les sirviese de escarmiento por las cosas que se les habían imputado y denunciado. Ibn Tumlus cumplió los deseos del Califa, metiendo aquel mismo día a todos ellos en la cárcel de al-Zahrā'.

El domingo día 18 del mismo mes [= 12 julio 974] [25 *r.*] llegaron a al-Zahrā' los que habían quedado en Sevilla encargados de perseguir a Habīb ibn Sulaymān ibn Hayyāy, trayéndolo consigo. Lo habían capturado en compañía de su hermano Muhammad ibn Sulaymān, el apodado al-Silsila [= el Cadena], cuando ambos—enterados de lo sucedido a sus primos—habían emprendido la huida y se habían ocultado, andando por fuera de las rutas y caminos frecuentados.

Enterado el Príncipe de los Creyentes de la captura de Habīb ibn Sulaymān ibn Hayyāy y de cómo había sido hallado con su hermano huyendo por trochas extraviadas, ordenó encarcelar a ambos inmediatamente y poner en libertad a sus primos los Banū Hayyāy ... de ellos en su cargo de las atarazanas de Sevilla.

[186]

Noticia de cómo cayeron en desgracia los dos hijos de al-Andalusī.

El lunes día 19 de šawwāl [= 13 julio 974] recibieron aviso los hukkām, los alfaquíes y los 'adūles de congregarse en la almunia de Ibn 'Abd al-'Azīz. Allí comparecieron, y se les reunió el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah. Entonces mandó éste a buscar a Ya'far y a Yahyà, hijos de 'Alī al-Andalusī, previamente advertidos

de la decisión tomada por el Príncipe de los Creyentes de entregarles dinero como precio de sus 'abīd. Estos 'abīd, en efecto, habían solicitado dejar el servicio de los dos magnates y salir de su poder, por el mal trato que de ellos recibían, y, en vista de ello, se había dado orden de que la cuestión fuera zanjada [25 v.] con los mencionados hijos de al-Andalusī, mediante la compra de los tales 'abīd, a presencia de los alfaquíes y de los 'adūles.

Aunque sobre el asunto había ya acuerdo previo, al llegar ahora el momento de ultimarlo, los dos hijos de al-Andalusī se opusieron y negaron a ello, expresándose con dureza y mostrando secamente su repulsa. Ya'far, el mayor de los dos, se condujo en particular con mucha grosería y notorio menosprecio de los derechos del venerable Califato, poniendo de manifiesto su rencor y las firmes convicciones šī'īes que aún ocultaba en su fuero íntimo. Los ulemas presentes pudieron, en efecto, advertir que en sus palabras se traslucía un secreto odio por la causa leal, y una perversa y profunda adhesión a los imāmes orientales de la Šī'a (¡Dios los humille y los extermine de raíz!), pese a que había abjurado públicamente de ellos.

En tales circunstancias, Ziyād creyó necesario informar y dar cuenta al Califa de cuanto había acontecido en la reunión, y, después de dar órdenes para que los dos individuos no se movieran de aquel lugar, sometidos a vigilancia, montó al punto a caballo para ir a ver al Califa, que se encontraba en su almunia de Arhā' Nāsih. Recibido en seguida por el soberano, Ziyād le informó de lo que había ocurrido con ambos y de la actitud de Ya'far. Tomólo muy a mal el Califa, que recordó, además, cómo antes, en este mismo año, Ya'far se había mostrado harto grosero, de manera pública, y no se había recatado de altos ni de bajos para desahogar su odio, en forma que no podía tolerar una buena política. En consecuencia, ordenó a Ziyād que regresase a la reunión, tratara con ofensivo menosprecio a Ya'far y Yahyà y a sus secuaces, y los condujera a pie desde el lugar en que se hallaban a la prisión de Duwayra, en Madīnat al-Zahrā'. Así se hizo con ellos y se procedió a su traslado a pie.

A otro día, martes [20 = 14 julio 974], reunidos el visir kātib zalmedina de Córdoba, el zalmedina de al-Zahrā' [26 r.] y el caballerizo mayor en el Fasīl de la Duwayra, la cárcel de al-Zahrā', hicieron salir a su presencia a Yahyà ibn 'Alī. Tras de enumerarle las faltas y errores, por desdenes y groserías, cometidos por su hermano Ya'far; de reprenderlo por su complicidad con éste, y de ponerle de relieve

el desvanecimiento que mostraban, a pesar del ruin origen y la baja extracción de su padre, le hicieron, sin embargo, concebir esperanzas de que lograría obtener el perdón y la generosa indulgencia del Príncipe de los Creyentes. Yahyà reconoció su falta y proclamó su arrepentimiento. En vista de ello, ordenaron que le fuesen quitadas las cadenas y que fueran puestos en libertad sus dos hijos, que habían sido encarcelados junto con él y al mismo tiempo. Luego Yahyà fue devuelto a la cárcel subterránea en compañía de su hermano Ya'far, aunque sin grillos

Allí permanecieron uno y otro todo el resto del año 363 y el comienzo del siguiente año de 364; pero, al llegar el sábado día 18 de rayab del año 364 [= 3 abril 975], mandó el Califa al gran fatà, correo mayor y jefe del tirāz, Fā'iq al-Siqlabī que fuese a caballo desde el Alcázar de Córdoba al de al-Zahrā' para transmitir de su parte al caballerizo mayor y zalmedina de esta última ciudad, Ziyād ibn Aflah, la orden de poner en libertad a Ya'far y Yahyà, los dos hijos de al-Andalusī, sacándolos de la cárcel subterránea de al-Zahrā'. Así se cumplió. Llegado el gran fatà Fā'iq a la puerta de la cárcel subterránea, hizo que entraran algunos de sus fatàs a donde estaban los presos, para que los aseasen, cortasen el pelo y vistiesen con las ropas de aparato que les había enviado el Príncipe de los Creyentes. Una vez que estuvieron engalanados, salieron y encontraron a su disposición dos admirables caballos, con preciosos atalajes adornados. Montados en ellos, se incorporaron [*26 v.*] al cortejo del gran fatà Fā'iq, hasta llegar al Alcázar de Córdoba. Allí Fā'iq les dio orden de encaminarse a sus casas para apresurar la alegría de sus familiares; cosa que hicieron muy contentos.

Por la tarde de aquel mismo día se les mandó recado de venir al Alcázar, como lo hicieron. El gran fatà, correo mayor y jefe del tirāz Fā'iq se hallaba dispuesto para recibirlos en la galería de la Dār al-hasà, a presencia de los grandes fatàs y de los wasīfes. Una vez que Ya'far y Yahyà fueron introducidos a su presencia, los sentó cerca de él y les hizo nueva relación de las faltas y yerros por ellos cometidos, que ellos reconocieron, confesando su culpa. Díjoles luego que el Príncipe de los Creyentes les había perdonado su crimen y excusado su delito, por lo cual prorrumpieron en muestras de gratitud y en bendiciones. A continuación les entregó dos grandes sacos llenos de bolsitas de dinares, como regalo, y les ordenó que se fuesen a sus casas y permaneciesen como antes del incidente, disfrutando del beneficio del perdón. Tras nuevas bendiciones y alabanzas, salieron, en efecto, precedidos del

dinero que les llevaban delante, muy honrados y colmados todos sus deseos y esperanzas. Les acercaron para que cabalgaran dos espléndidos caballos, distintos de los que habían traído, con sillas mu'arraqas y bridas mufarragas, al uso oriental, y partieron alegres con un lucido cortejo de algunos principales jamsiyyīn [o jumsiyyīn] y jerarquías del ejército regular, que tenían orden de acompañarlos a caballo.

[187]

[Carta de Gālib remitiendo el acta del juramento de fidelidad de los dos señores de Fez]

En la última decena del mes de šawwāl del año 363 [= 14 a 23 julio 974] hubo carta del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, *[27 r.]* dando cuenta de que Muhammad ibn Walīd y Muhammad ibn Mūsà, de los Banū al-Tawīl, embajadores suyos a las dos ciudades de Fez, enviados por él a los respectivos emires—'Abd al-Karim ibn Yahyà, señor de la orilla de los Andaluces, en Fez, y Muhammad ibn Hasan, señor de la orilla de al-Qarawiyyīn, en la misma ciudad—, habían regresado de su embajada conjunta a entrambos magnates. Añadía que todos ellos habían contestado favorablemente a la invitación que se les había hecho de prestar leal obediencia y proceder con arreglo al acta del juramento de fidelidad que habían otorgado y estipulado—con arreglo a cartas del Príncipe de los Creyentes que habían recibido y hecho leer públicamente en sus respectivas Mezquitas aljamas—, obligándose a someterse al Califa, entrar en la comunidad de los fieles, adoptar la Zuna, obrar conforme a las prescripciones de la escuela de Mālik ibn Anas, doctor de la gente de Medina (¡Dios esté satisfecho de él!), establecer las prácticas supererogatorias en el venerable mes de ramadán, y abstenerse de obrar con arreglo a las innovaciones, cambios y alteraciones que habían sembrado entre ellos los extraviados šī'íes. Agregaba que habían aceptado cuantas prescripciones les habían sido impuestas a este respecto, sometiéndose a ellas en masa y rechazando cualesquiera otras, agradecidos a Dios Altísimo por su recta guía y llenos de alabanza hacia el que les había escogido para ello y les había conducido por su buen camino. Concluía el visir Gālib ibn 'Abd al-Rahmān diciendo que 'Abd al-Karīm ibn Yahyà y su colega Muhammad ibn Hasan le habían enviado sus rehenes, junto con sus respectivas actas del juramen-

to de fidelidad, y que 'Alī ibn Jalūf le había enviado, junto con la suya, a su propio hijo en calidad de rehén, con lo cual todos los habitantes del Magrib se iban reduciendo a la obediencia.

El acta de juramento de fidelidad de 'Abd al-Karīm ibn Yahyà, señor de la orilla de los Andaluces, era del tenor siguiente:

En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.—[27 *v.*] Ésta es el acta de juramento de fidelidad que 'Abd al-Karīm ibn Yahyà y todos sus contribulos los Andaluces, habitantes de la capital de Fez, escribieron como compromiso y argumento contra sí mismos.

Ponen por testigos a Dios, a sus ángeles, a sus profetas y enviados, y a aquellas sus criaturas dotadas de ciencia, así como a todos los miembros presentes de la comunidad de los musulmanes, de que juran fidelidad a Dios (¡honrado y ensalzado sea!), y al Imām justo al-Hakam al-Mustansir bi-llāh, Príncipe de los Creyentes, obligándose a obedecerlo, a ser amigo de quien él lo sea, a hacer la guerra a quien él se la haga, y a ayudar a quien él ayude, sin doblez ni falsía, y a no concertar alianza con nadie más que con él. A eso se obligan con los firmes juramentos necesarios, considerándose ligados a cumplir la solemne e inesquivable estipulación, hecha con Dios, de ir a Meca y de dar limosna legal de sus bienes a los pobres.

Juran también por Dios—El que no hay otro Señor que Él, el Perseguidor, el Vencedor, el Aniquilador, el Alcanzador, el Clemente, el Misericordioso—que están absolutamente separados de la Šī'a y de sus partidarios; que los abandonarán; que no entrarán en relación con ellos, ni pública ni privadamente, lo mismo estén cerca que lejos; que se asirán a la obediencia que preserva de toda desviación, y al honorable Califato que defiende la verdad y al que Dios consolidó, honró y ensalzó sobre cualquiera otro.

Ponen igualmente por testigos a Dios, a sus ángeles, a sus enviados y a aquellas de sus criaturas dotadas de ciencia, de que se obligan a cumplir la obediencia que deben al Califa y a proceder con arreglo a los preceptos y usos tradicionales que esta obediencia impone, con obligatoriedad análoga a aquella con que aceptan los preceptos puramente religiosos, pues su religión no se perfecciona sino con la fidelidad a su Imām, con cumplir sus órdenes y con acatar sus prohibiciones, ya que, al prestar dicha obediencia al Califa, salvan al mismo tiempo su fe y su existencia temporal, la otra vida y ésta perecedera.

«El que [28 *r.*] sea perjuro, lo será contra su alma, y el que cumpla aquello que ha estipulado con Dios recibirá gran recompensa» [XLVIII, 10].

Fechada a último día de ramadán del año 363 [= 24 junio 974], a presencia de los ulemas, alfaquíes y hombres de pro de la ciudad, que se obligan a la obediencia y prestan los firmes juramentos, con plena salud mental y corporal. ¡Dios basta como testigo!

Firmaban debajo con sus nombres treinta y cinco personas.

[188]

[Llegada a Córdoba de rehenes, rebeldes y traidores]

El domingo día 17 de dū-l-qa'da [= 9 agosto 974] llegaron a Córdoba los rehenes de 'Abd al-Karīm ibn Yahyà, señor de la orilla de los Andaluces en Fez (que eran: Ibrāhīm ibn Hamdūn, 'Isà ibn Mūsà ibn 'Iyād, 'Abdūn ibn Muhammad ibn 'Abd Allāh, Muhammad ibn Ibrāhīm ibn Husayn, y Hāšim ibn Sulaymān). Al mismo tiempo llegaron los rehenes de 'Alī ibn Jalūf, emir de Gomāra (que eran: su hijo Muhammad, Nasr Allāh ibn al-'Āsī, 'Abd Allāh ibn Zaydān, 'Abd al-'Azīz ibn Hasan ibn 'Alāham, Guennūn ibn Hārūn y Zakariyyā' ibn Yahyà) Todos ellos fueron aposentados en la medina de Córdoba, en la casa que toma nombre de Muhammad ibn Walīd ibn Gānim, la noche del lunes día 18 de dicho mes [= 10 agosto 974].

Esa misma noche fueron llevados a la Dar al-rahn [= Casa de los Rehenes], contigua a la Puerta del Puente, Sālih y 'Alī—hijos de Rāfi', señor del castillo de ¿Hayaba?—con algunos de sus contribulos, a todos los cuales enviaba, cargados de hierros y acompañados de sus mujeres e hijos, el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, por haberse desviado de la obediencia. Fueron instalados en la casa que toma el nombre de 'Umar ibn Gānim, también en la medina.

[*28 v.*] Junto con ellos fueron traídos Jamīs ibn Yāmi', Salma ibn Rayā, al-Ahmar ibn Hammūd, Hārūn al-Rashātī y Yahyà ibn Yaslātin, a los que asimismo enviaba, también cargados de hierros, el visir caíd porque, después de haberse pasado a nuestras filas y de haberlos él incorporado, llevado consigo y tratado con generosidad, habían querido traicionarlo y encender la sedición, razón por la cual los había prendido y enviado. Se les dio durísima prisión.

[189]

[Gālib comunica haber dado orden de pasar a al-Andalus a los últimos Idrīsíes]

Hubo también carta del visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān comunicando haber advertido a 'Isà ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Idrīs,

conocido por Guennūn, jeque de los Banū Muhammad; a su hermano Ibrāhīm; a Maymūn ibn al-Qāsim; a su hermano Yahyà, y a otros que quedaban de la familia de Idrīs ibn Idrīs, que debían encaminarse a la Puerta de la Azuda del Príncipe de los Creyentes, y que ellos habían mostrado alegría por esta determinación y deseos de ver al Califa, y habían ya comenzado sus preparativos. Añadía que, por haber enviado a Guennūn ibn Ahmad a su residencia de al-Aqlām, con sus mujeres e hijos, el visir caíd había dado órdenes de retener a los demás en el ejército y vigilarlos hasta que todos pasasen a al-Andalus.

[190]

[*Llegada de los Idrīsíes a al-Andalus*]

Hubo noticia de que Guennūn, jeque de los Banū Muhammad, junto con el grupo de sus primos los Hasaníes sometidos, se habían encaminado a al-Andalus por Algeciras, y habían desembarcado en dicho puerto el jueves día 20 de dū-l-qa'da de este año [= 12 agosto 974].

El sábado día 15 de dū-l-hiyya [= 6 septiembre 974], salió de Córdoba para Algeciras el sāhib al-šurta al-'ulyā y al-hašam Qāsim ibn Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, acompañado de Šātir al-Ya'farī, caballerizo mayor del príncipe Abū-l-Walīd, hijo del Príncipe de los Creyentes, llevando los cargamentos de cosas necesarias para su aposentamiento, tales como tiendas y las diferentes clases de doseles, tapices, cobertores y vajillas acomodadas al caso.

[191]

[*Se ordena a Gālib que regrese de Marruecos*]

Se expidió carta para [*29 r.*] el visir caíd Gālib, ordenándole que regresara de Berbería con sus hombres más allegados, dejando el mando del Magrib a su compañero el visir caíd Yahyà ibn Muhammad ibn Hasan al-Tuyībī, que seguiría al frente de los ejércitos reunidos en Berbería.

Así lo hizo, y el jueves día 27 del citado mes de dū-l-qa'da [= 19 agosto 974] se recibió carta suya, fechada en su real de Sūq Kutāma.

dando cuenta de haber emprendido el regreso y de que su salida de al-Basra fue el sábado día 22 del mismo mes [= 14 agosto 974].

[192]

[Envío de dinero a Marruecos]

El lunes día 3 del siguiente mes de dū-l-hiyya [= 25 agosto 974] el Califa mandó salir de Córdoba a Ahmad ibn Muhammad ibn Hafs ibn Yābir, en dirección a Berbería, con el dinero necesario para los que en ella quedaban al mando del visir caíd en el Magrib Yahyà ibn Muhamad.

[193]

[Noticia del desembarco de Gālib en Algeciras y orden a al-Tubnī para que regrese a Marruecos]

Ya se retrasaba la noticia de que el visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān hubiese cruzado la mar, cuando, por fin, hubo carta suya el sábado día 21 de dū-l-hiyya de este año [= 12 septiembre 974], comunicando haber pasado a Algeciras con todos sus soldados, sanos y salvos, ayudados por Dios, victoriosos y cargados de gloria, y que el desembarco en Algeciras había sido el jueves día 19 de dū-l-hiyya [= 10 septiembre 974].

Se expidió carta del Príncipe de los Creyentes para Muhammad ibn Hasan al-Tubnī, que regresaba con Gālib, ordenándole que volviera al lado del visir caíd en el Magrib Yahyà ibn Muhammad al-Tuyībī, ya que éste había solicitado su asistencia y compañía, por el conocimiento que tenía del país y de sus habitantes, y por su claro juicio y dominio de las cuestiones a ellos referentes. Se le honraba, al mismo tiempo, confiriéndole el cargo de 'ārid. Muhammad al-Tubnī obedeció al punto las órdenes recibidas.

[194]

[*Carta circular a las provincias dando cuenta de la victoria sobre Ibn Guennūn*]

El día 1.º de dū-l-qa'da de este año [= 24 junio 974] ordenó el Califa al-Mustansir bi-llāh que se escribiera [*29 v.*] a los caídes y 'ummāl de las distintas regiones de al-Andalus para informarles de cómo Dios había llamado la atención del Califa sobre los herejes habitantes del Magrib, vecinos de sus dominios en aquella parte, por haber tenido noticias de su herejía religiosa y de su apartamiento de muchos de los preceptos de la Zuna; de cómo le había sido posible hacer que el principal de sus inductores al error, Hasan ibn Guennūn, entregase su castillo, y traerlo a la corte; de cómo el mawlà del Califa y el que guerreaba en su nombre, Gālib, tuvo que volver a la ciudad de al-Basra, por haber tenido noticias de que el maldito hijo del maldito, Ibn Zīrī, lugarteniente para Ifrīqiya del maldito Ma'add al-šī'ī (¡Dios los maldiga a entrambos!), venía por la parte de Tāhert, mostrando su intención de llegar a esta ciudad; de cómo, al saber Ibn Zīrī que Gālib se dirigía contra él, se había vuelto atrás; y de cómo había terminado felizmente la sumisión al Califa al-Mustansir bi-llāh de los príncipes de aquella zona, todos los cuales habían otorgado las correspondientes actas de juramento de fidelidad a él y habían enviado estas actas, junto con sus rehenes, al representante del Califa, el visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān.

El relato de todos estos sucesos se hizo mediante una carta, redactada por el visir kātib zalmedina de Córdoba, cuyo tenor era el siguiente:

En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.—Loado sea Dios, el que a todo ciñe y por nada es ceñido; el vencedor a quien nadie vence; el que es único y carece de número; el poderoso contra quien nadie puede; el que fija los destinos y dispone los tiempos; el que hace que la noche suceda al día; el inaccesible a las miradas; el que está en todo lugar; el que es descrito por aquellos de sus atributos que nos ha dado a conocer; el que es conocido por aquellos de sus prodigios que nos ha hecho ver; el que ayuda con su poder a que se le obedezca; el que facilita con su misericordia lo necesario [*30 r.*] para llegar a su paraíso; el que hizo hablar a todas las criaturas en su alabanza, y a todas ha obligado a confesar que de él necesitan; el que, desde antes de crearlas, las ha sometido al vilipen-

dio de la caducidad; el que no ha dado a ninguna de ellas plazo conocido que la tranquilice, ni meta descubierta en que pueda confiar, sino que las ha dejado en la duda de que pueden morir en cada abrir y cerrar de ojos o en cada respiración, y así las mantiene, entre esperanza larga y plazo limitado, «hasta que les llegue su fin, que no podrán retrasar o adelantar en un instante» [VII, 32, X, 50, y XVI, 63].

Bendito sea Dios, el mejor de los creadores, y loado sea Dios, Señor de los Mundos, el que escogió de entre sus siervos a los más puros, y los distinguió con su favor, y los honró con el privilegio de la profecía, y los constituyó como intermediarios entre él y sus demás siervos, y los asistió con los prodigios evidentes y los testimonios milagrosos, y los envió como anunciadores y amonestadores, para hacer desear su recompensa y poner en guardia contra su castigo, e hizo que se sucedieran unos a otros en toda generación y todo tiempo, hasta que selló su serie con el que ocupa más honrado lugar a su lado y más elevada posición junto a él: Mahoma, a quien Dios bendiga y salve.

A Mahoma lo envió Dios para todos los hombres con la religión del Islam, que abrogó todas las religiones, y con él abrió a todas sus criaturas los caminos de la fe. Mahoma, en efecto, les asistió con el Alcorán y con la prueba apodíctica y decisiva; los llamó hacia Dios (¡bendito y ensalzado sea!); los guió hacia Él; les dictó las leyes por que se rige la obediencia a Él; les esclareció las acciones necesarias para entrar en el paraíso; les explicó lo que es lícito e ilícito, obligatorio y tradicional; les mostró el camino derecho y los guió por el sendero claro. [*30 v.*] Mahoma les anunció que el Islam es la religión de los elegidos de Dios y la creencia de sus profetas y de sus santos; aquélla cuya misión honró Dios, cuyos argumentos puso en claro y cuya posición ensalzó, porque colocó en lo más alto la palabra de su partido «y en lo más bajo la palabra de los que fueron infieles» [IX, 40]; aquella cuya superioridad puso de manifiesto cuando dijo (¡bendito y ensalzado sea!): «En verdad, para Dios la única religión es el Islam» [III, 17]; o cuando dijo: «El que busque una religión que no sea el Islam, no le será aceptada, y en el otro mundo será de los perdidosos» [III, 79]; o cuando dijo: «En verdad Dios os ha elegido la religión, y no muráis sin ser musulmanes» [II, 26]. Mahoma, en fin (¡Dios lo bendiga y salve!), declaró con el mayor empeño la guerra santa a quien no le hizo caso, o lo rechazó, o se salió de su camino, o sacó la cabeza de su nudo corredizo, hasta que, por último, Dios (¡honrado y ensalzado sea!) hizo patente su superioridad, con lo cual aumentó el número de sus partidarios, las gentes entraron hacia él en tropel, sus argumentos se hicieron obligatorios, desapareció de él todo equívoco. le presentaron sus excusas, y se completaron los beneficios divinos sobre los que creían en él. Hasta el fin de su vida Dios lo guió, asistió y dirigió, poniendo una luz ante él y detrás de él, hasta que luego (¡bendito y ensalzado sea!) se lo llevó de este mundo, glorioso, honrado, preferido; lo constituyó en testigo de todos los mundos, y, para honrarlo más a él y a los que en él creyeren, lo distinguió a él solo con el privilegio de interceder en el Día del Juicio.

¡Dios lo bendiga a él, a todos los profetas y a sus excelentes familiares, y lo salve a él y a ellos en los mundos!

Loado sea Dios, el que eligió de la descendencia de Mahoma y escogió de su tronco a los que habían de ser vicarios suyos dentro de su pueblo, portadores de su Zuna, custodios de su ley, pastores de sus criaturas, encargados de cumplir los pactos hechos con Él, y a los que constituyó en Califas sobre sus siervos y en defensores de su partido, por saber cómo eran, para hacerles honra, y, al mismo tiempo, para purificar sus entendimientos y llamar la atención sobre el mérito de sus intenciones. Ellos, en efecto, defendieron [*31 r.*] los derechos divinos entre los hombres; no dieron su beneplácito a nadie en aquello en que no se lo hubiera concedido Dios, y no pasaron por alto innovación introducida por hereje o ambigüedad sostenida por criminal.

Tal conducta se la fueron transmitiendo entre sí, y heredándola el sucesor del antecesor, hasta que Dios Altísimo hizo que ocupase el puesto de los Califas quien era también legatario de la gloria de su linaje y poseedor de la nobleza de su estirpe; el que se guiaba por ellos, seguía su tradición, iba por su camino y alzaba la enseña de sus virtudes: el Príncipe de los Creyentes. Dedicó éste su atención al oficio que Dios le encomendaba de apacentar su grey, y lo puso por obra con tal empeño, constancia y asiduidad, que la religión volvió a estar tan floreciente como en tiempos de sus mayores. Las gentes se congregaron en el camino que les alumbró, en la senda que les allanó y en la ruta por la que los guió; se convirtieron en auxiliares de la verdad y en hermanos para repartírsela, y merced a ellos se afianzaron los cimientos de la fe. Con la justicia del Califa se atemperaron para ellos las vicisitudes del tiempo; fue general la prosperidad y se extendió el bien; los caminos estuvieron seguros, fortificados los adarves de los musulmanes, guardadas sus fronteras, sometidos los enemigos del Islam, y las fuerzas de los musulmanes victoriosas sobre ellos. Todo, por el favor y el beneficio de Dios, «pues Dios es de una generosidad inmensa» [II, 99; III, 67; VIII, 29; LVII, 21 y 29; LXII, 4].

Pues bien: cuando el Príncipe de los Creyentes apartó su espada de los politeístas—por haber dominado su maldad; por haberlos llenado de temor y de humillación, así como de sumisión y sujeción a él, y porque sus órdenes y sus prohibiciones eran cumplidas entre ellos y ejecutivas para ellos—, con la nobleza de su alma, con sus altos designios y con su poderosa voluntad se consagró a prolongar y defender a los musulmanes dondequiera que estuviesen; a dar mayor vigor a las leyes que los rigen, y hacer la guerra santa [*31 v.*] contra los innovadores herejes, los guerreros šī'íes y los imāmes de la heterodoxia, disidentes de la verdadera religión y hermanos de los diablos, que osaban alterar dichas leyes y violar en ellas lo establecido por el Libro de Dios y la Zuna.

La primera región de las comarcas musulmanas a que dedicó su atención y en la que empleó su energía fue la del Magrib, por estar más cercana a sus tierras y por conocer la empresa en que andaban metidos algunos de sus habitantes de querer alterar la religión de los muslimes, de interponerse

dio de la caducidad; el que no ha dado a ninguna de ellas plazo conocido que la tranquilice, ni meta descubierta en que pueda confiar, sino que las ha dejado en la duda de que pueden morir en cada abrir y cerrar de ojos o en cada respiración, y así las mantiene, entre esperanza larga y plazo limitado, «hasta que les llegue su fin, que no podrán retrasar o adelantar en un instante» [VII, 32, X, 50, y XVI, 63].

Bendito sea Dios, el mejor de los creadores, y loado sea Dios, Señor de los Mundos, el que escogió de entre sus siervos a los más puros, y los distinguió con su favor, y los honró con el privilegio de la profecía, y los constituyó como intermediarios entre él y sus demás siervos, y los asistió con los prodigios evidentes y los testimonios milagrosos, y los envió como anunciadores y amonestadores, para hacer desear su recompensa y poner en guardia contra su castigo, e hizo que se sucedieran unos a otros en toda generación y todo tiempo, hasta que selló su serie con el que ocupa más honrado lugar a su lado y más elevada posición junto a él: Mahoma, a quien Dios bendiga y salve.

A Mahoma lo envió Dios para todos los hombres con la religión del Islam, que abrogó todas las religiones, y con él abrió a todas sus criaturas los caminos de la fe. Mahoma, en efecto, les asistió con el Alcorán y con la prueba apodíctica y decisiva; los llamó hacia Dios (¡bendito y ensalzado sea!); los guió hacia Él; les dictó las leyes por que se rige la obediencia a Él; les esclareció las acciones necesarias para entrar en el paraíso; les explicó lo que es lícito e ilícito, obligatorio y tradicional; les mostró el camino derecho y los guió por el sendero claro. [*30 r.*] Mahoma les anunció que el Islam es la religión de los elegidos de Dios y la creencia de sus profetas y de sus santos; aquélla cuya misión honró Dios, cuyos argumentos puso en claro y cuya posición ensalzó, porque colocó en lo más alto la palabra de su partido «y en lo más bajo la palabra de los que fueron infieles» [IX, 40]; aquella cuya superioridad puso de manifiesto cuando dijo (¡bendito y ensalzado sea!): «En verdad, para Dios la única religión es el Islam» [III, 17]; o cuando dijo: «El que busque una religión que no sea el Islam, no le será aceptada, y en el otro mundo será de los perdidosos» [III, 79]; o cuando dijo: «En verdad Dios os ha elegido la religión, y no muráis sin ser musulmanes» [II, 26]. Mahoma, en fin (¡Dios lo bendiga y salve!), declaró con el mayor empeño la guerra santa a quien no le hizo caso, o lo rechazó, o se salió de su camino, o sacó la cabeza de su nudo corredizo, hasta que, por último, Dios (¡honrado y ensalzado sea!) hizo patente su superioridad, con lo cual aumentó el número de sus partidarios, las gentes entraron hacia él en tropel, sus argumentos se hicieron obligatorios, desapareció de él todo equívoco, le presentaron sus excusas, y se completaron los beneficios divinos sobre los que creían en él. Hasta el fin de su vida Dios lo guió, asistió y dirigió, poniendo una luz ante él y detrás de él, hasta que luego (¡bendito y ensalzado sea!) se lo llevó de este mundo, glorioso, honrado, preferido; lo constituyó en testigo de todos los mundos, y, para honrarlo más a él y a los que en él creyeren, lo distinguió a él solo con el privilegio de interceder en el Día del Juicio.

¡Dios lo bendiga a él, a todos los profetas y a sus excelentes familiares, y lo salve a él y a ellos en los mundos!

Loado sea Dios, el que eligió de la descendencia de Mahoma y escogió de su tronco a los que habían de ser vicarios suyos dentro de su pueblo, portadores de su Zuna, custodios de su ley, pastores de sus criaturas, encargados de cumplir los pactos hechos con Él, y a los que constituyó en Califas sobre sus siervos y en defensores de su partido, por saber cómo eran, para hacerles honra, y, al mismo tiempo, para purificar sus entendimientos y llamar la atención sobre el mérito de sus intenciones. Ellos, en efecto, defendieron [*31 r.*] los derechos divinos entre los hombres; no dieron su beneplácito a nadie en aquello en que no se lo hubiera concedido Dios, y no pasaron por alto innovación introducida por hereje o ambigüedad sostenida por criminal.

Tal conducta se la fueron transmitiendo entre sí, y heredándola el sucesor del antecesor, hasta que Dios Altísimo hizo que ocupase el puesto de los Califas quien era también legatario de la gloria de su linaje y poseedor de la nobleza de su estirpe; el que se guiaba por ellos, seguía su tradición, iba por su camino y alzaba la enseña de sus virtudes: el Príncipe de los Creyentes. Dedicó éste su atención al oficio que Dios le encomendaba de apacentar su grey, y lo puso por obra con tal empeño, constancia y asiduidad, que la religión volvió a estar tan floreciente como en tiempos de sus mayores. Las gentes se congregaron en el camino que les alumbró, en la senda que les allanó y en la ruta por la que los guió; se convirtieron en auxiliares de la verdad y en hermanos para repartírsela, y merced a ellos se afianzaron los cimientos de la fe. Con la justicia del Califa se atemperaron para ellos las vicisitudes del tiempo; fue general la prosperidad y se extendió el bien; los caminos estuvieron seguros, fortificados los adarves de los musulmanes, guardadas sus fronteras, sometidos los enemigos del Islam, y las fuerzas de los musulmanes victoriosas sobre ellos. Todo, por el favor y el beneficio de Dios, «pues Dios es de una generosidad inmensa» [II, 99; III, 67; VIII, 29; LVII, 21 y 29; LXII, 4].

Pues bien: cuando el Príncipe de los Creyentes apartó su espada de los politeístas—por haber dominado su maldad; por haberlos llenado de temor y de humillación, así como de sumisión y sujeción a él, y porque sus órdenes y sus prohibiciones eran cumplidas entre ellos y ejecutivas para ellos—, con la nobleza de su alma, con sus altos designios y con su poderosa voluntad se consagró a prolongar y defender a los musulmanes dondequiera que estuviesen; a dar mayor vigor a las leyes que los rigen, y hacer la guerra santa [*31 v.*] contra los innovadores herejes, los guerreros šī'ies y los imāmes de la heterodoxia, disidentes de la verdadera religión y hermanos de los diablos, que osaban alterar dichas leyes y violar en ellas lo establecido por el Libro de Dios y la Zuna.

La primera región de las comarcas musulmanas a que dedicó su atención y en la que empleó su energía fue la del Magrib, por estar más cercana a sus tierras y por conocer la empresa en que andaban metidos algunos de sus habitantes de querer alterar la religión de los muslimes, de interponerse

entre ellos y su Señor, y de sacarlos de la Zuna de su Profeta (a quien Dios bendiga y salve) y de lo que en sus disposiciones, y de acuerdo con la conducta de sus mayores, ordenaron los Califas rectos y buenos (¡Dios esté satisfecho de ellos!); en dejar lo cual sólo podía venirles la violación de lo que les era sagrado y la declaración de licitud de lo que les era ilícito. No pudo el Califa entonces contener su anhelo de ir en su ayuda y sacarlos de manos de estos rebeldes que los tiranizaban. Y Dios lo auxilió generosamente, lo afianzó en aquella tierra, ensalzó su autoridad, acreció el número de sus soldados y favoreció su causa, concediéndole su gracia; prestándole su asistencia, su dirección y su apoyo en cualquier asunto grave, siempre que trataba de defender un interés de los musulmanes; honrándolo en esta vida temporal y reservándole, por los méritos ganados en ella, los bienes de la otra imperecedera; fortaleciendo sus pasos cuando se encaminaba al bien, infundiendo para todo ello en sus auxiliares y partidarios una decisión eficaz, un juicio penetrante y una energía libre de vacilaciones y exenta de desmayos. Dios Altísimo ayudó, pues, su ejército, y lo hizo dominar y vencer a todos los que habían proclamado la desobediencia y manifestado la rebeldía contra él, y a todos los que habían abandonado la sumisión, pues Dios los cogió por los cabellos y los sometió a su voluntad y a su arbitrio. De esta suerte, la obediencia fue general [*32 r. hasta l. antep.*] en todas las tierras del Magrib, la oración se hizo normalmente en todos los púlpitos de sus capitales, y los predicadores alzaron en ellos la voz para magnificar, loar y glorificar a Dios (¡honrado y ensalzado sea!) como es debido, y para implorar la bendición divina en favor del Príncipe de los Creyentes y de la comunidad de los musulmanes.

Cuando el visir caíd Gālib, mawlà del Príncipe de los Creyentes, volvió a al-Basra, habiendo sabido que el criminal hijo del criminal, Buluggīn ibn Zīrī, se había encaminado a Tāhert y permanecía en ella con intención de avanzar contra él, quiso también dirigirse a aquella parte en que Buluggīn estaba; pero el enemigo de Dios salió huyendo y volvió las espaldas, porque Dios llenó su corazón de miedo y su pecho de espanto. Entonces el Príncipe de los Creyentes ordenó a Gālib que no se moviese de su sitio, por temor de que los ejércitos perjudicasen a los sometidos a la causa leal por la parte de Fez y sus contornos, y que se les llevasen buena parte de sus víveres y provisiones, cuando aún tenían las cosechas por segar y recoger.

Con este motivo acudieron a Gālib los personajes importantes de Fez y de toda aquella zona del Magrib. ʻAbd al-Karīm ibn Yahyà y Muhammad ibn Hasan, señores de las dos orillas de Fez, le enviaron sus rehenes; ʻAlī ibn Jalūf al-Magīlī le envió asimismo su hijo y sus rehenes; y así, fueron viniendo sin cesar a su lado enviados de los Banū al-ʻĀfiya, ofreciendo [*100 v desde l. 5*] su alianza y vasallaje a aquel cuya autoridad era tan poderosa y que había apartado de ellos la maldad de la secta extraviada y extraviadora que hasta muy poco los había cubierto y rodeado. Todos ellos pusieron de manifiesto la pureza de sus creencias; la firmeza de su sumisión, a la que se obligaban sin reservas; que respondían con alma y vida al que la proclamaba; que quemarían los púlpitos de los herejes, llenos de cosas nada

gratas para Dios (¡ensalzada sea su gloria!) ni para su Profeta (¡Dios lo bendiga y salve!); que seguirían la doctrina de la comunidad en sus oraciones, en sus llamadas a la oración y en todas sus prácticas y decisiones; y que acuñarían en las cecas con su nombre y conforme a su patrón. De esta suerte se completó el beneficio de Dios Altísimo para el Príncipe de los Creyentes y para ellos con él, pues la obediencia prestada al Califa disolvió sus odios, aunó sus corazones y concertó sus esfuerzos contra los rebeldes, gracias a Dios, Señor de los Mundos.

El Príncipe de los Creyentes te ordena que esta carta suya sea leída en los almimbares de tu jurisdicción para que los musulmanes se alegren de su contenido y alaben a Dios por él. Si Dios quiere. A Él es a Quien hay que pedir ayuda.

Se escribió a 1.º de dū-lqa'da del año 363 [= 24 junio 974].

[195]

[*Recepción de embajadores cristianos*]

[*101 r.*] El sábado día 9 de dū-l-qa'da [= 1.º agosto 974], se sentó en el trono del Príncipe de los Creyentes, en el Alcázar de al-Zahrā', para una recepción solemne, con formaciones militares dentro y fuera del Alcázar. Le ministraron, por la derecha, el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y, por bajo de él, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah; [por la izquierda, ...]. Empalmaban con las dos filas de hāyibes los diversos funcionarios palatinos, conforme a sus categorías.

Al primero a quien recibió fue al embajador del tirano de Barcelona, o sea a Gītār, señor de la ciudad de Barcelona por cuenta de su emir Borrell, hijo de Sunyer, el cual entregó su mensaje y habló sobre él, afirmando su obligación de guardar la obediencia y ponderando la rectitud de su conducta.

A continuación recibió a Ašraka, embajador de Oto, rey de los Francos, que también entregó su mensaje, renovando el pacto y afianzando el compromiso existente.

Por último, recibió a Esteban ibn ¿Abīkah?, embajador del Obispo de Y.r.n.š. y de Nuño ibn Gundišalb, señor de Castilla, y a Balbīs [Vélez] ibn ¿Š.drīt?, embajador de Fernando Ibn al-Šūr [Ansúrez], los cuales entregaron sus cartas y hablaron en los términos que se les había ordenado sobre su alegría por la perduración..., y ya se había dado cuenta de su deseo de que perdurara. Estos dos mensajeros tuvieron muy ama-

ble respuesta, recibieron el regalo acostumbrado y regresaron a su destino en la última decena del mes de dū-l-hiyya [= comienzos de septiembre 974].

[196]

[*Llegada de Ibn Šuhayd, procedente de Marruecos*]

La tarde del mismo día en que el Califa concedió audiencia a estos embajadores y ellos fueron a verlo, llegó a al-Zahrā' Marwān ibn Ahmad ibn 'Abd al-Malik ibn Šuhayd, tesorero de viaje, que regresaba del ejército del Magrib, después de llevar y distribuir las pagas de las tropas que permanecían en Berbería al mando del visir caíd Yahyà ibn Muhammad al-Tuyībī, [*101 v.*] único que quedaba al frente de ellas luego del regreso del visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān.

Ibn Šuhayd había subido al castillo de al-Hayar, en el que se rindió Ibn Guennūn, y había hecho su medición, que trajo, conforme a las órdenes recibidas.

[197]

[*Envío de dinero a Marruecos*]

Llegado el momento de abonar al ejército que quedaba en Berbería, al mando del visir Yahyà ibn Muhammad, las pagas correspondientes al mes de dū-l-hiyya de este año, se hizo salir para Berbería al tesorero Ahmad ibn Muhammad ibn Hafs ibn Yābir, como portador de las sumas necesarias, el lunes día 3 de dicho mes [= 25 agosto 974].

[198]

Relación de la Fiesta de los sacrificios correspondiente a este año.

Se celebró el lunes día 10 de dū-l-hiyya [= 1.° septiembre 974].

Ese día, el Príncipe de los Creyentes se sentó en el trono con la mayor solemnidad y pompa, para recibir las felicitaciones, en el Salón oriental de la Azotea alta, que da sobre los jardines. Una vez que lle-

garon los Hermanos, se les dio permiso para entrar en la cámara antes que a nadie, y, después de saludar se sentaron, por la derecha, el hermano uterino Abū-l-Asbag 'Abd al-'Azīz, y, por bajo de él, Abū-l-Mutarrif al-Mugīra; [y, por la izquierda, Abū-l-Qāsim al-Asbag. Ministraron al Califa ese día, por la derecha,] el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān; por bajo de él, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah; y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Ahmad ibn Basīl; y, por la izquierda, el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā Ahmad ibn Sa'd al-Ya'farī. Empalmaban con estas dos filas los grandes funcionarios palatinos, con arreglo a sus categorías, es a saber, ashāb al-majzūn, tesoreros, 'urrād, ashāb al-hašam y los demás. Quedó de pie en el salón una formación [*102 r.*] perfecta y una alineación completa de los grandes fatàs y de los grados inferiores que les acompañaban, como kātibes, wasīfes y empleos inmediatos, conforme a sus categorías

El príncipe Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Príncipe de los Creyentes, se sentó ese día—y fue la primera vez en que recibió solemnemente a todo el mundo—en el Salón occidental, llamado Salón de al-Ayrā' (?). también en la Azotea alta, sobre los jardines. Su estrado se correspondía con el de su padre el Califa. Estaba revestido de suma gravedad y se mostraba tranquilo. Parecíase a su padre y señor el Príncipe de los Creyentes, el día en que éste recibió por primera vez a todo el mundo, a comienzos del reinado de su padre al-Nāsir li-dīn Allāh (¡Dios se apiade de él!), en la Fiesta de los Sacrificios del año 308 [= 22 abril 921], tal como lo describió en una poesía, compuesta para tal ocasión, 'Ubayd Allāh ibn Yahyà:

[*basīt*]

Maduro de talento, niño en años, lleno de porvenir:
así lo engendró, en noble casta, un adulto de madura prudencia.

Ministraron este día al príncipe Hišam: por la derecha, su tío materno Rā'iq ibn al-Hakam, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-wustà 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà ibn Hāšim al-Tuyībī; y, por la izquierda, el sāhib al-šurta al-'ulyā Yahyà ibn 'Ubayd Allāh ibn Yahyà ibn Idrīs, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-'ulyā y al-hašam Qāsim ibn Tumlus. Sus dos filas empalmaban con los diferentes funcionarios palatinos que habían sido designados para prestar allí servicio, a los cuales se agregaron los hijos de los visires, en su mayoría hijos de visires vivos. Figura-

ban entre ellos: los hijos del visir 'Abd al-Rahmān ibn Mūsà ibn Muhammad ibn Hudayr... ibn Mūsà y Muhammad ibn Ahmad; los del visir Muhammad ibn 'Abd Allāh ibn Badr; los del visir Ya'far ibn 'Utmān; los del visir Muhammad ibn 'Abbās; los del visir Ahmad ibn 'Abd al-Malik ibn [*102 v.*] Šuhayd; y Muhammad, hijo del visir Sa'd ibn al-Hakam. Con ellos entraron y se añadieron a los más allegados, entre los que no eran hijos de visires, los hijos del zalmedina [de al-Zahrā] Muhammad ibn Aflah; Muhammad ibn Rizq ibn al-Hakam; los hijos de Ahmad ibn 'Abd al-Hamīd ibn Basīl, y otros. De los grandes fatàs jalīfas se pusieron: a la derecha del príncipe Abū-l-Walīd, el gran fatà su servidor Ma'qil; y, a la izquierda, el gran fatà Sukkar, y, después de él, el gran fatà su servidor Murtāh. Por la derecha se alinearon luego los últimos en categoría de los fatàs del Alcázar de Córdoba.

La solemnidad de este día fue extraordinariamente brillante y enormemente concurrida. Todos los que comenzaban por saludar al Príncipe de los Creyentes—individuos de Qurayš, mawlàs, clases sociales de Córdoba, jerarquías del ejército regular, pudientes de la ciudad, ulemas jurisconsultos, cadíes de las coras, hukkām, jefes militares—venían luego a saludar el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Príncipe de los Creyentes, grupo tras grupo y clase tras clase. Incluso lo hicieron también sus tíos paternos los Hermanos y cuantos los seguían, como visires, hukkām y altos personajes.

El Califa al-Mustansir bi-llāh al-Hakam había dado previamente orden de avisar ese día a Hasan y a Yahyà, hijos de al-Qāsim—o sea, los dos Hasanīes hechos venir de Berbería—para que compareciesen. Así lo hicieron, y cumplieron con el deber de saludar, tanto al Califa como a su hijo el príncipe, acompañados de sus hijos y familiares. Su presencia como sometidos, después de haber sido insolentes adversarios, fue uno de los más excelsos ornamentos de aquella fiesta y de los que contribuyeron a realzar su fausto. A todos ellos, después de cumplido el deber que les llevaba, se les hizo sentar en el segundo banco, contiguo al banco en que estaba sentado [*103 r.*] el Califa, y desde allí, hasta que les tocó salir con los individuos de Qurayš, estuvieron contemplando la espléndida ceremonia, con los corazones en las gargantas, de dolor y tristeza.

Entre medias de todo esto, los oradores y los poetas rivalizaron en describir la fiesta, improvisando y recitando, y fueron largos y prolijos. Entre las poesías de que mejor nos acordamos figuran estos

versos de Ahmad ibn 'Abd al-Malik en una hermosa qasīda que comenzaba:

[*tawīl*]

La fiesta ha puesto de manifiesto a la luna del imperio en la órbita de [la gloria,
y la belleza que ha descubierto no ha tardado en embellecerla.
Es una luna nueva que iluminó el oriente y el occidente de la tierra.
Cuantos la ven claman y gritan de alegría.
Ya salió como una luna perfecta, pero, cuando se cumplan sus noches
y se complete su claridad, será todavía más perfecta.
Vistió a la fiesta de brillo, con esplendor
cuyos reflejos ofuscan la vista e impiden mirarla,
y la ennobleció con su luz, ella que no cesó
de estar ennoblecida, desde que existe, con la luz paterna.
(En los caballos es un adorno las brillantes manchas blancas de sus patas,
y siempre fueron preferidos los corceles luceros y cuatralbos.)
Ha hecho volver a la risueña primavera antes de sazón
con su rostro, que la Suerte nos mostró como estrella de buen augurio.
Ha devuelto a la tierra los jardines, las flores,
y una fertilidad que ha cubierto con demasía lo estéril.
El Príncipe de los Creyentes le hizo heredar sus nobles prendas
(como vergeles generosamente regados por nubes fecundas)
y el parecido con él, que lo eleva sobre todos los hombres
con superioridad y a distancia inaccesibles,
lo ha puesto al frente de la fiesta, descubriéndolo.
¡Honor a lo que en él crió y puso de manifiesto!
[*103 v.*] Siendo un niño, lo hizo heredero del Califato,
herencia con la que sin tardar se alzó adornado,
garantizando y saliendo fiador de que eso le bastaría
para obtener toda grandeza espiritual y temporal,
y lo hospedó en el mismo palacio del Califato,
alojándolo con toda felicidad y buena estrella.
Cuando llegó el permiso para entrar a saludarles a ambos,
y el pregonero encargado de ello nos lo hizo saber,
mawlàs y esclavos fueron en tropel a besar
la mano del excelso rey, primero y último.
No dejaron de besar ese mar, desbordante
de las provisiones de todos los humanos, y esa fluyente lluvia.
Ningún día fue noble, ni ellos pudieron estar orgullosos entre las gentes,
hasta hoy en que besaron humildes esa mano.
Luego fueron a ver al heredero del trono, en el salón
en que todos los enemigos desearían servir apiñados.
Al aproximarse a él, se fueron acercando modestamente,
mientras él se alzaba y elevaba por encima de las dos [estrellas] Simāk.

Les tendió una mano del linaje de al-Hakam,
mano que tiene por esclavas a la nobleza y a la gloria,
y se precipitaron a besarla, llenos de alegría,
como bestias sedientas que llegan a una aguada.
Los penetraba una majestad, a la que se sometían,
como grullas que contemplan un halcón.
Si no hubiese sido porque les sonreía sin cesar,
habrían pensado que sus almas iban a separarse de los cuerpos.
¡Escucha, heredero del trono, la llamada de un sediento
que ha visto una aguada dulce y se ha levantado a beber!
De antemano había puesto su esperanza en lo que en ti se anunciaba,
y ahora tus beneficios le han puesto en posesión de lo que esperó.
Tú eres para él un señor generoso, y sólo espera
poder llamarte para siempre dueño y asilo.

[199]

[*Meteorología*]

[*104* r.] El miércoles día 11 de dū-l-hiyya [= 2 septiembre 974] se nubló, y al día siguiente jueves llovió, con lo cual se empapó la tierra y pudieron comenzar las labores del campo.

[200]

[*Ibn Abī ʿĀmir regresa enfermo de Marruecos*]

En la última decena de dicho mes [= 11 a 20 septiembre 974] llegó a Córdoba, enfermo, el sāhib al-šurta al-wustà, jefe de la ceca, curador de las herencias vacantes y cadí de Sevilla Muhammad ibn ʿAbd Allāh ibn Abī ʿĀmir, de regreso del ejército que permanecía en tierras del Magrib.

[201]

Relato de cómo el tirano García ibn Fernando, señor de Castilla y Álava, se decidió a violar la tregua (después de haber manifestado deseos de prorrogarla y de haber enviado embajadores a la corte para afianzarla), aprovechando la ocasión

de que el gobierno estaba ocupado en la guerra contra los rebeldes de tierras de Berbería, y de que había enviado al otro lado del mar, para combatir a éstos, a su mejores caídes y ejércitos; de cómo este tirano se había concertado con la mayoría de los tiranos cristianos vecinos del territorio del Islam; y de cómo todo esto terminó con que Dios otorgó la victoria a los que siguen su palabra y rodeó al enemigo de vilipendio y afrenta.

El sábado día 21 de dū-l-hiyya [= 12 septiembre 974] hubo noticia de la Frontera media de que el tirano García ibn Fernando ibn Gundišalb, señor de Castilla, había violado de improviso la tregua, después de haber manifestado deseos de afianzarla; [*104 v.*] de que había invadido con presteza el territorio musulmán; de que había emprendido una campaña de hostilidad contra el castillo de Deza y sus contornos, dentro de la jurisdicción de 'Amrīl ibn Tīmlīt, en la mañana del jueves día 11 de dū-l-hiyya [= 2 septiembre 974] de este año; de que los habitantes del castillo se habían mantenido en pie de guerra; de que el tirano les había quemado los panes y les había llevado por delante muchos ganados; de que Zirwāl y Madā, hijos de 'Amrīl ibn Tīmlīt, gobernadores de la región, escapados con algunos de sus compañeros, le habían salido al encuentro, habían salvado las vacas y las ovejas y dado muerte a algunos de los cristianos que se las llevaban; de que entonces había salido contra ellos nutrida caballería que los puercos tenían emboscada y con la que no habían contado; de que se trabó entre ambas partes un violento y largo combate; de que el caíd Zirwāl había recibido una lanzada que le costó la vida y encontró el martirio (¡Dios se apiade de él!) yendo contra su adversario; y de que dicha batalla acaeció el día mencionado y en el lugar conocido por el Fahs [o Llano] de Alboreca, en las proximidades del castillo de Madā.

Al recibirse esta noticia, ordenó el Príncipe de los Creyentes que se hiciera volver a los embajadores del maldito García que habían venido a ver al Califa con la misión de consolidar la tregua y que acababan de partir el viernes con una contestación favorable a sus deseos. Para ello les despachó un furāniq, que les transmitiera la orden de regresar; pero ellos se negaron, quisieron matarlo y siguieron su camino. Entonces el gobierno hizo salir en su persecución a Aflah, encargado de las Caballerizas reales, con un escuadrón de los principales del ejército regular, entre los que iban Ta'bān ibn Ahmad, Husayn

ibn Ibrāhīm al-Jalī' y otros, muchos en número. Los encontraron ocultos en uno de los barrancos de tierras de Caracuel, desviados del camino. Se los trajeron, mal de su grado, con la mayor violencia, y fueron encerrados en durísima prisión.

[202]

[105 r.]*Relato de cómo el Califa se aficionó a los jinetes beréberes ultramarinos, después de haberles tenido aversión, siguiendo en esta aversión la ruta trazada por sus abuelos los Banū Marwān; de cómo pasó con rapidez a desearlos después de haberlos tenido apartados; de cómo este cambio trajo como consecuencia su multiplicación y su favor; y de cómo estas cosas fueron más tarde causa de la división de las taifas del ejército andaluz, y de que derribaran el imperio tradicional y se enzarzaran en la desoladora guerra civil berberisca; todo por un insondable decreto de Dios.*

Digo yo [Ibn Hayyān]:

El Califa al-Hakam no cesó de seguir [en un principio] la ruta que trazó su excelso padre el Califa al-Nāsir, cuando se apoderó de Ceuta, puerto principal de las tierras de Berbería, temible por la posible acometida de sus habitantes y de los beréberes que hay tras ellos. [Al-Nāsir, en efecto,] tomó Ceuta, cosa que no había hecho ninguno de sus antecesores; se apoderó de aquel paso, que podía ser hacia él o contra él; lo dominó con su enorme fuerza y su enérgica autoridad; pero se mantuvo muy por encima de los príncipes de ella, que se le inclinaron, siempre en guardia contra sus posibles acometidas, odiándolos, teniéndolos a raya, y no tratando de entre ellos más que a aquellos que le escribían o mostraban amistad, y eso desde lejos y con suma precaución de sus presumibles engaños. Si bien les halagaba con regalos y presentes, nunca les permitió pasar a verlo, ni les exigió jamás que le ayudaran. Se daba por satisfecho con los hombres de su al-Andalus y con las hechuras de sus abuelos, prefiriéndolos a cualesquiera otros; y así, no tomó a su servicio más beréberes que algunos viles y siervos, entre los más jóvenes [105 v.] y pobres, a los que impuso el nombre de tanyiyyīn, y a los que dio los más bajos empleos militares, destinándoles las pagas más ruines y utilizándolos en los más penosos trabajos.

Su hijo y sucesor el Califa al-Hakam, a comienzos de su reinado, llevó al límite la imitación de esta conducta, apretó la mano en continuarla, puso en seguirla el mayor empeño de su corazón, y la adoptó con toda firmeza, llegando incluso a prohibir severamente a sus pajes, tropas mercenarias y ejércitos regulares que imitaran a los beréberes, se les asemejaran en nada o empleasen en sus vestidos o monturas cosa alguna del atuendo de éstos. Llegó al extremo de que, cierto día, cuando se dirigía, acompañado de su cortejo, hacia su residencia de [*Madīnat*] *al-Zahrā', como se fijase en que uno de sus pajes iba montado a caballo en una silla de factura ultramarina—con los lados del asiento muy finos y los borrenes delantero y trasero muy cortos, tal como no se había visto otra—, lo reprendió violentamente, desviándose de él, y, sin poder reprimirse, habló en voz baja con su hāyib Ya'far al-Siqlabī, que iba a su lado, echándole en cara su descuido por no haber cambiado dicha silla, y ordenándole que, apenas echara pie a tierra, castigara duramente al siervo en cuestión e hiciera quemar la silla en la Dār al-yund* [= *Casa militar*], *delante de todos los presentes, para hacer pública su indignación; todo lo cual se cumplió al instante. La violencia de su reprobación produjo suma extrañeza, y todos los que presenciaron la escena se abstuvieron en lo sucesivo de emplear sillas como aquélla, aunque a la mayoría de ellos les gustó sobremanera.*

No había pasado mucho tiempo, sin embargo, cuando Dios probó al Califa con la guerra de los Hasaníes Banū Muhammad, los que se sublevaron contra él en tierras de Berbería y eran vecinos de sus posesiones en ellas. El Califa se empeñó en reducirlos por la superioridad de su fuerza sobre la de ellos y la de su rico imperio sobre el estéril desierto de los revoltosos, que buscaban la ayuda de sus parientes y aliados los beréberes. Con este fin de dominarlos, les llevó la guerra [106 r.] *y envió contra ellos sus ejércitos; pero encontró en aquellos hombres un auténtico valor y un fuerte coraje, ya que, a pesar de su corto número, lograron contener las oleadas del torrente que se les venía encima y detener con sus grupos de jinetes la multitud de los escuadrones califales. Aguantaron, en efecto, los ataques, resistieron las acometidas e incluso obtuvieron la victoria en algunos lugares, llegando a matar al excelso caíd Ibn Tumlus, el primero que les atacó con tropas cordobesas, entre un grupo de guerreros del ejército regular. Produjo todo esto al Califa al-Hakam viva irritación y tristeza, y se vio obligado, por causa del valor que demostraban, a dedicarse a ellos por entero y a persistir en combatirlos. Con este objeto llevó contra ellos a*

toda la caballería de al-Andalus, puso en esa frontera a sus mejores caídes, y cubrió el mar que lo separaba de ellos con flotas cargadas de armas, pertrechos, víveres y dinero, todo lo cual se consumió en combatir a los revoltosos y en conciliarse los ánimos de las gentes del país que se inclinaban en favor suyo y en contra de ellos. Por fin pudo sojuzgarlos, hacerlos bajar de sus fortalezas, apoderarse de sus residencias y hacerlos venir a al-Andalus, una vez perdonados del mal que habían hecho. Y fue de tal modo como el resto de los hombres de estos Hasanīes—siervos de sus jefes—entraron en Córdoba a disposición de al-Hakam, que había tenido ya ocasión de probar su amarga hostilidad y de reconocer su valor. Y el Califa los incorporó a todos, quitándoselos a sus señores; los alistó en su ejército; los confortó con sus dádivas y los aposentó en su propia casa. Eran un cierto número de grupos de combatientes, tanto mawlàs como hombres libres, entre los que había perfectos jinetes, de notorio valor, a todos los cuales aceptó en su servicio y alabó por su capacidad.

Antes de esta ocasión había ya hecho algo parecido con los esclavos negros de los dos hijos de al-Andalusī, Yaʿfar y Yahyà, gobernadores de Maʿadd al-Šīʿī, señor de Ifrīqiya, acogidos a su protección. Encolerizado con ambos [106 v.] por la resistencia que opusieron a cederle dichos esclavos negros en el precio que les ofrecía, uno y otro tuvieron que solicitar su gracia, mediante la cesión, y el Califa incorporó a dichos esclavos negros—junto con algunos hombres libres, compañeros de Yaʿfar y Yahyà, que se les unieron—a otros groseros hombres de Ultramar, venidos a él, que había incorporado anteriormente. Había entre ellos hombres de sobresaliente valor y virilidad, que no hacía mucho habían experimentado las tropas de los Hasanīes.

Completóse así un grupo berberisco espléndido e importante, que vino a engrosar el formado por los hombres de los Banū Birzāl, acogidos también anteriormente al amán del Califa, y superiores a todos ellos en valor y bravura. Estos Banū Birzāl fueron los que se aliaron con los hijos de ʿAlī [al-Andalusī], en el encuentro contra Zīrī ibn Manād al-Sinhāŷī, emir [lugarteniente] de Maʿadd para el Magrib, y a quienes Dios concedió que mataran a Zīrī, y que alcanzaran por ello un renombre con el que se incorporaron al Califa al-Hakam. No pudiendo, en efecto, seguir en sus territorios de Ultramar, por miedo al hijo del muerto, Buluggīn ibn Zīrī, que quería vengar a su padre, pasaron a al-Andalus, invitados por el Califa al-Hakam, que les garantizaba una buena acogida y una paga espléndida. A ambas cosas dio cumplimiento,

pues los hospedó, favoreció, alabó y distinguió, aunque para ello hubo de pasarles por alto el punto flaco de sus creencias religiosas, que los alejaba de él, tan meticuloso y rígido en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y a pesar de que sabía que eran jāriyīes y profesaban la doctrina nakkāriyya, una de las sectas ibāḍīes, que en este tiempo encontró su mejor representante en su imām Abū Yazīd Majlad ibn Kaydād, el rebelde contra la Šī'a. Con todo, los acogió, sin reparar, con mirada indulgente, en su secta religiosa.

De esta suerte, al fin de su corto reinado, el Califa reunió junto a sí, de estas tres facciones berberiscas—hombres de los Banū Hasan, hombres de los dos hijos de al-Andalusī [107 r.] *y hombres de los Banū Birzāl—un importante ejército, que se acercaba a los 700 jinetes, entre los cuales había personas notables y distinguidas, que lograron en breve plazo los cargos directivos del ejército. Todos ellos eran beréberes, los mismos que tanto tiempo había odiado y dado de lado el poder público. Ahora, en cambio, Dios les concedió que la suprema autoridad los acogiera, encontrara bellos sus atavíos y estimara en sumo grado la ligereza de sus monturas y la agilidad de sus evoluciones. Le parecía ahora al Califa que su empleo de atalajes especiales era más acomodado a la factura de los mismos y mejor para los caballos. Llegó incluso, en los días de su enfermedad, a asomarse desde la alcazaba de la Dār al-rujām* [= *Casa de mármol*], *en cuyo patio hacían alarde los soldados los días en que recibían las pagas, para contemplar a los jinetes beréberes, cuando evolucionaban jugando, y no les quitaba ojo, lleno de asombro. «Mirad—decía a los que le rodeaban—con qué naturalidad se tienen estas gentes a caballo. Parece que es a ellos a quienes alude el poeta* [*Mutanabbī*] *cuando dice:*

[kāmil]

Diríase que [*los caballos*] *nacieron debajo de ellos,*
y que ellos nacieron sobre sus lomos.

¡Qué asombrosa manera de manejarlos, como si los caballos comprendiesen sus palabras!» Y los que le oían se maravillaban de la rapidez con que había cambiado de opinión respecto de los beréberes.

Todo esto procede de un destino prefijado, para realizar el cual Dios se sirve de ellos contra sus siervos, haciendo que se cumpla por sus manos. El Califa al-Hakam (¡Dios tenga misericordia de él!) los puso al servicio de su hijo Hišām, el llamado a ocupar su puesto; los señaló

con su predilección y confió sus asuntos al más íntimo de sus visires, Ya'far ibn 'Utmān al-Mushafī, su favorito y jefe de su gobierno, a cuyo lado medraron. La muerte de al-Hakam ocurrió a poco. El sucesor de Ya'far ibn 'Utmān en la gestión de los asuntos del imperio de Hišām y que gobernó tras él, Muhammad ibn Abī 'Āmir, los siguió colmando de bienes, pues se sirvió de ellos [107 v.] *en provecho propio al apoderarse del mando, los elevó sobre las restantes categorías de sus ejércitos, los convirtió en fuerza personal suya, y se hundió con ellos en las tinieblas mientras vivió. Tras él mostraron enemistad contra el Califa (a causa de la irritación que les produjo el hecho de que éste desheredara a su propia familia) y esta enemistad los ha conducido a la situación actual, en la que están a punto de anular el Califato, quebrantar la unidad del Estado, preparar el camino a la guerra civil y poner a la Península en trance de muerte, a menos que Dios (¡ensalzada sea su gloria!), al terminar el siglo próximo a expirar, quiera salvar al Islam, devolviendo a sus fieles el turno favorable, pues Él es quien puede y debería hacerlo (¡honrada sea Su faz y ensalzada sea Su gloria!)*

Termina el año 363 [= *2 octubre 973 a 20 septiembre 974*].



AÑO 364

[LUNES 21 SEPTIEMBRE 974 — JUEVES 9 SEPTIEMBRE 975]

[203]

Noticia de la llegada a Córdoba del visir generalísimo Gālib ibn ʿAbd al-Rahmān, de regreso de Berbería, trayendo consigo a Ahmad ibn Guennūn y a sus partidarios.

El miércoles día 3 de muharram [= 23 septiembre 974] sentó sus reales el visir generalísimo Gālib ibn ʿAbd al-Rahmān en el campamento del Guadajoz, de regreso de las tierras de Berbería, trayendo consigo a los Banū Idrīs, los Hasanīes Qurašīes, príncipes del Magrib, arrancados de sus castillos para pasar a al-Andalus. Venían como séquito de su jeque y principal, el famoso con la denominación de Guennūn, pero cuyo verdadero nombre era Ahmad ibn ʿĪsà ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Idrīs ibn ʿAbd Allāh [*108 r.*] ibn Hasan ibn al-Hasan ibn ʿAlī ibn Abī Tālib (¡Dios esté satisfecho de ellos!), señor de al-Aqlām y de sus contornos, en tierras de Berbería, a quien acompañaban su hermano Ibrāhīm ibn ʿIsà, y sus primos Maymūn ibn al-Qāsim y el hermano de éste Yahyà ibn al-Qāsim, con sus mujeres e hijos.

Al cerrar la noche del jueves día 4 de dicho mes [= 24 septiembre 974] se dio orden de que las mujeres de los citados šerīfes fueran trasladadas desde el campamento del Guadajoz a las casas que habían sido desalojadas para estos personajes en la medina de Córdoba y en sus arrabales, con objeto de ocultarlas a las miradas indiscretas, en las sombras nocturnas.

Pusieron a su disposición buenas monturas con preciosos atalajes, y sus maridos enviaron con ellas a sus fatàs y mawlàs de más confianza, a fin de que las llevaran a las casas que les habían sido desti-

nadas en Córdoba. Los aposentos de estas casas habían sido previamente alhajados con preciosas alfombras y ricas cortinas, y los tapiceros los habían aderezado con toda perfección y dispuesto con la mayor comodidad. Sus despensas habían sido asimismo abastecidas de alimentos y de tinturas, ungüentos, especias, leña, y los otros productos más usados, sin contar los utensilios, cacharros, vajillas y demás adminículos con que se adornan las viviendas. Con todas estas comodidades quedaron aposentadas de manera agradable, suficiente y superior a toda ponderación.

Todas las categorías del ejército regular y de los mawlàs habían recibido orden de estar prestas para cabalgar, salir al encuentro del visir caíd Gālib ibn ʻAbd al-Raḥmān y venir precediéndolo, y las del ejército regular la recibieron también de pasar aviso a los personajes principales de los habitantes de las coras de al-Andalus para que vinieran a Córdoba a presenciar la solemnidad, como lo hicieron con presteza y a porfía. Los jefes de movilización de mercenarios se encargaron de la misión [*108 v.*] que les competía de montar a las tropas y designar las formaciones, y así lo hicieron a la perfección, con el celo acostumbrado.

En la mañana del jueves día 5 del mes [= 25 septiembre 974] salieron de Madīnat al-Zahrā', con su impedimenta, los soldados y los escuadrones del ejército regular—jamsiyyīn [o jumsiyyīn], mamālīk y ʻabīd—, para ir al encuentro del visir Gālib y volver precediéndolo. En el mismo momento en que llegaron a su campamento, arrancó entre la multitud de las tropas que con él regresaban. Le rodeaban los principales caídes que le habían estado incorporados en el ejército del Magrib, se habían desenvuelto bajo sus órdenes y habían peleado bajo su bandera, tales como Maysūr al-Rūmī, Rašīq al-Bargawāṭī, Saʻīd ibn ʻAbd al-Raḥmān, conocido por al-Yadarī, y Qaysar (todos ellos mawlàs); ʻAbd Allāh ibn Marwān ibn Maslama e Ismāʻīl ibn ʻAbd al-Raḥmān ibn al-Šayj (jefes ambos del servicio palatino); el ṣāḥib al-majzūn Salma ibn al-Hakam al-Yaʻfarī y el tesorero Aḥmad ibn Muḥammad ibn Ḥāyib. Al ponerse en marcha el visir caíd Gālib lo hicieron también los Banū Idrīs Qurašíes.

Todos ellos avanzaron en el cortejo de Gālib hasta llegar a la puerta de Córdoba, donde empezaba una formación militar, admirablemente organizada y perfectamente equipada, de tropas de infantería en dos filas, llevando escudos y lanzas; formación que continuaba hasta la puerta del Alcázar. El lugarteniente del zalmedina, Muhammad,

hijo del visir Yaʿfar ibn ʿUtmān, estaba sentado en el sitial de la medina, teniendo delante a las diferentes clases de oficiales, guardas, diferentes cuerpos de policía, muštarīn y murtazaqīn, etcétera. El visir Gālib desfiló con su ejército, rodeado de los caídes ya dichos, precedido de las tropas y formaciones que habían ido en su busca, y seguido de los šerīfes [*109 r.*] Banū Idrīs, que iban situados en el cortejo con arreglo a sus edades y categorías. Atravesada la ciudad, y una vez dejado atrás el caserío de Córdoba, fue a sentar sus reales en el Fahs al-Nāʿūra e instaló allí su pabellón. Los generales compañeros suyos y los šerīfes se instalaron también en tiendas que les estaban destinadas. Permanecieron acampados en ese lugar aquel jueves y el viernes siguiente.

Al llegar el sábado día 6 de muharram [= 26 septiembre 974] fueron encargados el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah, el sāhib al-šurta al-ʿulyā Qāsim ibn Muhammad ibn Tumlus y su hermano Ahmad ibn Muhammad ibn Tumlus de organizar la formación de los cuerpos del ejército regular y de los contingentes de mamālīk, y de distribuirlos en dos filas ordenadas y seguidas desde el Alcázar de al-Zahrā' hasta el lugar en que se hallaba acampado el visir general Gālib en el Fahs al-Nāʿūra. Una vez que las dos filas estuvieron correctamente formadas y perfectamente distribuidas, le fue ordenado al visir caíd Gālib ponerse en marcha con sus acompañantes. Cabalgaron entonces él y sus generales, así como los šerīfes Banū Idrīs, con sus hijos, parientes, soldados y servidores. Luego avanzó Gālib, seguido de todos, y atravesó la formación por el siguiente orden: primero. pasaron entre dos filas ininterrumpidas de infantes de Córdoba y de sus distritos, que llevaban en las manos lanzas y escudos; luego por una formación de jinetes con loriga, equipada por los saqāliba del Alcázar y por los funcionarios palatinos; luego entre dos filas de jinetes tangerinos con loriga; luego entre dos filas de otros jinetes con loriga; luego entre dos filas de ʿurafā' con loriga; luego entre dos filas de jinetes jamsiyyīn [o jumsiyyīn], esclavos negros de las manufacturas reales y esclavos negros arqueros, vestidos todos con lorigas y cascos; luego [*109 v.*] entre dos filas de esclavos negros yaʿfarīes, vestidos de capas blancas, tocados de maqārīf de pelo, y con los arcos y aljabas a los hombros; luego entre una formación de jinetes enlorigados que llevaban en las manos lanzas sin ningún adorno; luego entre dos filas de jinetes con corazas; luego entre dos filas de jinetes con tayāfīf, delante de los cuales, en las dos filas, estaban los bocineros y atabaleros; luego

entre dos filas de portadores de banderas y estandartes, de ricas telas y sorprendente forma, junto con otras enseñas en que aparecían representadas figuras de leones, tigres, dragones, águilas y otros simulacros espantables; y, por último, entre dos filas de monturas de aparato: caballos y yeguas, ensillados y embridados, y mulas que no desmerecían de ellos, y cuya vista era tan hermosa, que casi superaba a todos los demás esplendores desplegados ese día.

Al llegar a la puerta de Madīnat al-Zahrā' caminaron por los pórticos de las bóvedas entre dos hileras de infantes muštarīn y de arqueros, hombres libres y esclavos, que eran los obreros de las industrias reales, vestidos con madāri' coloreadas y con arcos cristianos a los hombros. Ya dentro de las bóvedas, había dos filas de porteros y de servidores de las casas del tirāz y del correo, armados de punta en blanco, que llegaban hasta la puerta de las caballerizas. Dejándolos atrás, atravesaron entre dos hileras de infantes arqueros hombres libres, vestidos con túnicas coloreadas, de ifrind y de otras telas, y con los arcos al hombro. El zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah se hallaba sentado en el sitial de la medina, con toda su pompa, disponiendo [*110 r.*] aquello que era de su incumbencia.

El visir caíd Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, acompañado por los Banū Idrīs, se adelantó y entró al Alcázar por la Puerta de la Azuda. Al llegar, siempre seguido por ellos, a la Casa militar, se recibió orden de que los Banū Idrīs quedaran instalados en los salones meridionales de la misma, como lo hicieron, mientras sus principales acompañantes debían quedarse en la Puerta de la Azuda. Entraron, pues, los Banū Idrīs en la Casa militar. Ahmad ibn 'Isà, jeque de los Banū Idrīs, su hermano Ibrāhīm, Maymūn ibn al-Qāsim, el hermano de éste, Yahyà, y el resto de los Banū Muhammad, con sus hijos respectivos, se sentaron en preciosos cojines de brocado que les estaban preparados en el bahw central, con arreglo a sus categorías. Los acompañantes se sentaron en el mu'tarad, delante de los bahws.

Tras de dejarlos allí, el visir caíd Gālib siguió su camino hacia la Casa de los visires, donde se reunió con éstos y ocupó su estrado.

Desde los fasīles de la Puerta de la Azuda hasta la Casilla de los Partales estaban sentados, en los poyos que había allí alineados, los porteros, los monteros, los pajes, los encargados de las caballerizas reales y gentes análogas, ataviados y aderezados de la mejor manera. Esta formación enlazaba con la Casa militar mediante infantes arqueros,

vestidos de brocado, tocados con maqārif de pelo, al hombro los arcos de bella factura, y en las manos vigas, mazas y hachas.

El Príncipe de los Creyentes se sentó luego en el trono, en el Salón oriental que da a los jardines y a la Azotea alta, de la manera más solemne, brillante, majestuosa y pomposa. Previamente habían sido avisados los Hermanos, o sea el hermano uterino Abū-l-Asbag, Abū-l-Qāsim al-Asbag y Abū-l-Mutarrif al-Mugīra; los cuales comparecieron, fueron recibidos los primeros de todos, [110 v.] saludaron y se sentaron con arreglo a sus categorías. A continuación fueron recibidos los visires, que saludaron y se sentaron, dejando un espacio vacío entre ellos y los Hermanos, con arreglo a sus categorías. Quedaron en pie para ministrar al Califa, por la derecha, el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, y, por bajo de él, el caballerizo mayor y sāhib al-hašam Ziyād ibn Aflah; y, por la izquierda, el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, y por bajo de él, el zalmedina de al-Zahrā' Muhammad ibn Aflah. Se invitó después a entrar a los ashāb al-šurta al-'ulyā y al-wustà, a los ashāb al-majzūn, a los 'urrād, a los ashāb al-hašam, a los kātibes, a los guardianes de los graneros, a los hijos y hermanos de los visires vivos, a los wasīfes ashāb al-rikāb, y a los principales mawlàs cordobeses, todos los cuales habían recibido orden de asistir. Fueron, en efecto, introducidos, saludaron y se quedaron en pie para ministrar, conforme a sus jerarquías, completando las filas hasta el fin del salón. También asistieron a esta gran recepción el cadí mayor Muhammad ibn Ishāq ibn al-Salīm, y los siguientes hukkām ashāb al-šurta: Ahmad ibn Nasr, sāhib al šurta y zabazoque; Jālid ibn Hišām, sāhib al-šurta, y 'Abd al-Malik ibn Mundir, sāhib al-radd; los cuales se sentaron por debajo de los visires. También quedaron en pie dos filas, tan perfectamente alineadas como las perlas de un collar, constituidas por los grandes fatàs jalīfas, los fatàs kātibes, y los fatàs wasīfes; filas que iban desde delante del trono hasta el final del salón y cuyos componentes llevaban amplias lorigas y espadas de vainas incrustadas con piedras preciosas de mucho valor. Estas dos filas se continuaban en la Azotea por otras de los eunucos, los esclavos y los domésticos palatinos de categoría inferior, también enlorigados, ciñendo espadas adornadas y cubiertas las cabezas con testinias plateadas. Seguían a estos los......, enlorigados y armados de punta en blanco, hasta el mu'tarad que hay delante [111 r.] del Salón occidental de al-Ayrā' (?), y, más allá todavía, por todos los fasīles, hasta el final del Fasīl de los kātibes. Aún se prolongaba más allá esta formación, en

la Casa de los visires, con infantería de los fursān al-riyāda y con los esclavos negros del hāyib Ya'far, que vestían amplias lorigas, se tocaban con cascos dorados y sostenían lanzas francas de ancho hierro y con el asta adornada con tubitos de plata; estas dos filas terminaban en el fasīl que toma nombre de Ibn al-'Arrad (?). En los poyos de los fasīles se hallaban sentados los notables de las coras, que habían sido invitados a presenciar la ceremonia y con ellos los veteranos del ejército regular, a quienes se había dispensado de montar a caballo, vestidos con sus mejores galas, tocados con bonetes de alvexí y llevando ceñidas espadas adornadas.

Una vez terminada la organización, preparadas las formaciones, y las alineaciones en regla, se dio orden a los fatàs kātibes de que fueran en busca de Ahmad ibn 'Isà, de su hermano Ibrāhīm, de Maymūn ibn al-Qāsim, de Yahyà ibn al-Qāsim, de 'Isà ibn Muhammad ibn Idrīs ibn Mayāla, de Yahyà ibn 'Isà, de Hasan ibn Muhammad y de al-Qāsim ibn Muhammad; los cuales, por orden de edades, se pusieron en marcha y avanzaron, desde el sitio que les fue designado para esperar en la Casa militar, hasta llegar, atravesando por las formaciones mencionadas, a la Casa de los visires. Desde allí los llevaron por los fasīles a la Azotea alta, y por ella llegaron al Salón oriental, en el que estaba sentado en el trono el Príncipe de los Creyentes. El primero en avanzar fue su jeque Guennūn, o sea Ahmad ibn 'Isà, el cual se acercó al trono e hizo sus salutaciones, inclinaciones y reverencias. El Príncipe de los Creyentes lo honró con mandar que se sentase en elevado lugar. Tras él fueron entrando los demás, por orden de edades, y, conforme cada uno terminaba su salutación, el Califa le respondía amablemente y le ordenaba tomar asiento.

[*111 v.*] Luego que estuvieron todos reunidos y sentados, el Príncipe de los Creyentes les dirigió la palabra para alabarlos, agradecer su sumisión, ofrecerles en recompensa sus beneficios y asignarles sus respectivas pensiones; y a continuación, para honrarlos, ordenó que viniesen sus hijos mayores de edad.

De los hijos de su jeque Ahmad ibn 'Isà se presentaron cuatro: Hasan ibn Ahmad, con su hijo 'Alī; al-Qāsim ibn Ahmad; Husayn ibn Ahmad y Hammūd ibn Ahmad. Quedaron sin presentarse los más pequeños, que eran once muchachos: 'Alī, Hārūn, Ismā'īl, 'Abd Allāh, Ibrāhīm, al-Nasr, 'Isà, 'Abd al-Malik, Idrīs, Maymūn y Guennūn.

De los hijos mayores de su hermano Ibrāhīm ibn 'Isà se presen-

taron tres: Abū-l-'Ayš, 'Isà y Muhammad. Quedaron sin presentarse los dos pequeños: Qāsim y Hasan.

De los hijos de Maymūn ibn al-Qāsim no se presentó ninguno por su corta edad. Eran cinco muchachos: Abū-l-'Ayš, Ibrāhīm, al-Qāsim. Guennūn y Muhammad.

Aquellos de estos hijos a quienes les fue permitido acercarse al Príncipe de los Creyentes lo hicieron conforme a sus categorías y, después de saludar, se les dio asiento, por debajo de sus padres, según su jerarquía.

El Príncipe de los Creyentes atendió amablemente a todos con sus preguntas, y les prometió copiosas mercedes y abundantes dádivas.

A continuación salieron al mismo lugar de los salones de la Casa militar en que antes habían aguardado, y, cuando les trajeron sus monturas, cabalgaron y partieron, mientras continuaba todavía la formación preparada para recibirlos y seguía dispuesta la parada militar.

Con ellos fueron gentes que los condujeron a las casas que se les había destinado y en las que ya estaban alojadas sus mujeres. A su jefe Ahmad ibn 'Isà ibn Guennūn lo llevaron a la casa llamada de Muhammad ibn Tarafa, fuera del cementerio [*112 r.*] de los Banū 'Āmir y los Banū Badr. A su hermano Ibrāhīm lo llevaron a la casa llamada de Sa'd, en el arrabal de la mezquita de Mu'ta. A Maymūn lo llevaron a la casa llamada del wasīf Ziyād, cerca de al-Magūr. A los demás Banū Idrīs se les llevó asimismo a las casas que tenían preparadas dentro de la medina de Córdoba y en sus arrabales. Sus hombres, acompañantes, criados y secuaces fueron también aposentados allí en casas acomodadas a su condición. A todos se les fijaron pensiones que les bastaron y cubrieron con creces sus necesidades.

Dijo [al-Rāzī]: Mientras el Califa al-Hakam daba esta recepción en día tan sonado, su hijo el príncipe Abūl-l-Walīd Hišām daba también en el Salón occidental de los salones de al-Ayrā' (?) una recepción que correspondía a la del Califa su padre en el Salón oriental de los mismos. Le ministraron, por la derecha, el sāhib al-šurta al-wustà, tío materno suyo, Rā'iq ibn al-Hakam; por la izquierda, el sāhib al-šurta al-'ulyā Yahyà ibn 'Ubayd Allāh ibn Idrīs, y, por bajo de ellos, los ashāb al-šurta, los ashāb al-majzūn, los tesoreros, los 'urrād, los altos funcionarios palatinos, los hijos de los visires y las otras personas que fueron separadas con ese objeto del salón de su padre, para saludarle y rendirle el debido acatamiento. Por lo demás, tal fue lo que hicieron todos los que asistieron a esta ceremonia memorable, hasta que terminó.

Después de la salida de los Banū Idrīs se concedió licencia a los notables de las coras militarizadas, que habían asistido a la solemnidad por haber sido solicitada su presencia, para que compareciesen ante el Príncipe de los Creyentes, y lo hicieron según sus categorías. El primero en ser recibido por el Príncipe de los Creyentes, y luego por el príncipe su hijo, fue el yund [*112 v.*] de Damasco, que son la gente de la cora de Elvira y sus distritos de Granada, Jete, Jubiles, Berja, Dalías, Priego, Alcaudete, Loja y Yahsub [= Alcalá la Real]; luego, el yund de Hims, que son la gente de las coras de Sevilla y Niebla; luego, el yund del Jordán, que son la gente de la cora de Rayyu, a la que se unió la gente de la cora de Cabra, Baena y Poley; luego, el yund de Palestina, que son la gente de la cora de Sidonia y Algeciras; luego, el yund de Qinnasrīn, que son la gente de la cora de Jaén, Úbeda, Baeza y Baza; luego, el yund de Egipto, que son la gente de Tudmīr y Valencia, a la que se unió la gente de Morón y Carmona; luego, la gente de Écija, Osuna y Tākurunnā; luego, la gente de Beja y Ukšūnuba; luego, la gente de Badajoz y Évora; luego, la gente de Mérida y sus contornos; luego, la gente de Toledo, Calatrava y Caracuel; luego, la gente de Firrīš, Laqant, Bitrawš [= Pedroches], y la gente de Gāfiq y Balī; luego, la gente de Santarén, Lisboa y Cintra; luego, la gente de Madīnat al-Faray [= Guadalajara]; luego, la gente de Tortosa la extrema.

Terminaron las dos excelsas recepciones ya entrada la noche, y se dio orden de que las personas que habían sido traídas de otras partes regresasen a sus tierras.

Las gentes siguieron hablando en Córdoba durante mucho tiempo de la magnificencia de esta solemnidad y de día tan señalado.

[204]

[*Destitución y perdón posterior de dos funcionarios*]

El último día de muharram de este año [= 20 octubre 947] se enojó el Califa contra el tesorero Ahmad ibn Muhammad ibn Hāyib, al que destituyó de la tesorería y mandó arrestar en la Casa de los obreros, en el fasīl de la Puerta de los Jardines del Alcázar de Córdoba.

El último día del siguiente mes de safar del mismo año [= 18 noviembre 947] destituyó también de su cargo al sāhib al-majzūn Salma ibn al-Hakam, [*113 r.*] mawlà que era suyo, y lo encarceló en la prisión

de la Duwayra, ordenando que Ahmad ibn Muhammad ibn Hāyib fuese trasladado desde la Casa de los obreros a la Duwayra, para reunirlo con Salma.

Allí permanecieron hasta que el soberano les perdonó. Fueron a la vez puestos en libertad el viernes día 24 de rabī' I [= 12 diciembre 947], y volvieron Salma al majzūn y Ahmad a la tesorería.

[205]

[*Terremoto*]

El lunes día 20 de safar [= 9 noviembre 974], al acabar la oración del mediodía, se sintió en Córdoba y sus contornos un perceptible temblor de tierra, de corta duración. Otro tanto ocurrió a la misma hora en la mayor parte de las coras de al-Andalus. El sāhib al-šurta Ya'là ibn Ahmad ibn Ya'là, general en el Norte, escribió hablando de él desde la ciudad de Coria, esa misma fecha, y fijó exactamente la hora mencionada.

[206]

[*Entrega de diplomas a los caídes de la Frontera media*]

En rabī' I de este año [= 19 noviembre a 18 diciembre 974], les fueron expedidos a los caídes de la Frontera media, habitantes de la misma, diplomas delimitando su jurisdicción sobre los lugares que en ellos se mencionaban, conforme a la costumbre normal entre ellos y al dictamen de su jefe el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān. En estos diplomas se les nombraba y se consignaban los castillos y pueblos que de cada uno dependían.

Entre las personas más conocidas figuraban: Muhammad e 'Isà, hijos de Surūr ibn Bono; Ibrāhīm y Tābit, hijos de 'Abd al-Rahmān ibn Abī-l-Ajtal; Walīd y Tābit, hijos de Sulaymān ibn 'Āmir; Daygam ibn Wahb ibn Abī-l-Adham; Jālid ibn Zirwāl; Mutarrif ibn Jalaf; Hudayl y Jalaf, hijos de Gusn; 'Atiyya y Kā'ib, hijos de Fortūn; Yahyà y Muhammad, hijos de 'Isà; 'Abd al-Rahmān ibn Salma ibn Abī-l-Ajtal; Gusn, Ahmad y Surūr, hijos de Gazlūn; Sulaymān, 'Abd al-'Azīz, 'Ubayd Allāh y Mundir, [*113 v.*] hijos de 'Aqqāl ibn Salma.

A 'Isà, Muhammad, Hāšim, Ahmad, 'Isà, 'Ubayd Ašāh, 'Alī, Ibrāhīm y Lubb, hijos de Yahyà ibn Hudayl ibn Razīn, les fueron expedidos diplomas sobre los mismos castillos comprendidos en el diploma que se le expidió a su padre Yahyà ibn Hudayl a comienzos del califato de al-Mustansir bi-llāh.

[207]

Noticia de la enfermedad del Califa al-Hakam.

El lunes día 12 de rabī' I de este año [= 30 noviembre 974] sufrió el Califa al-Hakam un acceso de dolores que le impidió aparecer ante los dignatarios de su reino. Sus súbditos mostraron interés y aflicción por su estado e hicieron públicas oraciones a Dios Altísimo para impetrar su pronto restablecimiento.

La falta de comunicación entre el Príncipe de los Creyentes, postrado por la enfermedad, y todos los dignatarios de su reino duró desde el día antes mencionado hasta que, aliviado de su dolencia y recobrada la salud, se mostró por primera vez a los más allegados a su persona el viernes día 28 del siguiente mes de rabī' II [=15 enero 975]. Ese día recibió al visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān. Fue éste el primero de sus visires y funcionarios al que concedió audiencia, distinguiéndolo así de sus colegas, para honrarlo y poner de relieve la privanza que tenía con él y el puesto tan próximo que ocupaba a su lado. Ese mismo día recibió también a los grandes fatàs jalīfas eslavos.

Esta noticia produjo universal regocijo y general alegría, y las gentes elevaron al cielo fervorosas oraciones y cumplieron los votos que habían hecho por el regio paciente. Los portadores de la buena nueva recorrían los grupos, pidiéndoles albricias por la curación de su Califa y rogándoles [*114 r.*] oraciones en su favor. Las gentes se felicitaban unas a otras por el beneficio que Dios les había dispensado con el restablecimiento de su Imām, y pedían con fervor a su Señor que lo completara, dilatara el período en que pudieran gozar de él, y perfeccionara en él y en sus súbditos el favor que su existencia suponía.

Los poetas compusieron multitud de poesías sobre esta enfermedad y su desaparición. Entre ellas figura ésta del sāhib al-šurta al-wustà Ya'là ibn Ahmad ibn Ya'là:

[*sarī'*]

¡Loado sea Dios, el Alto, el Grande!
Ya se alejó la tristeza y vino la alegría.

Regocijóse la religión, cobró bríos la ortodoxia,
equilibróse el imperio, brilló el trono,
recobró el mundo su hermosura,
disipóse la grande y terrible calamidad,
desapareció la aflicción de unas almas
abrasadas por la pena y los continuos suspiros.
Volvieron a dormir los ojos
cuyo sueño se había ido muy lejos.
Con la curación del Imām se iluminó la tierra
y volvieron a concertarse en ella todas las cosas.
Dios concedió a sus criaturas
un beneficio imposible de agradecer debidamente.
Tornaron a reunirse las gentes, después de estar muertas,
como si hubiesen sonado las trompetas del Juicio.
Los corazones de los hombres casi se escapaban
de alegría, atravesando los pechos.
Pero a mí me pasó aún más,
porque mi corazón casi voló de gozo.
¡Qué prodigiosa nueva la que divulgó
el mensajero entre los siervos agradecidos!
Dar por ella la vida de todos los hombres,
y, todavía más, las mismas almas, sería poco.
[*114 v.*] ¡Oh defensor de la religión, cuando no tiene
en el mundo más amigo ni amparo!
¡Oh Imām de los musulmanes,
en el mar de cuya generosidad se pierden los otros mares!
¡Oh esplendor del buen augurio, ante cuya luz
se retiran humilladas todas las luces!
Con tu salud Dios me ha renovado la vida
y me ha sacado de entre los muertos.
¡Perdura siempre glorioso, oh Imām de la ortodoxia,
con vida que agote las épocas,
porque tú eres la sombra de Dios en la tierra
y su lluvia continua y fertilizante!

Dijo también Yahyà ibn Hudayl sobre el mismo asunto:

[*kāmil*]

¡Oh consuelo de la calamidad manifiesta!
¡Oh auxilio divino con el cual se repone y cura la Suerte:
General ha sido el regocijo, cuando todas las almas
estaban como Jacob al recibir la túnica de José.
Si este gozo fuera una persona, no desmerecería su hermosura
de la hermosura de la primavera ornada de sus flores.
Si el Destino se tejiese con esta alegría,
sus días no se mezclarían jamás con la negra noche.

Es un alborozo tal, que por su buena influencia,
sutil y sutilizadora, no queda ni un triste en el mundo.
Vuelve a brillar en el lugar más excelso
el sol cuyos fulgores proceden de ʻAbd Šams [= antepasado de los Omeyas].
Se disipó una desgracia, por la cual casi se derrumbaron
las columnas del cielo con las altas montañas.
Recobró su fragancia el mustio arrayán
(¿qué país no había temblado de miedo?).
Se ha reparado un desliz, por el perdón
del Supremo Rey que siempre se apiada del débil.
[115 r.] Ha sido escuchada una plegaria
que, en su gracia, no quiso dejar incumplida el Señor de los Mundos.
Ha vuelto a reír por esta salud un Estado
que iba a quedar confiado al heredero Hišām,
cuando la avaricia de los miserables en dar al necesitado
casi se alegraba ya del mal de la generosidad y de la munificencia
cuando la malla de los almófares en la cabeza de todo guerrero enemigo
casi se alegraba ya del mal de la espada que vence en la lid.
¡Oh hijo de los Califas, quintaesencia de Umayya,
que te alzas, y te bastas para ello, con la gloria de la familia:
que jamás te toque el mal, que disfrutes del
y que sigas tranquilo, sin contrariedad ninguna!

[208]

[*Manumisión de esclavos por el Califa*]

El último día de rabīʻ II [= 16 enero 975] ordenó el Califa que fueran manumitidos buen golpe de esclavos y esclavas suyas, en número superior a ciento. A muchos de ellos les concedió la manumisión inmediata; a algunos, la aplazada, y a algunos la que tiene efecto «post mortem»; pero a todos los liberó de la esclavitud y a todos les fueron extendidas las correspondientes actas con las máximas formalidades. El primero que firmó en ellas, de su puño y letra, como testigo, fue el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, designado para heredero del trono; luego, sus tíos paternos, los Hermanos; a continuación los visires, según sus categorías; después, el cadí mayor Muhammad ibn Isḥāq, y, por último, los hukkām, los alfaquíes jurisconsultos y los ʻadūles.

[209]

[Habūs del Califa en beneficio de los maestros para gente pobre]

El día ° del siguiente mes de yumādà I [=17 enero 975] ordenó el Califa que las rentas de las tiendas de los silleros de sillas de montar del zoco de Córdoba constituyeran fundación pía inalienable, en favor de los maestros a quienes había designado para la instrucción de los hijos de los pobres y menesterosos de la capital. El cadí Muhammad ibn Ishāq puso su testimonio en el acta de constitución de este habūs, el viernes día 7 del mes dicho [= 23 enero 975].

Fue esta fundación de gran [*115 v.*] utilidad y de enorme mérito, pues, gracias a ella, Dios hizo herederos del Alcorán a gentes cuyos padres no les habían puesto en condiciones de heredarlo.

[210]

[*El Califa rebaja a sus súbditos la sexta parte de la contribución de reclutamiento*]

El sábado día ... de dicho mes, hizo pública el Califa su resolución de rebajar una sexta parte del total de la contribución de reclutamiento correspondiente al año 364, cuyo plazo de pago era inmediato, a todos los súbditos de las coras de al-Andalus, en agradecimiento a Dios Altísimo por los favores que le dispensaba y por la solicitud que hacia él había mostrado.

El mismo día se cursaron órdenes en ese sentido a los caídes y ʻummāl de las coras de al-Andalus, indicándoles que dicha sexta parte de rebaja fuese asunto bien manifiesto para el común de los súbditos y divulgado entre todo el mundo, en conocimiento igual para el entendido que para el ignorante, con objeto de que todo aquel que estuviese obligado a pagar la contribución supiera que se le rebajaba una sexta parte, con anterioridad a la llegada del recaudador; todo ello mirando por los dichos súbditos y velando por sus intereses. A este fin hizo llegar a las provincias la carta siguiente:

En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.—El Príncipe de los Creyentes—desde que Dios Altísimo lo eligió para ser su vicario, le dio su beneplácito como custodio de su depósito, y puso a cargo suyo el velar por sus criaturas—no ha dejado de mirar por todos los musulmanes, de protegerlos, de interesarse por sus asuntos y de ocuparse de su estado, procurando todo aquello que pudiese aliviar sus cargas, mejorar su vida, librarlos de cuidados, facilitar su unión y hacer reinar entre ellos la justicia y la seguridad. Las sumas más codiciables, los tesoros de más precio y las alhajas más valiosas son para él de poca monta, comparados con la misión de ayudarlos, defenderlos y velar por ellos, con ojo jamás dormido para sus intereses, pecho siempre cuidadoso de serles leal, y alma que Dios revistió [*116 r.*] de clemencia y llenó de misericordia para con ellos. Jamás prefirió al próximo en relación al remoto, ni al ciudadano con perjuicio del campesino. El imperio que se le deparó, la majestad de su poder, la excelsitud de su autoridad y el favor que Dios (¡bendito y ensalzado sea!) le dispensó, no le distrajeron de ocuparse en elevar la enseñanza del derecho, en debilitar el error que había que extirpar, en decidir la justa sentencia que había que imponer, y en rebajar la contribución que esperaba recibir.

Lo primero con que intentó corresponder al beneficio que Dios le hacía al nombrarlo su vicario entre los musulmanes y al favor que le dispensaba al confiarle el gobierno de la nación, fue rebajar de los tributos que pesaban sobre los súbditos cantidades cuya enumeración desafía a los inteligentes, cuya fama anda dispersa por el mundo y cuya evaluación y recompensa Dios (¡honrado y ensalzado sea!) reservó para sí. Los anteriores Califas (¡Dios esté satisfecho de ellos!), con todos sus grandes méritos y excelsas obras, no pudieron mostrarse tan generosos ni pasarse sin esas cantidades; pero para él dejaron de tener valor ante su intención de aproximarse a su Señor, y fueron despreciables mirando al interés de sus súbditos. No contento ni satisfecho todavía, descargó a sus vasallos poco después otro tanto, y lo dobló de una rebaja parecida, con alma siempre dispuesta a hacer el bien, brazo siempre extendido para dispensar el favor e intención despegada del mundo temporal, con el constante deseo de corresponder debidamente a su Señor y de hacer con él el más ganancioso negocio. Conforme Dios Altísimo le renovaba sus beneficios y le duplicaba en firmeza sobre su reino y en victoria sobre sus enemigos, él duplicaba también la sumisión a Dios Altísimo, el reconocimiento a su gracia, el agradecimiento a sus dones y el hacer bien a aquellos cuyo gobierno Dios le confió.

Por eso el Príncipe de los Creyentes, al hacerse patentes en él los favores de Dios Altísimo y la solicitud que le dispensa, ha tenido a bien renovar [*116 v.*] su agradecimiento a Él y solicitar de Él mayores gracias, rebajando la sexta parte del total de la contribución de reclutamiento, cuya percepción habría de exigirse este año de 364, para aliviar las cargas de sus súbditos y favorecer a los vasallos de su reino. Y ha dispuesto que esta rebaja sea manifiesta a todos sus súbditos, para evitar las industrias de los agentes fiscales y para que las gentes sepan el favor que les hace,

con conocimiento igual para el entendido que para el ignorante, para el despierto que para el aturdido.

En consecuencia, cuando recibas esta carta del Príncipe de los Creyentes, aplícate en avisar a los habitantes de la comarca de tu jurisdicción, sin que se quede atrás ninguno de ellos, a no ser por justo impedimento, y manda que les sea leída la dicha carta después de la oración pública del viernes, para que la comprenda tanto el remoto como el próximo; para que alaben a Dios (¡honrado y ensalzado sea!) por la benevolencia que su Califa les otorga y por el señalado favor que su Imām les hace a todos para que imploren de Él poder tributarle la gratitud merecida, y con el fin de que le pidan ayuda para poder rendirle el debido acatamiento y cumplir los preceptos que entraña serle obediente y leal, porque Él escucha favorablemente a los que le ruegan, aumenta el favor de los agradecidos y no descuida la recompensa de los que obran bien. Si Dios quiere, pues a Él es a quien hay que pedir ayuda.

[211]

[*Meteorología*]

Dijo [al-Rāzī]: Llegó el mes de enero del año solar cristiano, que es el Nawrūz de los cristianos de al-Andalus por la entrada de su año, y el lunes día 17 de rabī' II, que fue el 4 de enero [de 975] cayó en Córdoba y sus contornos una gran nevada, de copos tan espesos como no se recordaba haber visto nunca otra. Duró hasta después de la oración del mediodía, y fue general en todos los distritos y coras de Córdoba.

El jueves día 16 de yumādà II de este año—que fue [*117 r.*] el 3 del mes cristiano de marzo—cayó en Córdoba y sus contornos una lluvia densa y pertinaz, que, con algunos intervalos, duró varios días, acompañada de recios vientos. El río de Córdoba tuvo una gran crecida desde el martes día 8 de marzo, y por la tarde se salió de madre y se desbordó por el Arrecife, que está por el lado del Puente y de la Puerta de Hierro, quedando interrumpido el paso de la gente por la Bāb al-Mahayya desde la hora de la puesta del sol del miércoles.

Ocurrió que un grupo de habitantes de Šabulār, entre ellos un eunuco y una mujer, vinieron por el lado del pueblo de Šequnda en dirección a sus casas, a prima noche. Al llegar a la puerta de la medina, no pudieron transitar por aquella calzada, ni entrar en la medina por la puerta del Puente para salir luego a su arrabal por la de Hierro, por habérseles

pasado la hora. Entonces llamaron a un bote que daba vueltas por aquel lugar y se embarcaron para bajar por el río; pero apenas había dado el barquero unos golpes de remo, cuando los cubrió una ola muy recia, que hizo naufragar el bote, y murieron todos menos el barquero, que se salvó por nadar muy bien. Este suceso sirvió a las gentes de escarmiento.

[212]

[*Muerte y sustitución de Muhammad ibn Aflah*]

El sábado día 11 de yumādà II [= 26 febrero 975] confirió el Califa a su mawlà Ziyād ibn Aflah el cargo de zalmedina de al-Zahrā', en sustitución de su difunto hermano Muhammad ibn Aflah, y acumulándoselo a los otros dos cargos de caballerizo mayor y sāhib al-hašam que ya desempeñaba, y a más también del gobierno de la cora de Firrīš y de su distrito.

Asimismo confirió a Hišām, 'Abd al-Rahmān y 'Abd al-Malik, hijos de Muhammad, el difunto hermano de Ziyād, el cargo de 'ārides, y de entre ellos eligió a Hišām para lugarteniente de su tío Ziyād en el gobierno de la medina de al-Zahrā'.

Al viernes siguiente concedió audiencia el Califa [*117 v.*] a Ziyād, y fue la primera persona que recibió después de entrar en convalecencia de su enfermedad. Lo hizo sentar delante de él largo rato, le dio el pésame por su hermano Muhammad y se mostró muy complacido de sus servicios.

El sábado día 24 de yumādà volvió Ziyād a ser recibido por el Califa y se sentó largo rato ante él. El Califa le mandó prender a 'Abbād al-Tanyī, que se había escapado de la cárcel subterránea, por haber logrado romper las ataduras que le habían sido puestas. Al salir Ziyād, lo llevó a efecto inmediatamente, poniendo grillos a 'Abbād y metiéndolo en la cárcel subterránea.

[213]

[*Envío de dinero a Marruecos*]

El sábado día 11 de rayab [= 27 marzo 975] salió de Córdoba 'Ubāda ibn Jalaf ibn Abī Yawšan para pasar a Berbería en calidad de

tesorero, precedido de las sumas de dinero necesarias para el pago de las tropas allí acantonadas al mando del visir caíd Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim, con objeto de entregárselas a éste y al tesorero del ejército Ahmad ibn Muhammad ibn Hudayr.

[214]

Noticia de cómo convaleció el Califa de su enfermedad.

El viernes día 10 de rayab [= 26 marzo 975] hizo el Califa al-Hakam su primera salida a caballo, después de sanar de su enfermedad, para ir a la Mezquita aljama en su residencia de al-Zahrā', acompañado de su hijo, designado para sucederle, el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, con el fin de asistir en ella a la oración pública solemne. Una vez recobrada la salud y seguro de su capacidad, quiso reanudar sus actividades, después de la convalecencia, yendo a la casa de Dios Altísimo y acudiendo a Él, tanto para cumplir con toda pureza sus deberes religiosos, como para renovar [*118 r.*] sus devociones supererogatorias, tan aceptas a Dios.

Al terminar la oración y sentarse en el sābāṭ, recibió a su mawlà el visir generalísimo Gālib ibn 'Abd al-Rahmān, y, una vez que lo tuvo sentado delante, conversó con él sobre el asunto de la frontera cristiana y la agitación que en algunas de sus zonas empezaba a manifestar el enemigo, al darse cuenta de que la mayor parte de los ejércitos se hallaban en Berbería, y le ordenó que se preparase a salir para dicha frontera, con objeto de vigilarla, como se dispuso a hacerlo al punto. Estuvo presente en la conferencia que ambos sostuvieron y participó en ella el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān. A continuación el Califa se retiró con su hijo a palacio.

Por aquellos días había consultado con Dios (¡honrado y ensalzado sea!) la decisión de abandonar el palacio de al-Zahrā', porque estaba demasiado expuesto al frío de la sierra y por pensar que le revolvía los humores. Los médicos, por otra parte, le tenían recomendado dejarlo. Siendo, pues, al-Zahrā' la señora de los palacios, la mansión del placer y la sede de la alegría, tuvo a bien alejarse de ella, y no por odio, sino para mejor cuidar su dolencia de alferecía, de la que no acaba de reponerse del todo; que a veces la hermosa es repudiada sin culpa por su parte.

[215]

[*El Califa se traslada desde el Alcázar de al-Zahrā' al de Córdoba*]

Al día siguiente sábado día 11 de rayab de este año [= 27 marzo 975] volvió a hacer el Califa otra cabalgada solemne con su hijo el príncipe Hišām, para asistir a la cual se reunieron los principales dignatarios del Estado. Salieron ambos por la puerta meridional llamada Puerta de la Rosa. Antes que el Califa apareció el príncipe Hišām, y el primero que echó pie a tierra en su honor fue el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, tras del cual lo hicieron, para saludarle y bendecirle, el caballerizo mayor y zalmedina de al-Zahrā' Ziyād ibn Aflah y los demás [*118 v.*] ashāb al-šurta y altos funcionarios palatinos que se hallaban presentes. Poco después que él, apareció el Príncipe de los Creyentes. Los mismos personajes se adelantaron hacia él y besaron el suelo delante de él, saludándole y bendiciéndole, cosa que hicieron asimismo a continuación los hombres libres, los esclavos y los distintos cuerpos de mercenarios que componían el resto del cortejo. Ministraban y rodeaban al Califa los dos grandes fatàs favoritos Fā'iq y Yawdar, con sus colegas los jalīfas y los demás grandes fatàs. El soberano se detuvo un poco, sujetando las riendas de su caballo, para contemplar el admirable espectáculo que formaban sus mawlàs y sus esclavos. Luego echó a andar, precedido por el príncipe su hijo, hasta llegar a su almunia preferida de Arhā' Nāsih, en la que se reunió con su hijo el príncipe Hišām y en la que descabalgó para pasar allí la noche.

Al día siguiente domingo 12 de rayab [= 28 marzo 975] volvió a cabalgar, con el príncipe su hijo y con los demás allegados de su séquito, desde la almunia de Arhā' Nāsih hasta la almunia de al-Nā'ūra, en cuyo palacio hizo alto y permaneció hasta rezar la oración del mediodía. Previamente habían recibido orden los visires, los ashāb al-šurta, los altos funcionarios palatinos, los hukkām y los demás dignatarios del Estado de ir a caballo para reunirse con él en el Alcázar de al-Nā'ūra. Cuando estuvieron todos congregados allí, salió el Príncipe de los Creyentes por la gran Bāb al-mansaba de dicho palacio, en compañía de su hijo el príncipe Hišām, con dirección al Alcázar de Córdoba. Había conferido el honor de ministrarle al visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān y al caballerizo mayor y zalmedina de al-Zahrā'

Ziyād ibn Aflah, junto con los ashāb al-šurta al-'ulyā y los grandes fatàs. Al aparecer, los visires y altos funcionarios palatinos echaron pie a tierra para saludarle, así como al príncipe su hijo; hecho lo cual. [119 r.] montaron de nuevo a caballo y se situaron en el cortejo con arreglo a sus categorías. Iba delante el Príncipe de los Creyentes, en dirección a la Musāra, en el extremo occidental de Córdoba. En ella lo recibieron algunos de los miembros más importantes de Qurayš y un grupo de mawlàs, que echaron pie a tierra, lo bendijeron y alabaron. Continuaron después hasta llegar al zoco grande de Córdoba, donde le recibieron el sāhib al-šurta y zabazoque Ahmad ibn Nasr, que le rindió acatamiento, y luego las gentes ricas de la ciudad y los principales comerciantes del zoco, sin contar otras gentes que asimismo le saludaron regocijados y le bendijeron con fervor. Desde allí, siempre acogido por grupos sucesivos de gentes altas y bajas, siguió su camino hasta llegar al Alcázar de Córdoba, en el que entró por la Puerta de Hierro, situada al mediodía, en cabalgada sin par.

Los poetas y los retóricos compusieron muchas poesías sobre la salud que Dios había hecho recobrar al Califa al-Mustansir bi-llāh, sobre su feliz restablecimiento, sobre la alegría que sentían por su aparición y por habérseles mostrado en su cabalgada hacia el Alcázar de Córdoba, y por su aposentamiento en éste. Entre esos poemas figuraba uno de Mālik ibn Hasan ibn 'Isà ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Abī 'Abda, encabezado por una risāla en prosa, a la que seguía. El poema decía así:

[*tawīl*]

Te libraste, oh Príncipe de los Creyentes, de la muerte.
¡No ceses nunca de ser poderoso, ayudado y asistido por Dios!
¡Llena en el Califato una larga existencia
y ocupa un trono tan sólido como deseas!
Porque tú eres la vida del género humano
y un beneficio, cada vez más firme, de Dios.
Al desaparecer los días de tu dolencia,
que hacía morir de consternación a todo el mundo;
[*119 v.*] al ser sucedidos por una noble curación y una salud,
que ojalá prolongue El que concede la gracia y la felicidad eternas,
se iluminaron los horizontes, que estaban entenebrecidos,
brilló y se encendió en ellos la claridad,
y se recubrieron de una alegría que nunca tuvo par,
y que penetró y llegó hasta los extremos del país.
¡Demos a Dios gracias reiteradas, insistentes,
porque deber nuestro es reiterarlas con insistencia!

Todos pidan a Dios humildemente,
con la más pura intención, que el Califa sea eterno,
porque él defiende nuestros bienes, vela por nuestra fe,
nos otorga la justicia y aniquila a nuestros enemigos.
Entró la alegría en el Alcázar el día que en él entraste,
porque hacía tiempo que estaba sin darte alojamiento,
y anhelaba ver ese rostro radiante que, cuando aparece,
hace decir a las gentes: «Esta que ha aparecido sí que es la luz del sol.»
Si sus patios pudieran moverse, correrían hacia ti
a porfía, y a porfía se prosternarían en tu presencia.
¡Nunca deje de estar habitado por tu majestad
en la que brilla la luz de la felicidad y la ortodoxia,
y que tu gloria, a pesar del Tiempo que todo lo nuevo consume,
perdure con vida nueva, perennemente renovada!

Con la misma ocasión compuso el kātib Ahmad ibn Sulaymān, conocido por al-Bayyānī, uno de los poetas retóricos de aquella generación, una larga qasīda en la que trataba de temas muy variados y que empezaba por una felicitación al Alcázar de Córdoba:

[kāmil]

Ha vuelto a habitar en ti, oh alcázar, una seguridad que procede de Dios,
cada vez más grande y perfecta.
Vuelve a pavonearse la gloria en tus salones,
y por ella ante tus cortinajes vuelve a amontonarse la gente.
[120 r.] La misericordia divina se ha dirigido a tu noble mansión,
al aposentarse en ella el Imām del Excelso.
Para honrarte ha venido a ti un feliz esplendor,
por cuya buena estrella van a todos los hombres beneficios.
Te ha cubierto de majestad y solemnidad
aquel que con su luz disipa las tinieblas.
Se alzan en ti la enseña y el faro de la ortodoxia;
las banderas de la rectitud ondean en tus alturas.
En hermosa prosperidad sólo puede emularte
un jardín cuyo tapiz riegan sin tasa las lluvias.
Reunidas están dentro de ti la generosidad y todas las munificencias,
y en tu puerta se separaron las escisiones.
Tu recinto, tras del aislamiento, ha vuelto a lucir,
y la Suerte ha echado sobre él un manto de belleza.
Por mucho tiempo estuviste abandonado, preterido;
pero ahora es el momento de que te habite la Liberalidad;
ahora que la fortuna del imperio está en su colmo,
y que sus pabellones se alzan por encima de los luceros;
ahora que sus cimientos son firmes e inmutables,
mientras sean inmutables los montes Yalamlam y Šimām.

¡No ceses de estar habitado por un rey como él,
mientras se sucedan los años y las épocas!
Dios lo indujo a venir a ti y dirigió su pensamiento,
cuando le consultó si había de trasladarse a tus muros
(traslado que ha resucitado a los hombres, y ha curado la ceguera,
y ha disipado la tiniebla, y ha barrido la oscuridad),
porque el proceder del Califa siempre está respaldado por la asistencia [de
y jamás cesa de estar asido a esta salvaguardia.
Gracias a él cubren las prosperidades a Córdoba,
pues cuando de noche vela en lo alto su sombra insomne,
todos los pueblos se someten a la guía de su justicia,
y duerme el espanto por los lobos terribles.
[120 v.] El bien se ha hecho amigo de los hombres, y parece
que un orden superior enlaza a la ortodoxia y a los musulmanes.
Sobre el Islam ha surgido un esplendor del mejor augurio,
y por venerar su majestad se empolvan los rostros,
pues caen de bruces en tierra cuando aparece,
y el polvo se aposenta en las caras.
Se regocijan los musulmanes por una curación,
que ha apartado de sus almas toda dolencia,
y que ha hecho surgir de nuevo al Príncipe de los Creyentes,
como a la luna llena cuando sale de una nube,
con perfecta salud y feliz integridad,
que hacen también sanar a la paz y al Islam,
pues por ellas se levantan a la vez religión y mundo,
y por ellas se desmorona el enemigo y se consolida el reino.
Cuando la luz del Califa nos sacó de la sombra,
curó la inteligencia y volvió la perdida razón
con su faz esplendorosa, cuya luz parece
la de una luna que se redondea para nuestra felicidad.
En el tesoro escondido de los Califas está, además, la prole de su Imām:
Hišām, el heredero y futuro garantizador del trono,
sol de gloria, mar de generosidad, enseña de fe,
en el que la familia dejó reunidas sus glorias.
¡Honrad a esta estirpe, sobre la que bajaron del cielo
la guía y la inspiración divinas, así como el Islam!
¡Honrad a aquél por cuyo feliz crecimiento
ríen el mundo y el imperio, la gloria y el Destino!
¡Honrad a un rey de tan certero juicio,
que arregla las calamidades antes de que lo sean;
que es una colina sagrada dentro de un imperio
que sólo sus manos pueden regir!
¡Y perdure con él el venerado Califato,
del que es él el hombro y la joroba del camello!

[*Requisa de caballos para la aceifa contra los cristianos*]

[*121 r.*] El día 15 del mes de rayab de este año [= 31 marzo 971] hizo salir al-Hakam a un cierto número de ashāb al-šurta y de otros altos funcionarios del reino para las coras de al-Andalus, con objeto de mover a sus habitantes a que tuvieran prestos los caballos que estaban obligados a suministrar para ser incorporados al ejército de la aceifa habitual, cuya renovación era inmediata este año, en vista de que la mayor parte de los tiranos gallegos violaban en esos momentos la tregua, de la agitación de que daban muestras en contra de los habitantes de las fronteras orientales y de la prisa que tenía el Califa por apartarlos de dichas fronteras.

Entre los designados para esta misión figuraban, sin contar algunos otros: el sāhib al-šurta al-ʻulyā Yahyà ibn ʻUbayd Allāh ibn Yahyà ibn Idrīs, enviado a las coras del norte; el sāhib al-šurta al-ʻulyā almirante ʻAbd al-Rahmān ibn Muhammad ibn Rumāhis, enviado a las coras orientales y a Tudmīr, Valencia y Tortosa la extrema; el sāhib al-šurta al-ʻulyā Ahmad ibn Muhammad ibn Saʻd al-Yaʻfarī, enviado a Santarén y sus contornos, y el sāhib al-šurta al-wustà ..., enviado al resto de las coras septentrionales y occidentales con el mismo fin.

[217]

Noticia de cómo el príncipe Abū-l-Walīd comenzó a tomar lección de Derecho y de Tradiciones.

El sábado día 2 de šaʻbān de este año [= 17 abril 975] mandó llamar el Califa al-Hakam al eminente šayj, alfaquí y tradicionista Yahyà ibn ʻAbd Allāh ibn Yahyà ibn Yahyà al-Laytī, [*121 v.*] el más renombrado de los cultivadores de la ciencia de las tradiciones en la Córdoba de aquel tiempo, para que asistiese y acompañase al príncipe su hijo, designado heredero del trono, Abū-l-Walīd Hišām, con objeto de que éste le oyese y aprendiese de él, por su alta jerarquía en la ciencia jurídica y su excelsa categoría en la transmisión de la doctrina, ya que la

versión tradicional de que era depositario procedía del tío paterno de su padre Abū Marwān 'Ubayd Allāh ibn Yahyà, y la de éste, de su padre Yahyà ibn Yahyà, y la de éste, del propio Mālik ibn Anas (¡Dios esté satisfecho de él!) El comisionado para irlo a buscar de parte del Califa al-Mustansir bi-llāh fue Ahmad ibn Yūsuf, conocido por al-Qastallī, preceptor del príncipe Abū-l-Walīd.

El šayj Yahyà aceptó inmediatamente y vino al Alcázar con Ibn Yūsuf, siendo presentado al príncipe Abū-l-Walīd en el lugar en que éste solía recibir sus lecciones, que era la Casa llamada Casa de los Infantes. En presencia del príncipe se hallaba el visir kātib zalmedina de Córdoba Ya'far ibn 'Utmān, quien hizo saber al alfaquí Yahyà, de parte del Príncipe de los Creyentes, la buena opinión en que éste lo tenía y la elevada distinción de que le hacía objeto con nombrarlo profesor de tradiciones de la persona que le era más querida, procurando serle útil y elevar su condición. El šayj dio las gracias, alabó al Califa y tomó asiento.

Entonces Ahmad ibn Yūsuf, preceptor del príncipe, leyó en el libro del alfaquí Yahyà ibn 'Abd Allāh, empezando por la parte primera de la *Muwatta'* de Mālik ibn Anas, que es el «Libro de la oración», en la recensión de Yahyà ibn Yahyà. El príncipe Abū-l-Walīd corregía su libro con arreglo a lo que oía, y confrontaba esto con su ejemplar, del que jamás se separaba; ejemplar que había sido de su abuelo el Califa al-Nāsir li-dīn Allāh, y en el que éste, en su tiempo, había estudiado (¡Dios esté satisfecho de él!) bajo la dirección de 'Ubayd Allāh ibn Yahyà ibn Yahyà, que lo había aprendido de su padre Yahyà, y éste de Mālik ibn Anas, y en el que luego había estudiado también su padre el Califa al-Mustansir bi-llāh, en los días en que seguía los cursos de Ahmad [*122 r.*] ibn Mutarrif, conocido por Ibn al-Maššāt, que lo había aprendido de 'Ubayd Allāh ibn Yahyà, y éste de Yahyà, y éste de Mālik.

Al terminar la sesión de estudio y llegar la hora de irse el šayj Yahyà ibn 'Abd Allāh, llegó orden del Califa de que, para mayor honra y comodidad, cabalgara y descabalgara aquél en el fasīl conocido por Fasīl del Oratorio, como así se hizo todo el tiempo que duraron las lecciones.

Volvió de nuevo el miércoles día 4 de ša'bān, para explicar al príncipe, según su plan, a presencia del visir kātib Ya'far ibn 'Utmān, favorito de su padre el Califa. La orden fue que las lecciones del šayj alfaquí al príncipe Abū-l-Walīd fuesen dos días a la semana, sábados y jueves, sin interrupción, hasta que terminase de explicarle la *Muwatta'* y las demás colecciones que él había recibido en tradición del tío pa-

terno de su padre ʿUbayd Allāh ibn Yaḥyà y de los otros maestros a quienes trató y de quienes aprendió, si Dios le daba vida. Así se cumplió y el príncipe ganó con ello en merecimientos.

[218]

Noticia de la agitación del enemigo (¡Dios lo desampare!) contra los habitantes de la frontera media, y de cómo puso sitio al castillo de Gormaz, una de las más importantes fortalezas de dicha frontera.

El día 15 de šabān de este año [= 30 abril 975] fueron llegando noticias desde la Frontera media de que el ejército de los enemigos politeístas (¡Dios los haga perecer!), compuesto por gran [122 v.] número de gallegos, vascones y gentes de Castilla y Pamplona (¡Dios los aniquile!), había acampado junto al castillo de Gormaz, en la frontera de Medinaceli, para ponerle sitio, violando su estatuto de sumisión, rompiendo la tregua, manifestando su inconsecuencia y haciendo patente su perjurio.

El hecho había acaecido el sábado día 2 de šaʿbān de este año [= 17 abril 975]. Ese día presentaron combate a la guarnición musulmana del castillo (¡Dios la asista!), la cual salió al campo, riñó con ellos encarnizadamente, mató a buen número de infieles y pasó la noche sobre el terreno. A la mañana del otro día, domingo, volvieron a la carga con el mayor ardor y derrotaron a los politeístas. Sin embargo, los infieles no dieron muestras de cejar y asentaron sus reales sobre el río Duero, sitiando el castillo de Gormaz. Además, los enemigos de Dios se dirigieron, en petición de ayuda y socorro, a los demás infieles que había en sus territorios, los cuales rompieron todos la tregua y violaron el pacto, viniendo a bandadas al castillo de Gormaz y acudiendo a porfía hacia él, sin aducir causa ninguna que les obligase a hacerlo o en la que encontrasen pretexto para su actitud, de no ser la codicia por sacar alguna ventaja a costa de los musulmanes, sabiendo que el gran ejército del soberano se hallaba ocupado en la guerra que éste sostenía con las gentes de Berbería, y conociendo la gran distancia que dicho ejército, en caso de volver, tendría que recorrer hasta llegar a ellos. En consecuencia, asediaron el castillo y movían continua guerra a su guarnición. Pero Dios derramaba sobre ella su constancia, afianzaba sus pies para combatir al enemigo, y siempre que éste la combatía, le hacía frente y le producía daños.

[219]

[*El Califa moviliza la aceifa contra los cristianos, bajo la dirección de Gālib*]

Apenas tuvo el Califa noticia de lo sucedido en la frontera, se apresuró a cerrar la brecha en ella abierta, a socorrer urgentemente a la guarnición amenazada, y a movilizar para ello la aceifa que era costumbre organizar todos los años, [*123 r.*] nutriendo más sus contingentes y escogiendo sus hombres. Le pareció oportuno, además, poner al frente de este ejército al que era jefe de sus mawlàs, su mejor caíd y la espada de su venganza, o sea el visir generalísimo Abū Tammām Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān, maestro de la guerra, capeador de las calamidades, allanador de las adversidades y sojuzgador de los jefes de tribus.

A este caíd, como es sabido, lo había hecho primeramente regresar de Berbería, donde tan buenos servicios le había prestado con los fuegos que allí apagó y las dificultades que venció; le había hecho luego descansar, a su lado, en la capital, de las fatigas sufridas, renovándole sus dádivas y haciéndole ascender por todos los grados de la gloria; e incluso, el día 15 de rayab de este año [= 31 marzo 975], había dado orden de que el estrado de Gālib en la Casa de los visires de su Alcázar —que era la gloriosa mansión a la que anhelaban llegar todos los funcionarios del imperio—fuera instalado en lugar preferente respecto a los de los otros visires, allí colocados por orden, según sus categorías acostumbradas, y de que Gālib estuviese sentado más alto que todos ellos, con lo cual le dispensó un honor que antes no se había otorgado a ningún otro.

[220]

[*Gālib conferencia con el Califa, recibe el nombramiento de «dū-l-sayfayn», y parte en campaña*]

El jueves día 7 de šaʻbān de este año [= 22 abril 975], celebró el Califa al-Hakam una audiencia privada en su cámara del Alcázar de Córdoba, en la que, a presencia exclusiva de su hijo el príncipe Abū-l-Walīd y del visir zalmedina Yaʻfar ibn ʻUtmān, recibió al visir generalísimo Gālib ibn ʻAbd al-Rahmān. Hablaron con él del asunto de la

frontera y de la agitación que en ella mostraba el enemigo, y conferenciaron sobre la urgencia que había en cerrar dicha brecha de la línea defensiva y en socorrer a la guarnición asediada. El Califa, por último, ordenó a Gālib que se preparase a llevar a cabo ambas cosas, como caíd de los ejércitos de la importante aceifa que iba a enviarse contra los perjuros politeístas enemigos de Dios, y que se apresurase a partir, con bien y asistido de Dios, [*123 v.*] para poner coto a la actitud manifestada por los infieles (¡Dios los haga perecer!) de querer violar, sin causa ninguna, la tregua que antes habían solicitado, y de asediar impensadamente el castillo de Gormaz. Gālib aceptó el encargo, y prometió poner en él cuanto estuviera de su parte.

Al salir Gālib de la cámara, dispensóle el Príncipe de los Creyentes una honra que ningún Califa de al-Andalus otorgó jamás a ningún príncipe ni caíd fuera de él, y de la que ningún rey gozó antes que él, y consistió en ceñirle dos de sus más preciosas espadas, doradas, con las vainas adornadas del más pesado ornato, que fueron para él como dos mantos de honor, con los cuales elevó su condición y acrecentó su dignidad, después de haberle regalado preciosas ropas de las más reservadas, encima de las cuales había una tela roja 'irāqī, de excelsa clase y peregrina hechura, y varios bonetes de alvexí, amplios, cuyo tejido era de gran cuerpo y de mucho precio. También le concedió el título de «dū-l-sayfayn» [= el de las dos espadas], ordenando que en adelante se le designara siempre con él, unido a los otros que ya tenía. Gālib recibió estas muestras de deferencia con las mayores alabanzas para el Califa y las más encendidas pruebas de gratitud.

Terminada la audiencia, salió Gālib de la cámara, pavoneándose con aquel nuevo atuendo, mientras le llevaban delante el resto de los regalos, hasta llegar a su estrado preferente en la Casa de los visires en el que se sentó para referir a sus colegas lo sucedido, teniendo siempre ante sí el mandīl de las ropas. El visir Muhammad ibn 'Ubayd Allāh comenzó a meter la mano hacia las ropas de dentro, para examinarlas y revolverlas, alabando al Califa donante e invocando a Dios para que le concediese una buena recompensa y alargase sus días. Llegado el momento de que el visir generalísimo dū-l-sayfayn Gālib regresase a su casa, le fue traído un admirable caballo tordo, de los corceles de raza del Califa, con silla mu'arraqa y brida mufarraga. [*124 r.*] Montó en él sobre la piedra, sitio en que cabalgaban los nobles, y salió a la calle, llevando las dos espadas ceñidas a los hombros.

Desde aquel mismo día se ocupó Gālib en preparar su viaje, asistido

por plenos poderes de su soberano, el cual, además, había dado encargo a sus visires y a aquellos de sus funcionarios que se ocupaban de las tropas mercenarias de que movilizaran las tropas que habían de ir con él y ultimaran sus equipos; órdenes que ejecutaron con rapidez.

La partida del visir generalísimo dū-l-sayfayn Gālib ibn 'Abd al-Rahmān para su destino, con dirección a la frontera, acaeció la mañana del sábado día 9 de ša'bān de este año [= 24 abril 975]. Fue un desfile solemnísimo y perfecto, una partida imponente y admirablemente organizada, y la aglomeración de la gente para verlo fue extraordinaria y densísima. Salió de su casa con su coraza de guerra, ceñidas las dos espadas de honor, que le pendían por ambos lados, precedido de un escuadrón tras otro y de una formación tras otra de tropas que se seguían y destacamentos que se sucedían hasta cubrir el horizonte y atestar los caminos. Hizo que su itinerario pasase por la puerta del Alcázar de Córdoba. Su señor el Califa se le mostró en la azotea, encima de la Puerta de la Azuda, levantando las manos hacia Dios, para implorar que asistiese a los musulmanes con su poder. El príncipe Hišām, su hijo, que estaba delante de él, hizo otro tanto. Gālib prosiguió su camino, y la multitud fue acompañándolo hasta que se alejó del caserío de Córdoba.

Al final de aquel día acampó en el Guadajoz Armillāt, y a otro día domingo día 10 del mes [= 25 abril 975] siguió camino a marchas forzadas y apresurando el viaje, en constante comunicación con su señor. Entre tanto los visires y los funcionarios a las órdenes de éstos se ocuparon aún durante varios días en movilizar el resto de las tropas que habían de seguir la campaña con él, [*124 v.*] darles sus gratificaciones y hacer que se le incorporaran.

[221]

[Ibn Hayyān aduce un precedente oriental del título de dū-l-sayfayn]

Digo yo [Ibn Hayyān]:

Cuando el Califa al-Mustansir bi-llāh invistió a su mawlà Gālib de las dos espadas y le concedió el título de Dū-l-sayfayn, imitó con ello lo que hizo el emir Abū Ahmad al-Muwaffaq bi-llāh—heredero del trono de su hermano al-Mu'tamid 'alà Allāh, y defensor de su dinastía—con

Ishāq ibn Kundāy al-Jazarī, mawlà que era suyo y gobernador por ellos de la Mesopotamia.

En efecto, cuando el Califa 'abbāsī Ahmad al-Mu'tamid 'alà Allāh, hijo de al-Mutawakkil 'alà Allāh, pasó por la provincia de Ibn Kundāy, huyendo de caer en manos de su hermano Abū Ahmad al-Muwaffaq bi-llāh (que se había alzado con el poder en contra suya), y con el propósito de reunirse con Ahmad ibn Tūlūn al-Turkī (mawlà de los 'Abbāsīes, gobernador de Egipto y Siria, hostil a al-Muwaffaq bi-llāh por razón de su hermano), Ishāq ibn Kundāy se lo impidió, interponiéndose ante él y desviándolo hacia el 'Irāq; todo ello para congraciarse con Abū Ahmad, el hermano del Califa. De esta suerte, arregló la situación de Abū Ahmad, apuntaló su gobierno, y Abū Ahmad tuvo a continuación mucho más sujeto al Califa al-Mu'tamid 'alà Allāh, dándole sus gustos y consintiéndole que se dedicara a la ociosidad más completa.

Por este motivo Abū Ahmad al-Muwaffaq bi-llāh llevó a su extremo límite, en tal ocasión, la recompensa de Ishāq ibn Kundāy, al que favoreció con grandes dádivas y elevó en los honores, llegando en los dones que le hizo y en encumbrarlo hasta el punto de que le invistió de dos espadas, con las que salió en público el mismo día en que le fueron puestas, y le concedió el título de «dū-l-sayfayn» [= *el de las dos espadas*]; *título que ya llevó toda su vida y que los poetas que lo alabaron incluyeron en los panegíricos que sobre él compusieron. De entre ellos recuerdo la alusión que hace el jefe de los poetas cortesanos, al-Buhturī, en un poema de alabanza que dedicó a Ibn Kundāy, cuando dice:*

[kāmil]

Admira al Dū-l-sayfayn y estate seguro
que empleará las dos espadas hasta cansarse.

[125 r.] *El Califa al-Hakam, al hacer lo que hizo con su mawlà Gālib, imitó, pues, lo que con Ishāq había hecho Abū Ahmad al Muwaffaq bi-llāh. Ambos, y sólo ellos, se mostraron peregrinos en su invención, pues ningún rey se les adelantó en hacer nada parecido, ni hasta ahora se les ha asociado imitándolos. Realmente los reyes, en punto a encumbrar a sus privados y a los que les alivian las cargas del gobierno, han llevado a cabo hechos dignos de imitación y dejado historias memorables.*

[222]

[*El Califa refuerza la frontera de Zaragoza*]

Dijo [al-Rāzī]:

No se descuidó el Califa al-Hakam, desde que tuvo noticia de la agitación del enemigo contra los habitantes de las fronteras, en reforzar éstas con todo género de asistencias y socorros, tanto antes de enviar a su mawlà Gālib ibn 'Abd al-Rahmān con las tropas movilizadas, como después de su partida. Así, apresuróse también a hacer que el sāhib al-šurta al-wustà 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà ibn Muhammad al-Tuyībī —que a la sazón residía a su lado en Córdoba—partiese para Zaragoza, su tierra, como caíd y en calidad de refuerzo.

En efecto, el príncipe Abū-l-Walīd Hišām, hijo del Califa, llamólo a su cámara el lunes día 4 de ša'bān de este año [= 19 abril 975]; le ordenó, de parte de su padre el Príncipe de los Creyentes, que se apresurase a incorporarse a Zaragoza como general y para disponer en aquello que le iba a exigir; le comunicó las instrucciones a que había de ajustarse, y le hizo preciosos regalos. 'Abd al-Rahmān partió en consecuencia, con dirección al distrito de su jurisdicción, a otro día, martes día 5 de ša'bān [= 20 abril 975], y su salida se hizo con suma pompa y en brillante formación.

Asimismo se dio orden a Muhammad ibn Fuertes de salir para la marca de Zaragoza y su zona fronteriza, con objeto de inspeccionar su estado y velar por sus intereses.

[223]

[*Envío a Gālib de refuerzos y dinero*]

El jueves día 14 de ša'bān de este año [= 29 abril 975] salió de Córdoba el gran fatà Sahl, con dirección a la Frontera superior, por haberlo reclamado el visir [*125 v.*] caíd Gālib en calidad de auxiliar del que valerse, acompañado de un contingente de mercenarios y de un grupo de esclavos negros jamsiyyīn [o jumsiyyīn] y arqueros.

También salió de Córdoba Muhammad ibn Ahmad ibn Umayya ibn Šuhayd, en calidad de custodio de las grandes sumas de dinero que se

le enviaban al visir caíd Gālib, con destino a los gastos del ejército de la aceifa que había partido para la campaña anual de verano.

[224]

[Torneo en el Alcázar de Córdoba, a presencia del Califa]

El miércoles día 6 de ša'bān de este año [= 21 abril 975] subió el Califa al-Hakam a la azotea que da sobre la Puerta de la Azuda, sólo acompañado de su hijo el príncipe Abū-l-Walīd, para contemplar desde ella a unos grupos de militares distinguidos—mawlàs, 'urafā' y otros análogos—que se habían reunido en aquel lugar para tornear, pues sintió deseos de ver cómo se movían jugando a caballo y se atacaban en broma unos a otros, y quería divertir con ello al príncipe su hijo.

Se pasó orden a los citados militares de que lo hiciesen lo mejor posible, con cuidado de no hacerse daño, y que sus ataques con las lanzas fuesen simples fintas, sin llegar a heridas, bien advertidos de que se guardasen de infringir esas instrucciones y bajo amenaza de castigos si las desobedecían.

Comenzaron entonces a tornear con mucho entusiasmo y tuvieron varios encuentros, de que salieron ilesos, derribándose unos a otros, con gran cuidado de no herirse. Sin embargo, Walīd ibn 'Abd al-Malik ibn Mūsà ibn al-Tawīl al-Tagrī atacó sin querer a su contrincante Madyan ibn al-Jayr ibn Jazar el berberisco con el regatón de la lanza, le dio entre los hombros y lo derribó herido, teniendo que ser transportado a su casa moribundo. Asimismo Mundir ibn 'Abd Allāh ibn Hābil asestó al militar su adversario un golpe parecido.

El Califa mostró su desaprobación por estos dos sucesos, ordenó encarcelar a al-Walīd y a Mundir para escarmiento, y mandó que se enviasen regalos a los heridos. [*126 r.*] Se retiró de aquella reunión cerca de la oración del mediodía de aquella jornada.

[225]

Noticia de cómo fue capturado Abū-l-Ahwas.

El sábado día 22 de ša'bān de este año [= 7 mayo 975] hubo carta refiriendo el favor y beneficio que Dios había concedido por mano de Rašīq al-Bargawātī, caíd de Lérida, con la captura hecha

por éste del renegado criminal Ma'n ibn 'Abd al-'Azīz al-Tuyībī, más conocido por su kunya de Abū-l-Ahwas, y de cómo había caído en sus manos sin condición ni garantía de ninguna clase.

Este individuo había desertado de las filas musulmanas hacía seis años; se había pasado a los politeístas enemigos de Dios con un pequeño número de sus secuaces, y se dedicaba a ayudar a los politeístas en sus incursiones nocturnas contra los confines de los musulmanes, a indicarles los puntos flacos de la defensa de éstos y a aprovechar las ocasiones que contra ellos se presentaban.

Ultimamente había entrado en un castillo de los sometidos y sujetos a vasallaje, que pagaba tributo de capitación a los caídes de Lérida la extrema, llamado Hisn al-Rošo [= Castillo del Rojo]. Refugiado en él, había inducido a sus habitantes a romper el pacto y héchose dueño del castillo. Llegado el momento del pago del tributo de capitación por parte de los habitantes del castillo, Rašīq el caíd de Lérida les había enviado mensajeros que les exigieran dicho pago, conforme a la costumbre; pero ellos se negaron, escudándose en el extraviado Abū-l-Ahwas y apoyándose en él. En vista de su actitud, Rašīq se aprestó para ir contra ellos, y, reuniendo las tropas y voluntarios de su mando, fue al castillo, acampó junto a él y empezó a combatir a sus habitantes, que habían cerrado las puertas, refugiándose entre sus muros. Un cierto Conde de por aquellas tierras, al tener noticia del asedio, reunió su caballería y fue [*126 v.*] a auxiliarlos; pero, enterado Rašīq, le cortó el camino antes de que pudiese llegar a ellos, le presentó batalla, lo derrotó y le mató varios cristianos, cuyas cabezas envió a la Puerta de la Azuda, teniendo que huir el Conde maltrecho. Rašīq prosiguió luego el cerco y asedio puesto a la gente del castillo y les intimó a separarse del rebelde Abū-l-Ahwas. Ellos, por fin sometidos, mandaron decir a Rašīq que harían salir a Abū-l-Ahwas y a sus secuaces, con tal que los dejase quietos y se contentase con el pago de la capitación, a cambio de lo cual le garantizaban la paz y su vuelta a la obediencia. Así se lo otorgó y garantizó Rašīq, y entonces ellos le entregaron a Abū-l-Ahwas y a sus secuaces. Una vez hecho cargo de ellos, se apresuró a escribir a Córdoba, dando cuenta de lo sucedido.

Se le contestó agradeciendo su servicio, alabando su celo y ordenándole que enviase al criminal y a sus secuaces a la Puerta de la Azuda. Al mismo tiempo se le remitió un magnífico regalo, con ropas preciosas, más una espada adornada, de mucho precio, y se le envió un espléndido caballo con atalajes mufarragues.

[226]

[Llegada a Córdoba y encarcelamiento de Abū-l-Ahwas]

El domingo día 8 del mes de ramadán [= 22 mayo 975] llegó a Córdoba Abū-l-Ahwas Ma'n ibn 'Abd al-'Azīz, cargado de hierros, con diez de sus secuaces, asimismo cargados de hierros. Delante de ellos iban diecisiete cabezas de los jefes politeístas muertos en batalla por su causa, clavadas en lanzas. Las cabezas fueron colocadas en alto en la Puerta de la Azuda del Alcázar de Córdoba, y Muhammad, hijo del visir kātib Ya'far ibn 'Utmān, lugarteniente de su padre como zalmedina, recibió orden de encarcelar a los detenidos en la prisión subterránea. Fueron, en efecto, metidos en ella, mientras las cabezas de los politeístas [como queda dicho] quedaron colocadas en alto, en el lugar correspondiente, al lado de la Puerta de la Azuda.

[227]

[Rašīq al-Bargawātī pasa desde Lérida a ponerse a las órdenes de Gālib]

Rašīq al-Bargawātī recibió orden de entregar su distrito de Lérida, Monzón [*127 r.*] y sus contornos a Hāšim ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī—nombrado para sustituirlo después de su regreso de Berbería—, y de incorporarse al ejército y ponerse a las órdenes del generalísimo dū-l-sayfayn Gālib ibn 'Abd al-Rahmān. Así se hizo.

[228]

[Ascenso y nuevo destino de 'Abd al-'Azīz ibn Hakam al-Tuyībī]

El martes día 25 de ramadán de este año [= 8 junio 975] fue ascendido el caíd 'Abd al-'Azīz ibn Hakam al-Tuyībī de la šurta wustà a la šurta 'ulyā, y se dispuso que en adelante montara a caballo en la piedra. El jueves 27 del mismo mes [= 10 junio 975] lo llamó a su

cámara el príncipe Abū-l-Walīd y le ordenó, de parte de su padre el Príncipe de los Creyentes, que se apresurase a salir para el distrito de Daroca y sus contornos, con objeto de fortificarlo, y que luego se incorporase al visir generalísimo dū-l-sayfayn Gālib ibn 'Abd al-Raḥmān, en el ejército ayudado por Dios, y que allí se quedase con él.

[229]

[*Noticias sobre los movimientos de Gālib*]

A fines de šaʻbān de este año [= 14 mayo 975] llegaron las siguientes noticias de la Frontera.

El visir generalísimo dū-l-sayfayn había acampado el sábado 22 de dicho mes [= 7 mayo 975] en el castillo de Barahona, y permaneció en él hasta que se le fueron incorporando algunas tropas rezagadas. Luego avanzó hasta Berlanga, y desde ésta hasta el monte de en medio de la llanura (?), al sur del asediado castillo de Gormaz, a la orilla del río Duero, que separa los territorios del Islam del mencionado castillo. Encontró el río con mucha agua e imposible de cruzar, porque los politeístas habían dificultado los vados que había en la orilla delante de su campamento, al que rodeaban multitudes sin cuento y fuerzas sin límite ni fin, y habían colocado junto al río puestos avanzados de observación con mucha caballería y compacta infantería. El visir se vio, pues, obligado a desistir de cruzar el río, hizo acampar a su ejército, y puso también, frente a los vados que impedía el enemigo, contingentes de jinetes e infantes parecidos a los suyos, extremando sobremanera la vigilancia.

[230]

[*Salida de voluntarios cordobeses para el ejército*]

[*127 v.*] El día 1.º del mes de ramadán [= 15 mayo 975] comenzaron a salir a bandadas aquellos soldados voluntarios de los habitantes de Córdoba, que se encaminaban a la Frontera superior con objeto de ayudar a las guarniciones asediadas. Día tras día, anhelando participar en la guerra santa, se desplazaban con sus bienes y personas. El gobierno estaba admirado del arrojo de estos voluntarios, no obligados a ello, y alababa su santo coraje.

[231]

[*Limosnas del Califa por ramadán*]

Con la entrada del mes de ramadán se renovaron, aumentaron y se multiplicaron las limosnas del Califa, mediante las cuales Dios ayudó a muchas gentes necesitadas y menesterosas.

[232]

[*Advertencia a los militares rezagados por enfermos*]

En esa fecha se publicó la llamada a los militares rezagados por enfermedad, que remoloneaban en incorporarse al ejército ayudado por Dios, para que lo hiciesen inmediatamente, prescindiendo de toda demora, so pena de incurrir en severos castigos, caso de tardanza. Todos salieron a cuál más de prisa.

[233]

[*Gālib da cuenta de un encuentro victorioso y de haber trasladado su real a Barahona*]

Llegaron asimismo noticias del ejército, refiriendo un encuentro habido entre las centinelas musulmanas y politeístas a la orilla del Duero el sábado día 7 de ramadán [= 21 mayo 975].

En efecto, los guardianes de los vados por ambas partes iniciaron, la víspera, las hostilidades, desafiándose unos a otros. Más tarde, los musulmanes simularon la huida ante los politeístas que los observaban y lograron que cruzaran el río buen número de éstos, con quienes se enzarzaron. Trabado entre ellos violento combate a esta parte del río, se enardecieron los musulmanes, que, no obstante ser menos en número, les hicieron frente y pelearon con ellos largo rato, hasta dar cuenta de ellos y vencerlos. La noticia de este conato llegó al visir general Gālib cuando estaba en su cuartel, y, pareciéndole mal, cabalgó al punto con los hombres que estaban prestos y llegó al campo de batalla. Con ello, Dios hizo temblar la tierra para los politeístas, que

huyeron para cruzar el río, mientras las espadas cumplían con su oficio en los cuellos y en las espaldas de los infieles. Sufrieron recia matanza, pues no pudo escapar más que el que se dio prisa [*128 r.*] en tirarse al río, y dejaron tendidos en el campo, sólo de sus condes, cerca de veinte hombres, a quienes les fueron cercenadas las cabezas y de quienes se cogieron cumplidas lorigas, cascos protectores, almófares defensivos y armamentos completos, todo lo cual fue botín de guerra para los musulmanes. El partido de los infieles se retiró cubierto de ignominia.

El visir generalísimo Gālib pensó a continuación que la decisión perfecta y la resolución mejor sería trasladar el real a Barahona y fijar el ejército en aquella llanura, permaneciendo en ella hasta que se fueran incorporando todos los contingentes y acamparan allí todas las tropas, porque el apellido de guerra era general en todas las coras fronterizas, y las tropas de estas coras venían en bandadas al ejército, y él temía que los enemigos de Dios espiaran estos movimientos de los que venían a añadírsele y pusieran emboscadas en los caminos intentando hacerles daño, por lo lejos que se encontraba el ejército de los territorios musulmanes.

Puso, pues, por obra su decisión de trasladarse a Barahona, y acertó con lo justo, ya que Barahona está en el centro de la región. En ese real permaneció, sopesando sus futuras decisiones y esperando un descuido del enemigo que le permitiese aprovechar la oportunidad.

Este acampamiento suyo en el real de Barahona acaeció el domingo día 8 del mes de ramadán [= 22 mayo 975].

[234]

[*Envío de refuerzos a Gālib*]

El jueves día 12 del mes de ramadán [= 26 mayo 975] salió de Córdoba el gran fatà ya'farī ..., con algunos escuadrones que quedaban, compuestos por tropas regulares, 'abīd negros, arqueros y wufūd, para hacer la campaña y servir de refuerzo al visir caíd dū-l-sayfayn Gālib ibn 'Abd al-Rahmān. Le precedía una larga fila de acémilas cargadas con diferentes clases de útiles, pertrechos, máquinas de guerra y utensilios sacados del Alcázar de Córdoba. Le formaron las tropas entre la Puerta de los Jardines y la de la Azuda, y contemplaron su

salida [*128 v.*] muchos espectadores. Aquel mismo día acampó en el Fahs Armillāt, y a otro día viernes continuó su camino a marchas forzadas.

[235]

[*Envío de más refuerzos a Gālib*]

El jueves día 19 de dicho mes de ramadán [= 2 junio 975] salió de Córdoba el sāhib al-šurta Qāsim ibn Muhammad ibn Qāsim ibn Tumlus, como caíd agregado y en calidad de refuerzo para el visir caíd Gālib. Hizo una salida brillantísima y solemne, rodeado de un estruendoso ejército, formado por diferentes clases de mercenarios, cuyo envío pareció conveniente, y por gentes del wafd, arqueros y voluntarios que fueron elegidos para ir con él. Ese mismo día acampó en la explanada de la almunia que toma nombre del Hermano Abū-l-Hakam, en al-Šāmāt [o al-Šamāmat], sobre el río grande. A otro día continuó su camino.

[236]

[*Nuevos envíos de gentes y dinero a Gālib. Agitación popular en Córdoba a favor de los sitiados en Gormaz*]

El sábado día 21 de dicho mes de ramadán [= 4 junio 975] fueron destituidos Ahmad ibn Sa'd al-Ya'farī de la šurta 'ulyā, y Ya'là ibn Ahmad ibn Ya'là de la šurta wustà, por quejas que contra ambos había. Se les dio orden de incorporarse al ejército y salieron para su nuevo destino.

Basīl, 'Abd al-Hamīd y 'Ubayd Allāh, hijos del sāhib al-šurta al-'ulyā Ahmad ibn Hamīd ibn Basīl, recibieron asimismo orden de incorporarse al ejército y hacer la campaña con el visir generalísimo Gālib; éstos, sin que hubiera queja ninguna contra ellos. Salieron para su destino, y, a los pocos días, se hizo también salir para juntarse con ellos, camino del ejército, a Ismā'īl ibn al-Šayj.

Para la tesorería del viaje fue designado 'Abd al-Rahmān ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Ilyās, que recibió orden de transportar

el dinero que se enviaba al visir caíd dū-l-sayfayn, y que salió para su destino.

Entre tanto, iba en aumento el general cuidado y conmiseración por la guarnición del castillo de Gormaz. Las gentes así lo proclamaban en las mezquitas y en las reuniones, hasta el punto de que un cierto hombre de los musulmanes que llevaban vida piadosa, aunque de ningún renombre, con ocasión del entierro del asceta conocido por al-Hadramī, y luego que le dieron tierra en el cementerio de Qurayš el sábado [*129 r.*] día 21 del mes de ramadán [= 4 junio 975], con asistencia de gentes de todas las clases sociales, se levantó y, alzando la voz, se dirigió a los circunstantes con estas palabras:

> ¡Oh siervos de Dios! Rezad con fervor a Dios y elevad hasta Él vuestras preces, implorándolo y suplicándole que impida se derrame la sangre de vuestros hermanos los creyentes y vuestros prójimos los musulmanes que defienden el castillo de Gormaz, los cuales se ven rodeados por gran copia de politeístas, que quieren ahogarlos y abrumarlos con su número. ¡Oh Dios nuestro! Haz perecer a los infieles y a su herejía; quita fuerza a sus engaños y a su congregación. ¡Oh Dios nuestro! Separa su junta por tu poder; dispersa su reunión con tu fuerza; asiste a los musulmanes contra ellos mediante tu omnipotencia; dales tu excelso socorro; concédeles una victoria manifiesta.

Al oírlo, todos los circunstantes dijeron amén, asintieron con lágrimas en los ojos, y redoblaron oraciones, plegarias, invocaciones y súplicas, a las que no tardó en acceder y dar buena acogida el Señor de la gloria (¡ensalzado sea!).

[237]

Relación de la Fiesta de la Ruptura del ayuno correspondiente a este año.

El lunes día 1.º de šawwāl [= 14 junio 975], que fue el día de la Fiesta de la Ruptura del ayuno, se organizó del modo más perfecto el ceremonial en el Alcázar de Córdoba para que el Califa al-Hakam diese, sentado en su trono, la acostumbrada audiencia de felicitación, limitada este año a los Hermanos, a los visires y a los altos funcionarios palatinos, con exclusión de las demás personas, y para la otra audiencia separada que ordenó diese su hijo, designado para sucederle, el príncipe Abū-l-Walīd, con destino a todos los funcionarios del reino

y a los súbditos en general. El ceremonial hubo, pues, de dividirse en esta ocasión, con arreglo a la dicha [*129 v.*] dualidad.

La recepción del Califa para las personas más allegadas a él se celebró en el Salón occidental de la Dār al-rawda. De los Hermanos, fueron introducidos a la cámara Abū-l-Qāsim al-Asbag y Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, pues el tercero, Abū-l-Asbag ʿAbd al-ʿAzīz, no pudo comparecer por encontrarse enfermo. Tras ellos fueron recibidos los visires, que saludaron. Les siguieron los ashāb al-šurta al-ʿulyā y al-wustà, los ashāb al-majzūn, los tesoreros, los ʿurrād y los altos funcionarios palatinos. Tras ellos fue recibido el cadí mayor Muhammad ibn Ishāq ibn al-Salīm, con su cortejo de hukkām y ashāb al-šurta al-sugrà y al-radd. Todos ellos saludaron y se retiraron luego a la cámara del príncipe Abū-l-Walīd.

Recibió éste, tanto a altos como a bajos, en el Salón de al-Zahrā', en el Hā'ir, con el protocolo más completo y perfecto. A su derecha se sentó el Hermano Abū-l-Mutarrif al-Mugīra, hijo de al-Nāsir, y a su izquierda, el Hermano Abū-l-Qāsim al-Asbag, hijo de al-Nāsir. Le ministraron: por la derecha, el visir kātib Yaʿfar ibn ʿUtmān, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta al-ʿulyā Ahmad ibn Muhammad ibn ʿAbbās; y, por la izquierda, el caballerizo mayor, sāhib al-hašam y zalmedina de al-Zahrā' Ziyād ibn Aflah; por bajo de él, el sāhib al-šurta al-ʿulyā Yahyà ibn ʿUbayd Allāh ibn Yahyà ibn Idrīs, y, por bajo de él, el sāhib al-šurta, jefe de la ceca y curador de las herencias vacantes, Muhammad ibn ʿAbd Allāh ibn Abī ʿĀmir. Seguían a éstos los ashāb al-majzūn, los tesoreros y los ʿurrād, ministrando también en pie al príncipe, y a continuación venían los altos funcionarios palatinos, los wasīfes, los ashāb al-rikāb, y todos los demás que, de costumbre, estaban en pie ante el Príncipe de los Creyentes, los días en que éste daba audiencia pública [*130 r.*] de salutación. También estaban en pie en este salón todos los grandes fatàs del Príncipe de los Creyentes, con los kātibes, wasīfes y los demás que iban detrás de ellos, conforme a sus categorías.

Los visires se sentaron, con arreglo a su jerarquía, a continuación de los Tíos. En la fila de la derecha, después de los visires, se sentaron el tío paterno Hakam ibn Masʿūd ibn Abī-l-Qāsim, y, detrás de todos, Yaʿfar ibn ʿAlī al-Andalusī. El hermano de éste Yahyà ibn ʿAlī ministraba con los que lo hacían en pie, al final del salón.

En el partal de este salón había una formación de wasīfes y de eslavos inferiores a ellos, con los cuales empalmaban esclavos negros,

arqueros y mamālīk, faṣīl tras faṣīl, hasta llegar a la Casa de los Visires.

Este día los visires, antes de entrar a la cámara, aguardaron en el partal de la Dār al-Kāmil; los miembros de Qurayš y el resto de los Banū Umayya—junto con los Hasaníes Banū Muhammad, entre los cuales se hallaban los más importantes, o sea Yaḥyà y Ḥasan, hijos de Guennūn, con los demás Banū Aḥmad—, en la Bayt al-wizāra; los mawlàs, en el Balāṭ al-Rīḥ; los alfaquíes jurisconsultos, las gentes de justicia y los cadíes de las coras, en la tribuna del Balāṭ al-Rīḥ; los restantes militares del ejército regular lo hicieron en los aposentos de los funcionarios palatinos, hasta que les llegó el turno de pasar a la cámara.

Los oradores y los poetas, entre tanto, improvisaban y recitaban con toda prolijidad y empeño delante del príncipe Abū-l-Walīd. Uno de los vates que se levantaron en esa ocasión para recitar sus poemas fue Muhammad ibn Šujays. Era el suyo largo y excelente, y comenzaba así:

[*ṭawīl*]

Veo que el oriente del mundo envidia al occidente
por un blanco esplendor que disipa toda tiniebla.
Con él se purificó el mundo, cuyas delicias fluyeron
y cuyas noches fueron agradables. ¡Sea bienvenido!
[*130 v.*] Si el mundo prefiriese dar a otro el nombre de Califa,
llamarle Imām sería darle un apodo.
¿No ves que Dios lo puso al frente de su tierra
y que él ha tornado fértil cualquier erial?
Combate la esterilidad con dones que irritan a las calamidades,
porque las aterroriza y las ahuyenta para no volver.
Lo amamos con tal demasía que lo vemos cuando está ausente,
y, en cambio, cuando aparece, la majestad lo hace invisible.
Los hombres le llaman, al par, amado y temido,
como amado y temido ha sido siempre su padre.
Es el décimo [Omeya español], del que se dice en los libros
que reunirá la autoridad que anda dispersa,
pues todo anuncia que llevará sus estandartes
hasta Babel, luego de pasar por Yaṯrib [= Medina].
Si no lo rodearan los escuadrones de sus tropas,
bajarían a ceñirlo los ejércitos angélicos.
Los deseos de todos es que se encarame a unos púlpitos
a los que es hora que suba y predique el que debe hacerlo,

porque todos ven que los dos pecadores de la familia de Hāšim
son como una víbora que se lanza sobre un escorpión,
y ya es justo que las gentes se alegren con la victoria
de quien tiene por abuelo a al-Nāsir y por padre a al-Mustansir,
pues él hollará sin duda a los reyes de esas dos dinastías,
siendo como es el mejor de los hombres en dignidad y rango.
De siempre sabemos que los Banū Marwān, los buenos y puros,
nombraron a sus herederos en plena infancia.
Derramamos por tierra el agua pura, porque su nombre es más sabroso
y más dulce y gustoso en nuestras bocas.
Diríase que no te das cuenta de que quien se sienta en el trono,
ni sabes que quien ha elegido la espada adornada,
practica la ciencia de la licitud, que definió Mālik,
siguiendo la tradición de Yahyà, de Ibn Wahb y de Ašhab.
[*131 r.*] Es la más noble de todas las criaturas,
la mejor escogida en la familia del profeta de Dios.
Con él nos han dado en la cuna un hombre despierto y sensible,
maduro y experimentado antes de llegar a la pubertad.
Con su sagacidad natural nos ha hecho ver que no hay maestro,
cuando no es maestra la raíz misma del carácter.
Si contásemos quienes lo superan, su número no rebasaría
el de los imāmes piadosos o el de los profetas cercanos a Dios.
Si el derecho nos fuerza a inclinarnos ante la obligación,
ninguna es más legítima y perentoria que someternos a nuestro dueño.
Entroncado está su linaje a los Banū Marwān,
cuya gloria tanto da que pensar a los Tālibīes.
De estos Talibīes se perdió por las regiones occidentales un grupo,
con esperanzas tan mendaces como el relámpago no seguido de lluvia.
Duro es para el representante de los Rāfidīes que el león
haya metido la garra en su vena yugular.
Las tierras de Qayrawān han declarado su amor
por los Banū 'Abd Šams [= los Omeyas], de grado y no a la fuerza.
¿Qué apartamiento de la ortodoxia hace a Ma'add
alzarse con Egipto o dirigirse a Muhassab [= Meca]?
Los decretos divinos siempre rehusarán cumplir sus deseos,
hasta que llegue al maldito valle de Hahhab [en el infierno].
Ha sido extirpada en masa, salvo algunas bandas,
esta secta suya en cuya propaganda se escondía la espada.
Abandonó sus moradas, y éstas no se quejan de ausencia,
y el sollozo de la paloma se ha convertido allí en alegre canto,
porque antes les anunciaba la muerte un sino abominable,
que Ma'add encontraba todavía demasiado lento.
Allí no cumplía con el deber de la peregrinación el musulmán,
si era un verdadero muslim que evitaba el pecado,
porque no hacer la peregrinación le parecía más saludable para su fe,
que hacerla en nombre del apóstata Rāfidī.

[*131 v.*] Por vida mía, para desacreditarlo a él y a su partido,
bastarían las muchas cartas que publica, atribuidas a la pluma de Ibn Ṭa-
Su codicia lo ha despeñado por los precipicios de la muerte, [bāṭaba.
creyendo que en Egipto se realizaría su falsa esperanza.
Llamólo la ambición y corrió a ella, abandonando lo que ya tenía,
con lo cual asoló lo edificado y no construyó lo derruido.
Ea, di a mi señor el Imām, cuyo padre
ha resultado progenitor del mejor guiado de los imāmes:
Mi tribu es la de Tamīm; pero yo creo en vosotros
por mi misma naturaleza y no por fanatismo.
Por vida mía, amar y seguir a los Banū Marwān
es para mí la única opinión y línea de conducta.
Mi poesía te demuestra que mi pensamiento
jamás ha dejado de ocuparse en tu alabanza:
estoy entre las olas de las ideas que me vienen,
como el marino que arría las velas y se deja llevar.
¡Por Aquel que ha deshonrado a al-Muṭī' en su imperio
y ha hecho que recuerde en Bagdad a [la reina] Belqīs en Saba!
Mientras tú te empleas en buenas obras, él siente aversión
por todo lo que no sea cantar y beber.
No me quejaré de mi suerte, porque tengo la gloria,
y la gloria es buen medio de ganar dinero.
Anque mi panegírico haya hecho impresión y emocionado,
no mencioné en él el nombre ni el apellido del heredero del trono;
pero las iniciales de mis versos bastan para darle
nombre y apellido, si se juntan por orden;
con un orden que restablecerá fácilmente un hombre agudo,
hasta obtener dos versos rigurosamente medidos [1].

[238]

[*El Califa y el príncipe presencian una distribución de limosnas*]

El lunes día 2 de šawwāl de este año [= 15 junio 975], se mostró el Califa al-Hakam en compañía de su hijo el príncipe Abū-l-Walīd sobre la azotea de la Puerta de la Azuda [*132 r.*] del Alcázar de Córdoba, que da sobre la calle. Previamente se había ordenado que abajo, en

[1] En efecto, en su estado actual, con cuatro versos de menos, pero también con dos versos de más (!), el poema nos permite reconstituir en sus iniciales un acróstico compuesto por dos versos en «muytatt», cuyo texto árabe va dado en la *Advertencia útil* del comienzo de este libro y cuya traducción es: «Abū-l-Walīd Hišām, heredero del trono, imām: * quiero decir, el sobrino del Profeta del recto camino, sobre el cual sea la salvación divina.»

la Mahayya, se reuniesen los pobres, necesitados y menesterosos. Una vez que estuvieron congregados allí, se mandó traer del tesoro las sumas que estaban preparadas para ser repartidas de limosna, en su presencia. Los servidores fatàs eslavos se pusieron a circular, llevando los sacos de dinero abiertos, y lo distribuyeron a puñados, conforme podían. A todos llegó el socorro del Califa, y las voces de todos se alzaron bendiciéndolo.

[239]

Noticia de la liberación de la gente de Gormaz.

El lunes día 19 de šawwāl de este año se anunció la gran victoria y el importante beneficio divino, por haberse tenido noticias de la derrota de los politeístas enemigos de Dios reunidos contra la guarnición del castillo de Gormaz; de que habían tenido que retirarse de él, frustrados en su intento, porque Dios los humilló y los dejó de su mano, ensalzando y ayudando, en cambio, a los musulmanes; y de que esta retirada suya había ocurrido el martes 15 de dicho mes, pasados setenta y cuatro días desde que acamparon junto a él y lo pusieron cerco.

Los tiranos cristianos que se habían concertado para asediar el castillo eran los siguientes: Sancho ibn García ibn Sancho el Vascón, señor de Pamplona; su pariente por alianza García ibn Fernando ibn Gundišalb, señor de Castilla y de la jurisdicción de ésta; Fernando Ibn al-Šūr [= Ansúrez], señor de Peñafiel y de sus contornos; los Banū Gómez, señores de Álava y de los castillos, entre otros, que cercaron la fortaleza [*132 v.*] con unos 60.000 hombres infieles, y hay quien dice que más, a incitación del rey de todos ellos Ramiro ibn Sancho ibn Ramiro, que les había enviado y asistido con ese objeto. Posteriormente, el propio rey, cuando no pudieron conquistarlo, les acusó de lentitud, impotencia e incapacidad, y vino al castillo desde su capital la ciudad de León (¡Dios la extermine!), en medio de un estruendoso ejército y acompañado de su tía paterna la infiel Elvira, la misma que antes no había cesado de ratificar la tregua y de solicitar su vigencia pero que luego fue la que la rompió, alucinada con la victoria de su partido. Vino, pues, Elvira a los sitiadores en compañía de su sobrino, hasta acampar junto a ellos, y los cristianos cobraron ánimos con la presencia de su rey, se sometieron por completo a él y le renovaron el

juramento de fidelidad. Por su parte, el maldito Ramiro se encargó personalmente de dirigir por algunos días el ataque contra la guarnición de Gormaz, asistido por sus orgullosos privados; pero Dios lo derrotaba, lo derribaba y lo encolerizaba con la muerte de sus guerreros.

En vista de todo ello, el lunes día 15 de šawwāl [= 28 junio 975] se concertaron para embestir a la guarnición de Gormaz y dar cuenta de ella de una vez, decididos a mantener la acometida contra ella y a no cejar hasta arrollarla y vencerla, o a que Dios hiciera de ellos lo que tuviera decretado. Acordado así, se dirigieron al castillo, con el grueso de sus fuerzas, y lo embistieron, bien seguros de conquistarlo y sin dudar que lo tomarían. Pero como los musulmanes—puesta la confianza en Dios e implorando su ayuda—les salieron al encuentro, se trabó una violenta pelea, de las más recias que puede haber entre huestes enemigas. Encendida y ardiente la lid, los musulmanes se calentaron en ella como un solo hombre [*133 r.*] para lanzarse contra los politeístas y acometerlos, decididos a morir y puesta la intención en Dios.

Dios, sin embargo, les concedió la perseverancia, los confortó con sus ángeles y sembró el pavor en las almas de los infieles, dejándolos desasistidos, separados y dispersos. De esta suerte, los musulmanes consiguieron emplear sus lanzas y espadas en los cuellos y espaldas de los enemigos, que retrocedieron a la desbandada, sin reparar en cosa alguna, hasta llegar en derrota al límite de su real y traspasar su enclavamiento, porque Dios les había desunido e infundido el terror en sus corazones. Todavía se ofrecieron, no obstante, a los musulmanes, tanto en la zaga del ejército como en sus alas diestra y siniestra, encuentros empeñados y escaramuzas violentas, de todo lo cual Dios, con su poder, les hizo salir con bien y en ello les socorrió con su fuerza, sin verse estorbados de perseguirlos, por ir llenos de firmeza y precavidos contra las emboscadas.

Considerando los politeístas en su huida la gravedad de lo que les había pasado por parte de los hombres de Gormaz y la paladina ayuda que Dios había mostrado a éstos, tomaron el acuerdo de partir y abandonarlos, y lo pusieron por obra al punto. Levantaron, pues, su real, llenos de consternación, dejando en él gran copia de impedimenta, tiendas y víveres, para andar más ligeros. Sus jefes se iban haciendo mutuos reproches y censuras y se dispersaron, como los habitantes de Sabā [refrán], hacia sus respectivos destinos.

La guarnición del castillo ayudado por Dios salió en pos de la retaguardia enemiga, para hostigar a los rezagados, y, después de matar, saquear y pillar cuanto habían dejado en su maldito real, lo prendieron fuego. Vueltos a su castillo, sanos y honrados, hicieron saber [*133 v.*] al visir caíd dū-l-sayfayn Gālib, que acampaba cerca para ayudarlos, la victoria y el favor que Dios les había concedido. El visir despachó cartas con la noticia para el Califa al-Mustansir bi-llāh, la mañana del miércoles día 16 de šawwāl [= 29 junio 975], y al punto cabalgó con el grueso del ejército y se instaló en el castillo de Gormaz.

[240]

[*Gālib anuncia salir de Gormaz en persecución del Conde de Castilla*]

En la tarde del jueves día ... de šawwāl, hubo nueva carta de Gālib, dando cuenta de que la guarnición de Gormaz y la gente del ejército de su mando se encontraban bien, y de que él, aprovechando la ocasión, se disponía a entrar con su ejército por tierras del puerco perjuro y humillado García ibn Fernando ibn Gundišalb, y a internarse por ellas, si quería Dios.

[241]

[*Gālib da cuenta de su expedición victoriosa contra el Conde de Castilla*]

El jueves día 3 de dū-l-qa'da [= 15 julio 975] hubo noticia de la victoria obtenida contra el enemigo de Dios García ibn Fernando, y llegó carta del visir caíd dū-l-sayfayn Gālib ibn 'Abd al-Rahmān detallando el encuentro y relatando cómo había entrado por tierra de infieles y salido de ella triunfante. Dicha carta iba cerrada la tarde del viernes día 25 de šawwāl [= 8 julio 975], en el momento de regresar de la incursión contra el enemigo de Dios García ibn Fernando (¡Dios lo haga perecer!).

Daba en ella cuenta de que había arrasado el llano del enemigo y había talado los panes de los infieles, destruido sus bienes, quemado sus casas y matado a cuantos cogió en el citado llano o habitaban en él. Refería también que, tanto al entrar como al salir, el ejército se había apoderado de las cosechas de la ciudad de San Esteban (¡Dios la aniquile!), cerca de cuyo arrabal había acampado al entrar.

El tirano García ibn Fernando [*134 r.*] (¡Dios lo haga perecer!) había andado cerca de él con gran ejército y muchas tropas, porque, suponiendo (¡Dios lo envilezca!) que Gālib iba en su busca y se dirigía contra él, quería encontrarlo al salir de la llanura de Berlanga y de sus contornos. Entre tanto, había enviado alguna caballería a los vados del Duero, queriendo aprovechar la ocasión; pero Dios no le dejó alcanzar lo que esperaba, ya que los musulmanes sorprendieron a los infieles que había enviado allí y les presentaron duro combate, que ellos no supieron mantener, con lo cual sufrieron la más afrentosa derrota y fueron víctimas de la más espantosa matanza. Los restos dispersos buscaron refugio en breñas y matorrales, dejando tendidos en el campo buen número de sus guerreros señalados, tanto infantes como jinetes de nota. El ejército acampó luego a poniente de San Esteban, desde donde el puerco García con los suyos, llenos de lágrimas los ojos de uno y otros, contemplaba talados sus panes, quemadas sus viviendas y perdidos sus bienes. Los musulmanes volvieron salvos, cargados de botín y contentos, gracias a Dios, Señor de los Mundos.

La carta del visir caíd dū-l-sayfayn que contenía estas noticias fue leída en las Mezquitas aljamas de Córdoba y al-Zahrā el viernes día 4 de dū-l-qa'da de este año [= 16 julio 975].

[242]

[*Encuentro victorioso de 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà al-Tuyībī con Ramiro ibn Sancho*]

A esta victoria siguió otra de la que dio cuenta una carta del sāhib al-šurta caíd de Zaragoza 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà ibn Muhammad ibn Hāšim al-Tuyībī.

Decía en ella que, al separarse del ejército el martes 22 de šawwāl [= 5 julio 975], topó con el rastro del puerco Ramiro ibn Sancho, y siguió dicho rastro, enviando a decir al jefe de las atalayas puestas sobre el monte Bárdena, al otro lado del río Ebro: «Vigila bien una abundante tropa de caballería que, al alba, cruzará con dirección al río.» No pasó, en efecto, mucho tiempo [*134 v.*] sin que se diese la alarma de que el enemigo había aparecido por el lado del pueblo de Estercuel (a mediodía de la ciudad de Tudela, cosa de una parasanga de esta ciudad, sobre el camino real que viene de Zaragoza), y sin que se desparramaran por la comarca, a derecha e izquierda, algunas fuerzas

cristianas de caballería, que, en son de algara, se iban apoderando de los ganados que topaban y cogieron cautivos a cinco hombres que andaban pescando por aquellos contornos.

Ante estas noticias, 'Abd al-Rahmān movióse con los suyos en dirección a los infieles. Primero envió en descubierta alguna caballería, que los alcanzó en la cabeza del vado, por la parte de la ciudad. Una vez que se encontraron y que se trabó y encarnizó la batalla entre ellos, vino en auxilio de la caballería el sāhib al-šurta 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà con el grueso del ejército. Al verlo venir los enemigos de Dios, volvieron las espaldas, fugitivos y desbaratados, abandonando cuanto botín llevaban, y dejando tendidos por tierra, a la salida del vado, cinco cristianos. Por uno de ellos, al que se dejó con vida para interrogarle por su número, se supo que Ramiro ibn García (¡Dios lo haga perecer!) había salido del castillo de Sos, su residencia, con quinientos jinetes, en la idea de que el sāhib al-šurta 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà no se había separado todavía del ejército de Gālib; y que, de esos jinetes, había enviado por delante doscientos para correr la tierra, quedándose él con el resto emboscado cerca del río. Con estos informes, el sāhib al-šurta 'Abd al-Rahmān siguió el rastro del jefe cristiano y avanzó contra él.

Viendo el puerco, desde el lugar de su escondite, que 'Abd al-Rahmān venía en su busca, y contemplando dispersos a los jinetes que había enviado en algara, salió de dicho lugar con todos los suyos. Trabáronse ambos bandos en una lucha que se prolongó por algún tiempo y en la que los jinetes, por una y otra parte, pelearon con fogoso denuedo; pero, al mediar el día, Dios dispuso la derrota de los politeístas e hizo que volvieran las espaldas ante los musulmanes. [*135 r.*] Continuaron éstos la persecución hasta después de la oración del 'asr, llegando a asomarse a los sembrados de la fortaleza cristiana de al-Qaštīl. Su caíd Ramiro ibn Sancho escapó cubierto de oprobio, pues Dios lo desasistió, humilló y afligió en el combate, y, de no ser por los vericuetos en que se refugió y por las breñas en que se ocultó, Dios Altísimo lo hubiera puesto en poder de 'Abd al-Rahmān y no se le hubiera ido a éste de las manos.

Al caer la tarde de aquel día regresaron los musulmanes victoriosos y en triunfo, todos en perfecta integridad. No obstante la premura del tiempo y el acabamiento del día, se cercenaron treinta y tres cabezas de notables caballeros cristianos, entre ellos la de Fortún ibn Lope, lugarteniente de Ramiro en el castillo de Sos; la de su homónimo

Fortún Mahūnis; la de Iñigo ibn Velasco, el adalid, y las de sus dos colegas: Iñigo ibn Galindo, el adalid, y García ibn Salīt, el adalid. Se les cogieron cuarenta y siete caballos, sin contar los desjarretados. De la impedimenta del puerco se cogió también una bandera de mucho precio y un cuerno plateado para apellidar; cosas ambas que, junto con las cabezas cortadas, envió 'Abd al-Rahmān a la cancillería del soberano. Encontraron el martirio por la fe en la batalla tres musulmanes: un soldado del ejército regular y dos vecinos de la ciudad de Tudela.

La carta dando cuenta de esta victoria fue leída en las Mezquitas aljamas de Córdoba y al-Zahrā' el viernes... [y poco después llegaron las cabezas que enviaba] el sāhib al-šurta al-'ulyā caíd 'Abd al-Rahmān ibn Yahyà a Córdoba, junto con la bandera y el cuerno. Dichas cabezas fueron colocadas en lo alto del poste de madera, al lado de la Puerta de la Azuda del Alcázar de Córdoba, según la costumbre. ¡Loado sea Dios por ello! No hay otro Señor más que Él.

[243]

[*Colofones*]

[Del ms. de Constantina:]
[*135 v.*]

ACABÓSE EL «KITĀB AL-MUQTABIS FĪ AJBĀR BALAD AL-ANDALUS». HASTA AQUÍ LLEGA LO QUE SE ENCONTRÓ DE ESTE LIBRO, DE MANO DE SU AUTOR. ¡LOADO SEA DIOS POR ESTA TERMINACIÓN! [SE SACÓ] DE UNA COPIA FECHADA A ONCE DE ŠAWWĀL DEL AÑO SEISCIENTOS CUARENTA Y SEIS [27 ENERO 1249] EN CEUTA (¡DIOS LA GUARDE!). ¡MUY LOADO SEA DIOS POR SU AYUDA, Y QUE SUS PURÍSIMAS BENDICIONES Y SALVACIÓN CAIGAN SOBRE NUESTRO SEÑOR MAHOMA, SU ENVIADO, Y SOBRE SUS FAMILIARES Y COMPAÑEROS!

[De la copia de la Real Academia de la Historia:]

ACABÓSE EL AÑO DE MIL TRESCIENTOS CINCO [19 SEP. 1887-6 SEP. 1888], ANTES DE TERMINAR LA MAÑANA DEL SÁBADO, POR MANO DEL NECESITADO DE LA AYUDA DE DIOS AL-MAKKĪ IBN 'ALĪ IBN AHMAD IBN MUHAMMAD IBN 'ABD AL-KARĪM IBN ZAKARIYYĀ' AL-FAKKUN (¡DIOS PERDONE SUS PECADOS A ÉL Y A TODOS LOS MUSULMANES! AMÉN).

DEL PROLOGO A UNA EDICION

(BORRADOR ANTICUADO)

SUMARIO.—1: Importancia de estos Anales.—2: Historia del códice de la Academia y su descripción.—3: Valor del códice de la Academia.—4: Desorden del códice y su reordenación.—5: Materia del códice.—6: División del texto.—7: Dificultad de una edición.—8: El problema de los nombres propios.—9: Textos ya estudiados del códice.

1.—Importancia de estos Anales.

Señala el Califato Omeya de Córdoba (912-1031 de J. C.) el punto culminante y el apogeo político y social del poderío musulmán en la Península ibérica. Hacia él tienden los dos siglos anteriores, y de su sustancia y recuerdo viven los que han de seguirlo, nunca, ni aun en sus momentos mejores, capaces de emularlo.

No podemos decir que sean escasas, aunque sí están agujereadas de huecos, las fuentes históricas de que para conocerlo disponemos. Tenemos verdaderos arsenales de noticias en los «Ajbār Maymū'a», en la «Crónica anónima de al-Nāsir», y en las obras—no pretendemos ni nos proponemos citarlas todas—de 'Arīb ibn Sa'd, de Ibn al-Qūtiyya, de Ibn Bassām, de Ibn 'Idārī, de Ibn al-Abbār, de Ibn Sa'īd, de Ibn Abī Zar', de Ibn al-Jatīb, de Ibn Jaldūn, de Maqqarī, y de algunos otros, sin contar las orientales ni las puramente literarias. A base de estos textos se han hecho excelentes síntesis, como las que contienen la clásica, aunque ya anticuada, «Historia de los musulmanes de España», de Dozy, y la recentísima «Historia de la España musulmana», de Lévi-Provençal. Este último autor, poniendo a contribución, a más de esos textos, su